



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



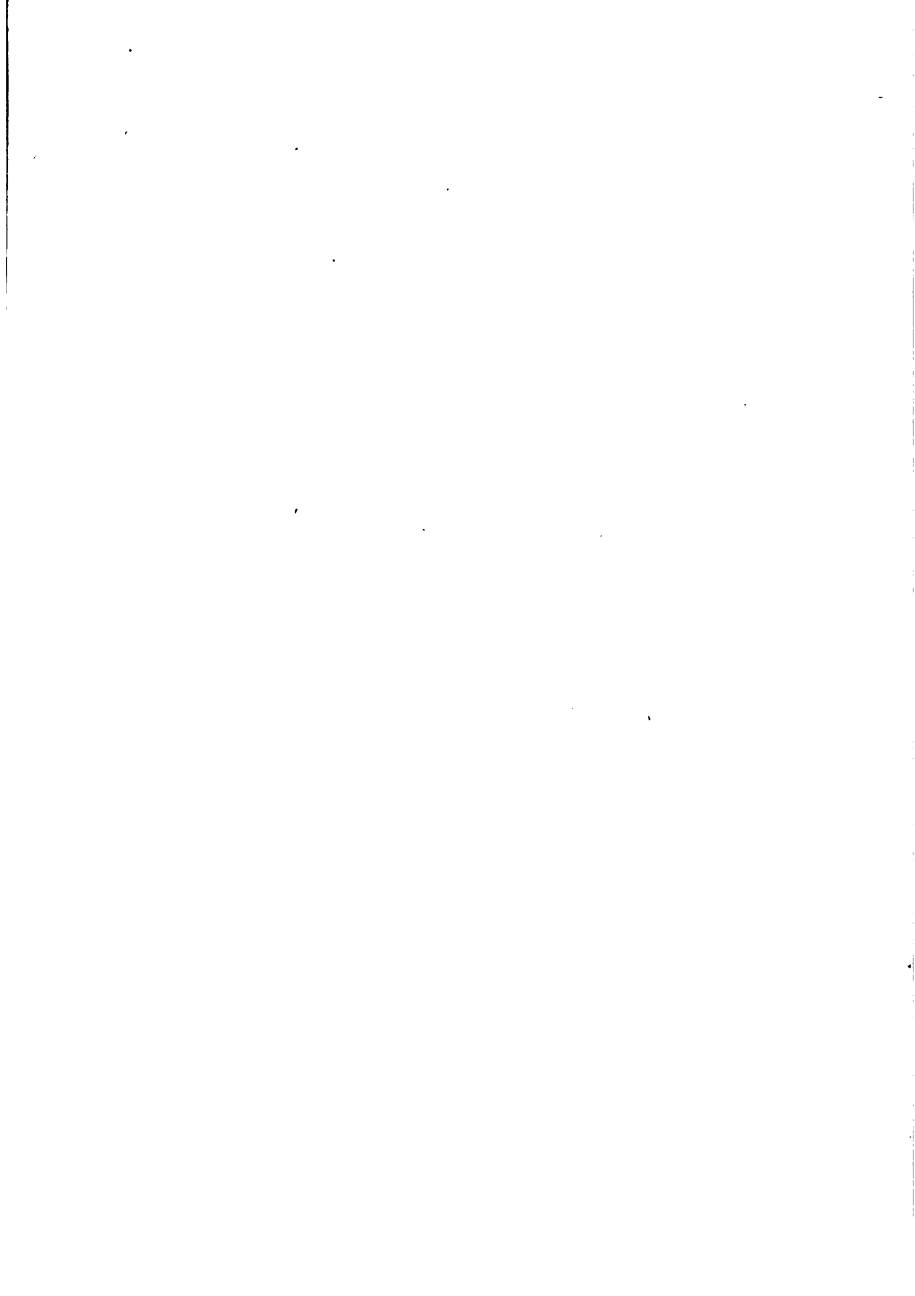
GB68.808 OY3T V.3 LAC

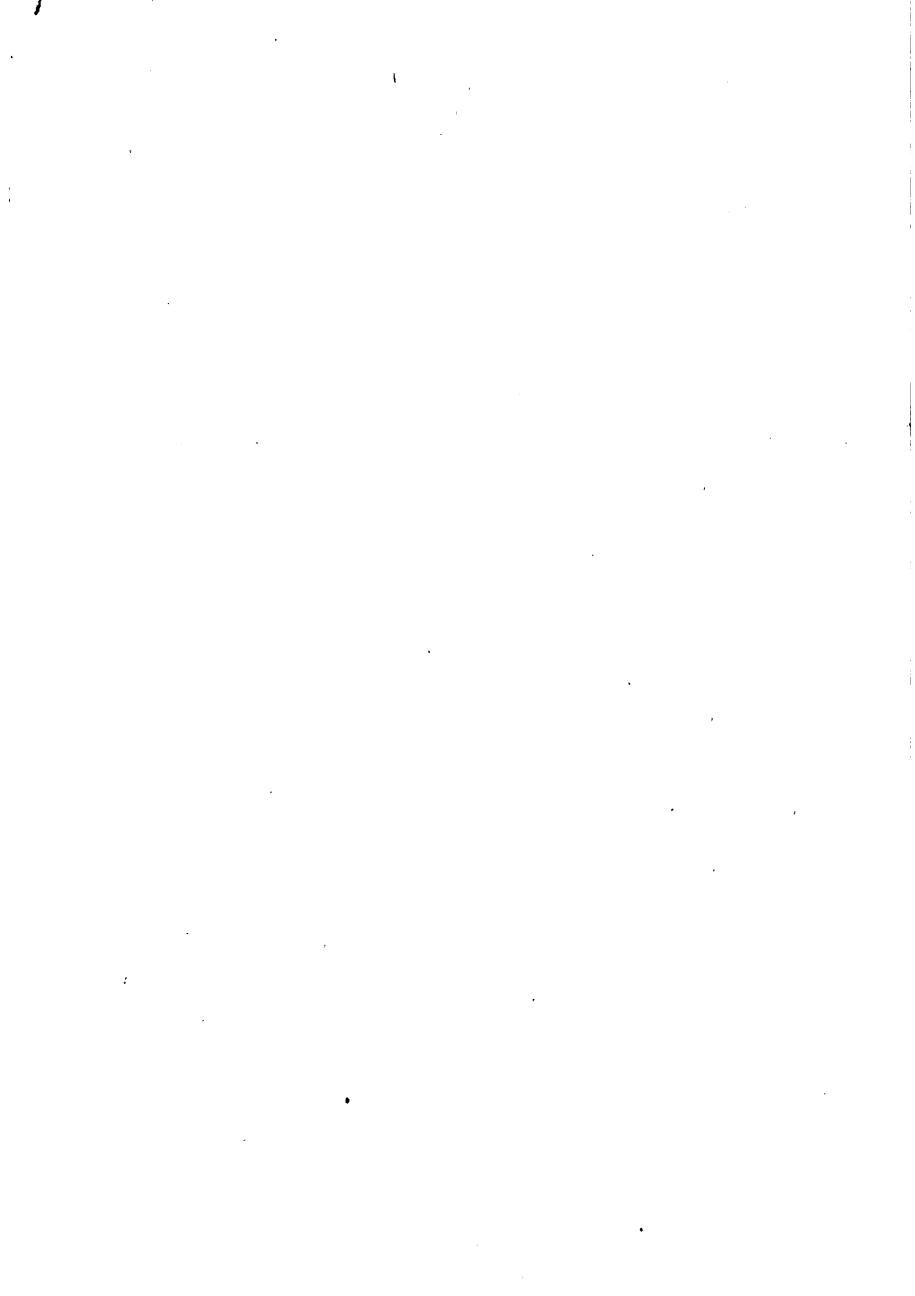


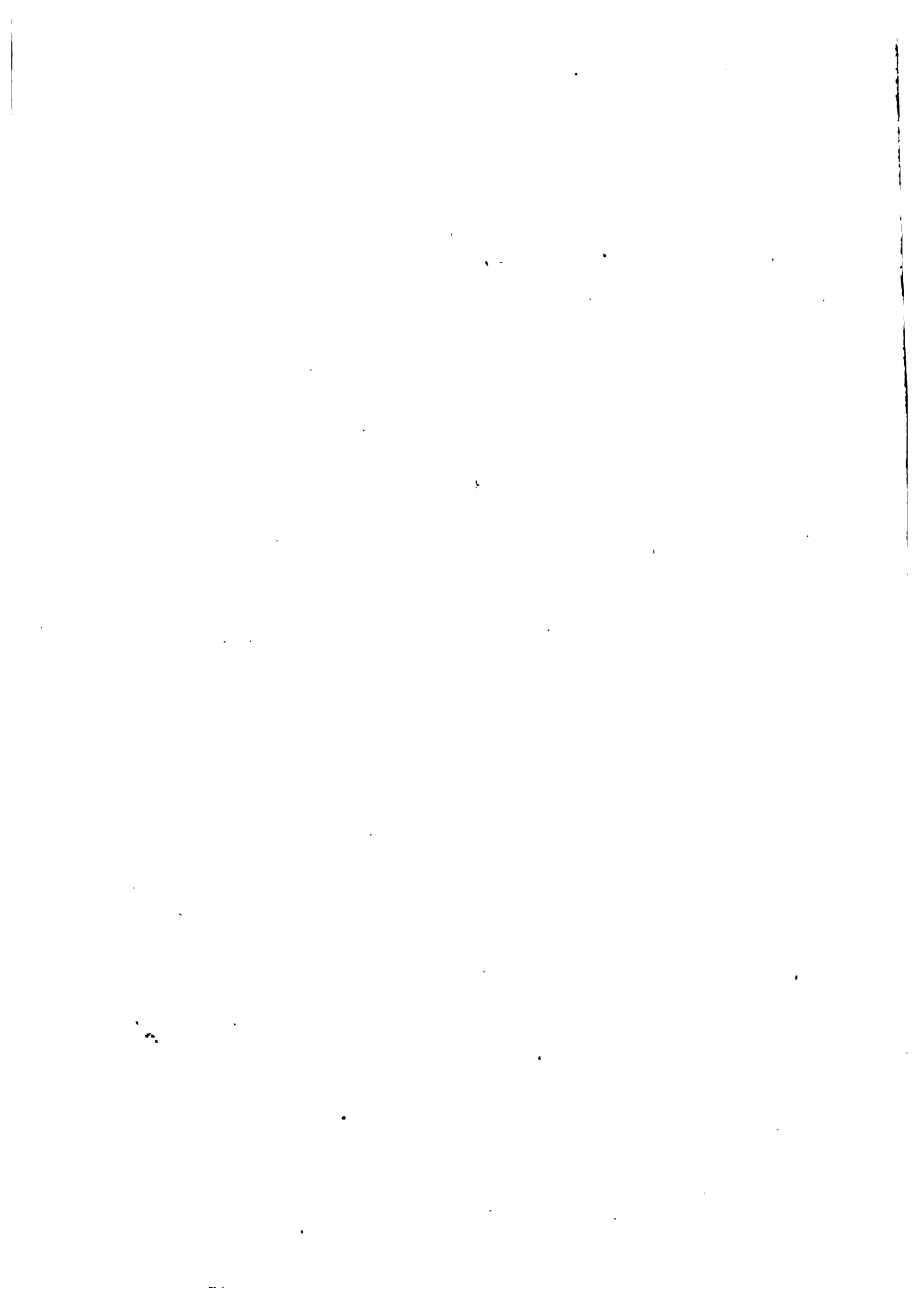
THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.808
Oy3t
v.3





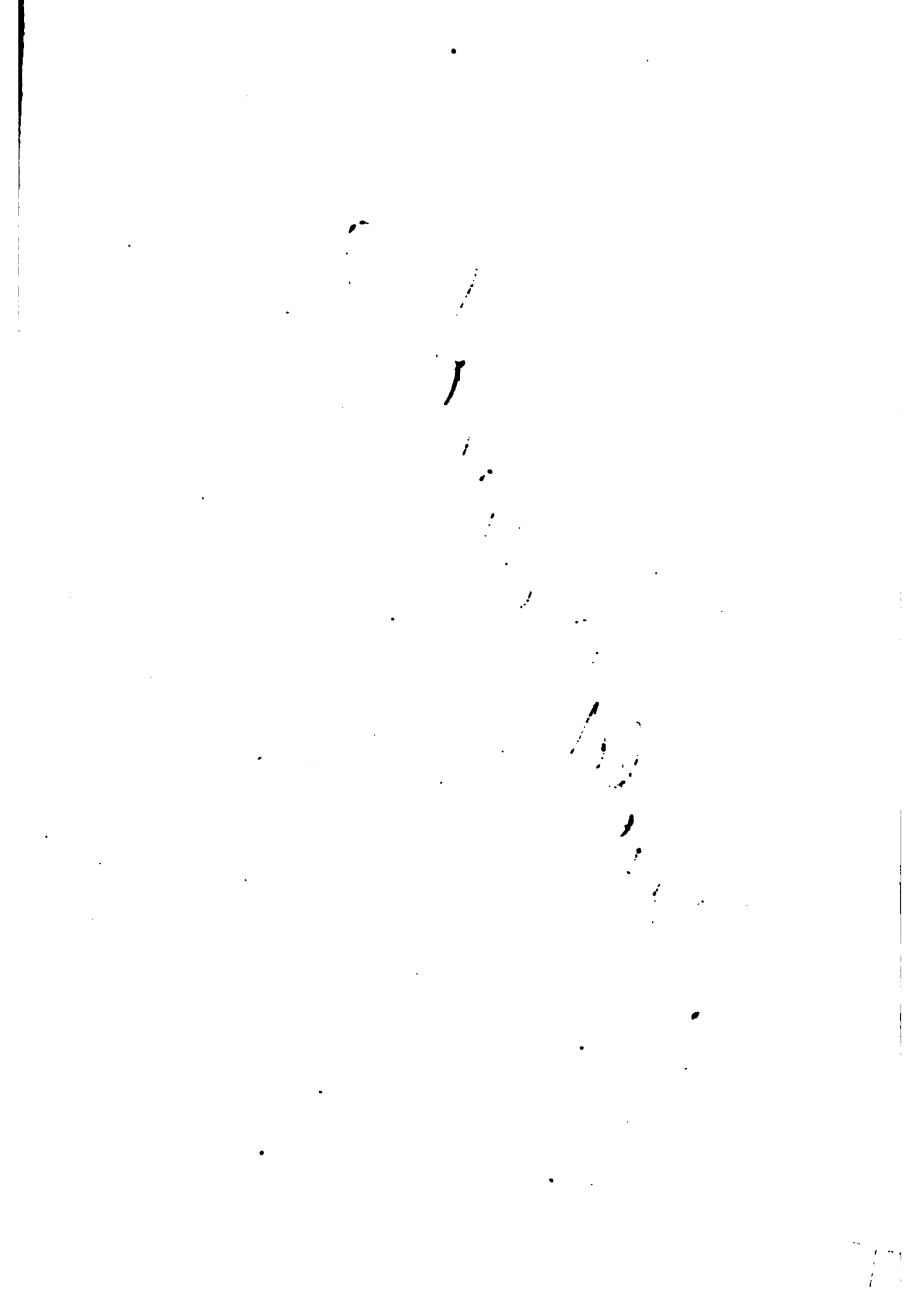




TROZOS ESCOGIDOS

DE

LITERATURA CASTELLANA



TROZOS ESCOGIDOS

DE

LITERATURA CASTELLANA

DESDE EL SIGLO XII HASTA NUESTROS DÍAS

(ESPAÑA Y AMÉRICA)

POR

CALIXTO OYUELA

Catedrático de Literatura preceptiva y de Literatura española
y de los Estados hispano-americanos, en el Colegio Nacional de la Capital.

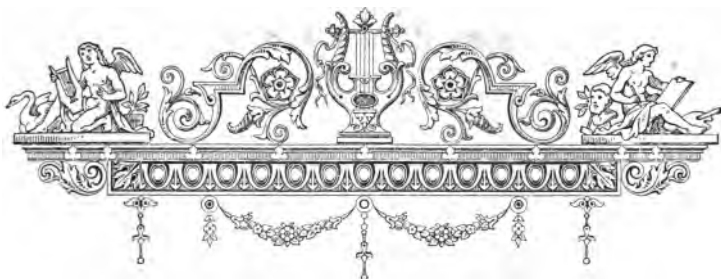
—
VERSO—TOMO III



BUENOS AIRES

Ángel Estrada—Bolívar 196 á 204

MDCCLXXXV



SIGLO XII

Destierro del Cid.

(La Gesta de Mio Cid, cantar primero).

A FÉBOS Doña Ximena con sus fijas do va llegando,
Sennas dueñas las traen, é adúcenlas adelant.
Ant' el Cid Doña Ximena fincó los inojos amos.
Lloraba de los ojos, quisol' besar las manos:
« Merced, Campeador! en ora buena fuestes nado.
« Por malos mestureros de tierra sodes echado.

« Merced, hia Cid! barba tan complida.
« Féme ante vos, yo é las vuestras fijas:
« Infantes son, é de días chicas;
« Con aquestas mis dueñas, de quien so yo servida.
« Yo lo veo, Campeador, que estades vos en ida;
« É nos de vos partirnos hemos en vida,
« Dadnos consejo, por amor de Sancta María. »
Enclinó las manos el de la barba bellida,
Á las sus fijas en brazos las prendía.
Llególas al corazón: ca mucho las quería.
Lloraba de los ojos; tan fuertemiente sospira.

« Hia Doña Ximena, la mi mugier tan complida!
 « Como á la mi alma, yo tanto vos quería.
 « Ya lo veedes, partirnos tenemos en vida.
 « Yo iré, é vos fincaredes remanida.
 « Plega á Dios é á Sancta María,
 « Que aún con mis manos case estas mis fijas,
 « É que de ventura algunos días viva,
 « É vos, mugier ondrada, de mí seades servida. »

Grand yantar le facen al buen Campeador.
 Tañen las campanas en San Pero á clamor.
 Ya por Castiella oyendo van los pregones,
 Cómo se va de tierra Mío Cid el Campeador.
 Unos dejan las casas, é otros los honores.
 En aqués' día en la puent' de Arlanzón
 Ciento é quince cavalleros apriesa juntados son.
 Todos demandan por Mío Cid el Campeador.
 Martín Antolínez con ellos cogió.
 Vánse para do está el que en buen punto nació...

Cuemo lo mandó Mío Cid, así lo han todos á far.
 Pasando va la noche é viniendo la man.
 Ellos, mediados gallos, piensan de ensellar.
 Tañen á matines á una priesa tan grand.
 Mío Cid é su mugier á la iglesia van.
 Echós' Doña Ximena en los grados del altar,
 Rogando al Criador, quanto ella mejor sabe,
 Que á Mío Cid el Campeador que Dios le curias' de mal.
 « Ya, Señor Glorioso, Padre que en cielo estás,
 « Fecist' cielo é tierra, el tercero la mar:
 « Feciste estrellas é luna, é el sol pora escalentar.
 « Prisiste encarnación en Sancta María Madre.
 « En Belem aparecist', como fué tu voluntad.
 « Pastores te glorificaron, ovieron de alaudar.
 « Tres reyes de Arabia te vinieron adorar,
 « Melchor é Gaspar é Baltasar:

« Oro é tus é mirra te ofrecieron de voluntad.
 « Salvete á Jonás cuando cayó en la mar.
 « Salvete á Daniel de los leones en la cárcel.
 « Salvest' dentro en Roma al señor San Sebastián,
 « Salvete á Sancta Susana del falso criminal.
 « Por tierra andidiste, Señor espiritual,
 « Mostrando los miraclos, dont avemos que hablar. . .

« Tú eres Rey de reyes, é de todo el mundo Padre.
 « A ti adoro é creo de toda voluntad;
 « É ruego á San Peydro que me ayude á rogar
 » Por Mfo Cid el Campeador, que Dios le curie de mal.
 « Cuando oy nos partimos, en vida nos faz juntar. »
 La oración fecha, la misa acabada la han.
 Salieron de la iglesia, ya quieren cavalgar.
 El Cid á Doña Ximena íbala á abrazar.
 Doña Ximena al Cid la mano l' va á besar,
 Llorando de los ojos que non sabe qué se far.
 « É él á las niñas tornólas á catar:
 « Á' Dios vos encomiendo, al Padre espiritual.
 « Agora nos partimos; Dios sabe el ajuntar. »
 Llorando de los ojos, que non viestes atal,
 Así s' parten unos d' otros, como la uña de la carne.
 Mfo Cid con los sus vasallos pensó de cavalgar:
 Á' todos esperando, la cabeza tornando va.
 Á' tan gran sabor fabló Minaya Alvar Fáneez:
 « Cid, dó son vuestros esfuerzos? En buen hora naquiestes de
 « Pensemos de ir nuestra vía; esto sea de vagar. (madre.
 « Aún todos estos duelos en gozo se tornarán.
 « Dios que nos dió las almas, consejo nos dará. »

ANÓNIMO.

Descripción de una batalla.

(*La Gesta de Mio Cid, cantar primero.*)

Armado es Campeador con quantos que él ha.
 Fablaba Mio Cid como odredes contar:
 « Todos iscamos fuera, que nadi non raste,
 « Si non dos peones solos por la puerta guardar.
 « Si non muriéremos en campo, en castillo nos enterrarán.
 « Si venciéremos la batalla crezremos en rictad.
 « É nos, Pero Bermúdez, la mi seña tomad.
 « Como sodes muy bueno, tenerla hedes sin art.
 « Mas non agujijedes con ella, si yó non vos lo mandare.»
 Al Cid besó la mano, la seña va tomar.
 Abrieron las puertas, fuera un salto dan.
 Viéronlos las axobdas, al almofalla se van.
 ¡Á' qué priesa van los moros tornándose á armar!
 Ante roído de atamores la tierra querte quebrar.
 Verfedes armarse moros, apriesa entrar en haz.
 De parte de los moros dos señas ha cabdales;
 É' ficieron dos haces de peones mezclar:
 ¿ Quí los podríe contar?
 Las haces de los moros ya s'mueven adelant.
 Por á Mio Cid é á los sos á manos los tomar.
 « Quedos sed, mesnadas, aquí en este logar.
 « Non desranche ninguno, fata que yo lo mande. »
 Aquel Pero Bermúdez non lo pudo endurar.
 La seña tiene en mano; compezó de espolonar.
 « El criador vos vala, Cid Campeador leal!
 « Vo meter la vuestra seña en aquella mayor haz.
 « Los que el debdo avedes veed que la acorrades. »
 Dixo el Campeador: « Non sea, por caridad. »
 Repuso Pero Bermúdez: « Non rastará por al. »
 Esponló el cavallo, é metiól, en el mayor haz.

Moros le reciben por la seña ganar.
 Dánle grandes golpes, mas no l' pueden falsar.
 Dixo el Campeador: «Valelde, por caridad.»
 Embrazan los escudos delant los corazones.
 Abaxan las lanzas apuestas de los pendones.
 Enclinaron las caras de suso de los arzones.
 Íbanlos ferir de fuertes corazones.
 Á grandes voces llama el que en buen hora nació:
 «Feridlos, cavalleros, por amor de caridad:
 Yo so Rui DÍaz el Campeador de Bivar.
 Todos fieren en el haz do está Pero Bermúdez:
 Trescientas lanzas son; todas tienen pendones:
 Sennos moros mataron, todos de sennos golpes:
 Á la tornada que facen otros tantos son.
 Veríedes tantas lanzas premer é alzar:
 É tanta adarga aforadar é pasar:
 É tanta loriga falsa desmanchar:
 Tantos pendones blancos salir vermejos en sangre:
 Tantos buenos cavallos sin sus dueños andar.
 Los moros llaman Mafómat, los cristianos Sanctiague.
 Cañen tantos en un poco de logar.
 Moros muertos mil é trescientos hi ha. . .
 Tantos moros yacen muertos, pocos vivos ha dexados;
 Ca en alcanz sin dubda les fueron dando.
 Ya s' tornan los del que en buen ora náscó.
 Andaba Mío Cid sobre so buen cavallo,
 La cofia froncida: ¡Dios, cómo es barbado!
 Almofar á cuestas; la espada en la mano.
 Vió los sos cómo s' vaan allegando.
 «Grado á Dios, aquel que está en alto,
 Quando tal batalla avemos arrancado.

ANÓNIMO.





SIGLO XIII

Prado deleitoso.

(Milagros de Nuestra Señora).

Yo maestro Gonzalvo de Berceo nomnado
Yendo en romería caecí en un prado,
Verde é bien sencido, de flores bien poblado:
Logar cobdiciaduro para omne cansado.

Daban olor sobeio las flores bien olientes,
Refrescaban en omne las caras é las mientes,
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frías, en ivierno calientes.

Avíe hy grant abondo de buenas arboledas,
Milgranos é figueras, peros e mazanedas,
É muchas otras fructas de diversas monedas,
Mas non avíe ningunas podridas nin acedas.

La verdura del prado, la olor de las flores,
Las sombras de los árboles de temprados sabores
Refrescáronme todo é perdí los sudores:
Podríte vevir el omne con aquellos olores.

Nunqua trobé en siglo logar tan deleitoso,
Nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso,
Descargué mi ropiella por yacer más vicioso:
Poséme á la sombra de un árbol fermoso.

Yaciendo á la sombra perdí todos cuidados,
Odí sonos de aves dulces é modulados :
Nunqua udieron omnes órganos más temprados,
Nin que formar pudiesen sonos más acordados. . .

El prado que vos digo avíe otra bondat :
Por calor nin por frío non perdíe su beltat;
Siempre estaba verde en su entegredat,
Non perdía la verdura por nulla tempestat.

Manamano que fuf en tierra acostado,
De todo el lacerio fuf luego folgado :
Oblidé toda cuita, el lacerio pasado :
Qui allí se morasse seríe bien venturado !

Los omnes é las aves quantas acaecíen
Levaban de las flores quantas levar queríen
Mas mengua en el prado ninguna non facíen :
Por una que levaban, tres ó quatro nacíen.

GONZALO DE BERCEO.

Luciana.

(Libro de Apolonio.)

El Rey Architrastres por la corte más pagar,
Á su fija Luciana mandóla hi venir.
La duenya vino luego, non lo quiso tardar,
Ca quiso á su padre obediente estar.

Entró por el palacio la infante bien adobada,
Besó al Rey manos commo bien ensenyada,
Saluó a los ricos omnes é á toda su mesnada,
Fué la corte desta cosa alegre é pagada.

Fincó entre los otros oío al pelegrino,
 Quiso saber 'quién era ó de qual parte venido.
 Fija, dijo el Rey, omne es de camino,
 Oy tan bien el juego ninguno non avino.

Sirvióme en el juego onde so su pagado,
 Pero non lo conosco, éle yo muy gran grado,
 Segunt mi connoscencia del mar es escapado,
 Grant danyo a priso, onde está desmayado.

Fija, si vos queredes buscarme grant placer,
 Que vos yo siempre aya mucho que gradecer,
 Sabet de su fazienda quanto pudierdes saber,
 Contra éll que sepamos cómo nos captener.

Aguisóse la duenya de toda voluntat,
 Fué contra Apolonio con grant simplicitat,
 Fué luego diziendo palabras de amiztat,
 Como cosa ensennyada que amava bondat.

ANÓNIMO.

Apolonio halla á su hija.

(Libro de Apolonio.)

Vió bien Apolonio que andava carrera,
 Entendió bien sen es falla que la su fija era,
 Salló fuera del lecho luego de la primera,
 Diciendo: ¡Valme, Dios, que eres vertut vera!

Prísola en sus braços con muy grant alegría,
 Diciendo: ¡Ay, mi fija, que yo por vos muría!
 Agora he perdido la cuita que avía,
 Fija, no amanesció pora mí tan buen día.

Nunqua este día no lo cuydé veyer,
Nunqua en los mfos braços yo vos cuydé tener,
Que por vos tristicia, agora he placer,
Siempre avré por ello á Dios que agradecer.

Començó a llamar: Venit los mfos vasallos,
Sano es. Apolonio, ferit palmas é cantos,
Echât las coberteras, corret vuestros cavallos,
Alçat tablados muchos, penssat de quebrantar-los.

Penssat cómo fagades fiesta grant é complida,
Cobrada he la fija que havía perdida,
Buena fué la tempestá, de Dios fué permetida,
Por onde nos ovimos á fer esta venida.

ANÓNIMO.

Darío se pone en marcha.

(*Libro de Alexandre.*)

Ya quería en todesto apuntar el alvor,
Querfe tornar el cielo en vermeja color;
Mandó mover las huestes el bon emperador,
Ca non podfe de sy partir el mal sabor.

Las trompas é los cuernos allí fueron tannidos,
Fueron los atambores de cada parte feridos:
Tanto eran grandes é fieros los roydos,
Semejaban las tierras é los cielos movidos.

Ordenaron su fazienda por yr más acordados,
Que se les avenfes fuessen aparejados:
Mandó que de tal guisa fuessen todos armados
Cuemo se de la fazienda fuessen certificados.

Levaban por reliquias un fuego consagrado,
Siempre estava bivo, nunca fué amatado:
Es yva delante en un carro dorado,
Sobre altar de plata é muy bien cortinado.

Y estava don Júpiter con cirios celestiales,
Iva aprés del fuego con muchos cappellanes,
Andava ese conviento con otros diez carros cabdales,
Que eran de fin oro é de piedras cristales.

Doze pueblos que eran de sendas regiones,
Diversos de vestidos, diversos de sermones,
Que serfen, al menos, bien doze legiones,
Estos mandó Darío que guardassen las religiones.

Bien avé y diez mil carros de los sabios senneros
Que eran por escritos del rey sos consejeros,
Los unos clérigos, los otros cavalleros:
Quienquier los connosceré que eran companneros.

Ivan en pos aquestos quinze mill escogidos,
Todos eran de Darío parientes é amigos,
Todos vestían pretextas, unos nobles vestidos,
Semejaba que fueron en un día nacidos.

En medio yva Darío y un corpo precioso,
Bien semejaba emperador: tant era orgoioso,
El carro en que yva tant era de fremoso,
Quienquier quel podé ver tenés por venturoso.

Los rayos eran doro, fechos á grant lavor.
Las ruedas esso mismo davan grant resplandor,
El exe de fin argent que cantasse mejor,
El ventril de cyprés por dar bon odor. . .

Iva sobrel rey por temprarge la calor,
Una águila fecha de preciosa lavor,
Las alas expandidas por fazer solombra maor:
Siempre tené al rey en temprada sabor.

Eran enna carreta todos los dios pintados,
É cuemo son tres cielos, é de que son poblados,
El primero muy claro, leno de branqueados,
Los otros más de iuso de color más delgados.

Ívanse todos estos de cuesta é delante,
Diez mil aguardadores cerca del emperante,
Todos avien hastas de argent blanqueante,
É cuchiellas brunidas de oro flameante.

Levaba más acerca doscientos lorigados,
Todos fijos de reys, eran bien engendrados,
Todos eran mancebos reciente-mientre nados,
De parecer fremosos é de cuerpos granados.

JUAN LORENZO SEGURA DE ASTORGA.

El mes de Mayo.

(*Libro de Alexandre.*)

El mes era de mayo, un tiempo glorioso
Quando fazen las aves un solaz deleytoso,
Son vestidos los prados de vestido fremoso,
Da sospiros la duenna, la que non ha esposo.

Tiempo dulce é sabroso por bastir casamientos,
Ca lo tempran las flores é los sabrosos vientos :
Cantan las donzelletas, son muchas á conventos,
Fazen unas á otras buenos pronunciamientos.

Caen en el verano las bonas rociadas,
Entran en flor las mieses, ca son ya espigadas ;
Entón casan algunos que pues messan las varvas,
Fazen las duennas triscas en camisas delgadas.

Andan moças e viejas cobiertas en amores,
 Van coger por la siesta á los prados las flores;
 Dizen unas á otras: bonos son los amores,
 Y aquellos plus tiernos tiénense por mejores.

Los días son grandes, los campos reverdidos,
 Son los passariellos del mal pelo exidos,
 Los távanos que muerden no son aún venidos,
 Luchan los monagones en bragas sen vestidos.

JUAN LORENZO SEGURA DE ASTORGA.

Visión en el campo de los cristianos.

(*Leyendas del Conde don Fernando de Castilla.*)¹

Vyeron aquella noche una muy fyera cosa,
 Venfe por el aire una syerpe ravisosa,
 Dando muy fuertes grytos la fantasma astrosa,
 Toda venfe sangrienta commo vermeja, asy commo rrosa.

Facía ella semblante que feryda venía,
 Semejaba en los grytos que el cielo se partía,
 Alumbrava las vestes el fuego que vertía,
 Todos ovyeron gran miedo que quemar-los venía,

Non ovo ende ninguno que fuese tan sforçado,
 Que gran miedo non ovo é non fuese espantado,
 Cayeron muchos omnes en tierra, del espanto,
 Ovyeron muy gran miedo todo el pueblo cruçado.

Despertaron al conde, que era ya dormido,
 Ante quel veniese, el culubro era ydo,

¹ Conocidas con el nombre de *Poema del Conde Fernán González*.

Falló todo el su pueblo cómo desmaydo,
Demando del culubro, cómo fuera venido.

Dyxeron-selo todo, de cuál guisa veniera,
Cómo cosa feryda, que muy grandes grytos diera,
Porque se maravillaban cómo la tierra no la encendiera.
Vuelta venía en sangre aquella vestya fyera.

Quando ge lo contaron asy cómo lo vyeron,
Entendió byen el conde que gran miedo ovieron,
En esta atal figura que dyablos la fycieron,
Á los pueblos cruçados revolverlos quisieron.

Á los moros tenían que venían ayudar,
Coydaban syn duda á los cristianos espantar,
Por tal que los cruçados se ovieron á tornar,
Que quisiera en la veste algún fuego echar.

Mandó á sus varones el buen conde llamar,
Quando fueron juntados mandólos escuchar,
Que él les dería qué querye la serpyente demostrar,
Luego de los estrelleros comenzó de hablar:

« Los moros byen sabedes que se guían por estrellas,
Non se guían por Dios, que se guían por ellas,
Otro Cryador nuevo han fecho ellos dellas,
Dicen que por ellas veen muchas de maravellas.

Ay aún otros que saben muchos encantamentos,
E facen muehos malos gestos con sus esperamentos,
De revolver las nuves é de revolver los vyentos,
Muestra-les el diablo estos entendymientos.

Ayuntan los diablos con sus conjuramentos,
Aliégan-se con ellos et facen sus conventos,
Dicen de los pasados todos sus fallimientos,
Todos facen consejo estos falsos carvonientos.

Algún moro astroso que sabe encantar,
Figo aquel diablo en syerpe figurar,

Por amor que podés a vos-otros espantar,
Con este tal enganno coidaron-se nos tornar.

Commo sodes sesudos, byen podedes saber,
Que non han ellos poder de mal á nos facer,
Que quitó-les Jesucristo el su fuerte poder,
Veades que son locos los que lo quieren creer. »

ANÓNIMO.

Del Libro de las Querellas.

A ti, Diego Pérez Sarmiento, leal,
Cormano et amigo, et firme vasallo,
Lo que á mfos omes de coita les callo
Entiendo decir, plannendo mi mal.

A ti que quitaste la tierra e cabdal
Por las mis haciendas en Roma é allende,
Mi péndola vuela, escóchala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.

¡Cómmo yaz solo el Rey de Castiella,
Emperador de Alemanna que foé,
Aquel que los reyes besaban el pie,
Et reinas pedían limosna en manciella!

Aquel que de hueste mantovo en Seviella
Diez mill de á cavallo et tres doble peones;
Aquel que acatado en lejanas naciones
Foé por sus Tablas et por su cochiella!

.....

Yo salí de la mi tierra para yr á Dios servir,
Et perdí lo que avía desde mayo fasta abril;
Todo el regno de Castiella fasta allá á Guadalquivir.

Los obispos et perlados cuydé que metfen paz
Entre mí et el mío fijo, commo en su decreto iaz:
Ellos dexaron aquesto et metieron mal assaz,
Non á escuso, mas á voces, bien commo el annafil faz.

Falleciéronme parientes et amigos que yo avía,
Con averes et con cuerpos, et con su cavallería;
Ayúdenme Jesu-Christo, su madre Sancta María:
Que yo á ellos me acomiendo de noche et también de día.

Non he más á quien lo diga nin á quien me querellar,
Pues los amigos que avé non me ossan ayudar:
Que por miedo de don Sancho desmamparado me han:
Pues Dios non me desmampare, quando por mí á imbiar.

Ya yo oy otras veces de otro rey assí contar,
Que con desamparo que ovo se metió en alta mar
Á se morir en las ondas ó las venturas buscar:
Apollonio fué aqueste rey, é yo faré otro que tal.

ALFONSO EL SABIO.





SIGLO XIV

Ensiemplo de la propiedat que el dinero ha.

MUCHO fas el dinero, et mucho es de amar,
Al torpe fase bueno, et omen de prestar,
Fase correr al cojo, et al mudo fabrar,
El que non tiene manos, dineros quiere tomar.

Sea un home nescio, et rudo labrador,
Los dineros le fassen fidalgo é sabidor,
Quanto más algo tiene, tanto es más de valor,
El que non ha dineros, non es de sí sennor.

Si tovieres dineros, habrás consolación,
Plaser, é alegría, del papa ración,
Comprará paraíso, ganará salvación,
Do so muchos dineros, es mucha bendición.

Yo vi en corte de Roma, do es la santidat,
Que todos al dinero fassen grand homilidat,
Grand honra le fascfan con gran solemnidad,
Todos á él se homillan como á la magestat.

Fasfe muchos priores, obispos et abades,
Arzobispos, doctores, patriarcas, potestades,
Á muchos clérigos nescios dábales dinidades,
Fasfe de verdat mentiras, et de mentiras verdades.

Fasfa muchos clérigos é muchos ordenados,
Muchos monges e monjas, religiosos sagrados,

El dinero los daba por bien examinados,
Á los pobres decían, que no eran letrados.

Daba muchos juicios, mucha mala sentencia,
Con muchos abogados era su mantención,
En tener pleytos malos et faser avenencia,
En cabo por dineros había penitencia.

El dinero quebranta las cadenas dannosas,
Tira cepos, é grillos, et cadenas plagosas,
El que non tiene dineros, échanle las posas,
Por todo el mundo fase cosas maravillosas.

Yo vi fer maravilla do él mucho usaba,
Muchos merecían muerte que la vida les daba,
Otros eran sin culpa, et luego los mataba,
Muchas almas perdía, et muchas salvaba.

Fasta perder al pobre su casa e su vinna,
Sus muebles e raíces todo los desalinna,
Por todo el mundo anda su sarna é su tinna,
Do el dinero juega, allí el ojo guinna.

Él fase cavalleros de nescios aldeanos,
Condes, é ricos homes de algunos villanos.
Con el dinero andan todos los omes lozanos,
Quantos son en el mundo, le besan hoy las manos.

Vi tener al dinero las mejores moradas,
Altas é muy costosas, fermosas é pintadas,
Castillos, eredades, et villas entorreadas,
Todas al dinero sirven, et suyas son compladas.

Comía muchos manjares de diversas naturas,
Vistía los nobles pannos, doradas vestiduras,
Traía joyas preciosas en vicios et folguras,
Guarnimientos estrannos, nobles cabalgaduras....

Toda muger del mundo é de alteza
Págase del dinero et de mucha riqueza,

Yo nunca vi hermosa, que quisiese poblesa,
Do son muchos dineros, y es mucha noblesa.

El dinero es alcalde et juez mucho loado,
Este es consejero, et sutil abogado,
Alguacil et merino bien ardit esforzado,
De todos los oficios es muy apoderado.

En suma te lo digo, tómallo tu mejor,
El dinero del mundo es grand revolvedor,
Sennor fase del siervo, de sennor servidor,
Toda cosa del sigro se fase por su amor.

Por dineros se muda el mundo é su manera,
Toda muger cobdiciosa de algo es falaguera,
Por joyas et dineros salirá de carrera,
El dar quebranta pennas, fiende dura madera.

Derrueca fuerte muro, et derriba grant torre
Á coyta, et á grand priesa el mucho dar acorre;
Non a siervo captivo, que el dinero non le aforre,
El que non tiene que dar, su cavallo non corre.

Las cosas que son graves, fáselas de ligero,
Por ende á tu talante sé franco e llanero,
Que poco ó que mucho non vaya sin logrero.
Non me pago de juguetes, do no anda el dinero.

JUAN RUIZ.

**Aquí dise de cómo fué fablar con donna Endrina
el arcipreste.**

Ay Dios y quán hermosa viene donna Endrina por la plazal
Qué talle, qué donayre, qué alto cuello de garza!
Qué cabellos, qué boquilla, qué color, qué buenandanza!
Con saetas de amor fiere cuando los sus ojos alza.

Pero tal lugar non era para para hablar en amores,
 Á mí luego me vinieron muchos miedos é temblores,
 Los mis pies é las mis manos non eran de sí sennores,
 Perdí seso, perdí fuerza, mudáronse mis colores.

Unas palabras tenía pensadas para le desir,
 El miedo de las compannas me fasten al departir,
 Apenas me conocía, nin sabía por dó ir,
 Con mi voluntat mis dichos non se podían seguir.

Fablar con muger en plaza es cosa muy descubierta,
 Á veces mal perro anda tras mala puerta abierta,
 Bueno es lugar fermoso, echar alguna cobierta,
 Á do es lugar seguro es bien hablar cosa cierta.

Sennora, la mi sobrina que en Toledo seía
 Se vos encomienda mucho, mil saludes vos envía:
 Si ovies lugar é tiempo, por quanto de vos oía,
 Deseavos mucho ver, et conocer vos querría.

Querían allá mis parientes casarme en esta sazón,
 Con una doncella rica, fija de Don Pepión,
 Á todos di por respuesta que la non quería non,
 De aquella sería mi cuerpo que tiene mi corazón.

Abajé más la palabra, dixel que en juego fablaba,
 Porque toda aquella gente de la plaza nos miraba,
 Desde que vi que eran idos, que omen af non ficaba,
 Comenzel decir mi quejura del amor que me afincaba.

Otro non sepa la fabla, desto jura fagamos,
 Do se celan los amigos, son más fieles entramos.

En el mundo non es cosa que yo ame á par de vos,
 Tiempo es ya pasado de los annos, más de dos
 Que por vuestro amor me pena, ámovos más que á Dios.
 Non oso poner persona que lo fable entre nos.

Con la grant pena que paso, vengo á vos desir mi quexa.
 Vuestro amor he desto que me afinca é me aquexa;

Non me tira, non me parte, non me suelta, non me dexa:
Tanto me da la muerte, quanto más se me alexa.

Recelo he que non me oídes esto que vos he hablado,
Fablar mucho con el sordo es mal seso e mal recabdo:
Cret que vos amo tanto que non ey mayor cuydado,
Esto sobre todas cosas me traye más afincado.

Sennora, yo non me atrevo á desir vos más rasones
Fasta que me respondades á estos pocos sermones,
Desitme vuestro talant, veremos los corasones.
Ella dixo: vuestros dichos non los precio dos pinnones.

Bien así engannan munchos á otras munchas Endrinas,
El ome tan engannoso así enganna á sus vesinas.
Non cuidedes que so loca por oyr vuestras parlinas,
Buscat á quién engannedes con vuestras falsas espinas.

Yo le dixé: ya sannuda, anden fermosos trebejos,
Son los dedos en las manos, pero non son todos parejos,
Todos los omes non somos de unos fechos nin consejos.
La penna tiene blanco et prieto, pero todos son conejos.

JUAN RUIZ.

**Ensiemplo de los dos perezosos que querían casar
con una duenna.**

Desirté la fasanna de los dos perezosos,
Que querían casamiento, é andaban acusiosos,
Amos por una duenna estaban cobdiciosos,
Eran muy bien apuestos, et verás quán fermosos.

El uno era tuerto del su ojo derecho,
Ronco era el otro, de la pierna contrecho,

El uno del otro había muy grand despecho,
Coydando que tenía su casamiento fecho.

Díxoles la duenna, que ella quería casar
Con el más perezoso, et aquel quería tomar;
Esto desé la duenna, queriéndolos abeytar,
Fabró luego el cojo, coydóse adelantar.

Dixo: sennora, oíd primero la mi rasón,
Yo soy más perezoso que este mi compannón,
Por peresa de tender el pie fasta el escalón
Caf del escalera, finqué con esta lesión.

Otro sí yo pasaba nadando por el río,
Fasía la siesta grande mayor que ome non vido;
Perdíame de sed, tal peresa yo crío,
Que por non abrir la boca, de sed perdí el hablar mío.

Desde que calló el cojo, dixo el tuerto: sennora,
Chica es la peresa que este dixo agora,
Desir vos he la mía, non vistas tal ningund hora,
Nin ver tal la puede omen que en Dios adora.

Yo era enamorado de una duenna en abril,
Estando delante ella sosegado é muy omil,
Vínome descendimiento á las narices muy vil,
Por peresa de alimpiarme perdí la duenna gentil.

Más vos diré, sennora, una noche yafía
En la cama despierto, é muy fuerte llovía,
Dábame una gotera del agua, que fasía,
En el mi ojo muy resia, á menudo fería.

Yo hobe grand peresa, de la cabeza redrar,
La gotera que vos digo, con su mucho resio dar,
El ojo, de que soy tuerto, hóbomelo de quebrar;
Debedes por más peresa, duenna, conmigo casar.

Non sé, dixo la duenna, destas peresas grandes,
Qual es la mayor dellas, ambos pares estades,

Véovos torpe cojo de cuál pie cojeades,
 Veo tuerto sucio que siempre mal catades.

Buscad con quien caseades, que la duenna non se paga
 De peroso torpe, nin que vilesa faga,
 Por ende, mi amigo, en tu corazón non yaga.
 Nin tacha, nin vilesa, de que duenna se despaga.

« Fazle una vegada la vergüenza perder
 « Porque aquesto faz mucho si la podieres aver;
 « Desdeque una vez pierde vergüenza la muger,
 « Más diabluras face de quantas ome quier.

« Talente de mugeres, quién lo podría entender,
 « Sus malas maestrías é su mucho mal saber!
 « Quando son encendidas et mal quieren facer,
 « Alma, e cuerpo, e fama, todo lo dexan perder.

« Desdeque la vergüenza pierde el tafur al tablero,
 « Si el pellote juga, jugara el braguero;
 « Desdeque la cantadera dise el cantar primero,
 « Siempre le bullen los pies, et mal para el pandero.

« Texedor é cantadera nunca tienen los pies quedos
 « En el telar é en la danza siempre bullen los tres dedos,
 « La muger sin vergüenza, por darle diez Toledos
 « Non dexaría de facer sus antojos aredos.

« Non olvides la duenna, dícholero he de suso,
 « Muger, molino et huerta, siempre quieren grand uso,
 « Non se pagan de disanto emporidat nin á escuso.
 « Nunca quieren olvido, probador lo compuso.

« Cierta cosa es esta quel molinó andando gana,
 « Huerta mexor labrada da la mexor manzana,
 « Muger mucho seguida, siempre anda lozana,
 « Do estas tres guardaes non es tu obra vana. »

JUAN RUIZ. ¹

1. Arcipreste de Hita.

Combate entre moros y cristianos.

(Poema de Alonso onceso.)

Dixo contra sus paganos:
Non temades de morir,
Muy pocos son los xristianos,
Non nos podrán sofrir.

É este rrey portogales
Non sabe lid ferida,
De matar puerco montés,
Pasó siempre su vida.

Morirá, non ay al,
Él con toda su mesnada;
La casa de Portogal
Oy será desbaratada.

Granada luego llamaron,
Llegaron contra el Salado,
Tres omnes de pie mataron
En el primer encontrado.

Ganando yvan tierra
Vencían lid campal,
É de partes de la sierra
Salió el rrey de Portogal.

Esforzó los fijos dalgo,
Fué cometer el torneo,
Llamando yva Santiago,
Fijo del Sebedeo.

Todos se luego ayuntaron,
La lid fué cometida,
Un torneo començaron,
Do muchos perdieron bida.

Bravamiente se ferían
Xristianos muy bien lindiavan,

Las lanças les fallescían,
De las espadas se membravan.

Terciávanlas en las manos,
Apretavan los mugurones,
Dios ayudó los xristianos
En las primeras entenciones.

Cometieron la fasienda,
Moros bolvieron de arrancada,
Apriesa tornó la rrienda
Juçaf, rey de Granada.

Su senna fiso tornar
Amergida bien por tierra,
É él se fué enbarrar
Por cima de una sierra.

É yva con sus conpannas
Atravesando los puertos,
Acerca de unas cabannas
Muchos moros fueron muertos.

É yvan con grand mansiella
Fuyendo por los oteros,
Biólos el rrey de Castiella,
É llamó los cavalleros.

RUY YÁÑEZ.

La Danza de la Muerte.

Dise la Muerte:

A la dança mortal venid los nascidos,
Que en el mundo soes, de qualquiera estado;
El que non quisiere á fuerça é amidos
Faserle he venir muy toste parado.
Pues que ya el frayre vos ha pedricado,

Que todos vayaes á faser penitencia;
 El que non quisiere poner diligencia,
 Por mí non puede ser más esperado.

(Primeramente llama á su dança á dos donsellas.)

Esta mi dança traye de presente
 Estas dos donsellas que vedes fermosas,
 Ellas vinieron de muy mala mente
 Oyr mis canciones, que son dolorosas.
 Mas non les valdrán flores é rosas,
 Nin las conposturas que poner solfan ;
 De mí, sy pudiesen, partir-se querrían,
 Mas non puede ser, que son mis esposas.

Á estas é á todos por las aposturas
 Daré fealdad, la vida partida,
 É desnudedad por las vestiduras
 Por syempre jamás muy triste aborrida.
 É por los palacios daré por medida
 Sepulcros oscuros, de dentro fedientes,
 É por los manjares gusanos rroyentes,
 Que coman de dentro su carne podrida.

É porque el santo padre es muy alto sennor,
 Que en todo el mundo non ay su par,
 É desta mi dança será guiador,
 Desnude su capa, comience á sotar.
 Non es ya tiempo de perdones dar,
 Nin de celebrar en grande aparato ;
 Que yo le daré en breve mal rrato:
 Dançad, padre santo, sin más de-tardar.

Dise el Padre Santo:

¡Ay de mí triste, qué cosa tan fuerte!
 Á yo, que tractaba tan grand prelasía,

Aber de pasar agora la muerte,
 É non me valer lo que dar solía !
 Beneficios é honrras é grand sennoría
 Tove en el mundo, pensando vevir ;
 Pues de ti, Muerte, non puedo fuyr,
 Valme Jhesucristo é la Virgen María.

Dise la Muerte:

Non vos enojedes, sennor padre santo,
 De andar en mi dança, que tengo ordenada ;
 Non vos valdrá el bermejo manto,
 De lo que fezistes abredes soldada.
 Non vos aprovecha echar la crusada,
 Proveer de obispados nin dar beneficios,
 Aquí moriredes syn faser más bollicios:
 Dançad, imperante, con cara apagada.

Dise el Enperador:

¿ Qué cosa es esta que á tan sin pavor
 Me lleva á su dança, á fuerça, sin grado ?
 Creo que es la muerte, que non ha dolor
 De home, que grande ó cuytado.
 Non ay ningund rrey ni duque esforçado,
 Que della me pucda agora defender ;
 Acorredme todos, mas non puede ser,
 Que ya tengo della todo el seso turbado.

Dise la Muerte:

Enperador muy grande, en el mundo potente,
 Non vos cuytedes, ca non es tiempo tal
 Que librar vos pueda, inperio nin gente,
 Oro nin plata, nin otro metal.
 Aquí perderedes el vuestro cabdal,
 Que athesorastes con grand tyranía,

Fasiendo batallas de noche y de día:
Morid, non curedes. Venga el cardenal.

Dise el Cardenal:

¡Ay Madre de Dios! Nunca pensé ver
Tal dança como esta, á que me fassen yr;
Querría, sy pudiese, la muerte estorcer,
Non sé dónde vaya, comienço á thremer.
Syempre trabajé, noctar y escrebir,
Por dar beneficios á los mis criados,
Agora mis miembros son todos torvados,
Que pierdo la vista é non puedo oyr.

Dise la Muerte:

Reverendo padre, bien vos avisé
Que aquí abríades por fuerça allegar,
En esta mi dança, en que vos faré
Agora ayna un poco sudar.
Pensastes el mundo por vos trastornar,
Por llegar á papa é ser soberano,
Mas non lo seredes aqueste verano:
Vos, rrey poderoso, venit á dançar.

Dise el Rey:

Valfa, valfa, los mis cavalleros,
Yo non querría yr á tan baxa dança;
Llegad vos con los ballesteros,
Hanparad-me todos por fuerça de lança.
Mas ¿qué es aquesto que veo en balança,
Acortarse mi vida é perder los sentidos?
El coraçón se me quebra con grandes gemidos,
Adiós, mis vasallos; que muerte me trança.

Dise la Muerte:

Rey fuerte, tirano, que syempre rrobastes
Todo vuestro rreyno, é fenchistes el arca,

De faser justicia muy poco curastes,
 Segunt es notorio por vuestra comarca.
 Venit para mí, que yo so monarca,
 Que prenderé á vos é á otro más alto;
 Llegat á la dança cortés en un salto:
 En pos de vos venga luego el patriarca.

Dise el Patriarca:

Yo nunca pensé venir á tal punto,
 Nin estar en dança tan sin piadad,
 Ya me van privando, segunt que barrunto,
 De beneficios é de dignidad.
 ¡ Oh home mesquino, que en grand ceguedad
 Andove en el mundo, non parando mientes,
 Cómo la Muerte con sus duros dientes,
 Roba á todo home de cualquier edad!

ANÓNIMO. ¹

¹ Se atribuye al Rabbí don Sem Tob de Carrión.





SIGLO XV

Muerte de Lorenzo Dávalos.

(*Laberinto.*)

AQUEL que allí ves al cerco trabado,
Que quiere subir y se halla en el aire,
Mostrando en su rostro doblado donaire,
Por dos deshonestas feridas llagado,
Es el valiente, no bien fortunado,
Muy virtuoso mancebo Lorenzo,
Que hizo en un día su fin y comienzo :
Aquel es el que era de todos amado.

El mucho querido del señor infante
Que siempre le fuera señor como padre :
El mucho llorado de la triste madre,
Que muerto ver pudo tal hijo delante.
¡ O dura fortuna, cruel, tribulante !
Por ti se le pierden al mundo dos cosas,
Las vidas y lágrimas tan piadosas
Que ponen dolores de espada tajante.

Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste después que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento y tendido
De aquel que criara con tanto desvelo :

Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud,
Que cae la triste muerta por el suelo.

Rasga con uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con medida poca;
Besando á su hijo la su fría boca
Maldice las manos de quien lo matara;
Maldice la guerra do se comenzara,
Busca con ira crueles querellas,
Niega á sí mesma reparo de aquellas,
Y tal como muerta viviendo se para.

Decía llorando, con lengua rabiosa:
O matador de mi hijo cruel,
Mataras á mí, dejaras á él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa:
Fuera á la madre muy más digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,
Y no te mostraras á él tan amargo,
Ni triste dejaras á mí querellosa.

Si antes la muerte me fuera ya dada,
Cerrara mi hijo con estas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos,
É yo no muriera más de una vegada;
Moriré así muchas desaventurada,
Que sola padezco lavar sus heridas
Con lágrimas tristes y no agradecidas,
Magüer que lloradas por madre cuitada.

JUAN DE MENA.

La vaquera de la Finojosa.

Moza tan hermosa
 Non vi en la frontera
 Como una vaquera
 De la Finojosa.

Faciendo la vía
 De Calataveño
 A Santa María,
 Vencido del sueño,
 Por tierra fragosa
 Perdí la carrera,
 Do vi la vaquera
 De la Finojosa.

En un verde prado
 De rosas y flores
 Guardando ganado
 Con otros pastores,
 La vi tan hermosa
 Que apenas creyera

Que fuese vaquera
 De la Finojosa.
 Non creo las rosas
 De la primavera
 Sean tan hermosas
 Nin de tal manera,
 Fablando sin glosa
 Si antes supiera
 Daquella vaquera
 De la Finojosa.

Non tanto mirara
 Su mucha beldad
 Porque me dejara
 En mi libertad.
 Mas dije, donosa,
 Por saber quién era
 Aquella vaquera
 De la Finojosa.

EL MARQUÉS DE SANTILLANA. ¹

S o n e t o .

No en palabras los ánimos gentiles,
 No en amenazas, ni semblantes fieros
 Se muestran altos, fuertes é viriles,
 Bravos, audaces, duros, temederos.

¹ Don Íñigo López de Mendoza.

Sean los actos non punto civiles
 Mas virtuosos é de cavalleros,
 É dexemos las armas feminiles
 Abominables á todos guerreros.

Si los Scipiones é Decios lidiaron
 Por el bien de la patria, ciertamente
 Non es dubda magüer que non fablaron;

Ó si Metelo se mostró valiente.
 Pues loaremos los que bien obraron,
 É dejaremos el hablar noziente.

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Alegoría.

.....

Pero tornando al vestiglo
 É su diforme figura,
 Digno de ser en el siglo
 Para siempre en escriptura,
 Digo que la su figura,
 Magüer que de puerco fuese,
 Non es quien jamás viese
 Tal braveza en catadura.

Como la flama ardiente
 Que su scintillas envía
 En torno e de continente,
 De sus ojos parescía
 Que los rayos esparzía
 Á do quier que regardava,

É fuertemente turbava
Á cualquier que lo segufa.

Como cuando ha tirado
La bombardada en derredor,
Finca el corro despoblado
Del muy grand fumo é negror,
Bien de aquel mismo color
Una niebla le salía
Por la boca, do volví
Demostrando su furor.

É bien como la saeta
Que por fuerza é maestría
Sale por su linia reta
Do la ballesta la envía,
Por semejante facía
Á do sus púas lanzava,
Así que mucho espantava
Al que menos lo temía.

Estando como espantado
Del animal monstruoso,
Vi venir acelerado
Por el valle fonduroso
Un home que tan fermoso
Los vivientes nunca vieron,
Nin aquellos que escribieron
De Narciso el amoroso.

De la su gran fermosura
Non conviene que más fable,
Ca por bien que la escriptura
Quisiese lo razonable
Racontar, lo inestimable
Era su cara luciente

Como el sol cuando en Oriente
Face su curso agradable.

Un palafrén cavalgava
Muy ricamente guarnido,
É la silla se mostrava
Fecha de oro bruñido:
Un capirote vestido
Sobre una ropa bien fecha
Trahía de manga estrecha
Á guisa de home entendido.

Llevava en su mano diestra
Un venablo de montero,
Un alano á la siniestra,
Muy fermoso é muy ligero;
É bien como cavallero
Animoso de coraje,
Venía por el boscaje
Siguiendo el vestiglo fiero.

Nunca demostró Cadino
El deseo tan ferviente
De ferir al serpentino
De la humana semiente.
Nin Perseo tan valiente
Se mostró cuando conquiso
Las tres hermanas, que priso
Con el scudo eminente.

Quando vió el venado
É los canes que tenía,
Soltó muy apresurado
El alano que trahía;
É con muy gran osadía
Bravamente lo firió.

Así que luego cayó
Con la muerte que sentía.

.....

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Vida retirada.

Benditos aquellos que con el azada
Sustentan sus vidas é viven contentos,
É de cuando en cuando conocen morada,
É sufren pacientes las lluvias é vientos!
Ca estos non temen los sus movimientos,
Nin saben las cosas del tiempo pasado,
Nin de las presentes se facen cuidado,
Nin las venideras dó han nascimientos.

Benditos aquellos que siguen las fieras
Con las gruesas redes y canes ardidos,
É saben las trochas é las delanteras,
É fieren del arco en tiempos debidos!
Ca estos por saña non son conmovidos,
Non vana cobdicia los tiene sujetos,
Non quieren thesoros nin sienten affetos,
Nin turban temores sus libres sentidos.

Benditos aquellos que, cuando las flores
Se muestran al mundo, desciben las aves,
É fuyen las pompas é vanos honores,
É ledos escuchan sus cantos süaves!

¡Benditos aquellos que en pequeñas naves
 Siguen los pescados en pobres traynas,
 Ca estos non temen las lides marinas,
 Nin cierra sobre ellos fortuna sus llaves!

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Coplas.

A la muerte de su padre el Maestre Don Rodrigo.

Recuerde el alma adormida,
 Avive el seso y despierte,
 Contemplando
 Cómo se pasa la vida,
 Cómo se viene la muerte,
 Tan callando.

Quán presto se va el placer,
 Cómo después de acordado,
 Da dolor;
 Cómo á nuestro parecer,
 Qualquiera tiempo pasado,
 Fué mejor.

Y pues vemos lo presente
 Cómo en un punto se es ido
 Y acabado;
 Si juzgamos sabiamente,
 Daremos lo no venido
 Por pasado.

No se engañe nadie, no,
 Pensando que ha de durar
 Lo que espera

Más que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir.

Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
Y más chicos:
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos,
Y los ricos. . .

Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino
Para andar esta jornada
Sin errar.

Partimos quando nascemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenescemos;
Así que quando morimos
Descansamos.

Decidme, la hermosura,
La gentil frescura y tez .
De la cara,
La color y la blancura,
Quando viene la vejez,
¿Qué se para?

Las mafias y ligereza,
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza
Quando llega al arrabal
De senetud . . .

Los estados y riqueza,
Que nos dexan á deshora,
¿Quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
Porque son de una señora
Que se muda.

Que bienes son de fortuna,
Que se vuelven con su rueda
Presurosa,
La qual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda
En una cosa.

Pero digo que acompañen,
Y lleguen hasta la huesa
Con su dueño;
Por eso no nos engañen,
Que se va la vida apriesa
Como sueño.

Y los deleites de acá,
Son en que nos deleitamos
Temporales;
Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.

Los placeres y dulzores
Desta vida trabajada
Que tenemos,

¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?

No mirando á nuestro daño
Corremos á rienda suelta
Sin parar:
Desque vemos el engaño,
Y queremos dar la vuelta,
No hay lugar.

Si fuese en nuestro poder
Tornar la cara hermosa
Corporal
Como podemos hacer
El alma tan gloriosa
Angelical,

¿Qué diligencia tan viva
Tuviéramos toda hora,
Y tan presta,
En componer la captiva,
Dejándonos la señora
Descompuesta?

Estos reyes poderosos
Que vemos por escripturas
Ya pasadas,
Con casos tristes llorosos
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.

Así que no hay cosa fuerte
A papas ni emperadores
Ni prelados,
Que así los trata la muerte
Como á los pobres pastores
De ganados...

¿Qué se hizo el rey Don Juan?
 Los infantes de Aragon
 ¿Qué se hizieron?
 ¿Qué fué de tanto galán?
 ¿Qué fué de tanta invención
 Como traxeron?

Las justas y los torneos,
 Paramentos, bordaduras
 Y cimeras,
 ¿Fueron sino devaneos?
 ¿Qué fueron sino verduras
 De las eras?

¿Qué se hicieron las damas,
 Sus tocados, sus vestidos,
 Sus olores?
 ¿Qué se hicieron las llamas
 De los fuegos encendidos
 De amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar,
 Las músicas acordadas
 Que tañían?
 ¿Qué se hizo aquel danzar,
 Aquellas ropas chapadas
 Que trafan?

Pues el otro su heredero
 Don Enrique, ¿qué poderes
 Alcanzaba?
 ¡Cuán blando, cuán halagüero
 El mundo con sus placeres
 Se le daba!

Mas verás cuán enemigo,
 Quán contrario, Quán cruel
 Se mostró;
 Habiéndole sido amigo,

¡Quán poco duró con él
Lo que dió!

Las dádivas desmedidas,
Los edificios reales
Llenos de oro,
Las vaxillas tan febridas,
Los enriques y reales
Del thesoro,

Las jaeces y caballos
De su gente y atavíos,
Tan sobrados,
¿Dónde iremos á buscarlos?
¿Qué fueron sino rocíos
De los prados?

Pues su hermano, el inocente
Que en su vida sucesor
Se llamó,
¿Qué corte tan excelente
Tuvo, y cuánto gran señor
Que lo siguió?

Mas como fuese mortal,
Metiólo la Muerte luego
En su fragua.
¡Oh juicio divinal!
Quando más ardía el fuego
Echaste el agua.

Pues aquel gran Condestable,
Maestre que conocimos
Tan privado,
No cumple que dél se hable,
Sino sólo que lo vimos
Degollado.

Sus infínitos thesoros,

Sus villas y sus lugares,
Y mandar,
¿Qué le fueron sino lloros?
¿Fuéronle sino pesares
Al dexar?...

Tantos duques excelentes,
Tantos marqueses y condes
Y barones
Como vimos tan potentes,
Dí, Muerte, ¿dó los abscondes
Y traspones?

Y sus muy claras hazañas
Que hizieron en las guerras
Y en las pazes,
Cuando tú, cruel, te ensañas,
Con tus fuerzas las atierras
Y deshazes.

Las huestes innumerables
Los pendones y estandartes
Y banderas;
Los castillos impunables,
Los muros, y baluartes
Y barreras,

La cava honda chapada,
Ó qualquier otro reparo,
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes airada,
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.

.....

JORGE MANRIQUE.





SIGLO XVI

Á don Diego de Mendoza.

HOLGUÉ, Señor, con vuestra carta tanto,
Que levanté mi pensamiento luego,
Para tornar á mi olvidado canto.

Y así, aunque estaba á oscuras como ciego,
Sin saber atinar por dónde iría,
Cobré tino en la luz de vuestro fuego.

La noche se me hizo claro día,
Y al recordar mi soñoliento estilo,
Vuestra musa valió luego á la mía.

Vuestra mano afudó mi roto hilo,
Y á mi alma regó vuestra corriente
Con más fertilidad que riega el Nilo.

Por do si mi escribir ora no siente
Fértil vena, será la causa desto
Ser mi ingenio incapaz naturalmente.

Pero, viniendo á nuestro presupuesto,
Digo también que el no maravillarse
Es propio de juicio bien compuesto.

Quien sabe y quiere á la virtud llegarse,
Pues las cosas verá desde lo alto,
Nunca terná de qué pueda alterarse.

Todo lo alcanzará sin dar gran salto,
Sin moverse andará por las estrellas,
Seguro de alborozo y sobresalto.

Las cosas naturales verá bellas,
Y bien dirá entre sí que son hermosas;
Pero no parará por eso en ellas.

Subirse ha al movedor de todas cosas,
Y allí contemplará grandes secretos
Hasta en las florecillas y en las rosas.

Allí verá con causas los efetos,
Y viendo los principios y su fuente,
No habrá maravillar en sus concetos.

Verá el correr del sol resplandeciente,
Y la velocidad incomparable
Con que va de levante hasta poniente.

Verá la luna y su mover mudable,
Acá y allá mostrando desatinos,
Tanto que á los antiguos fué admirable.

Verá mil otros cursos y caminos,
Según que por acá nuevas tenemos
De los siete planetas por los sinos.

Verá, en fin, más que todo quanto vemos,
Y en maravillas no maravillado,
Estará sin sentir jamás extremos.

Como digo, en lo alto irá encumbrado,
Y viendo desde allí nuestras baxezas,
Llorará y reyrá de nuestro estado.

Nuestras fuerzas dirá que son flaquezas;
Terná nuestros deleytes por fatigas,
Y nuestras abundancias por pobrezaas.

Los hombres antojársele han hormigas,
Los robles pensará que son retamas,
Y á todo podrá hacer docientas higas.

¡Qué gracia para él serán las damasl
¡Qué burla terná en ver las diligencias
Que tienen en soplar ardientes llamas!

Terná el saber nacido de experiencias,
Y sobre la mundana sinrazón
Falso estará, y dará grandes sentencias.

Decid: si veis bailar, no oyendo el són
De los que bailan, ¿no estaréis burlando?
Y no os parecerá que locos son?

Así el sabio que vive descansando,
Sin nunca oír el són de las pasiones
Que nos hacen andar como bailando,

Sabrà burlar de nuestras turbaciones,
Y refrse ha de aquellos movimientos
Que verá hacer á nuestros corazones.

Así que dados estos fundamentos,
Que entiende el sabio de raíz las cosas,
Y que desprecia nuestros pensamientos:

Las cosas para otros espantosas,
De nuevas ó de grandes, no podrán
Ser jamás para él maravillosas.

Cuidados á este tal no le darán
Ni su propio dolor, ni el bien ajeno:
Ambos por una cuenta pasarán.

¡Dichoso aquel que desto estará lleno,
Viviendo entre las penas sosegado,
Y en mitad de los vicios siendo buenol

¡Oh gran saber del hombre reposadol
¡Cuánto más vales, aunque estés durmiendo,
Que el del otro, aunque esté más desveladol

Pero es, en fin, en esto lo que entiendo,

Que holgamos de hablar bien cuando hablamos
Magníficas sentencias componiendo;

Pero cuando á las obras nos llegamos,
Rehuimos, mi fe, de la carrera,
Y con sólo el hablar nos contentamos.

Díjome no sé quién una vez, que era
Placer hablar de Dios y obrar del mundo:
Esta es la ley de nuestra ruin manera.

Pero, señor, si á la virtud que fundo
Llegar bien no podemos, á lo menos
Excusemos del mal lo más profundo.

En tierra do los vicios van tan llenos,
Aquellos hombres que no son peores,
Aquellos pasarán luego por buenos.

Yo no ando ya siguiendo á los mejores;
Bástame alguna vez dar fruto alguno:
En lo demás, conténtome de flores.

No quiero en la virtud ser importuno,
Ni pretendo rigor en mis costumbres;
Con el glotón no pienso estar ayuno.

La tierra está con llanos y con cumbres;
Lo tolerable al tiempo acomodemos,
Y á su sazón hagámonos dos lumbres.

No curemos de andar tras los extremos,
Pues dellos huye la filosofía
De los buenos autores que leemos.

Si en Xenócrates vemos dura vía,
Sigamos á Platón, su gran maestro,
Y templemos con él la fantasía.

Conviene en este mundo andar muy diestro,
Templando con el miedo el esperanza,
Y alargando con tiento el paso nuestro.

Ande firme y derecha la templanza,
Como hombre que pasea por maroma,
Que no cae porque no se abalanza.

El que buen modo en sí y buen temple toma,
Con pasos irá siempre descansados,
Aunque vaya de Cáliz hasta Roma.

El estado mejor de los estados
Es alcanzar la buena medianía,
Con la cual se remedian los cuidados.

Y así yo por seguir aquesta vía,
Héme casado con una mujer,
Que es el principio y fin del alma mía.

Ésta me ha dado luego un nuevo sér,
Con tal felicidad, que me sostiene
Llena la voluntad y el entender.

Ésta me hace ver que ella conviene
Á mí, y las otras no me convenían ;
Á esta tengo yo y ella me tiene.

En mí las otras iban y venían,
Y á poder de mudanzas á montones,
De mi puro dolor se mantenían.

Eran ya para mí sus galardones
Como tesoros por encantamientos,
Que luego se volvían en carbones.

Agora son los bienes que en mí siento,
Firmes, macizos, con verdad fundados,
Y sabrosos en todo el sentimiento.

Solfan mis placeres dar cuidados,
Y al tiempo que venían á gustarse,
Ya llegaban á mí casi dañados.

Agora el bien es bien para gozarse,

Y el placer es lo que es, que siempre place,
Y el mal ya con el bien no ha de juntarse.

Al satisfecho todo satisface,
Y así también á mí, por lo que he hecho,
Cuanto quiero y deseo se me hace.

El campo que era de batalla, el lecho,
Ya es lecho para mí de paz durable:
Dos almas hay conformes en un pecho.

La mesa, en otro tiempo abominable,
Y el triste pan que en ella yo comía,
Y el vino que bebía lamentable,

Infestándome siempre alguna Harpía,
Que en mitad del deleite mi vianda
Con amargos potajes envolvía:

Agora el casto amor acude, y manda
Que todo se me haga muy sabroso,
Andando siempre todo como anda.

De manera, señor, que aquel reposo
Que nunca alcancé yo, por mi ventura,
Con mi filosofar triste y penoso,

Una sola mujer me le asegura,
Y en perfecta sazón me da en las manos
Vitoria general de mi tristura.

Y aquellos pensamientos míos tan vanos,
Ella los va borrando con el dedo,
Y escribe en lugar dellos otros sanos.

Así que yo ni quiero ya, ni puedo
Tratar sino de vida descansada,
Sin colgar de esperanza ni de miedo.

Ya estoy pensando, estando en mi posada,
Cómo podré con mi mujer holgarme,
Teniéndola en la cama ó levantada.

Pienso también en cómo he de vengarme
De la pasada vida, con la de ora,
En cómo he de saber de ella burlarme.

Otras veces también pienso algún hora
Las cosas de mi hacienda, sin codicia,
Aunque ésta comunmente es la señora.

Bien puede el labrador sin avaricia
Multiplicar cada año sus graneros,
Guardando la igualdad de la justicia.

No curo yo de hacer cavar mineros
De venas de metal ni otras riquezas,
Para alcanzar gran suma de dineros.

Sólo quiero excusar tristes pobreza,
Por no sufrir soberbias de hombres vanos,
Ni de ricos estrechos estrechezas.

Quiero tener dineros en mis manos,
Tener para tener contenta vida
Con los hidalgos y con los villanos.

Quien quiera se desmande y se desmida,
Buscando el oro puro y reluciente,
Y la concha del mar Indo venida.

Quien quiera esté cuidadoso y diligente,
Haciendo granjear grandes yugadas,
De tierra do aproveche la simiente.

Si con esto se envuelven las lanzadas,
Las muertes entre hermanos y parientes,
Y de reyes las guerras guerreadas :

Huyan de mí los tales accidentes,
Huyan de mí riquezas poderosas,
Si son causa de mil males presentes.

Déjenme estar contento entre mis cosas,

Comiendo en compañía mansamente
Comidas que no sean sospechosas,

Conmigo y mi mujer sabrosamente
Esté, y alguna vez me pida zelos,
Con tal que me los pida blandamente.

Comamos y bebamos sin recelos,
La mesa de muchachos rodeada :
Muchachos que nos hagan ser agüelos.

Pasaremos así nuestra jornada,
Agora en la ciudad, ora en la aldea,
Porque la vida esté más descansada.

Cuando pesada la ciudad nos sea,
Iremos al lugar con la compañía,
Adonde el importuno no nos vea.

Allí se vivirá con menos maña,
Y no habrá el hombre tanto de guardarse
Del malo, ó del grosero que os engaña.

Allí podrá mejor filosofarse
Con los bueyes y cabras y ovejas
Que con los que del vulgo han de tratarse.:

Allí no serán malas las consejas
Que contarán lor simples labradores,
Viniendo de arrastrar las duras rejas.

¿Será, pues, malo allí tratar de amores,
Viendo que Apolo con su gentileza
Anduvo namorado entre pastores?

Y Venus, ¿no se vió en grande estrechez
Por Adonis, vagando entre los prados,
Según la antigüedad así lo reza?

Y Baco, ¿no sintió fuertes cuidados

Por la cuitada que quedó durmiendo
En mitad de los montes despoblados?

Las Ninfas por las aguas pareciendo,
Y entre las arboledas las Dryadas
Se veen con los Faunos rebulliendo.

Nosotros seguiremos sus pisadas:
Digo, yo y mi mujer nos andaremos
Tratando allí las cosas namoradas.

Á do corra algún río nos iremos,
Y á la sombra de alguna verde haya
Á do estemos mejor nos sentaremos.

Tenderme ha allí la halda de su saya,
Y en regalos de amor habrá porfía,
Cuál de entrambos hará más alta raya.

El río correrá por do es su vía,
Nosotros correremos por la nuestra,
Sin pensar en la noche ni en el día.

El ruiseñor nos cantará á la diestra,
Y verná sin el cuervo la paloma,
Haciendo en su venida alegre muestra.

No ternemos envidia al que está en Roma,
Ni á los tesoros de los Asianos,
Ni á cuanto por acá del India asoma.

Ternemos nuestros libros en las manos,
Y no se cansarán de andar contando
Los hechos celestiales y mundanos.

Virgilio á Eneas estará cantando,
Y Homero el corazón de Aquiles fiero,
Y el navegar de Ulises rodeando.

Propercio verná allí por compañero,

El cual dirá con dulces armonías
Del arte que á su Cintia amó primero.

Catulo acudirá por otras vías,
Y, llorando de Lesbia los amores,
Sus trampas llorará y chocarrerías.

Esto me advertirá de mis dolores;
Pero volviendo á mi placer presente,
Terné mis escarmientos por mejores.

Ganancia sacaré del accidente
Que en otro tiempo mi sentir turbaba,
Trayéndome perdido entre la gente.

¿Qué haré de acordarme cuál estaba,
Viéndome cuál estoy? que estoy seguro
De nunca más pasar lo que pasaba.

En mi fuerte estaré dentro en mi muro,
Sin locura de amor, ni fantasía
Que me pueda vencer con su conjuro.

Como digo, estará en mi compañía,
En todo me hará el camino llano,
Su alegría mezclando con la mía.

Su mano me dará dentro en mi mano,
Y acudirán deleites y blanduras
De un sano corazón en otro sano.

Los ojos holgarán con las verduras
De los montes y prados que veremos,
Y con las sombras de las espesuras.

El correr de las aguas oiremos,
Y su blando venir por las montañas,
Que á su paso vernán donde estaremos.

El aire moverá las verdes cañas,

Y volverán entonces los ganados,
Balando por llegar á sus cabañas.

En esto ya que el sol por los collados
Sus largas sombras andará encumbrando,
Enviando reposo á los cansados,

Nosotros nos iremos paseando
Hacia el lugar do está nuestra morada,
En cosas que veremos platicando.

La compañía saldrá regocijada
Á tomarnos entonces con gran fiesta,
Diciendo á mi mujer si está cansada.

Veremos al entrar la mesa puesta,
Y todo con concierto aparejado,
Como es uso de casa bien compuesta.

Después que un poco habremos reposado,
Sin ver bullir, ni andar yendo y viniendo,
Y á cenar nos habremos asentado,

Nuestros mozos vernán allí trayendo
Viandas naturales y gustosas,
Que nuestro gusto estén todo moviendo.

Frutas pornán maduras y sabrosas,
Por nosotros las más dellas cogidas,
Envueltas en mil flores olorosas.

Las natas por los platos extendidas.
Acudirán, y el blanco requesón,
Y otras cosas que dan cabras paridas.

Después de esto verná el tierno lechón,
Y del gordo conejo el gazapito,
Y aquellos pollos que de pasto son.

Verná también allí el nuevo cabrito,

Que á su madre jamás habrá seguido
Por el campo, de tierno y de chiquito.

Después que todo esto haya venido,
Y que nosotros descansadamente
En nuestra cena hayamos bien comido,

Pasaremos la noche dulcemente,
Hasta venir al tiempo que la gana
De dormir toma al hombre comunmente.

Lo que desde este tiempo á la mañana
Pasare, pase agora sin contarse,
Pues no cura mi pluma de ser vana.

Basta saber que dos que tanto amarse
Pudieron, no podrán hallar momento
En que puedan dejar siempre de holgarse.

Pero, tornando á proseguir el cuento,
Nuestro vivir será de vida entera,
Viviendo en el aldea como cuento.

Tras esto, ya que el corazón se quiera
Desenfadar con variar la vida,
Tomando nuevo gusto en su manera,

Á la ciudad será nuestra partida,
Á donde todo nos será placiente
Con el nuevo placer de la venida.

Holgaremos entonces con la gente,
Y con la novedad de haber llegado
Trataremos con todos blandamente.

.....

JUAN BOSCÁN.

Egloga Primera.

SALICIO, NEMOROSO, POETA.

Poeta.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando ;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, encuchando.

Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo,
Agora estés atento, solo y dado
Al inclito gobierno del estado,
Albano, agora vuelto á la otra parte,
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra al fiero Marte.

Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza, el monte fatigando
En ardiente jinete que apresura
El curso tras los siervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando ;
Espera, que en tornando
Á ser restituído
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras,

Antes que me consuma
Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un día
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general, no sólo mía,
Mas de cualquier ingenio peregrino,
Que celebra lo digno de memoria;
El árbol de victoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar á la hiedra que se planta
Debajo de tu sombra y se levanta,
Poco á poco, arrimada á tus loores;
Y en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio, recostado
Al pie de una alta haya en la verdura,
Por donde un agua clara con sonido
Atravesaba el verde y fresco prado;
Él con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba
Se quejaba tan dulce y blandamente
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenía;
Y así como presente
Razonando con ella le decía:

Salicio.

¡ Oh más dura que mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemamos,

Más helada que nieve, Galatea !
Estoy muriendo, y aun la vida temo ;
Témola con razón, pues tú me dejas,
Que no hay sin ti el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado
De ti desamparado ;
Y aun de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora ?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves, animales y la gente :
Cuál por el aire claro va volando,
Cuál por el verde prado ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente :
Cual con el sol presente
Va de nuevo al oficio
Y al usado ejercicio
Do su natura ó menester le inclina :
Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
Ó la luz se avecina :
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú de esta mi vida ya olvidada
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por ti Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento,
El amor y la fe, que ser guardada
Eternamente sólo á mí debiera :
¡Oh Dios! ¿por qué, siquiera,
Pues ves desde tu altura

Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algún castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
Por ti la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba:
Por ti la verde hierba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba:
¡Ay cuánto me engañaba!
¡Ay cuán diferente era,
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mía:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces durmiendo en la floresta,
Reputándolo yo por desvarío,
Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba, por pasar allí la siesta,
Á beber en el Tajo mi ganado:
Y después de llegado,
Sin saber de cuál arte,
Por desusada parte,
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿á quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazón que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto,
Ó qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué terná por cierto,
Ó qué de hoy más no temerá el amante
Siendo á todo materia por ti dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el más seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente ;
Dando á quien diste el corazón malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.

La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprendo
De ti al que has escogido:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado;
De mi cantar, pues, yo te vi agradada
Tanto, que no pudiera el mantuano
Tíftiro ser de ti más alabado:
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura;
Y cierto no trocara mi figura
Con ese que de mí se está riendo:
Trocara mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
Siempre fuera tenido de ti en precio,
Y no viera este triste apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frío
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Extremo en el invierno?
¿Mas qué vale el tener, si derriendiendo

Me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza, y la quebrantan;
Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan, cuando cantan,
Con diferente voz se condolecen,
Y mi morir cantando me adivinan:
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste:
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste,
Que bien podrás venir de mí segura;
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
Ven, si por sólo esto te detienes:
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de ti con lágrimas me quejo:
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dejo,
No es mucho que el lugar también le quede.

Poeta.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y, suspirando en el postrero acento,

Soltó de llanto una profunda vena :
 Queriendo el monte al grave sentimiento
 De aquel dolor en algo ser propicio,
 Con la pasada voz retumba y suena.
 La blanda Filomena,
 Casi como dolida
 Y á compasión movida,
 Dulcemente responde al són lloroso.
 Lo que cantó, tras esto, Nemoroso,
 Decidlo vos, Piérides, que tanto
 No puedo yo, ni oso,
 Que siento enflaquecer mi débil canto.

Nemoroso.

Corrientes aguas, puras, cristalinas ;
 Árboles que os estáis mirando en ellas ;
 Verde prado de fresca sombra lleno ;
 Aves que aquí sembráis vuestras querellas ;
 Hiedra que por los árboles caminas
 Torciendo el paso por su verde seno ;
 Yo me vi tan ageno
 Del grave mal que siento,
 Que de puro contento
 Con vuestra soledad me recreaba,
 Donde con dulce sueño reposaba,
 Ó con el pensamiento discurría
 Por donde no hallaba
 Sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
 Me entristezco y me canso, en el reposo
 Estuve ya contento y descansado:
 ¡ Oh bien caduco, vano y presuroso !
 Acuérdome, durmiendo aquí algún hora,
 Que, despertando, á Elisa vi á mi lado,

¡O miserable hado!
¡O tela delicada!
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Más conveniente fuera aquesta suerte
Á los cansados años de mi vida,
Que es más que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos,
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada
Llena de vencimientos y despojos,
Que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos, que vían
Con gran desprecio al oro
Como á menor tesoro,
¿Á dónde están? ¿Á dónde el blanco pecho?
¿Dó la coluna que el dorado techo
Con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mía,
En la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que había de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario día,
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento más es verme atado

A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena:
No hay bien que en mal no se convierta y mude;
La mala hierba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena:
La tierra que de buena
Gana nos producía
Llores con que solía
Quitar en sólo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinae intratable:
Y yo hago con mis ojos
Crecer, llorando, el fruto miserable.

Como al partir el sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo, se levanta
La negra oscuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
Y la médrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine,
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiñeñor con triste canto
Quejarse entre las hojas escondido

Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su dulce y caro nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena;
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas:

Destá manera suelto yo la rienda
Á mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
Al cielo, y enojando
Con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo:
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño:
Que nunca de mi seno se me apartan:
Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,

Más que la llama ardientes,
 Los enjugo del llanto, y de consuno
 Casi los paso y cuento uno á uno
 Juntándolos, con un cordón los ato ;
 Tras esto el importuno
 Dolor me deja descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece
 Aquella noche tenebrosa, oscura,
 Que siempre aflige esta ánima mezquina
 Con la memoria de mi desventura.
 Verte presente agora me parece
 En aquel duro trance de Lucina ;
 Y aquella voz divina,
 Con cuyo son y acentos
 A los airados vientos
 Pudieras amansar, que agora es muda,
 Me parece que oigo que á la cruda
 Inexorable diosa demandabas
 En aquel paso ayuda ;
 ¿ Y tú, rústica diosa, dónde estabas ?

¿ Íbate tanto en perseguir las fieras ?
 ¿ Íbate tanto en un pastor dormido ?
 ¿ Cosa pudo bastar á tal crueza,
 Que conmovida á compasión, oído
 Á los votos y lágrimas no dieras,
 Por no ver hecha tierra tal belleza ?
 Ó no ver la tristeza
 En que tu Nemoroso
 Queda, que su reposo
 Era seguir tu oficio, persiguiendo
 Las fieras por los montes, y ofreciendo
 A tus sagradas aras los despojos ?
 ¿ Y tú, ingrata, riendo
 Dejas morir mi bien ante mis ojos ?

Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales pies pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda;
¿Por qué de mi te olvidas, y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo, y verme libre pueda?
Y en la tercera rueda,
Contigo mano á mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros ríos,
Otros valles floridos y sombríos
Donde descanse y siempre pueda verte
Ante los ojos míos,
Sin miedo y sobresalto de perderte.

Poeta.

Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones que sólo el monte oía,
Si mirando las nubes coloradas
Al tramontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte; y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol, de luz escaso,
Su ganado llevando,
Se fueron recogiendo paso á paso.

GARCILASO DE LA VEGA.

Á la flor de Gnido.

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el són, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;

Y en ásperas montañas
Con el süave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al són confusamente los trujese;

No pienses que cantado
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
Á muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido;

Ni aquellos capitanes,
En la sublime rueda colocados,
Por quien los alemanes
El fiero cuello atados,
Y los franceses van domesticados;

Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad sería cantada,
Y alguna vez con ella
También sería notada
El aspereza de que estás armada:

Y cómo por ti sola,
Y por tu gran valor y hermosura,

Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cautivo
De quien tener se debe más cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado.
En la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solfa,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.

Por ti su blanda Musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso:
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fuy su puerto y su reposo;

Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razón perdida,
Que ponzoñosa fiera

Nunca fue aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendada,
Ni producida de la dura tierra ;
No debe ser notada,
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
El caso de Anaxárete, y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido :

Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazón cuitado,
Que con su breve pena
Compró la eterna punición ajena.

Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡ Oh tarde arrepentirse !
¡ Oh última terneza !
¿ Cómo te sucedió mayor dureza ?

Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron ;
Los huesos se tornaron
Más duros, y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron.

Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura :
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura :

Hasta que finalmente
En duro mármol vuelta y transformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Cuanto de aquella ingratitude vengada.

No quieras tú, señora,
De Némesis airada las saetas
Probar, por Dios, agora ;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura á los poetas

Den inmortal materia,
Sin que también en verso lamentable
Celebren la miseria
De algún caso notable,
Que por ti pase triste y miserable.

GARCILASO DE LA VEGA.

Soneto.

¡O dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería !
Juntas estáis en la memoria mía,
Y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando las pasadas
 Horas en tanto bien por vos me vía,
 Que me habíais de ser en algún día
 Con tan grave dolor representadas ?

Pues en un hora junto me llevastes
 Todo el bien que por términos me distes,
 Llevadme junto el mal que me dejastes ;

Si no, sospecharé que me pusistes
 En tantos bienes, porque deseastes
 Verme morir entre memorias tristes.

GARCILASO DE LA VEGA.

Madrigal.

Ojos claros, serenos,
 Si de un dulce mirar sois alabados,
 ¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
 Si cuando más piadosos,
 Más bellos parecéis á aquel que os mira,
 No me miráis con ira,
 Porque no parezcáis menos hermosos.
 ¡Ay tormentos rabiosos!
 Ojos claros, serenos,
 Ya que así me miráis, miradme al menos.

GUTIERRE DE CETINA.

El amor preso.

Por unas huertas hermosas
Vagando muy linda Lida,
Tejió de lirios y rosas
Blancas, frescas y olorosas
Una güirnalda florida;
Y andando en esta labor,
Viendo á deshora al Amor
En las rosas escondido,
Con las que ella había tejido,
Le prendió como á traidor.
El mochacho no domado,
Que nunca pensó prenderse,
Viéndose preso y atado,
Al principio muy airado
Pugnaba por defenderse;
Y en sus alas estribando,
Forcejaba peleando,
Y tentaba, aunque desnudo,
De desatarse del fudo
Para valerse volando.
Pero viendo la blancura
Que sus tetas descubrían,
Como leche fresca y pura,
Que á su madre en hermosura
Ventaja no conocían;
Y su rostro, que á encender
Era bastante, y mover
Con su mucha lozanía,
Los mismos dioses, pedía
Para dejarse vencer.
Vuelto á Venus á la hora,

Hablándole desde allí,
 Dijo: «Madre emperadora,
 Desde hoy más busca, señora,
 Un nuevo amor para ti
 Y esta nueva, con oílla,
 No te mueva ó dé mancilla ;
 Que habiendo yo de reinar,
 Este es el propio lugar
 En que se ponga mi silla.»

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO.

Fábula de Adonis, Hipómenes y Atalanta.

.....

En el Arabia es fama, que cansada
 La diosa Venus por la tierra yendo,
 Del murmullo de una agua convidada
 Que entre la verde yerba iba corriendo,
 Con el sol y el trabajo acalorada,
 Al fresco viento el blanco pecho abriendo
 Cubierta de una tela trasparente,
 Se sentó á reposar cabe una fuente.

Acaso Adonis por allí venía,
 De correr el venado temeroso,
 No de otra arte que el sol cuando volvía
 En Lidia los ganados al reposo ;
 El polvo que en el rostro se veía
 Y el sudor le hacían más hermoso ;
 Como con el rocío húmida y cana
 Se ve la fresca rosa en la mañana.

Queriendo defenderse del calor,
Y con el agua clara refrescarse,
Vido sola á la madre del Amor
Sobre la verde hierba reposarse ;
El espejo y el peine y partidor,
La ropa con que suele ataviarse,
Todo lo vió esparcido sin concierto,
Y su hermoso cuerpo descubierto.

En torno estaban las silvestres diosas
Puestas en ejercicio delicado :
Cuál teje en oro coloradas rosas,
Quién coge varias flores por el prado ;
Poniéndose á acechar las más hermosas,
Han sátiros traviosos escuchado,
Declarando por señas sus intentos,
Á que ellas dan adversos movimientos....

No fueron menester largas historias
Ni muchos andamientos de razones ;
Que quien había juntado las memorias,
Pudo juntar también los corazones ;
Las ninfas se alegraron de sus glorias,
Y los cubrieron de suaves dones :
Rosas blancas y rojas, y otras flores
Que mueven y acrecientan los amores.

La Diosa está de sí tan olvidada,
Que huye la ribera citerea,
Y Gnido, de pescados abastada,
Á Pafo, que la mar casi rodea ;
Á Matunta se deja despreciada
Por mas oro y metales que posea ;
Desdeña cielo y tierra y no le quiere ;
A solo Adonis precia y por él muere.

Ni toma el peine ni el espejo más,
Ni de las hachas amorosas cura,
Ni adorna su cabello por compás,
Ni descoge la blanca vestidura ;
El reposo y el fuego deja atrás,
Ni se halla contenta ni segura,
Ni sale aderezada ni compuesta,
Como cuando á los hombres hace fiesta.

El dorado cabello, que es bastante
Á deshacer el sol, al viento suelta ;
En el hombro el carcax de oro sonante,
La blanca ropa en oro trae revuelta ;
En la mano arco y flecha penetrante,
Un perro de trafla, otro de suelta,
Halla la caza y hiere en esa hora,
Y pensando matalla, la enamora....

Tan mansa y sosegada cercando iba
La fuente el fresco prado y alameda,
Que aunque corriese presurosa y viva,
Á la vista mostraba estarse queda ;
El junco agudo ni la caña esquiva,
Ni la ova tejida y vuelta en rueda,
Estorbaban al agua que corriese,
Ni al suelo que lo hondo no se viese.

De césped vivo, de alta hierba verde
Se cercaba la margen por defuera,
Con el bleo inmortal, que nunca pierde
La color en invierno y primavera,
Está la roja flor, que nos acuerde
El caso de Jacinto en la ribera,
Con otras flores varias y hermosas,
Suaves hierbas y plantas olorosas.

Los árboles ramosos y cerrados,
 Que amenazan al cielo con la cima,
 Cefían el lugar tan apretadós
 Como tejida mimbre en tela prima;
 Véñse los prados, montes apartados,
 Y las dudosas fieras por encima,
 Los cerros con los valles desiguales,
 Albergue de los brutos animales.

.....

«Tú sobre todas soberana Diosa,
 Alumbras los mortales en el suelo;
 Tú venciste en la tierra de hermosa,
 La que, de clara, vences en el cielo;
 Por ti se aplaca el viento, el mar reposa;
 Tú del género humano eres consuelo,
 Por ti nos abre el año nuevas flores,
 Do das principio y fin á los amores.

«¿Quién á las simples y ligeras aves,
 Cuando acuciosas edifican nidos,
 Hace con voces dulces y suaves
 Declarar sus cuidados encendidos?
 ¿Quién á los otros animales graves
 Mueve con nueva furia los sentidos,
 Correr ásperos valles y sombríos,
 Y nadar presurosos hondos ríos?

«¿Quién dá fuerzas al joven que de hecho
 Le enciende amor y le resuelve en fuego,
 En noche obscura el tempestuoso estrecho
 Atravesar con lluvia y tiempo ciego,
 Cortar las bravas olas con el pecho?
 Truena y ábrese el cielo, y el mar luego
 Rompe las altas peñas resonando;
 Mas él con su furor pasa nadando.

« No le tienen turbados elementos,
 No los padres con lágrimas y llanto,
 El mar negro sacado de cimientos
 No le aparta el deseo ó pone espanto;
 No la virgen que en ansias y tormentos
 Suspensa pasará aquel entretanto,
 Y al fin morirá muerte lastimera
 Sobre el cuerpo tendida en la ribera... »

.....

En la hierba quedó el cuerpo tendido;
 El alma salió envuelta en sangre y viento,
 La Diosa, aunque iba ya á vuelo tendido,
 Temerosa de algún acaecimiento,
 Todo junto sintió el golpe y gemido,
 Muerto el joven, y el prado vió sangriento;
 Deja el carro con furia y desconcierto,
 Y derribóse sobre el cuerpo muerto.

Tal lo halló cual la flor de primavera,
 Que poco antes honraba el verde prado,
 Fresca, alta, y en orden la primera,
 Mas fué al pasar tocada del arado;
 Cual el blanco jazmín ó adormidera,
 Cogido en un instante y arrojado,
 La tez y resplandor y hermosura,
 Vueltas en sombra eterna y noche obscura.

Como en el ser perfecto y el camino
 Inmortal del mortal difiere tanto,
 Los sentimientos de ánimo divino
 No los puede cantar humano canto;
 Pues ¿qué haré yo, nùevo peregrino?
 ¿Cómo declararé el divino llanto,
 Si no puedo entenderlo ni gustarlo?
 El partido mejor será callarlo.

Solamente diré que en remembranza,
De tan triste memoria y tal dolor,
Quiso Venus hacer nueva mudanza,
Convirtiendo la sangre en roja flor;
Y ella tomar de Amor justa venganza,
No llamándose madre del Amor,
Antes con rayos de oro y clara lumbre
Sigue la casta luna en alta cumbre.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Égloga.

Tirsi.

Tirsi, pastor del más famoso río
Que da tributo al Tajo, en la ribera
Del glorioso Sebeto, á Dafne amaba
Con ardor tal, que fué mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del día,
Como suelen tornar otros del sueño
Al ejercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena
Rompiendo el aire en semejantes voces:

« Fiero dolor, que del profundo pecho,
De este tu propio antiguo usado nido,
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloja un poco, ¡ó dolor fiero! afloja,
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas
Que, en mis ojos cuajadas, hacen turbia

Mi débil vista, alguna parte enjuga ;
 Porque con este hierro, que algún día
 Ha de dar fin á mi cansada vida,
 En este tronco escriba mis querellas :
 Do por ventura la engañosa Dafne
 Tornando de la caza, calurosa
 Ó sedienta, á buscar ó sombra ó agua,
 Vuelva acaso los ojos y las lea.

Ó si esto no, serán piadoso ejemplo
 Á amorosos pastores. . . Dafne ingrata,
 Que mientras vas, con el sol nuevo alegre,
 Del espacioso mar las bravas ondas,
 Que crecen con mis lágrimas, mirando,
 Ó en jardín deleitoso, al manso viento,
 De cuidados de amor libre paseas,
 Tu Tirsi, ¡ ay Dios! tu Tirsi un tiempo yace
 Solo con su dolor en esta selva :
 Que ya ni el verde prado ó fresca sombra,
 Ni olor süave de diversas flores,
 Ni dulce murmurar de clara fuente
 Le es dulce ó cara, sino el llanto solo.

¡ Cuántos pastores, cuántas pastorcicas
 Amorosas oyendo mis gemidos
 Conmigo, consolándome, han llorado !
 ¿ Qué me dijo una vez la blanca Alcea
 Moviada á compasión ? ¿ Qué dijo Clori,
 La rubia Clori, amor de mil pastores ?
 Que cuando yo cantando, ella vencida
 Del amor que me tiene, entre estas ramas
 Escondida, tu nombre oyó en mis versos,
 Dijo : (¡ Ay amargas voces, cuán impresas
 Os tiene el corazón!)—Hermoso Tirsi,
 De tus riberas no pequeña gloria,
 ¿Cuál estrella cruel, cuál fiera saña

Te mueve contra ti? Tú mismo buscas
Tu presto fin en tus más tiernos años.
¿No te vi, Tirsi, yo, ¡ah, qué bien debo
Acordarme del día en las solemnes
Bodas de Alpice estar, cual prado en mayo,
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado en derredor, ufano y ledó?
¿Qué tienes ya de aquel, de aquel que pudo
Á mí misma robarme? ¿Adónde es ida
Tu gracia? ¿Adónde la color del rostro?
¿Adonde está la fuerza de tus ojos
Amorosos ó airados? ¿Quién te tiene
Parado tal, que si tu imagen viva,
Desde aquel para mi cuitado día,
Esculpida en mi pecho no estuviera,
Te conociera apenas? Mira, Tirsi,
Mira, cruel, que el justo amor debido
Á tu Clori, tan mal en Dafne empleas.
Mas así va; son estos los misterios
De la diosa cruel, reina de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleita enlazar con crudo yugo.
Alcipe ama á Damón: Damón á Clori;
Arde Clori por Tirsi, Tirsi ingrato
Por Dafne; Dafne está entregada á Glauco:
En Glauco no hay amor... —Apenas pude
Escuchar hasta aquí, que airado en vista,
Y muy más dentro el corazón la dije:
—Huye, huye de mí, malvada Clori,
No me fatigues más con falsas nuevas.—
Ella se fué, mas levantó primero
Los ojos lacrimosos hacia el cielo,
Y no sé si pidió de mí venganza.
Pero bien se la doy: desde aquella hora
Imaginando estoy el cómo sea

Que por amar á Glauco á Tirsi olvides.
 De secreta virtud pequeña hierba,
 No nace planta en este prado ó valle,
 De quien no tenga yo cierta noticia,
 Y la sepa apropiar á sus efectos.
 ¿Cuándo nació jamás por aquí en torno
 Contienda pastoril, que yo no fuese
 Elegido júez por ambas partes?
 ¿Cuándo en fiesta quedé sin algún premio?
 Testigos son esta zampoña y vaso,
 Y este collar que cuelga de mi pecho.
 Pues si versos se precian, ya te dieron
 Otro tiempo loor mis dulces versos.
 Mis ovejas, que van presas del lobo,
 ¿No te dieron un tiempo de sus partos?
 ¿No te dieron mis huertos fruta y flores?
 ¿Por qué me ha de vencer pastor ajeno,
 Y si no vil, que yo menos famoso?
 ¿En qué me excede Glauco? ¡Ah Dafne ingrata!
 ¡Ah Dafne desleal, perjura Dafne!
 ¿Por qué quiero esperar que venga á pasos
 Perezosos la muerte? Aunque está cerca,
 Yo quiero apresurarla. » En esto prueba
 Á levantarse; pero no sostienen
 Los pies débiles carga tan pesada.
 Torna á caer, y con dolor de verse
 Estorbar el morir, corre á la muerte,
 Perdiendo los espíritus vitales;
 Mas presto torna á su pesar la vida,
 Y torna juntamente el llanto amargo.

FRANCISCO DE FIGUEROA.

Vida retirada.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
La que condena la verdad sincera.

¿Qué presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado?
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas y mortal cuidado?

¡Oh campo, oh monte, oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
Á vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértense las aves
Con su cantar suave no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
Quien al ajeno arbitrio está atendido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
Á solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
De ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido,
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un flaco leño se confían :
No es mfo ver el lloro

De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna, al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me baste, y la bajilla
De fino oro labrada,
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable—
mente se están los otros abrazando
En sed insaciable
Del no durable mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.

Á la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al són dulce, acordado,
Del plectro sabiamente meneado.

LUIS DE LEÓN.

Soneto.

Agora con la aurora se levanta
Mi luz, agora coge en rico fiudo
El hermoso cabello, agora el crudo
Pecho ciñe con oro, y la garganta.

Agora vuelta al cielo pura y santa,
Las manos y ojos bellos alza, y pudo
Dolerse agora de mi mal agudo;
Agora incomparable tañe y canta.

Así digo, y del dulce error llevado,
Presente ante mis ojos la imagino,
Y lleno de humildad y amor la adoro.

Mas luego vuelve en sí el engañado
Ánimo, y conociendo el desatino,
La rienda suelta largamente al lloro.

LUIS DE LEÓN.

Profecía del Tajo.

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo:
El pecho sacó fuera
El río, y le habló de esta manera:

En mal punto te goces,
Injusto forzador; que ya el sonido,
Y las amargas voces,
Y ya siento el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.

Aquesta tu alegría
¡Qué llantos acarrea! Aquesa hermosa,
Que vió el sol en mal día,
Al Godo, ¡ay! ¡cuán llorosa,
Al soberano cetro, ¡ay! cuán costosa!

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre los brazos cierras,
Trabajos inmortales
Á ti y á tus vasallos naturales.

Á los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
Á toda la espaciosa y triste España.

Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu dafío no hay tardanza.

Oye que al cielo toca
Con temeroso són la trompa fiera,
Que en África convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blanda
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desaparece
La mar, la voz al cielo
Confusa incierta crece,
El polvo roba el día y le escurece.

¡Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves; ¡ay! que tienden

Los brazos vigorosos
 Á los remos, y encienden
 Las mares espumosas por do hienden.

El eolo derecho
 Hinche la vela en popa, y larga entrada
 Por el hercúleo estrecho
 Con la punta acerada
 El gran padre Neptuno da á la armada.

¡Ay triste! ¿y aún te tiene
 El mal dulce regazo? ¿ni llamado
 Al mal que sobreviene,
 No acorres? ¿ocupado
 No ves ya el puerto de Hércules sagrado?

Acude, acorre, vuela,
 Traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
 No perdones la espuela,
 No des paz á la mano,
 Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay, cuánto de fatiga,
 ¡Ay! cuánto de sudor está presente
 Al que viste loriga,
 Al infante valiente,
 Á hombres y á caballos juntamente!

Y tú, Betis divino,
 De sangre ajena y tuya amancillado,
 Darás al mar vecino
 ¡Cuánto yelmo quebrado!
 ¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
 Cinco luces las haces desordena
 Igual á cada parte,

La sexta, ¡ay! te condena
¡Oh cara patria! á bárbara cadena.

LUIS DE LEÓN.

**Á Francisco Salinas, catedrático de Música
de la universidad de Salamanca.**

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.

Á cuyo són divino,
Mi alma que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
En suerte y pensamientos se mejora,
El oro desconoce
Que el vulgo ciego adora,
La belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
Hasta llegar á la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran maestro
Á aquesta inmensa cítara aplicado,

Con movimiento diestro
Produce el són sagrado,
Con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta
De números concordés, luego envía
Consonante respuesta,
Y entrambas á porfia
Mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño ó peregrino oye ó siente.

¡ Oh desmayo dichoso !
¡ Oh muerte que das vida ! ¡ Oh dulce olvido !
¡ Durase en tu reposo,
Sin ser restituído
Jamás á aqueste bajo y vil sentido !

Á este bien os llamo,
Gloria del Apolíneo sacro coro,
Amigos, á quien amo
Sobre todo tesoro,
Que todo lo demás es triste lloro.

¡ Oh ! suene de contino,
Salinas, vuestro són en mis oídos,
Por quien al bien divino
Despiertan los sentidos,
Quedando á lo demás amortecidos.

LUIS DE LEÓN.

Á Felipe Ruiz de la Torre y Mota.

¿Cuándo será que pueda,
Libre de esta prisión, volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye más del suelo,
Contemplar la verdad pura sin velo?

Allí á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
El divino poder echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Do estable eterno asiento
Posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
Columnas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar airada,
La Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,
Por qué las hondas mares se embravecen,
Dó sale á mover guerra
El cierzo, y por qué crecen
Las aguas del océano y descrecen.

De dó manan las fuentes;
Quién ceba y quien bastece de los ríos
Las perpetuas corrientes;

De los helados fríos
Veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas
Del aire en la región quién las sostiene ;
De los rayos las fraguas ;
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿ No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano ?
El día se ennegrece,
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano.

Y entre las nubes mueve
Su carro Dios ligero y reluciente,
Horrible són conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,
Envían largos ríos los collados ;
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
Veré los movimientos celestiales,
Así el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas ;
Por qué están las dos osas,
De bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno
Fuente de vida y luz dó se mantiene ;
Y por qué en el invierno
Tan presuroso viene,
Por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento,
En la más alta esfera, las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

LUIS DE LEÓN.

Noche serena.

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hacia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado :

El amor y la pena
Despiertan en mi pecho una ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente ;
La lengua dice al fin con voz doliente :

Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Mi alma que á tu alteza
Nació, ¿ qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura ?

¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando,
Las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay! despertad mortales,
Mirad con atención en vuestro daño;
Las almas inmortales
Hechas á bien tamaño
Podrán vivir de sombra y solo engaño?

¡Ay! levantad los ojos
Á aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Á aqueste gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporción concorde tan iguales:

La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella

La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella :

Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino,
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado :

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro :

¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura,
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamás anochece :
Eterna primavera aquí florece.

¡ Oh campos verdaderos !
¡ Oh prados con verdad frescos y amenos !
¡ Riquísimos mineros !

¡ Oh deleitosos senos !
 ¡ Repuestos valles de mil bienes llenos !

LUIS DE LEÓN.

En la Ascensión.

¡ Y dejas, Pastor santo,
 Tu grey en este valle hondo, oscuro,
 Con soledad y llanto,
 Y tú rompiendo el puro
 Aire, te vas al inmortal seguro !

Los antes bien hadados,
 Y los agora tristes y afligidos,
 Á tus pechos criados,
 De ti desposeídos,
 Á dó convertirán ya sus sentidos ?

¿ Qué mirarán los ojos
 Que vieron de tu rostro la hermosura,
 Que no les sea enojos ?
 Quien oyó tu dulzura,
 ¿ Qué no tendrá por sordo y desventura ?

Aqueste mar turbado
 ¿ Quién le pondrá ya freno ? ¿ Quién concierto
 Al viento fiero airado ?
 Estando tú encubierto,
 ¿ Qué norte guiará la nave al puerto ?

¡ Ay ! nube envidiosa
 Aun de este breve gozo ¿ qué te aquejas ?

¿Dó vuelas presurosa?
 ¡ Cuán rica tu te alejas!
 ¡ Cuán pobres, y cuán ciegos ¡ay ¡nos dejasl

Tú llevas el tesoro
 Que solo á nuestra vida enriquecía,
 Que desterraba el lloro,
 Que nos resplandecía
 Mil veces más que el puro y claro día.

¿Qué lazo de diamante
 ¡ Ay alma! te detiene y encadena
 Á no seguir tu amante?
 ¡ Ay! rompe y sal de pena,
 Colócate ya libre en luz serena.

¿Qué temes la salida?
 ¿ Podrá el terreno amor más que la ausencia
 De tu querer y vida?
 Sin cuerpo no es violencia
 Vivir, mas es sin Cristo y su presencia.

Dulce Señor y amigo,
 Dulce padre y hermano, dulce esposo,
 En pos de ti yo sigo,
 Ó puesto en tenebroso,
 Ó puesto en lugar claro y glorioso.¹

LUIS DE LEÓN.

Morada del cielo.

Alma región luciente,
 Prado de bien andanza, que ni al hielo,
 Ni con el rayo ardiente

1. Las últimas cuatro estrofas de esta célebre oda nunca se imprimen. Existen, sin embargo, en un manuscrito, y no desdican de las demás.—*Nota del colector.*

Falleces, fértil suelo
 Productor eterno de consuelo :

De púrpura y de nieve,
 Florida la cabeza, coronado,
 Á dulces pastos mueve,
 Sin honda ni cayado,
 El buen Pastor en ti su hato amado.

Él va, y en pos, dichosas,
 Le siguen sus ovejas, do las pace
 Con inmortales rosas,
 Con flor que siempre nace,
 Y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro á la montaña
 Del alto bien las gufa : ya en la vena
 Del gozo fiel las baña,
 Y les da mesa llena,
 Pastor y pasto él solo y suerte buena.

Y de su esfera cuando
 La cumbre toca altísimo subido
 El sol, él sesteando,
 De su hato ceñido,
 Con dulce són deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
 Y el inmortal dulzor al alma pasa,
 Con que envilece el oro,
 Y ardiendo se traspasa
 Y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡ Oh són, oh voz ! ¡ Siquiera
 Pequeña parte alguna descendiese
 En mi sentido, y fuera
 De sí el alma pusiese,
 Y toda en ti ¡ ó amor ! la convirtiese !

Conocería dónde
Sesteas, dulce Esposo, y desatada
De esta prisión, adonde
Padece, á tu manada
Junta, no andara ya perdida, errada.

LUIS DE LEÓN.

La noche oscura.

En una noche oscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡ Oh dichosa ventura !
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

Á oscuras y segura,
Por la secreta escala, disfrazada,
¡ Oh dichosa ventura !
Á oscuras, encelada,
Estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,
En secreto, que nadie me vefá,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guía
Sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba
Más cierta que la luz del medio día,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.

¡ Oh noche, que guiaste,
 ¡ Oh noche amable más que el alborada !
 ¡ Oh noche que juntaste
 Amado con amada,
 Amada en el Amado transformada !

En mi pecho florido,
 Que entero para él solo se guardaba,
 Allí quedó dormido,
 Y yo le regalaba,
 Y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena,
 Cuando ya sus cabellos esparcía,
 Con su mano serena
 En mi cuello hería,
 Y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
 El rostro recliné sobre el Amado ;
 Cesó todo, y dejéme,
 Dejando mi cuidado,
 Entre las azucenas olvidado.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Canciones entre el alma y el Esposo.

Esposa.

¿ Adónde te escondiste,
 Amado, y me dejaste con gemido ?
 Como ciervo huiste,

Habiéndome herido ;
Salí tras ti clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas ;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

¡ Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano de mi amado !
¡ Oh prado de verduras,
De flores esmaltado !
Decid si por vosotros ha pasado.

Criaturas.

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Esposa.

¡ Ay, quién podrá sanarme !
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero ;
Que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras
¡Oh alma! no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras
Las flechas que recibes
De lo que del amado en ti concibes?

¿Por qué, pues has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre dellos,
Y sólo para ti quiero tenellos:

Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura:
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!

Apártalos amado
Que voy de vuelo.

Esposo.

Vuélvete paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Y al aire de tu vuelo fresco toma.

Esposa.

Mi amado las montañas,
Los valles solicita nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos:

La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora.

Es su lecho florido
De cuevas de leones rodeado,
En púrpura teñido,
De paz edificado,
Con mil escudos de oro coronado.

Á zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino,
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones del bálsamo divino.

En la interior bodega
De mi amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le di de hecho
Á mí sin dejar cosa :
Allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal, en su servicio :
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el ejido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido ;
Que andando enamorada
Me hice perdidiza y fui ganada.

De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.

En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello
Y en él preso quedaste,
Y en mis dos blandos ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas
Su gracia en mí tus ojos imprimían :
Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar los que en ti vían.

No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,

Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña :
En tanto que de rosas
Hacemos una pifa,
Y no parezca nadie en la montifa.

Detente, cierzo muerto,
Ven, austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá el amado entre las flores.

Esposo.

Entrádose ha la esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del amado.

Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te di la mano
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

¡ Oh vos, aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores !

Por las amenas liras,
Y cantos de sirenas os conjuro,

Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro
Porque la esposa duerma más seguro.

Esposa.

¡Doncellas de Judea!
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, carillo,
Y mira en tu faz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las campañas
De la que va por ínsulas extrañas.

Esposo.

La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
Á solas su querido,
También en soledad de amor herido.

Esposa.

Gocémonos, amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura,
Al monte y al collado,

Do mana el agua pura,
Entremos más adentro en la espesura.

Y luego á la subidas
Cavernas de las piedras nos iremos
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos
Y el mosto de granadas gustaremos.

Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.

El aspirar del aire,
El canto de la dulce Filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba
Y la caballería
Á vista de las aguas descendía.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Llama de amor viva.

¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!

Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego, ¡
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido!

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

SAN JUAN DE LA CRUZ.

La tórtola.

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado y tu dolor presente,
Ensordeces la selva con gemidos:
Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando

Bienes asegurados y perdidos:
Si inclinas los oídos
Á las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo
(Breve consuelo de un dolor tan largo
Con quien, amarga soledad, me aquejas),
Yo con tu compañía,
Y á caso á ti te aliviará la mía.

La rigurosa mano que me aparta,
Como á ti de tu bien, á mí del mío,
Cargada va de triunfos y victorias:
Sábelo el monte y río,
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulce glorjas;
Y si eran transitorias,
Acabáralas golpes de fortuna:
No viera yo cubierto
De turbias nubes cielo que vi abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna;
Que acabado con ellas
Acabarán mis llantos y querellas.

Parece que me escuchas, y parece
Que te cuento tu mal, que roncamente
Lloras tu compañía desdichada:
El ánimo doliente
Que el dolor apetece
Por un alivio de su suerte airada,
La más apasionada
Más agradable le parece, en tanto
Que el alma dolorosa,
Llorando su desdicha rigurosa,
Baña los ojos con eterno llanto;
Cuya pasión afloja
La vida al cuerpo, al alma la acongoja.

¿No regalaste con tus quejas tiernas,
 Por solitarios y desiertos prados,
 Hombres y fieras, cielos y elementos?
 ¿Lloraste 'tus cuidados
 Con lágrimas eternas,
 Duras y encomendadas á los vientos?
 ¿No son tus sentimientos
 De tanta compasión y tan dolientes,
 Que enternecen los pechos,
 Á rigurosas sinrazones hechos,
 Que los hacen crueles de clementes?;
 ¿En qué ofendiste tanto,
 Cuitada, que te sigue el miedo y llanto?

Quien te ve por los montes solitarios
 Mustia y enmudecida y elevada,
 De los casados árboles huyendo,
 Sola y desamparada
 A los fieros contrarios,
 Que te tienen en vida padeciendo:
 Señal de agüero horrendo
 Mostrarían tus ojos añublados,
 Con las cerradas nieblas
 Que levantó la muerte, y las tinieblas
 De tus bienes supremos y pasados:
 Llora, cuitada, llora
 Al venir de la noche y de la aurora.

Llora, desventurada, llora cuando
 Vieres resplandecer la soberana
 Lámpara del Oriente luminoso:
 Cuando su blanca hermana
 Muestre su rostro blando
 Al pastorcillo, de su sol quejoso:
 Y con llanto piadoso
 Quéjate á las estrellas relucientes:

Regálate con ellas,
Que ellas también amaron bien, y dellas
Padecieron mortales accidentes:
No temas que tu llanto
Esconda el cielo en el nocturno espanto.

¿Dónde vas,avecilla desdichada?
¿Dónde puedes estar más afligida?
¿Hágote compañía con mi llanto?
¿Busco yo nueva vida
Que la desventurada
Que me persigue, y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser, como tu pena, rigurosa,
Busca tu compañía:
No menosprecies la doliente mía
Por menos fatigada y dolorosa;
Que si te persuadieras,
Con la dureza de mi mal vivieras.

¿Vuelas al fin, y al fin te vas llorando?
El cielo te defienda, y acreciente
Tu soledad, y tu dolor eterno;
Avecilla doliente,
Andes las selva errando
Con el sonido de tu arrullo eterno:
Y cuando el sempiterno
Cielo cerrare tus cansados ojos,
Llórete Filomena,
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos míseros despojos
Del azor atrevido
Que adulteró su regalado nido.

Canción, en la corteza de este roble
Solo y desamparado

De verdes hojas, verde vid y verde
 Hiedra, quedad: que el hado,
 Que mi ventura pierde,
 Más estéril y solo se me ha dado.

FRANCISCO DE LA TORRE.

Oda,

¿Tirsis? ¿Ah Tirsis? Vuelve y endereza
 Tu navecilla contrastada y frágil
 Á la seguridad del puerto; mira
 Que se te cierra el cielo.

El frío Bóreas y al ardiente Noto
 Apoderados de la mar insana,
 Anegaron agora en este piélagó
 Una dichosa nave.

Clamó la gente mísera, y el cielo
 Escondió los clamores y gemidos
 Entre los rayos y espantosos truenos
 De su turbada cara.

¡Ay que me dice tu animoso pecho
 Que tus atrevimientos mal regidos
 Te ordenan algún caso desastrado
 Al romper de tu oriente!

¿No ves, cuitado, que el hinchado Noto
 Trae en sus remolinos polvorosos
 Las imitadas mal seguras alas
 De un atrevido mozo?

¿No ves que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte donde
Yace muriendo vivo el temerario
Encélado y Tifeo?

Conoce, desdichado, tu fortuna,
Y prevén á tu mal: que la desdicha
Prevenida con tiempo, no penetra
Tanto como la súbita.

¡Ay que te pierdes! Vuelve, Tirsis, vuelve:
Tierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prisión y cueva sonora
De los hinchados vientos.

Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Eolo, con soberbios navegantes
Que su furor desprecian.

Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa: que el airado cielo
Menos se encrútelece de continuo
Con quien se anima merfos.

FRANCISCO DE LA TORRE.

Oda.

¿Viste, Filis, herida
Cierva de la saeta, que temiendo
Nuevo daño, la vida

Cara pierde, vertiendo
La roja sangre que dilata huyendo?

¿Viste resplandeciente
Cielo, del cuerpo de las nubesuelto,
Turbarse, y el ardiente
Soplo de Bóreas vuelto,
Dejar el mundo en sombra y agua envuelto?

¿Viste de la empinada
Cumbre sacar á Febo la cabeza
Roja, y acelerada
Noche, con gran tristeza,
Salir escureciendo su belleza?

¿Viste, volando, hermosa
Garza señorearse deste cielo,
Y salir de la odiosa
Mano, torciendo el vuelo,
Sacre que la derriba por el suelo?

¿Lúcidas flores viste,
A quien, oh Aurora, fuiste su Lucina,
Y viene el Édro triste,
Y á la tierra reclina
La corona de hojas mortecina?

Así fué mi ventura,
Y así, Filis, podría ser tu suerte:
No vivas tan segura
Del mal; que hasta la muerte
No hay estado tan firme, que sea fuerte.

Cuando Júpiter tira
A las alturas de la humilde tierra,
Jamás alcanza su ira
Al valle; que en la sierra
Yace penando quien le armó la guerra.

El aire se embravece,
Y entre los verdes árboles bramando
Cobra fuerzas y crece,
Sopla, y está silbando,
Y en el suelo las flores regalando.

FRANCISCO DE LA TORRE.

Canción pastoral.

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso,
Da tributo al mar potente;

Galatea, desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con su ondas baña.

Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cántares diciendo,
Con el són del ronco estruendo
De las ondas alteradas:

Junto al agua se ponía,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar, huía;
Pero á veces no podía,
Y el blanco pie se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento,
Mientras miraba el contento
De su polida zagala.

Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella había,
El fatigado zagal
Con voz amarga y mortal
Desta manera decía:

Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mal horrendo ;
Y aunque más placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

Deja agora de jugar,
Que me es dolor importuno :
No me hagas más penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo celos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado,
Que á mi pensamiento crea ;
Porque ya está averiguado,
Que si no es tu enamorado,
Lo será cuando te vea.

Y está cierto; porque amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Más poderoso que yo.

Deja la seca ribera,
Do está el alga infructuosa ;

Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa.

Huye ya, y mira que siento
Por ti dolores sobrados ;
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento,
Y tu peligro cuidados.

En verte regocijada
Celos me hacen acordar
De Europa, ninfa preciada,
Del toro blanco engañada
En la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado
Hace que piense contino
De aquel desdeñoso alnado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel monstruo marino.

Mas no veò en ti temor
De congoja y pena tanta ;
Que bien sé, por mi dolor,
Que quien no teme el amor
Ningún peligro le espanta.

Guarte, pues, de un gran cuidado ;
Que el vengativo Cupido
Viéndose menospreciado,
Lo que no hace de grado
Suele hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno,
Y al apacible sombrero,
De olorosas flores lleno,

TROZOS ESCOGIDOS

Do en el día más sereno
No es enojoso el estío.

Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, sólo espera
Que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo.
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo;
Que estando al abierto cielo,
El sol, morena, te para.

No escuchas dulces concetos,
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos vientos,
Con soberbios movimientos,
Van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera
Son las vistas más suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves . . . »

Licio mucho más le hablara,
Y tenía más que hablalle,
Si ella no se lo estorbara,
Que con desdefiosa cara
Al triste dicé que callé.

Volvió á sus juegos la fiera,
Y á sus llantos el pastor,

Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

GIL POLO.

Redondillas.

En Jaén, donde resido,
Vive Don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Más brava de él que has oído.

Tenía este caballero
Un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto:
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échale la béndición;
Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florín cada gota
Dé aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo:

Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino más bajo.

Por nuestro señor, que es mina
La taberna de Alcocer :
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invención moderna,
Vive Dios que no lo sé ;
Pero delicada fué
La invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dámmelo, bebo,
Págolo, y vóyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo ;
Sólo una falta le hallo :
Que con la prisa se acaba.

La ensalada y salpicón
Hizo fin, ¿ qué viene ahora ?
La morcilla : gran señora,
Digna de veneración.

¡ Qué oronda viene y qué bella !
¡ Qué través y enjundia tiene !
Páreceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.

Pues sús, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino.
No heches agua, Inés, al vino,
No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras afejo,
Porque con más gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, el buen consejo.

Mas dí ; no adoras y precias
La morcilla dulce y rica ?
¡ Cómo la traidora pica !
Tal debe tener especias.

¡ Qué llena está de piñones !
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.

El corazón me revienta
De placer : no sé de ti.
¿ Cómo te va ? yo por mí
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios ;
Mas oye un punto sutil :
¿ No pusiste allí un candil ?
¿ Cómo me parecen dos ?

Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser :
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial :
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.

¡ Qué suavidad ¡ qué clareza !
¡ Qué rancio gusto y olor !
¡ Qué paladar ! ¡ qué color !
Todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala:
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.

Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

BALTÁZAR DE ALCÁZAR.

Madrigal.

Iba cogiendo flores
Y guardando en la falda
Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,

Y les da de su aliento los olores ;
Y estaba (por su bien) entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando ;
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuese volando.

LUIS MARTÍN.

Cancion I^a á Don Juan de Austria.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
Á Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso ;

Y la vencida tierra
Á su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la guerra,
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada ;

En el sereno polo
Con la sítave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entonces dulcemente,
Y en oro y lauró coronó su frente.

La canora armonía
Suspendía de dioses el senado ;
Y el cielo que movía

Su curso arrebatado,
El vuelo reprimía enajenado.

Halagaba el sonido
Al piélagos sañudo, al raudos viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las musas consoraban á su intento.

Cantaba la victoria
Del ejército etéreo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria;
El horror y aspereza
De la titania estirpe, y su fiereza.

De Palas Atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del rey de la onda egea
La indómita pujanza,
Y del hercúleo brazo la venganza.

Mas del bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra
Que á la flegrea hueste fué siniestra.

«Á ti, decía, escudo,
Á ti del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El escuadrón sañoso,
Con sierpes enroscadas espantoso.

Tú solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte:
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte.

¡ Oh hijo esclarecido
De Juno ! ¡ Oh duro y no cansado pecho,
Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué desecho !

Tú, cubierto de acero,
Tú, estrago de los hombres indinado,
Con sangre hórrido y fiero
Rompiste acelerado
Del ancho muro el torreón alzado.

Á ti, libre ya, debe,
Del recelo saturnio, que el profano
Linaje que se atreve
Á alzar la osada mano,
Sienta su bravo orgullo salir vano.

Mas aunque resplandezca
Esta vitoria tuya conocida
Con gloria que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida :

Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido y la termine,
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine,
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline.

Y el fértil occidente,
Cuyo inmeso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente,
Con prez y honor de España,
La lumbre singular de esta hazaña.

Que el cielo le concede
A aquel ramo de César invencible,

Que su valor herede,
Para que al turco horrible
Derribe el corazón y ardor terrible.

Vése el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.

Y allí, de miedo ajeno,
Corre cual suelta cabra y se abalanza
Con el fogoso trueno
Dé su cubierta estancia,
Y sigue de sus odios la venganza.

Mas después que aparece
El joven de Atria en la enriscada sierra,
Frío miedo entorpece
Al rebelde, y lo atierra
Con espanto y con muerte la impia guerra.

Cual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave, medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta;

Ó cual de cerco estrecho
El flamígero rayo se desata,
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebatá:

La fama alzará luego,
Y con las alas de oro la vitoria
Sobre el giro del fuego,

Resonando su gloria,
Con puro lampo de inmortal memoria.

Y extenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre,
Al remoto indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.

Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
Él solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
Tu esfuerzo acrecentaras y osadía.

Si este al cielo amparara
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el france recelara
El vencedor tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.

Traed, cielos, huyendo
Estè cansado tiempo espacioso,
Que oprime deteniendo
El curso glorioso:
Haced que se adelante presuróso.»

Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno y resplandece,
Y Mavorte dudoso se oscurece.

FERNANDO DE HERRERA.

Canción á la pérdida del Rey Don Sebastián.

Voz de dolor y canto de gemido
 Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
 Hagan principio acerbo á la memoria
 De aquel día fatal, aborrecido,
 Que Lusitania mísera suspira,
 Desnuda de valor, falta de gloria ;
 Y la llorosa historia
 Asombre con horror funesto y triste,
 Dende el áfrico Atlante y seno ardiente,
 Hasta do el mar de otro color se viste,
 Y do el límite rojo de oriente,
 Y todas sus vencidas gentes fieras
 Ven tremolar de Cristo las banderas:

¡ Ay de los que pasaron confiados
 En sus caballos y en la muchedumbre
 De sus carros, en ti, Libia desierta !
 Y en tu vigor y fuerzas engañados,
 No alzaron su esperanza á aquella cumbre
 De eterna luz ; mas con soberbia cierta
 Se ofrecieron la incierta
 Vitoria ; y sin volver á Dios sus ojos,
 Con yerto cuello y corazón ufano,
 Sólo atendieron siempre á los despojos !
 Y el Santo de Israel abrió su mano,
 Y los dejó, y cayó en despeñadero
 El carro y el caballo y caballero !

Vino el día cruel, el día lleno
 De indignación, de ira y furor, que puso
 En soledad y en un profundo llanto

De gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes;
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.

Los impios y robustos, indinados,
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor, y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura;
Y con frente segura,
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó desnudo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra,
Que sacudieron reinos poderosos,
Que domaron las hórridas naciones,
Que pusieron desierto en cruda guerra,
Cuanto el mar indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazón seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heroico valor en solo un día;

Y lejos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza ;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza ;
Y extendiendo su sombra, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo ;
Y en su tronco las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo :
No igualó en celsitud y hermosura
Jamás árbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presunción su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza sólo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
Á los impios y ajenos entregado,
Por la raíz cortado :
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas y desnudo,
Huyeron dél los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo :
En su ruina y ramos, cuantas fueron,
Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena,
Porque tu temerosa y flaca mano

Hubo sin esperanza tal vitoria,
Indina de memoria ;
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza
Compensarás, muriendo, el hecho ultraje ;
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

FERNANDO DE HERRERA.

Elegía.

Pues la luz que escogí por cierta guía,
Sombra oscura del cielo me defiende,
Llora conmigo, Amor, la pena mía.

Ya sobre mí nubloso horror descende,
Y me aflige la suerte, y rinde á llanto,
Que el fuego que me abraza airado enciende.

En lágrimas deshago el triste canto,
Y en ellas ya debería estar deshecho
El duro corazón que sufre tanto.

¿Qué aspera condición de fiero pecho
En tan siniestro caso me levanta,
Y me tuerce á sufrir tan impio hecho?

¿Cómo explicar podré congoja tanta,
Si faltan las palabras, si el efeto
Triste el sentido mísero quebranta?

¿Qué podré ya temer? ¿Qué tierno afeto
Habrá que ablande en parte mi dureza,
Pues vivo en tal dolor con mal secreto?

¿Quién me impide mirar la gran belleza,
El celestial semblante y armonía
Que desterraban toda mi tristeza?

Ya para mí se ha oscurecido el día;
Y pues en las tinieblas me lamento,
Llora conmigo, Amor, la pena mía.

El puro fuego, aquel divino aliento
Que en el blando y rendido pecho mío
Mi sol bello envió de su alto asiento,

Se altera con rigor en hielo frío,
Y acaba de la vida, ya suspensa,
La parte que estrenó mi desvarío.

Y la virtud del alma y fuerza inmensa
Que me llevaba sin graveza al cielo,
Entorpecida está de nieve intensa.

Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo
Á algún favor; que estoy desconfiado,
Sin bien, oscuro, y derribado al suelo.

Queda sólo esté bien á mi cuidado,
Renovar con dolor esta memoria;
Amor, lloremos mi dichoso estado.

¿Á dó el favor antiguo? ¿Á dó la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?
¿Á dó tantos despojos y vitoria?

Collados altos, bosque deleitoso,
Fuente abundosa, y agradable püesto,
Testigos de mi bien y mi reposo;

¿Á dó las luces y el semblante honesto,
El oro en rico cerco recogido
Con bello error en torno ó descompuesto ?

¿Á dó el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de süave rosa,
Tiernamente tal vez descolorido ?

¿Á dó la blanca mano y generosa
Que el yugo puso blandamente al cuello,
Y fué prenda á mi alma dolorosa ?

¿Á dó el ardor luciente del cabello ?
¿Á dó más que marfil y no tocada
Nieve, del pecho tierno el candor bello ?

¿Á dó la perfección nunca imitada
De aquella imagen viva y hermosura
Con envidia de todas admirada ?

¿Qué fuerza de astro, qué cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi deseo ?
De mi grave temor ¿quién me asegura ?

En un mesmo lugar estó, y no veo
La Luz que al alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien que siempre ver deseo.

¡ Grande dolor ! Pero en cuitada vida
Bien lo debe abrazar quien lo consiente,
Y sufre sustentar esta caída.

Si donde el sol se asconde de la gente,
Ó á do en rosado carro va la Aurora
Con purpúreo celaje y blanca frente,

Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta Luz serena y bella
Que humilde reconozco por señora :

Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tiniebla y claridad del día
Buscando iría mi fatal Estrella.

Y ahora una enemiga compañía
El paso al bien abierto me deshace;
Llora conmigo, Amor, la pena mía.

En esta soledad me satisface
Cuanto es triste y á muchos insufrible,
Y todo extraño desconcierto aplace.

¿Quién espera en Amor, si aborrecible
Su bien y su mal es en su mudanza,
Y cuanto más halaga más terrible?

Si pudiese perderse la esperanza,
¡Oh cuán breve sería el ciego engaño
Que nace de amorosa confianza!

Porque descubriría el desengaño
Presente al cielo, que mis cuitas mira,
La vanidad y causa de su daño.

¡Mísero quien estima y quien admira
Simple, tan frágil fuerza, y olvidado
De sí, su perdición busca y suspira!

Pues yo ausente aún no estoy desesperado,
Para que no desmaye el dolor crudo,
Amor, ¡lloremos mi dichoso estado.

Mis quejas oiga el ímpetu sañudo
De Vulturno, y las lleve resonando
Do Iperión asconde el rayo agudo;

Y traspase de allí al caliente bando,
Y la llena región de fría nieve,
Mi cuidado y dolor multiplicando.

Mi daño alcance quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno,
Y quien, ¡oh Martel á tu furor se atreve.

Si se hallare desdichado alguno,
Que tuvo bien, y lo perdió, este puede
Consuelo en mí tener más oportuno.

Escrita mi infelice historia quede
En bronce, y llore de mi gloria muerta
Quejoso el mal que á tanto bien sucede.

Si algún amante en esta parte incierta
Llegare, lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido y cuita cierta;

Señale en esta arena y mustio diga:
«Aquí no entra quien no es desdichado,
Y aquí la suerte á todo afán obliga.»

En tanto que se acerca el impio hado,
Y nos escucha esta ribera fría
Lloremos, ojos, mi dichoso estado.

Llore Betis los versos que me oía,
Y tú, que no te ofendes de mis males,
Llora conmigo, Amor, la pena mía.

Las aves con sus cantos desiguales
Acompañan la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.

No es mi queja mayor que mi tormento;
Que el corazón que tengo es bien bastante
Para cualquier profundo sentimiento.

Mas este que padezco va delante
A todos cuantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.

Desconfío, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.

Testigo es de mis males el desierto,
Que me ve en su desnuda y roja arena
Vencido de dolor y casi muerto.

Cándida luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mío,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?

Mírame en este solo y hondo río
Lamentando mi mal con su ruido,
Y me cubre del cielo el manto frío.

Repara el carro inestable á mi gemido,
Y pues amor tocó tu exento pecho,
Duélete de quien ama tan perdido.

Así el dormido joven, satisfecho
Del hermoso fulgor de tu luz pura,
Amancille jamás tu alegre lecho.

Pues de nieblas la faz rompiste oscura,
Para mirar el tiempo ufano y ledó
Cuando pude esperar de mi ventura,

En este mal, en que me vence el miedo,
Ofrece algún remedio á tanto daño,
Pues valerme en mis ansias nunca puedo.

Que en este mi infortunio y mal extraño
Por ventura la suerte ofrecería
Algún flaco reparo á tal engaño.

Mas pues Diana sigue su alta vía,
Y acogida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, Amor, la pena mía.

Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lástimas me entrega.

De este sonante río en la ribera
Esperaré, si soy de tal bien dino,
Que mi esquivada pasión conmigo muera.

Y seré en esta tierra triste indino
Ejemplo del dolor que amor presenta
Al más dichoso amante y más mezquino.

Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena que el sol hiere en luengo día,
Y un verso que declare así mi afrenta :

«Dió ausencia y soledad, siendo su guía,
Á un mísero amador injusta muerte ;
Amor, que siempre fué en su compañía,
Yace con él en una misma suerte. »

FERNANDO DE HERRERA.

Poema de la pintura.

.....

En el silencio oscuro su belleza
Desnuda de afectadas fantasías,
Le descubré al pintor naturaleza
Por tantos modos y por tantas vías,
Para que el arte atienda á su lindeza
Con nuevo ardor cuando en las cumbres frías
La luna embiste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.

Las frescas. espeluncas escondidas
 De arboredos silvestres y sombríos,
 Los sacros bosques, selvas extendidas
 Entre corrientes de cerúleos ríos;
 Vivos lagos y perlas esparcidas
 Entre esmeraldas y jacintos fríos
 Contemple, y la memoria entretenida
 De varias cosas quede enriquecida.

.....

Un mundo en breve forma reducido,
 Propio retrato de la mente eterna,
 Hizo Dios, que es el hombre, ya escogió
 Morador de su regia sempiterna;
 Y el aura simple de inmortal sentido
 Inspiró dentro en la mansión interna,
 Que la parte exterior avive, y mueva
 Los miembros fríos de la imagen nueva.

Vistiólo de una ropa que compuso,
 En extremo bien hecha y ajustada,
 De un color hermosísimo, confuso,
 Que entre blanco se muestre colorada;
 Como si alguno entre azucenas puso
 La rosa, en bella confusión mezclada,
 O del indio marfil trasflora y pinta
 La limpia tez con la sidonia tinta.

.....

Muchos hay que la fama ilustre y nombre
 Por estudio más alto ennobleciera
 Con obras famosísimas, do el hombre
 Explica el artificio y la manera;
 Sólo el caballo les dará renombre
 Y gloria en la presente y venidera
 Edad, pasando del dibujo esquivo
 Á descubrirnos cuanto muestra el vivo.

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido ;
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido ;
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.

Brioso el alto cuello y enarcado
Con la cabeza descarnada y viva ;
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva ;
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes ; las orejas
Altas, sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos ;
Hondo el canal, dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos ;
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdeñosos ;
Ancho el grueso del brazo y descarnado,
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero
Si acaso, caminando, ignota puente
Se le opone al encuentro, y delantero
Preceda á todo el escuadrón siguiente ;
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarle á la corriente
Rauda, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arma dió el aliento
 Ronco la trompa militar de Marte,
 De repente estremece un movimiento
 Los miembros, sin parar en una parte;
 Crece el resuello, y recogido el viento,
 Por la abierta nariz ardiendo parte;
 Arroja por el cuello levantado
 El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
 De la fiera cerviz con fiero asalto,
 Cuando con los relinchos encendidas
 El aire y blanca nieve á Pelio alto,
 Las matas más cerradas esparcidas
 Al vago viento igual de salto en salto,
 En el encuentro de su ninfa bella,
 Saturno volador delante della.

Tal el gallardo César iba en suma,
 Y los de Marte atroz iban, y tales;
 Fuego espiraba la albicante espuma
 De los sangrientos frenos y bozales;
 Tal con el tremolar de libia pluma
 Volaban por los campos desiguales,
 Con ánimos y pechos varoniles
 Los del carro feroz del grande Aquiles:

Á los cuales excede en hermosura
 El cisne volador del señor mío,¹
 Que la vitoria cierta se asegura
 De otro cualquiera en gentileza y brío;
 Va delante á la nieve helada y pura
 En color, y en correr al Euro frío,
 Y á cuantos en su verso culto admira
 La ronca voz de la pelassa lira.

.....

¹ Pedro Fernandez de Córdoba y Agilar, marqués de Priego, cuya casa se señaló por la mejor casta de caballos.

Será entre todos el pincel primero
En su cañón atado y recogido,
Del blando pelo del silvestre vero
(El belgíco es mejor y en más tenido):
Sedas el jabalí cerdoso y fiero
Parejas ha de dar al más crecido:
Será grande ó mayor, según que fuere
Formado á la ocasión que se ofreciere.

Un junco que tendrá ligero y firme
Entre los dedos la siniestra mano,
Do el pulso incierto en el pintar se afirme,
Y el teñido pincel vacile en vano;
De aquellas que cargó de Tierra-Firme
Entre oro y perlas navegante ufano;
De ébano ó de marfil asta que se éntre
Por el cañón, y con el pelo encuentre.

Demás un tabloncillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera,
Ó de aquel otro que del triste amante
Imitare el color en su madera,
Abierto por la parte de delante,
Do salga el grueso dedo por defuera;
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores.

Un pórvido cuadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara
Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos con sutil mixtura y rara:
De tres piernas la máquina de aliso,
De una á otra poco más que vara,
Las clavijas pondrás en sus encajes,
Donde á tu mano el cuadro alces ó bajas.

De macizo nogal y sazonado
Derecha regla que el perfil recuadra,
Tendrás también; de acero bien labrado
(No faltará ocasión) la justa escuadra,
Y el compás del redondo fiel trabado,
Á quien el propio nombre al justo cuadra,
Que, abriéndose ó cerrando, no se sienta
El salto donde el paso más se aumenta.

Demás de esto, un cuchillo acomodado,
De sus pérfidos filos ya desnudo,
Que incorpore el color ; y otro delgado
Que corte sin sentir fino y agudo
Los despojos del pájaro sagrado
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la Tarpea roca en la defensa,
Cuando tenerla el fiero galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmín y guarde el oro,
El verde, el blanco y el azul sereno :
Un ancho vaso de metal sonoro
De frescas ondas transparentes lleno,
Do molidos al olio en blando frío
Del calor los defienda y del estío.

PABLO DE CÉSPEDES.

La oración de Cristo.

(*La Cristiada.*)

« ¿Quién es aquesta dama religiosa
Que de Getsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
Mas el rostro en sudor bañado tiene.
Que beldad tan suave y amorosa
Con tan grave pasión se afija y pene,
Lástima causa. ¿Quién es la afligida,
En igual grado bella y dolorida?

Es de oro su cabeza refulgente,
Su rubia crin los rayos de la aurora,
De lavado cristal su limpia frente,
Su vista sol que alumbra y enamora,
Sus mejillas abril resplandeciente;
En sus labios la misma gracia mora:
Callando viene, pero su garganta
Da muestras que suspende cuando canta.

En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura:
Como quien pies lavó, sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura.
Vedla, que en santo amor está encendida,
Y así de amor el fuego la apresura.
¿Si es por dicha oración de algún profeta?
Si es oración, es oración perfeta.

Oración es: que los atentos ojos,
Y las tendidas arqueadas cejas,
Y lo demás que lleva por despojos,

Son de esta gran virtud señales viejas :
 Sin duda puso en tierra los hinojos,
 Y á sólo Dios pretende dar sus quejas.
 El barro de la ropa lo declara,
 Y la congoja de su pecho rara.

Cual humo de pebete es delicada,
 De amarga mirra y de suave incienso.
 Y de la especería más preciada
 De que á Belén pagó la Arabia censo :
 Mirra fué de su sangre derramada
 La primer causa, y un dolor inmenso,
 Y de estos aromáticos olores
 Ciencias, virtudes, gracias, resplandores.

Ella dirá quién es, que ya se llega;
 Más la oración del Verbo soberano,
 Que á dura muerte su persona entrega,
 Debe ser; que su talle es más que humano.
 Si á mis ojos su ardiente luz no ciega,
 He de besalle su divina mano:
 Es la oración de Cristo, ésto, sin duda;
 Ábrasele la puerta, el cielo acuda.»

DIEGO DE HOJEDA.

Retrato de Gabriel.

(*La Cristiada.*)

Mas Gabriel del aire refulgente
 De la región más pura un cuerpo hace,
 Y córcalo de luz resplandeciente

Que las tinieblas y el horror deshace :
Cuerpo humano de un joven excelente,
Gallardo y lindo, que á la vista aplace ;
Mas bañada su angélica belleza
En una grave y señoril tristeza.

Lleva el rojo cabello ensortijado
Del oro fino que el oriente cría,
Y en mil hermosas vueltas encrespado,
Que cada cual relámpagos envía :
De un pedazo del iris coronado,
Del iris, que con fresco humor rocía
El verde valle y la florida cumbre,
Cuando entre nieblas da templada lumbre.

La vergonzosa grana resplandece
En las mejillas de su rostro amable ;
Y aljófár de turbada luz parece
El sudor de su frente venerable :
Aspecto de un legado triste ofrece,
Que hace su hermosura más notable,
Cual invernizo sol en parda nube
Opuesta, al tiempo que al oriente sube.

Prestas alas de plumas aparentes,
De color vario y elegante forma,
Y de vistosas piedras relucientes
Puestas á trechos, en sus hombros forma.
Con la grave embajada convenientes
Ojos y traje y parecer conforma :
Es morado el vestido rozagante,
Y lagrimoso el juvenil semblante.

Cual de arco tieso bárbara saeta
Arrojada con ímpetu valiente ;
Cual apacible cándida cometa,
Que el aire rasga imperceptiblemente :

Cual sabio entendimiento que decreta
 Lo que á su vista clara está evidente ;
 Así, pero no así, con mayor vuelo
 Baja el sagrado embajador del cielo.

Ala no mueve, pluma no menea,
 Y las espaldas de las nubes hiende ;
 Seguille el viento volador desea,
 Y en vano el imposible curso emprende :
 Déjale de seguir, la vista emplea,
 Y á celebrar su ligereza atiende ;
 Y acierta en conceder justa alabanza
 Á quien con fuerzas y valor no alcanza.

DIEGO DE HOJEDA.

Crucifixión de Jesús.

(La Cristiada.)

Y al lecho de la cruz ya preparado
 Le llevan desde allí, lecho terrible,
 Y mándanle acostar, y así acostado,
 Manos y pies alarga el Dios pasible ;
 Y viéndose en el trance deseado,
 Y el rostro vuelto y ánimo apacible
 Al cielo, y á su Padre orando, dijo
 Esto, cual obediente y sabio Hijo :

«Gracias te doy ¡ oh soberano Padre !
 Que al último he llegado y gran tormento ;
 Y porque á tu bondad inmensa cuadre,

Cumplo fiel tu sacro mandamiento :
En las puras entrañas de mi Madre
Lo recibí, y obedecí al momento ;
Y hoy lo ejecuto, al fin, con eficacia :
Dáale al hombre por él, Señor, tu gracia.»

Dijo; y luego un ministro inexorable
La mano le pidió, la diestra mano,
Y Cristo se la dió con rostro afable,
Y la palma extendió, fácil y humano ;
Y en ella puso un clavo el detestable,
Feroz, gentil, idólatra, profano,
Y alzó el martillo, y con menudo estruendo
Dió y redobló furioso el golpe horrendo.

Pasó la blanda mano el hierro duro,
Rompió nervios, fijóse en el madero ;
Y el cuerpo santo, cual batido muro,
Á aquella parte se inclinó ligero ;
Mas Cristo le ofreció grave y seguro
El otro brazo, y con semblante entero ;
Y el sayón lo tomó para clavallo,
Pero no pudo á su lugar llegallo.

Y así le ató un cordel con lazo estrecho,
Y hasta ponerle firme y extendido
Donde el otro agujero estaba hecho
Con fuerza lo estiró y lo tuvo asido :
Desencajó con esto el sacro pecho
Y tomó un clavo agudo y escogido,
Y atravesó con él la mano santa,
Y con tanta crueldad y furia tanta.

Y de la misma suerte fué tirando
Los pies, que no llegaban al barreno,
Y así, los duros golpes redoblando,

El madero dejó de sangre lleno :
 La Virgen santa, oyéndolo y mirando,
 Golpes y sangre recibió en su seno ;
 Y por éste y aquél noble sentido
 Lanzaba triste el corazón herido.

¡ Oh corazón y pecho de María !
 ¡ Amante corazón y pecho tierno,
 Que con amor y con dolor porfia,
 Y llora, y obedece al Padre eterno !
 Mas ¡ oh tú, pecho helado y alma fría
 Con obstinada nieve y hielo interno,
 Que no te ablandas con la sangre pura
 Que vierte Dios sobre la tierra dura !

DIEGO DE HOJEDA.

Discordia de los caciques, y discurso de Colocolo.

(*Araucana.*)

Al tiempo que el beber furioso andaba,
 Y mal de las tinajas el partido,
 De palabra en palabra se llegaba
 Á encenderse entre todos gran ruido :
 La razón uno de otro no escuchaba ;
 Sabida la ocasión do había nacido,
 Vino sobre cuál era más valiente
 Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
 Las mesas de manjares ocupadas,

Agujan á las armas, desgajando
 Las ramas al depósito obligadas;
 Y dellas se aperciben, no cesando
 Palabras peligrosas y pesadas,
 Que atizaban la cólera encendida
 Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucafel claro decía
 Que el cargo del mandar le pertenece,
 Pues todo el universo conocía
 Que si va por valor, que lo merece:
 «Ninguno se me iguala en valentía,
 De mostrarlo estoy presto si se ofrece,
 Añade el jactancioso, á quien quisiere;
 Y á aquel que esta razón contradijere....»

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
 «Á mí es dado el gobierno desta danza,
 Y el simple que intentare otra locura
 Ha de probar el hierro de mi lanza.»
 Ongolmo, que primero ser procura,
 Dice: «Yo no he perdido la esperanza
 En tanto que este brazo sustentare,
 Y con él la ferrada gobernare.»

De cólera Lincoya y rabia insano,
 Responde: «Tratar deso es devaneo,
 Que ser señor del mundo es en mi mano
 Si en ella libre este bastón poseo.»
 «Ninguno, dice Ongol, será tan vano,
 Que ponga en igualárseme el deseo;
 Pues es más el temor que pasaría,
 Que la gloria que el hecho le daría.»

Cayocupil furioso y arrogante
 La maza esgrime haciéndose á lo largo,

Diciendo: «Yo veré quién es bastante
 A dar de lo que ha dicho más descargo;
 Haced los pretendientes adelante,
 Veremos de cuál dellos es el cargo;
 Que de probar aquí luego me ofrezco
 Que más que todos juntos lo merezco.»

«Alto, sús, que yo acepto el desafío,
 Responde Lemolemo, y tengo en nada
 Poner á nueva prueba lo que es mío,
 Que más quiero librarlo por la espada:
 Mostraré ser verdad lo que porfío
 Á dos, á cuatro, á seis en la estacada:
 Y si todos cuestión queréis conmigo,
 Os haré manifiesto lo que digo.»

Purén que estaba aparte, habiendo oído
 La plática enconosa y rumor grande,
 Diciendo, en medio dellos se ha metido,
 Que nadie en su presencia se desmande:
 Y ¿quién á imaginar es atrevido
 Que donde está Purén más otro mande?
 La grita y el furor se multiplica,
 Quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
 En medio destes bárbaros de presto,
 Y con dificultad los departieron,
 Que no hicieron poco en hacer esto:
 De herirse lugar aun no tuvieron,
 Y en voz airada, ya el temor pospuesto,
 Colocolo, el cacique más anciano,
 Á razonar así tomó la mano:

«Caciques, del estado defensores,
 Codicia del mandar no me convida
 Á pesarme de veros pretendientes

De cosa que á mí tanto era debida ;
Porque según mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
Á bien aconsejaros me ha incitado.

« ¿ Por qué cargos honrosos pretendemos
Y ser en opinión grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos ?
Y en esto averiguarnos no queremos
Estando aún de españoles oprimidos :
Mejor fuera esta furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

« ¿ Qué furor es el vuestro ¡ oh araucanos !
Que á perdición os lleva sin sentillo ?
¿ Contra nuestras entrañas tenéis manos,
Y no contra el tirano en resistillo ?
Teniendo tan á golpe á los cristianos,
¿ Volveís contra vosotros el cuchillo ?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.

« Volved las armas y ánimo furioso
Á los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujeción con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto ;
Lanzad de vos el yugo vergonzoso ;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto :
No derramáis la sangre del estado,
Que para redimirnos ha quedado.

« No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazón, antes me esfuerza ;
Mas temo que esta vuestra valentía,

Por mal gobierno, el buen camino tuerza ;
 Que vuelta entre nosotros la porfia,
 Degolléis vuestra patria con su fuerza ;
 Cortad, pues, si ha de ser desamano,
 Esta vieja garganta la primera.

« Que esta flaca persona atormentada
 De golpes de fortuna, no procura
 Sino el agudo filo de una espada,
 Pues no la acaba tanta desventura ;
 Aquella vida es bien afortunada,
 Que la temprana muerte la asegura ;
 Pero á nuestro bien público atendiendo,
 Quiero decir en esto lo que entiendo.

« Pares sois en valor y fortaleza,
 El cielo os igualó en el nacimiento,
 De linaje, de estado y de riqueza
 Hizo á todos igual repartimiento ;
 Y en singular por ánimo y grandeza
 Podéis tener del mundo el regimiento,
 Que este preciso don no agradecido
 Nos ha al presente término traído.

« En la virtud de vuestro brazo espero
 Que puede en breve tiempo remediarse ;
 Mas ha de haber un capitán primero,
 Que todos por él quieran gobernarse :
 Este será quien más un gran madero
 Sustentare en el hombro sin pararse ;
 Y pues que sois iguales en la suerte,
 Procure cada cual ser el más fuerte. »

Ningún hombre dejó de estar atento
 Oyendo del anciano las razones,
 Y puesto ya silencio al parlamento

Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado,
Lo propuesto del viejo fué acetado.

ALONSO DE ERCILLA.

Descripción de la tormenta que pasaron las naves del
Perú entre el río de Maule y puerto de la Con-
cepción.

(*Araucana*)

Con tal furia á la nave el viento asalta,
Y fué tan recio y presto el terremoto,
Que la cogió la vela mayor alta,
Y estaba en punto el mástil de ser roto ;
Mas viendo el tiempo así turbado, salta
Diciendo á grandes voces el piloto :
¡ Larga la triza en banda, larga, larga !
¡ Larga presto, ay de mí ! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento,
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes, lóbregas y espesas ;
Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de pilotos y las priesas
Hacen un són tan triste y armonía,
Que parece que el mundo parecía.

¡ Amaina, amaina! gritan marineros,
 ¡ Amaina la mayor! ¡ iza trinquete!
 Esfuerzan esta voz los pasajeros,
 Y á la triza un gran número arremete;
 Los otros de tropel corren ligeros,
 Á la escota, á la braza, al chafaldete;
 Mas del viento la fuerza era tan brava,
 Que ningún aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
 Gime el soberbio viento embravecido;
 En esto un monte de agua levantado
 Sobre las nubes con un gran ruído
 Embistió el galeón por un costado
 Llevándolo un gran rato sumergido,
 Y la gente tragó del temor fuerte
 Á vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte como
 La gran ballena, el cuerpo sacudiendo,
 Rompe con el furioso hocico romo
 De las olas el ímpetu venciendo,
 Descubre y saca el espacioso lomo
 En anchos cercos la agua revolviendo;
 Así debajo el mar salió el navío
 Vertiendo á cada banda un grueso río.

El proceloso Bóreas más crecido
 La mar hasta los cielos levantaba,
 Y aunque era un mangle el mástil muy fornido,
 Sobre la proa la alta gavia estaba;
 La gente con gran fuerza y alarido
 En amainar la vela porfiaba,
 Que en forma de arco al mástil oprímía,
 Y así la racamenta no corría.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
Del afligido pueblo castellano,
Iba al valiente Bóreas recogiendo
Queriendo él encerrarle por su mano ;
Y abriendo la caverna, no advirtiendo
Al Céfiro que estaba más cercano,
Rotas ya las cadenas á la puerta,
Salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento sopro arrebatando
Cuantas nubes halló por el camino,
Se arroja al levantado mar, cerrando
Más la noche con negro torbellino ;
Y las valientes olas reparando
Que del furioso cierzo repentino
Iban la vía siguiendo, las airaba,
Y el removido mar más alteraba.

Súbito la borrasca y travesía,
Y un turbión de granizo sacudieron
Por un lado á la nao, y así pendía,
Que al mar las altas gavias descendieron :
Fué la furia tan presta, que aún no había
Amainado la gente; y cuando vieron
Los pilotos la costa y viento airado,
Rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar y viento contrastada
Andaba con la quilla descubierta,
Ya sobre sierras de agua levantada,
Ya debajo del mar toda cubierta :
Vino en esto de viento una grupada
Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
Rompiendo del trinquete la una escota,
Y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
 Pensando haber del todo zozobrado;
 Miran al gran piloto atentamente
 Que no sabe mandar de atribulado;
 Unos dicen: ¡zaborda! otros: ¡detente!
 ¡Cierra el timón en banda! y cuál turbado
 Buscaba escotillón, tabla ó madero,
 Para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
 Uno dice: ¡á la mar! otro: ¡arribemos!
 Otro da grita: ¡amaina! otro replica:
 ¡Á orza, no amainar, que nos perdemos!
 Otro dice: ¡herramientas, pica, pica!
 ¡Mástiles y obras muertas derribemos!
 Atónita de acá y de allá la gente
 Corre en montón confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban
 Del turbulento Céfiro estiradas,
 Y las hinchadas olas rebramaban
 En la vecinas rocas quebrantadas,
 Que la oscura tiniebla penetraban,
 Y cerrazón de nubes intrincadas;
 Y así en las peñas ásperas batían
 Que blancas hasta el cielo resurtían.

Travesía era el viento, y por vecina
 La brava costa de arrecifes llena,
 Que del grande reflujo en la marina
 Hervía la agua mezclada con la arena;
 Rota la escota, larga la bolina,
 Suelto el trinquete, sin calar la entena,
 Y la poca esperanza quebrantada
 Por el furioso viento arrebatada.

Descripción de paisaje.*(Araucana)*

Salimos á un gran campo, á do natura
Con mano liberal y artificiosa,
Mostraba su caudal y hermosura
En la varia labor maravillosa,
Mezclando entre las hojas y verdura
El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares y mosquetas,
Azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
El deleitoso asiento atravesaban,
Y los templados vientos respirando
La verde hierba y flores alegraban.
Pues los pintados pájaros volando
Por los copados árboles cruzaban,
Formando con su canto y melodía
Una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
Vi gran copia de ninfas muy hermosas,
Unas en varios juegos ocupadas,
Otras cogiendo flores olorosas,
Otras silavemente y acordadas
Cantaban dulces letras amorosas,
Con cítaras y liras en las manos,
Diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
Á todo pasatiempo y ejercicio :
Quién sigue ya de aquél, ya deste lado

De la casta Dïana el duro oficio ;
Ora atraviesa el puerco, ora el venado,
Ora salta la liebre, y con el vicio,
Gamuzas, capriolas y corcillas
Retozan con la hierba y florecillas.

Quién, el ciervo herido rastreando,
De la llanura el monte atravesaba ;
Quién el cerdoso puerco fatigando
Los osados lebreles ayudaba ;
Quién con templados pájaros volando
Las altaneras aves remontaba :
Acá matan la garza, allá la cuerva,
Aquí el celoso gamo, allí la cierva.

ALONSO DE ERCILLA.

Combate de Lepanto.

(*Araucana*)

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron :
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon,
Con un terrible éstrépito, de modo
Que parecía temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos,

El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos,
El rumor de las armas estupendo,
Las varias voces, gritos y apellidos,
Todo en revuelta confusión hacía
Espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Prámo assolada
Por tantas partes sin cesar ardía,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal vigor y estrépito se oía,
Como la turca y la cristiana armada,
Que, envuelta en humo y fuego, parecía
No sólo arder el mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida
La enemiga real que iba en la frente,
Hundiendo recio el agua rebatida,
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida
Le sale á recibir, donde igualmente
Se embisten con furiosos enconrones
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero, de no menor furia llevadas,
Al socorro sobre ellas acudieron
De la derecha y de la izquierda mano
La general del papa y veneciano.

Do con segunda autoridad venía
Por general del sumo quinto Pío

Marco Antonio Colona, á quien seguía
 Una escuadra de mozos de gran brío :
 Tras la cual al socorro arremetía
 Por el camino y paso más vacío
 La patrona de España y capitana,
 Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso,
 Que iba en la capitana ginovesa,
 Hendiendo el mar revuelto y espumoso
 Se arroja en medio de la escuadra apriesa :
 La confusión y revolver furioso
 Y del humo la negra nube espesa,
 La codiciosa vista me impedía,
 Y así á muchos allí desconocía.

Mons de Lefís con su galera presto
 Por su parte embistió y cerró el camino,
 Donde llegó de los primeros puesto
 El valeroso príncipe de Urbino,
 Que á la bárbara furia contrapuesto
 Con ánimo y esfuerzo peregrino,
 Gallarda y singular prueba hacía
 De su valor, virtud y valentía.

Luego con igual ímpetu y denuedo
 Llegan unas con otras á abordarse,
 Cerrándose tan juntas, que á pie quedo
 Pueden con las espadas golpearse :
 No bastaba la muerte á poner miedo,
 Ni allí se vió peligro rehusarse,
 Aunque al arremeter viesen derechos
 Disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente, deseosa
 De ejecutar sus golpes se juntaban,

Y cual violenta tempestad furiosa
Los tiros y altos brazos descargaban ;
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas meneaban ;
La mar de sangre súbito cubierta
Comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados
Se acometen y ofenden sin sosiego ;
Unos, cayendo, mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego ;
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego,
Que muerte, ni rigor de artillería
Jamás bastó á dejar plaza vacía.

Quién por saltar en el bajel contrario
Era en medio del salto atravesado ;
Quién por herir sin tiempo al adversario
Caía en el mar de su furor llevado ;
Quién con bestial desinio temerario,
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba,
Y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase, viendo
El fin del mundo y la total ruína ;
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañón, bombarda y culebrina ?
El sol, los claros rayos recogiendo,
Con faz turbada, de color sanguina,
Entre las negras nubes se escondía,
Por no ver el destrozo de aquel día.

Acá y allá con pecho y rostro airado,
Sobre el rodante carro presuroso,

De Tesifón y Alete acompañado,
Discurre el fiero Marte sanguinoso.
Ora sacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el escudo fulminoso,
Infundiendo en la fiera y brava gente
Ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién, faltándole tiros, luego aferra
Del pedazo del remo ó de la entena;
Quién trabuca al forzado y lo deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena:
No hay cosa de metal, de leño y tierra
Que allí para tirar no fuese buena,
Rotos bancos, postizas, batayolas,
Barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban,
Aunque del duro acero resurtiesen,
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen:
Y ardiendo en la agua fría peleaban
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles, su propia sangre revolviendo,
Andan agonizando sobreaguados;
Cuáles tablas y gúmenas asiendo
Quedan rindiendo el alma enclavijados:
Cuáles, hacer más daño no pudiendo,
Á lo menos heridos abrazados,
Se dejan ir al fondo forcejando,
Contentos de morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta,
Y el confuso tumulto y són horrendo:

Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitrán, y resina, y pez ardiendo :
La presta llama con la brea revuelta
Por la seca madera discurriendo,
Con fieros estallidos y centellas
Creciendo amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse,
Del crudo hierro y llamas perseguidos,
Otros que habían probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos :
Así que, con la gana de escaparse
Á cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.

Muchos, ya con la muerte porfiando,
Su opinion aun muriendo sostenfan,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtfan :
Y en las huidoras olas estribando,
Los ya cansados brazos sacudfan,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruido
Del contino batir apresurado,
El mar de todas partes rebatido
Hierva y regüelda cuerpos de apretado;
Y sangriento, alterado y removido,
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa
Las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa, junto al estandarte
El ínclito don Juan resplandecía,

Más encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envía,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.

ALONSO DE ERCILLA.

Estrago que hizo en los enemigos el rey Sicaborón.

(La Mosquera.)

¡ Oh cómo muestra el tábano su esfuerzo
Contra la araña astuta haciendo hazafias,
Que no parece sino el viento cierzo
Contra las flacas y ligeras cañas!
Pero al Sicaborón la pluma tuerzo,
Que va corriendo echando las entrañas
Tras las pulgas y piojos que retira,
Que todos van huyendo de su ira.

Sin caballo va el tártaro, que deja
El suyo sin el alma en el arena,
Y por esto del tábano se aleja,
Para que lleve quien le hirió la pena;
Pero ya la venganza le apareja,
Pues á muerte tan mísera condena
Á los piojos y pulgas, que el cuchillo
Pudieron ser de su caballo grillo.

Y como suele el fuego que se prende
Del árbol de la selva en una rama,
Y de una en otra su furor extiende,
Y con mayores fuerzas se derrama;
Con los soplos del áfrico se enciende,
Y al cielo encumbra su abrasante llama,
Y por las arboledas abre paso,
Al umbroso lugar dejando raso ;

Así tras gente bélica infinita
El tártaro feroz matando pasa ;
Del caballo la pérdida le incita
Á vomitar el fuego que le abrasa :
Llamas inmensas de furor vomita,
Que la campaña va dejando rasa
De la caterva infame montañesa,
Que á su castillo se retira espesa.

Chinches, piojos y pulgas á porfía
Ellos mismos se van atropellando,
Oyendo el alto grito y vocería
De aquellos que iba el tártaro matando ;
Y al paso que sentían que venía,
Iba el temor sus pasos alargando :
¡ Oh miserable chusma ! ¡ Qué vecina
Llegando va vuestra total ruina !

Antes de entrar el levantado muro
Del presidio de aquella gran cabeza
De la vaca, que el fuerte Mosquifuro
Escogió por asilo y fortaleza,
Estaba un foso hondísimo y oscuro
Que en aquel sitio abrió naturaleza
Por boca de la tierra, con que ruega
Que el cielo le dé el agua que le niega.

No hubiera pulga que, aunque más ligera,
A dar un tranco al temerario foso
Con sus ligeros saltos se atreviera,
Por ser trance terrible y peligroso;
Tan grande salto, si le diera, fuera,
Que desde allí al infierno tenebroso
Saltara sin dudar la pulga loca
Por aquella anchurosa y honda boca.

Una soberbia trabe de centeno
Hace el oficio de anchurosa puente,
Por donde, sin temor del hondo seno,
Pase al castillo la atrevida gente:
Iba el camino de catervas lleno,
Y tras ellas el tártaro impaciente,
Haciéndoles á todos ser forzoso
Pasar el puente ó descender al foso.

De pies se llena la anchurosa trabe,
Y al espacio la gente sobrepuja;
Sobre ella tanta máquina no cabe,
Y por pasar de presto, se arrempuja:
El de Buta volando como un ave,
Á quien la rabia el corazón estruja,
Pasa; y viendo los otros que se acerca,
Su muerte miran que se llega cerca.

Al fin el Barriliense fué tan presto
Cercano de la puente, que en llegando,
Por no ver los contrarios su mal gesto,
Se fueron en el foso sepultando:
Estaba el espectáculo funesto
El mosquito cruel considerando,
Abrasado en furor, porque quisiera
Que á sus manos la máquina muriera.

Más de un millón en la profunda grieta
De la tierra quedaron sepultados ;
Mas no por eso el tártaro se quieta
Ni deja de seguir los desdichados :
El puente pasa la caterva inquieta,
De miedo más que de valor cargados,
Y al castillo cabeza de la vaca,
Camina á más correr la gente flaca.

Sigue el alcance el Barriliense, y tanto
Cercano á los contrarios parecía,
Que á muchos dellos les rindió el espanto
Que sus débiles ánimos cubría :
Dobla la gente fugitiva el llanto ;
Resuena el alarido y vocería ;
Llénase el campo de inauditas quejas,
Y dan del Mosquifuro en las orejas.

JOSÉ DE VILLAVICIOSA.

Al Guadalquivir.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata,
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo ;

Para cuya corona, como á solo
Rey de los ríos, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
Que contempla en tus márgenes Apolo :

Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros:

De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respetas humilde los antiguos muros.

JUAN DE ARGUIJO.

Á Curcio.

La sima horrible con espanto mira
En su gran plaza Roma, y el dudoso
Portento, grave al pueblo victorioso,
No enseñado á temer, suspenso admira.

En tanta confusión turbado aspira
Á buscar el remedio, y presuroso
Consulta si de Jove poderoso
Se pudiese aplacar la justa ira.

Asegura el oráculo invocado
De daño al pueblo, si á la grande cueva
Lo más ilustre ofrece de su gloria.

Curcio, de acero y de valor armado,
Se arroja dentro, y deja con tal prueba
Libre la patria, eterna su memoria.

JUAN DE ARGUIJO.

Á la muerte de Cicerón.

Detén un poco la cobarde espada,
Cruel Pompilio, ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.

¿ Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera,
En igual recompensa, de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada ?

¡ Oh, cuán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda !

Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua : derribado
Deja el valor, y la elocuencia muda.

JUAN DE ARGUIJO.

Canción.

De la floridad falda
Que hoy de perlas bordó la alba luciente,
Tejidos en guirnalda,
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tu seno y á tu boca olores.

Guarda de estos jazmines
De abejas era un escuadrón volante,
Ronco sí de clarines,
Más de puntas armado de diamante ;
Púselas en hufda,
Y cada flor me cuesta una herida.

Más, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y más besos te pido
Que abejas tuvo el escuadrón armado :
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

LUIS DE GÓNGORA.

Canción.

Corcilla temerosa,
Cuando sacudir siente
Al soberbio Aquilón con fuerza fiera
La verde selva umbrosa,
Ó murmurar corriente,
Entre la hierba corre tan ligera,
Que al viento desaffa
Su voladora planta :
Con ligereza tanta
Huyendo va de mí la ninfa mía,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado
Hace de sus cabellos

Mil crespos nudos por la blanca espalda ;
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos,
A luchar baja un poco con la falda,
Donde no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del coturno de oro :
Y así en tantos enojos,
Si trabajan los pies, gozan los ojos.

Yo, pues, ciego y turbado,
Viéndola cómo mide
Con más ligeros pies el verde llano,
Que del arco encorvado
La saeta despide
Del parto fiero la robusta mano ;
Y viendo que en mí mengua
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los pies para la lengua,
Y en alta voz le digo :
No huyas, ninfa, pues que no te sigo.

Enfrena, oh Clori, el vuelo,
Pues ves que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente :
Ten de ti mesma duelo ;
Deponga un rato sólo
El honesto sudor tu blanca frente :
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellissimo pie nunca ha dejado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.

Ejemplos mil al vivo
 De ninfas te pondría,
 Si ya la antigüedad no nos engaña,
 Por cuyo trato esquivo
 Nuevos conoce hoy día
 Troncos el bosque y piedras la montaña.
 Mas s'rvate de aviso
 En tu curso, el de aquella,
 No tan cruda ni bella,
 Á quien ya sabes que el pastor de Anfriso,
 Con pie menos ligero,
 La siguió ninfa y la alcanzó madero.

Quédate aquí, canción, y pon silencio
 Al fugitivo canto,
 Que razón es parar quien corrió tanto.

LUIS DE GÓNGORA.

Al sol.

Raya, dorado sol, orna y colora
 Del alto monte la lozana cumbre,
 Sigue con agradable mansedumbre
 El rojo paso de la blanca Aurora.

Suelta las riendas á Favonio y Flora,
 Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
 Tu generoso oficio y real costumbre,
 El mar argenta y las campañas dora.

Para que desta vega el campo raso
 Bordes, saliendo Flérída, de flores:
 Mas, si no hubiere de salir acaso,

Ni el monte rayes, ornes ni colores,
Ni sigas de la Aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

LUIS DE GÓNGORA.

Al Guadalquivir.

Rey de los otros ríos caudaloso,
Que en fama claro, en ondas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Cifne tu frente y tu cabello undoso ;

Pues dejando tu nido cavernoso
De Segura en el monte más vecino,
Por el suelo andaluz tu real camino
Tuerces soberbio, raudo y espumoso ;

Á mí, que de tus fértiles orillas
Piso, aunque ilustremente enamorado,
La noble arena con humilde planta ;

Díme, si entre las rubias pastorcillas
Has visto, que en tus aguas se han mirado,
Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

LUIS DE GÓNGORA.

Romance.

Servía en Orán al Rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trescientos cenetes eran
Deste rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas.
Las adargas avisaron
Á las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para,
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
« Salid al campo, señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será también

Sin vos, campo de batalla.
Vestfós y salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Yo os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
Bien podéis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que tenéis de acero el pecho
Y no habéis menester armas. »
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así: « Mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya;
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma;
Concededme, dueño mío,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.

LUIS DE GÓNGORA.

Romance.

Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido,
Ó lo perdonó por pobre;

Do la paz viste pellico,
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano,
Y cabras del llano al monte;
Mal herido y bien curado
Se alberga un dichoso joven,
Que sin clavarle Amor flecha
Le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al moro conoce,
Sino por ver que la hierba
Tanta sangre paga en flores.
Límpiale el rostro, y la mano
Siente al Amor que se esconde
Tras las rosas, que la muerte
Va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
Porque labren sus harpones
El diamante del Catay
Con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,
Ya le entra sin ver por dónde
Una piedad mal nacida.
Entre dulces escorpiones;
Ya es herido el pedernal,
Ya despide al primer golpe
Centellas de agua: ¡oh piedad
Hija de padres traidores!
Hierbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entonces,
En virtud de tales manos

Lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda;
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas:
Los rayos del sol perdonen.
Los últimos nudos daba
Cuando el cielo la socorre
De un villano en una yegua
Que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven,
Y las sordas piedras oyen.
Y la que mejor se halla
En las selvas que en la corte,
Simple bondad, al pío ruego
Cortesmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
Á su cabaña los guía,
Que el sol deja su horizonte,
Y el humo de su cabaña
Le va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego,
Do el garzón sus dichas logre.
Las manos, pues, cuyos dedos
De esta vida fueron dioses,

Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles ;
Y le entregan, cuando menos,
Su beldad y un reino en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas
Hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de nudos le está dando
Á un áspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores !
¡Qué bien la destierra Amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame
Y el lugar no se inficione !
Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncros atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
El pie calza en lazos de oro
Porque la nieve se goce,
Y no se vaya por pies
La hermosura del orbe.
Todo sirve á los amantes:

Plumas les baten veloces
 Airecillos lisonjeros,
 Si no son murmuradores.
 Los campos les dan alfombras,
 Los árboles pabellones,
 La apacible fuente sueño,
 Música los ruiñeñores ;
 Los troncos les dan cortezas
 En que se guarden sus nombres,
 Mejor que en tablas de mármol,
 Ó que en láminas de bronce.
 No hay verde fresno sin letra,
 Ni blanco chopo sin mote :
 Si un valle *Angélica* suena,
 Otro *Angélica* responde.
 Cuevas do el silencio apenas
 Deja que sombras las moren,
 Profanan con sus abrazos,
 Á pesar de sus horrores.
 Choza, pues, tálamo y lecho,
 Contestes destes amores ;
 El cielo os ¡guarde, si puede,
 De las locuras del Conde.

LUIS DE GÓNGORA.

Sátira contra la marquesilla.

.....

Sabrá, quien no las sabe, tus virtudes,
 Las cuales te sustentan todo el año,
 Aunque ya vendrá tiempo en que las sudés.

Quiero vender al mundo desengaño,
Que aunque es poca la gente que lo entienda,
Sé que te puedo hacer no poco daño :

Y que si por tu mal abro mi tienda,
La tuya quedará tan abatida,
Que un ochavo en un año no se venda.

Mas tengo condición tan comedida,
Que no quiero quitarte la ganancia,
Contando los enredos de tu vida.

En ti tienda sus redes la ignorancia
Para los que pidieren á sus padres
De su porción debida la sustancia.

Á estos muerdas, y á los otros ladres,
Y por ver á sus hijos lastimados,
Te den su maldición doscientas madres.

Tengas mil hombres viejos engañados,
En sus canudas barbas te regales,
Haciendo rica presa en sus ducados :

Y á otros que se precian de leales,
Con vanos favorcillos entretengas,
Y pesques más de espacio sus reales.

Con los que veas ardientes, te detengas,
Y con los que veas tibios te apresures,
Y á todos en común enredo tengas.

Delante de tu madre te mesures,
Fingiendo que la temes, y que ignora
Los favores que das; y así lo jures.

Y si te vieres sola, bella Flora,
Y el necio sin pagarte se desmanda,
Dí luego «¡ Ay Dios, que sale mi señora! »

Y cuando veas al triste que se ablanda,
Llegan el portugués con el joyero,
Éste con oro, el otro con holanda.

Dirás, como los médicos, no quiero,
Alargando la mano á la presea
Con que te esté rogando el majadero.

Y dirás, como sueles, si desea
Ser tu favorecido, que dé muestra
En donde su afición mejor se vea.

Ayúdete tu madre ó tu maestra
Dándote mil recaudos al oído
(Lición de todo punto propia vuestra).

Estése el otro necio sin sentido,
Mientras habláis vosotras muy compuesto,
Ó, como acá decimos, muy corrido :

Que no me quiero yo poner en esto,
Ni descubrir tus faltas en la calle,
Pues se descubrirán por sí tan presto.

Pero no será bien que sufra y calle
Cierta tributo, censo ó alcabala,
Pues tú no te avergüenzas de cobralle.

Cuando sale quien digo de la sala,
Le vuelves á llamar con gran caricia,
Ó sales tú con él hasta la escala :

Y allí, disimulando tu codicia,
Le pides un catálogo de cosas,
Como si las debiera por justicia.

Él, ambas las mejillas hechas rosas,
Arrepentido ya de verse en ello
Y de emprender empresas tan costosas,

No sabe qué decir, que tiene el cuello
 Ceñido con tus brazos, y los ojos
 Clavados, por su mal, en tu cabello.

Quiere satisfacer á tus antojos ;
 Y quisiera también á menos costa
 Comprar, pues que se venden, los despojos.

Imagínasle tú la bolsa angosta,
 Ó por ser muy avaro ó por ser pobre,
 Personas de quien huyes por la posta :

Y para hacer sudar por fuerza al robre,
 Ó como buen artífice en la piedra
 Tocando, conocer si es oro ó cobre,

Enmarañaste dél cual verde hiedra
 (No te comparo mal, pues que se dice
 Que nunca el árbol que la tiene medra),

Diciendo: « Buena prueba, señor, hice
 De vuestra fe, si no fingida, tibia,
 Con que, para mi mal, me satisface :

Si yo os mandara humedecer la Libia,
 Si oponer vuestros hombros á la carga
 Que en los de Atlante nunca el tiempo alivia ;

Si peregrinación pidiera larga,
 Donde estuviera en duda el volver vivo,
 Ó cierta en el progreso vida amarga ;

¿ Pudiérades estar más pensativo ?
 ¿ Pudiérades dudar de tal manera,
 Y mostraros conmigo más esquivo ?

Pues yo sé bien alguno, que quisiera,
 Y como que quisiera, que pagara
 Porque lo que á vos pido le pidiera :

Que ni tan pobre soy, ni tan avara,
Que por necesidad, ó por codicia
En cosa tan pequeña reparara.

Mal de mi condición tenéis noticia :
Que, aunque no lo trujérades tan presto,
No os sacara yo prendas por justicia.

Pero no reparemos más en esto :
Sólo vivid seguro de que os amo,
Y que no me seréis jamás molesto. »

El triste ya, cual pece asido al hamo,
Ó como ciego pájaro, que viene
Llamado con el són de su reclamo,

Ni en dudas ni en peligros se detiene ;
Quiere tomar prestado ó con usura,
Sin ver si de pagarlo modo tiene.

Promete allí sin tasa ni cordura,
Y niega que jamás dudase en algo,
Y aun para ganar crédito, lo jura.

Así lo creo yo de un noble hidalgo,
Respondes tú, soltando la cadena,
Que quisiera yo más la de mi galgo.

Atraviésase luego Madalena,
Pide para chapines, ó una toca,
Y tu paje de lanza pide estrena.

Á aquella tú le dices: « Calla loca; »
Y á este otro « ¿ Tú rapaz también te atreves? »
Y por detrás les señas con la boca.

Ni á la carne se da tal priesa el jueves,
Como le dais vosotras, entre dientes
Diciendo : « Pagarás lo que no debes. »

¡ Oh tú que, con pagarlo, no lo sientes,
Y cansarás pidiéndolo prestado
Después á tus amigos y parientes !

Si alguna vez ó veces has pasado
De Aragón á Castilla, y en los puertos
Del uno y otro reino registrado,

Adonde los derechos hacen tuertos,
Y con decreto y orden de justicia
Roban en los poblados y desiertos ;

Adonde puede tanto la codicia,
Que no son tan mudables venecianos,
Cuando á alguno prometen su amicitia,

Como aquellos ladrones y villanos
En olvidar al Rey, si el caminante
Los pone de sus armas en las manos :

Conocerás agora, ó adelante,
Que es mayor el trabajo que se pasa
Con Flora, de quien andas ciego amante.

.....

Yo digo de vosotras (y es lo cierto),
Que sois de las fantasmas y visiones
Que vido san Antonio en el desierto.

Debajo de esas ropas y jubones
Imagino serpientes enroscadas,
Uñas de grifos, garras de leones.

Si sois fuera de casa convidadas,
Desecháis mil viandas que son buenas,
Sólo para fingiros delicadas.

Tomáislas con dos dedos, y aun apenas,
Ni dellas exhibís más que á un doliente
Le dan nuestros modernos Avicenas.

Fingís-os muy honestas juntamente,
Y á la palabra equívoca no clara
Le dais luego el sentido maldiciente ;

Y puestas ambas manos en la cara,
Llamáis al que la dijo torpe y necio,
Quizá porque mejor no se declara.

Y con desdén y grande menosprecio
Burláis de algún galán, que por ventura
Os tuvo en su poder á poco precio.

Pues quien del mal de amor sanar procura,
En vuestras casas, si pudiere, os vea
Sin tanta gravedad y compostura :

Y verá convertir la que desea
En un fiero demonio : poco digo,
Si cosa se pudiese hallar más fea ;

Y más si no tenéis allí testigo,
Y salís de la cama descompuestas,
Mostrando de los pies hasta el ombligo.

¡ Qué fieras parecéis ! qué deshonestas !
Con los ojos hinchados, y sobre ellos
Dos negras y tendidas nubes puestas ;

Revueltos en vedijas los cabellos,
Como los de las furias infernales,
Ó largos, como colas, por los cuellos.

Torciendo cuerpo y brazos dais señales,
Mezcladas con bostezos, del deseo
Que mueve vuestros ánimos bestiales.

Pues para transformar el rostro feo,
No vais á fuente clara, ó río santo,
Adonde fué Naamán por Eliseo.

Tampoco lo mudáis con mago canto,
Ni buscando las hierbas fabulosas,
Cuando la noche tiende el negro manto:

Antes lo transformáis con otras cosas,
Poniendo las cabezas en arquillas,
Yo no digo que bien, pero olorosas.

.....

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Soneto.

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
Que aquel blanco y carmín de doña Elvira
No tiene de ella más, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.

Pero también que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.

Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos,
Ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Soneto.

Imagen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo ;
O el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
Ó al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto,
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Epístola.

Á Nuño de Mendoza.

.....

Si está en verdad que no nos mueve tanto
Docta declamación griega ó latina,
Como el ejemplo vivo, ó torpe ó santo ;

Del padre, que á sus hijos disciplina
Con mal ejemplo, ¿ quién dirá que es prueba
Del águila, que al sol los examina ?

Pues dar rienda á la edad ferviente y nueva
¿No es culpa de indiscreto amor paterno,
Que á manifiesta perdición la lleva ?

El diestro agricultor al árbol tierno,
De recientes raíces, no lo expone
Luego á las inclemencias del invierno ;

Que hasta que su virtud se perficione,
De hojosas ramas entreteje setos
Cuya defensa en torno le corone.

Así con preceptores y preceptos
Lucirán esos niños, pues los crías
Para que excedan á los más perfectos.

Y ordénales que busquen muchos días
La más útil verdad en las historias,
Y aprendan de las dos filosofías

Con qué medio se alcanzan las vitorias
Y se guarda la paz ; y al fin, que apliquen
El pensamiento á verdaderas glorias.

Para esto harás que siempre comuniquen
Con tales hombres, que seguramente
Á imitar sus costumbres se dediquen.

Y porque hay enemigos en Oriente,
Y en África los hay, y el siglo nuestro
Acá produce ocasionada gente ;

Tomen espadas negras, y algún diestro
Á enseñarles con modo á herir comience
(Sólo en aquella facultad maestro);

Mas al trabajo (el cual si abunda, vence),
Suceda el ocio ; pero no tan largo
Que contra la virtud se desvergüence.

Y así en el ayo que los tiene á cargo
Cubra más que las canas el bonete ;
Sepa ser dulce, y si conviene, amargo.

Goce los mismos gajes que él decrete ;
Que, en bien de tus caballos, si pagaste
Precio tan excesivo por Amete,

No has de juzgar que el ordinario baste
Para el que de tus hijos traiga cuenta,
Á quien como á segundo padre honraste.

Haz que en sus aposentos no consienta
Un paje disoluto; ni allí suene
Canción de las que el vulgo vil frecuenta ;

Canción que de Indias con el oro viene,
Como él, á afeminarnos y perdernos,
Y con lasciva cláusula entretiene.

Al curioso inventor de usos modernos,
Copete y goma, que lo carguen de heno
Como al buey coceador sobre los cuernos.

El cuadro que no fuere casto y bueno,
En ningún caso por sus puertas entre,
Porque parece almíbar y es veneno.

Y haz que tanto concierto se guarde entre
Sus pajes, que un descuido, un desaliño
En bufeté ó en silla no se encuentre.

Gran reverencia se le debe á un niño :
En los principios su salud consiste ;
Por esto á su observancia le constriño.

Porque en su edad con tanta fuerza embiste
Las sencillas potencias el objeto,
Que ninguna un momento le resiste;

Antes agarran del primer conceto,
Y andan como los ojos de la sierva,
Atendiendo á sus manos con respeto.

El vaso nuevo así el olor conserva
Que la primera vez le cupo en suerte,
Ya ministrando á Baco, ya á Minerva.

Pues si en lo que le aplican se convierte
Un niño ¿ puede hacerle mayor tiro
Quien de sanos principios le divierte ?

Mi opinión es, al fin (porque no aspiro
Á caminar por senda tan andada,
Formando con preceos otro Ciro),

Que cuando les conozcas arraigada
Con la elección, que al ciego error condena,
La fuerza á proseguir determinada ;

Que entonces vengan muy enhorabuena,
Para que con su ejemplo nos refrenen
De lo que aquí nos turba y desordena.

Pero si agora en este tiempo vienen,
¿ Qué piensas que hallarán, sino ocasiones
Adonde pierdan el candor que tienen ?

¿ Qué Fabios toparán, ó qué Cipiones ?
¿ Á qué Lacedemonia los envías,
Rígida formadora de varones ?

Nuño, si á los leones los confías,
La inocencia una vez sola en su lago
Fué recibida con entrañas pías.

Y así, el punto en que lleguen, por aciago,
Con carbón nota, como quien confiesa
Que juzga por certísimo su estrago.

Tienen aquí jurisdicción expresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hacen presa

Juego, mentira, gula y adulterio,
Fieros hijos del ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio

Y los de sus horribles sucesores :
Las noches de Calígula y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.

De Sibaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa, penitente,
Si con la desta corte la confiero.

Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente ;

Y admitido al honor quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.

Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su mujer, y por insultos
Quebró los grillos y la cárcel fiera.

Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso traje de seglares ;
Sediciosos y autores de tumultos.

De semejantes monstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De príncipes amigos familiares,

Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado,
¿ Hay aquí autoridad que los evite ?

Pues mira tú si un joven frecuentado
De los tales podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado.

Ninguno fué torpísimo de presto ;
Que el agua poco á poco le combate,
Mas cuando acuerda se halla descompuesto.

.....

Y digo, caro Nuño, que rehuses
Tu gusto, y á tus tiernas palomillas
El vuelo peligroso les excuses ;

Que andan muchos azores por asillas,
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas.

¿Quién en la corte volverá los ojos
Sin topar un objeto que los venza,
Que abone y acaricie sus antojos?

Es un mañoso engaño que comienza
Con título de honesto regocijo,
Y entre manos se os vuelve desvergüenza.

El proverbio vulgar, corte ó cortijo,
En mi opinión, fué loco ó fué blasfemo,
Digno de una mordaza quien lo dijo.

El sabio en medio de uno y otro extremo,
Desengañado, estableció vivienda,
Y es todo lo demás vivirla al remo;

Que en Madrid ni hay paciencia ni hay hacienda
Para vivir al uso, y menos malo
Si aquí esperar pudiéramos la enmienda ;

Pero entre los peligros que señalo,
No hay quien sin vicios ande, ó sin la fuerza,
Que los produce todos, del regalo.

Éste es voraz, que en recordando, almuerza,
Y deja seno para tres comidas,
Aunque por donde entró salga la verza.

El otro entre comadres conocidas,
Que saben mil secretos, reprehende
Entre sus almohadillas nuestras vidas;

Y como ocioso de sus labios pende,
Al blando taburete se acomoda,
Y á los chismes inútiles descende.

Otro, gastada ya su hacienda toda
Con Lesbia, hace el postrero desconcierto,
Y la conduce en clandestina boda.

Al panal de sus labios inexperto
Corrió, para lograr la miel primera,
Con risa del que sabe lo más cierto.

Y el padre, como Cremes por la nuera,
Que tañe y canta, contra el hijo brama,
Aunque al fin se conforma y se modera.

.....

Si tú pudieses ver, como el Menipo
De Luciano, en los aires sostenido,
Cuando hierve esta corte de Filipo;

De su desorden, tráfago y ruído,
Sin otros argumentos importantes,
Quedarías asaz persuadido.

Como aquí de provincias tan distantes
Concurren, ó por gracia, ó por justicia,
Diversas lenguas, trajes y semblantes;

Necesidad, favor, celo, codicia
Forman tumulto, confusión y priesa
Tal, que dirás que el orbe se desquicia.

Tropel de litigantes atraviesa,
Con varias quejas, varios ademanes,
Sus causas publicando en voz expresa.

Entre mil estropeados capitanes,
Que ruegan y amenazan, todo junto,
Cuando nos encarecen sus afanes,

Los vivanderos gritan, y en un punto
Cruzan entre los coches los entierros,
Sin que á dolor ni horror mueva el difunto.

Las voces, los ladridos de los perros,
Cuando acosan la fiera, aquí resuenan,
Y aquí forjan los cíclopes sus hierros.

Todos esperan y discordes penan,
Según la disonancia de los fines,
Y prosiguen lo mismo que condenan.

Mas dirás que no todos son ruines ;
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre hiedras rosas y jazmines.

Pues eso ; no está claro ? Que aunque yacen
Sordas tal vez, avivan las acciones,
Y á su nobleza misma satisfacen.

Mas básteme mostrar las ocasiones
Y peligros, que vencen las más veces,
Y el grande riesgo á que á tus hijos pones.

Y digo, al fin, que si los aborreces,
Y no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces,

Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
Ó alta ventana, allá los precipita ;
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el más horrendo evita.

Epístola.

Á Fernando de Soria Galvarro.

.....

Homero, en estas ondas tan experto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto,

Para ser más acepto á las süaves
Musas, surcó primero luengos días
Profundos golfos de otras ciencias graves.

Si tú para las dos filosofías,
Ya por Platón, de Sócrates conoces
Las siempre misteriosas ironías,

Y prender te dejaste de las voces
Con que suele el sutil Estagirita
Dar caza á los espíritus veloces ;

Por esta docta antigüedad escrita
Deja correr tu ingenio, y sin recelo,
Conformè á su elección, roba ó imita.

Suelta después al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo tan remoto,
Que no descubra sino mar y cielo ;

No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los ímpetus del Noto.

Quiero decir que cuando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los frecuentes ;

Porque los dos genéricos estilos
Más de un naufragio nuevo nos avisa
Que no por frecuentados son tranquilos.

Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama,
Precia la elocución peinada y lisa.

Y no sólo el honor del epigrama
Recibe calidad de este preceto,
Sino la lira con que amor nos llama ;

El trágico fervor puesto en aprieto,
Y la sátira, en este caso amiga
Siempre del panegórico perfeto.

El émulo de Píndaro lo diga,
Por quien Venosa el título recibe
Que á venerar á Tebas nos obliga;

Y en el romano autor que en prosa escribe,
Desde que falleció su Augusto, anales,
El compendioso laconismo vive.

Á Trajano sus dotes inmortales
Refiere Plinio en este acento puro,
Sin voces tenebrosas ni triviales.

De las primeras ; quién corrió seguro,
Si el presbítero docto de Cartago
Aspirando á ser breve quedó oscuro ?

Mas quien al genio floreciente y vago
De Séneca, llamó cal sin arena,
No probó los efectos de su halago.

No niego yo que, de sentencias llena,
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere nos condena;

Como la nube que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas,
Que aquí destronca y acullá deshoja;

Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada,
Que yace entre las ramas esparcidas.

La fuerza, pues, no venga arrebatada
En esta brevedad jaculatoria,
Si quieres que deleite y persuada ;

Aunque por ambición de mayor gloria,
Fleche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria;

Que en el segundo estilo hay elocuencia,
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la frecuencia ;

Y en su mediocridad lleva gran peso,
Pues sin que lo envilezca ni lo encumbre,
Le suele dar más próspero suceso.

Pruébese por razón y por costumbre,
Que, aunque no influya en término tan breve,
Insta con más vigor la mansedumbre ;

Como en invierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baja ni se mueve ;

Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre y fertiliza sin ruido.

Con la perseverancia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.

Y Marón los afectos pastoriles,
El culto agreste y el varón troyano
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.

Este que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle, suda en vano ;

Y su facilidad dificultosa
También convida, y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.

Fulmina la retórica del griego ;
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad frecuente con sosiego,

No menos el Demóstenes latino,
Para cuya riqueza usurpa el oro
Que nació en minas áticas Arpino.

No há mucho que lo hurté para el decoro
De algún poema, y hecho el aparato,
Me asenté sobre el arca del tesoro.

Porque me profanó el cuidado ingrato
De gran causa civil, á pesar mío,
Y es menester purgarme de su trato;

Que al fin no sufre la altivez de Clío
Que canto venerable se medite
Sino en la soledad de su desvío.

Demás desto, no falta quien me incite
Á que, si ornarme de laurel deseo,
Los números latinos ejercite.

Porque gusta de ver aquel museo,
La ostentación del dáctilo gallarda
Tropellar la quietud del espondeo.

Y cuando aquél prosigue y éste tarda,
Más gracia de esta priesa y deste espacio
Que de los pies de nuestro verso aguarða.

Mas yo sé bien el sueño con que Horacio
(Antes el mismo Rómulo) me enseña
Que llevar versos al antiguo Lacio

Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Betis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.

Nuestra patria no quiere, ni yo quiero
Abortar un poema colecticio
De lenguaje y espíritu extranjero ;

Pues cuando me quisiera dar propicio
Marón para su fábrica centones,
¿Quién sabe cuál surgiera el edificio?

Con mármoles de nobles inscripciones
(Teatro un tiempo y aras) en Sagunto
Fabrican hoy tabernas y mesones.

Ya me parece, pues, que al mismo punto
Que me retiro á vida libre y sola,
Imitaciones y advertencias junto.

Y que mi musa, fiel como española,
Á venerar nuestras banderas viene,
Donde la religión las enarbola;

Que en los silbosos montes de Pirene,
En ningún tiempo infieles ni profanos,
Las espadas católicas previene,

Para que las reciban de sus manos
Los héroes que escogió por lidiadores
Contra los escuadrones africanos,

Cuando, por dar señal de sus favores,
Sobre uno de los árboles fué vista
Cándida cruz vibrando resplandores.

.....

No guardaré el rigor de los preceos
En muchas partes, sin buscar excusa
Ni perdón por justísimos respetos.

Y si algún Aristarco nos acusa,
Sepa que los preceos no guardados
Cantarán alabanzas á mi musa ;

Que si sube más que ellos ciertos grados,
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán, y no agraviados.

Así habrás visto alguna ninfa hermosa
Que desprecia el ornato, ó lo modera,
Quizá con negligencia artificiosa.

Que es mucho de hermosura verdadera,
Á veces consultar con el espejo,
Más por la adulación que dél espera,
Que por necesidad de su consejo.

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

Estancias.

Riberas del humilde Manzanares
Apacentaba una pastora hermosa,
Que trasladada del famoso Henares
Honraba su corriente sonora :

Donde con voces tiernas y dispares
Se queja Filomena lastimosa,
Hay una fuente cristalina y fría
En cuyo espejo el sol comienza el día.

Tirano de su gusto y hermosura,
Un rústico pastor era su dueño,
Que toda la aspereza y espesura
Del bosque inculto retrató en su ceño :
Al rayo de su luz hermosa y pura
Desvelado Lisardo pierde el sueño,
Celebrando su nombre en versos graves,
Como al salir del sol cantan las aves.

¡ Oh más hermosa pastorcilla mía,
Que entre claveles cándida azucena
Abre las hojas al nacer el día,
De granos de oro y de cristales llena !
¿ Qué fuerza, qué rigor, qué tiranía
Á tanta desventura te condena ?
Mas ¿ cuándo á tantas gracias importuna
No fué madrastra la cruel fortuna ?

¿ Visteis por dicha, ninfas, la belleza
En este valle de sus verdes cielos,
Si aquel alma de roble y su aspereza
Esta licencia permitió á sus celos ?
Aquí vimos, responden, su tristeza
Murmurada de tantos arroyuelos,
Que á las aguas, las plantas y las flores
Dió vida, dió esperanzas, dió colores.

En esta fuente cuya margen pisa
Tal vez con breve estampa el pie de nieve,
En la del agua retrató su risa
Y con sus rosas su hermosura bebe :

Tuviera el valle nueva flor Narcisa,
Pues á mirarse Fílida se atreve;
Pero turbó el cristal llorando enojos
El claro aljófar de sus verdes ojos.

No pudiendo Lisardo resistirse
Á tanto amor, y por ventura amado,
Con dulces ansias intentó morirse
Sobre las hierbas del florido prado;
Que imaginando un ángel consumirse,
Que debiera vivir bien empleado
Por lo menos gozándola un discreto,
Su desesperación puso en efeto.

Las ninfas y pastores que le oyeron,
Viendo que su pastor se les moría,
Bajaron á llorarle y le cubrieron
De cuantas flores en el prado había;
Y en el papel de un álamo escribieron
Para memoria de aquel triste día:
« Ninfas de Manzanares y pastores,
Ya no hay amor, que aquí murió de amores. »

Oyó las quejas la serrana hermosa,
Y llegando al lugar adonde estaba,
Al frío labio le aplicó la rosa
Que los divinos suyos animaba;
Y fué aquella virtud tan poderosa,
Que le dió vida al tiempo que espiraba,
Y desde entonces ninfas y pastores
Á desmayos de amor aplican flores.

LOPE DE VEGA.

Á la barquilla.

Pobre barquilla mía
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola ;
¿Adónde vas perdida ?
¿Adónde, dí, te engolfas ?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves,
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas,
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
Á dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
Andabas costa á costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.
Segura navegabas ;
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa ;
Ni se estimó la perla

Hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
De las que van y tornan;
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
Azote son del viento
Y de las aguas sombra?
¿En qué gavia descubres
Del árbol alta copa,
La tierra en perspectiva,
Del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
Que es bien hechar la sonda,
Cuando perdido el rumbo
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heroica?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes ó rojas,

Que en selvas de corales
Salado césped brota ?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El céfiro bullía
Y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que, salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes
A la playa arenosa
Mojado me sacabas,
Pero vivo : ¿ qué importa ?
Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la Aurora
Más peces te llenaban
Que ella lloraba aljófár.
Al bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa,
Nos daba una cabafia
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,

Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
La muerte nos divorcia ;
¡ Ay de la pobre barca,
Que en lágrimas se ahoga !
Quedad sobre la arena
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡ Oh dueño de mi barca !
Y en dulce paz reposas,
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás me lleve
Más pura y más hermosa.
Mi honesto amor te obligue ;
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
Mas ¡ ay ! que no me escuchas !
Pero la vida es corta,
Viviendo todo falta
Muriendo todo sobra.

LOPE DE VEGA.

Al mismo asunto.

¡Ay! soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas:
Las otras que bramando
Ya tiemblan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vivo
En esta seca arena?
¿Ó cómo espero el día
Si está mi aurora muerta?
¿Ó pediré, llorando
La noche de su ausencia,
Que pues ya viven juntas,
Entrambas amanezcan?
Pero saldrán las tuyas,
Y no saldrá mi estrella;
Que aunque de noche salen,
Padece noche eterna.
¡Alma Venus divina,
Que día y noche muestras
La senda de la Aurora,
Y del mayor planetal
Por esta noche sola
Le da la presidencia;
Pues sabes que te iguala

Su luz y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa á la popa
Tus jarcias y tus velas.
No ya cendal te vista,
Ni te coronen fiestas
Marítimos hinojos,
Mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas,
Que de aqueſtas riberas
Con sus dorados lirios
Tejidas orlas eran,
Y los laureles verdes,
Secos tarayes sean :
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanzas tengan.
Y rómpaste de suerte,
Que parezcas deshecha
Cabaña despreciada
Que los pastores dejan.
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda al viento,
De tafetán cometas.
No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan.
No las desnudas ninfas
Cuando la vela tiendas,
Á la embreada quilla
Arrimen las cabezas.
Deshechos huracanes
Te saquen y te vuelvan ;

Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros ¡oh barqueros!
Que en aquestas aldeas
Dejáis vuestras esposas
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades
Á mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan;
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimosas quejas.

.....

Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solía,
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo,
Mas poco me aprovecha;
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena.
Mi propia voz me engaña,
Y como voy tras ella,
Cuanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,
Salen del alma sombras
Á fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia extrema
Lo que imagino abrazo,
Por ver si efecto engendra.

Pero en desdicha tanta,
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engafiaba
Desengañados quedan.
¡Que alegre respondía
Dividiendo risueña
Aquel clavel honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cogía de sus hojas
La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce amada prenda;
Que en el silencio eterno
Á nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
En soledad me dejan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca.
Y donde tantas miro,
(¡Qué locura tan nueva!)
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
No hay árbol donde tuvo
Alguna vez la siesta,
Que no le abrace, y pida
La sombra que me niega;
Y entre estas soledades,
Con ansias tan estrechas,
No miro su retrato,
Y muérome por verla.
Que no pueden los ojos
Sufrir que muerta sea
La que tan lindo talle

Pintada representa.
Lo que deseo huyo,
Porque de ver me pesa
Que dure más el arte
Que la naturaleza.
Sin esto, porque creo
(Como me mira atenta)
Que pues que no me habla
No debe de ser ella.
Pintóla Francelise :
De las paredes cuelga
De mi cabaña pobre :
Mas ¡qué mayor riqueza !
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan ;
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirase flores,
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta :
La muerte porque huye,
La vida porque espera.
Cuando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amaron vivas,
Olvidan y se alegran,
Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hacer en mí los tiempos
Á su memoria ofensa.
Porque si alguna cosa,
Aun suya, me consuela,

Ya pienso que la agravio,
Y dejo de tenerla.

.....

LOPE DE VEGA.

Judit.

Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que, opuesto al muro de Betulia, en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.

Revuelto con el ansia el rojo velo
Del pabellón á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.

Vertido Baco el fuerte arnés afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardias que tan mal emplea;

Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israel, la casta Hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

LOPE DE VEGA.

Soneto.

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo

Fuésele de la jaula el pajarillo
Al libre viento en que vivir solfa.

Con un suspiro á la ocasión tardfa
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dijo, y de sus mejillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardfa:

« ¿ Adónde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora ? »

Oyóla el pajarillo enternecido,
Y á la antigua prisión volvió las alas;
Que tanto puede una mujer que llora.

LOPE DE VEGA.

Soneto.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador, que con desvelo
Le está acechando, la ballesta armada.

Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico convertida en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.

Desta suerte el amor canta en el nido;
Mas luego que los celos que recela

Le tiran flechas de temor, de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere cela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

LOPE DE VEGA.

La Gatomaquia.

Estaba sobre un alto caballete
De un tejado, sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirlada,
Como si fuera gata de convento.
Su mesmo pensamiento
De espejo la servía,
Puesto que un roto cáscico le trafa
Cierta urraca burlona,
Que no dejaba toca ni valona,
Que no escondía por aquel tejado,
Confín del corredor de un licenciado.
Ya que lavada estuvo,
Y con las manos que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliñada,
Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria vocal, con tanta gracia
Como pudiera el músico de Tracia:
De suerte que cualquiera que la oyera,

Que era solfa gatuna conociera,
Con algunos cromáticos disones,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la primavera
Por un balcón de rosas y alelúes,
Y Flora con dorados borcegués
Alegraba risueña la ribera ;
Tiestos de Talavera
Prevenía el verano,
Cuando Marramaquiz, gato romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha, su escudero,
Que al sol salía Zapaquilda hermosa
Cual suele amanecer purpúrea rosa
Entre las hojas de la verde rama,
Rubí tan vivo que parece llama ;
Y que con una dulce cantilena
En el arte mayor de Juan de Mena
Enamoraba el viento.

Marramaquiz atento
Á las nuevas del paje,
(Que la fama enamora desde lejos)
Que, fuera de las naguas de bellejos
Del campanudo traje,
Introducción de sastres y roperos,
Doctos maestros de sacar dineros,
Alababa su gracia y hermosura
Con tanta melindrífera medida,
Pidió caballo, y luego fué traída
Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra,
Que tuvieron las monas y los gatos ;
Púsose borcegués y zapatos,
De dos dediles de segar, abiertos,

Que con pena calzó por estar tuertos ;
 Una cuchar de plata por espada,
 La capa colorada
 Á la francesa, de una calza vieja,
 Tan igual, tan lucida y tan pareja,
 Que no será lisonja
 Decir que Adonis en limpieza y gala,
 Aunque perdone Venus, no le iguala ;
 Por gorra de Milán media toronja,
 Con un penacho rojo, verde y bayo,
 De un muerto por sus uñas papagayo,
 Que diciendo : ¿ quién pasa ?, cierto día,
 Pensó que el rey venía,
 Y era Marramaquiz que andaba á caza,
 Y halló para romper la jaula traza.
 Por cuera dos mitades, que de un guante
 Le ataron por detrás y por delante,
 Y un puño de una niña por valona,
 Era el gatazo de gentil persona,
 Y no menos galán que enamorado,
 Bigote blanco y rostro despejado,
 Ojos alegres, niñas mesuradas,
 De color de esmeraldas diamantadas ;
 Y á caballo en la mona parecía
 El paladín Orlando, que venía
 Á visitar á Angélica la bella.

La recatada ninfa, la doncella,
 En viendo el gato se mirló de forma
 Que en una grave dama se transforma ;
 Lamiéndose á manera de manteca
 La superficie de los labios seca,
 Y con temor de alguna carambola
 Tapó las indecencias con la cola ;
 Y bajando los ojos hasta el suelo,
 Su mirlo propio le sirvió de velo :

Que ha de ser la doncella virtuosa
Más recatada, mientras más hermosa,
Marramaquiz entonces con ligeras
Plantas batiendo el tetián caballo,
Que no era pie de hierro ó pie de gallo,
Le dió cuatro carreras,
Con otras gentilezas y escarceos,
Alta demostración de sus deseos ;
Y la gorra en la mano,
Acercóse galán y cortesano,
Donde la dijo amores.
Ella con los colores
Que imprime la vergüenza,
Le dió de sus guedejas una trenza;
Y al tiempo que los dos marramizaban,
Y con tiernos singultos relamidos
Alternaban, sentidos
Desde unas claraboyas que adornaban
La azotea de un clérigo vecino,
Un bodocazo vino
Disparado de súbita ballesta,
Más que la vista de los ojos presta,
Que, dándole á la mona en la almohada,
Por de dentro morada,
Por de fuera pelosa,
Dejó caer la carga, y presurosa
Corrió por los tejados,
Sin poder los lacayos y criados
Detener el furor con que corría.
No de otra suerte que en sereno día
Balas de nieve escupe, y de los senos
De las nubes relámpagos y truenos,
Súbita tempestad en monte ó prado,
Obligando que el tímido ganado
Atónito se esparza,

Ya dejando en la zarza,
 De sus pungentes laberintos vana,
 La blanca ó negra lana
 (Que alguna vez la lana ha de ser negra,
 Y hasta que el sol en arco verde alegra
 Los campos que reduce á sus colores,
 No vuelven á los prados ni á las flores;
 Así los gatos iban alterados
 Por corredores, puertas y terrados
 Con trágicos maúlllos,
 No dando como tórtolas arrullos,
 Y la mona, la mano en la almohada,
 La parte occidental descalabrada.
 Y los húmedos polos circunstantes
 Bañados de medio ambar como guantes.

.....

Entre esta generosa ilustre gente
 Vino un gato valiente
 De hocico agudo y de narices romo,
 Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
 Que Misifuf tenía
 Por nombre; en gála, cola y gallardía,
 Célebre en toda parte
 Por un Zapinarciso y Gatimarte.
 Éste luego que vió la bella gata
 Más reluciente que fregada plata,
 Tan perdido quedó, que noche y día
 Paseaba el tejado en que vivía,
 Con pajes y lacayos de librea,
 Que nunca sirve mal quien bien desea;
 Y sucedióle bien, pues luego quiso,
 ¡Oh gata ingrata! á Misifuf narciso,
 Dando á Marramaquiz celos y enojos.
 No sé por cuál razón puso los ojos
 En Misifuf, quitándole al primero,

Con súbita mudanza,
 El antiguo favor y la esperanza.
 ¡Oh cuanto puede un gato forastero,
 Y más siendo galán y bien hablado,
 De pelo rizo y garbo ensortijado!
 Siempre las novedades son gustosas,
 No hay que fiar de gatas melindrosas.
 ¿Quién pensara que fuera tan mudable
 Zapaquilda cruel é inexorable,
 Y que al galán Marramaquiz dejara
 Por un gato que vió de buena cara,
 Después de haberle dado
 Un pie de puerco hurtado,
 Pedazos de tocino y de salchichas?
 ¡Oh cuán poco en las dichas
 Está firme el amor y la fortuna!
 ¿En qué mujer habrá firmeza alguna?
 ¿Quién tendrá confianza,
 Si quien dijo mujer dijo mudanza?

 Zapaquilda gallarda
 Estaba en su balcón, que no atendía
 Más de á saber si Misifuf venía,
 Cuando Garraf su paje,
 Si bien de su linaje,
 Llegó con un papel y una bandeja;
 Ella la cola y el confín despeja,
 Y la bandeja toma
 Sobre negro color labrada de oro
 Por el indio oriental, y con decoro
 Mira si hay algo que primero coma:
 Ofensa del cristal de la belleza,
 Propia naturaleza
 De gatas ser golosas,
 Aunque al tomar se finjan melindrosas;
 Y antes de oír al paje,

Ve las alhajas que el galán envía,
 Qué joya, qué invención, qué nuevo traje;
 En fin, vió que trafa
 Un pedazo de queso
 De razonable peso,
 Y un relleno de huevos y tocino,
 Atys en fruta que produce el pino
 Entre menuda rama
 En la falda del alto Guadarrama,
 Por donde van al bosque de Segovia;
 Y luego en fe de que ha de ser su novia,
 Dos cintas que le sirvan de arracadas,
 Gala que sólo á gatas regaladas,
 Cuando pequeñas, las mujeres ponen,
 Que de rosas de nácar las componen.
 Tomó luego el papel, y con sereno
 Rostro, apartando el queso y el relleno,
 Vió que el papel decía:
 « Dulce señora, dulce prenda mía,
 Sabrosa (aunque perdone Garcilaso
 Si el consonante mismo sale al paso)
 Más que la fruta del cercado ajeno,
 Ese queso, mi bien, ese relleno,
 Y esa cinta de nácar os envío,
 Señas de la verdad del amor mío.»

Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
 Marramaquiz celoso, que mirando
 Estaba desde un alto caballete
 Tan gran traición, colérico arremete,
 Y echa veloz, de ardiente furia lleno,
 Una mano al papel, y otra al relleno:
 Garraf se pasma y queda sin sentido,
 Como el que oyó del arcabuz el trueno
 Estando divertido;
 A quien el ofendido

Tiró una manotada con las fieras
 Uñas, de suerte que formando esferas
 Por la región del aire vagaroso
 Le arrojó tan furioso,
 Que en el claro cristal de sus espejos
 Pudo cazar vencejos
 Menos apasionado y más ocioso.
 No de otra suerte el jugador ligero
 Le vuelve la pelota al que la saca
 Herida de la pala resonante ;
 Quéjase el aire, que del golpe fiero
 Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
 Y chaza el que interviene el pie delante ;
 El gatazo arrogante,
 Sin soltar el relleno, despedaza
 El papel que en los dientes
 Con la espuma celosa vuelve estraza,
 Y á Zapaquilda atónita amenaza.
 Como se suele ver en las corrientes
 De los undosos ríos quien se ahoga,
 Que asiéndose de rama, hierba ó sogas,
 La tiene firme, de sentido ajeno ;
 Así Marramaquiz tiene el relleno,
 Que ahogándose en congojas y desvelos,
 No soltaba la causa de los celos.
 ¡ Oh cuánto amor un alma desespera,
 Pues cuando ya se ve sin esperanza,
 En un relleno tomará venganza !
 ¿ Mas quién imaginara que pudiera
 Dar celos el amor en ocasiones
 Con rellenos de huevos y pifiones ?
 ¡ Mas ¡ ay ! de quién le había
 Hecho para la cena de áquel día !

LOPE DE VEGA. ¹

¹ Bajo el pseudónimo de Tomé Burguillos con que se publicó este poem todos han creído ver á Lope.

Isleta y palacio de la hada Morgana.

(El Bernardo.)

Dentro del fértil lago, hacia la parte
Que le apunta la luz de la mañana,
Ó por natural curso ó fuerza de arte,
Está una fresca isleta y tierra llana ;
De cien torres ceñido un baluarte,
Donde resurte, vuelto espuma cana,
El cristal tierno que en hermosos lejos
Sirve á sus playas y árboles de espejos.

Aquí, sobre cimientos de alabastro
Y mármoles preciosos, se levanta,
Hecha de un cerco en conjunción de un astro,
De un real palacio la soberbia planta,
Sin que de cimbrias ni canteras rastro
Quedase al mundo de grandeza tanta;
Que Morgana lo hizo en sola una hora,
Al romper blando de la tierna aurora.

En doce altivas torres dividido,
Donde el diestro primor de un nuevo Apeles,
Mil lazos relevó de oro bruñido
Al vuelo de sus altos chapiteles :
El jaspeado muro compartido
En dorados balcones y rejeles,
Y el claro ventanaje en mil maneras
De alegre luz y claras vidrieras.

Las altísimas bóvedas cargadas
Del peso real de un bárbaro tesoro,

De brufido alabastro las portadas,
Los firmes quicios de metal sonoro,
Sobre que se revuelven ajustadas
Las puertas de marfil y clavos de oro ;
Que es esta hada la que al mundo vano
Las riquezas reparte de su mano.

Crece un fresco jardín sobre la playa,
Á sus resacas y frescor dispuesto,
Del quebrado cristal florida raya,
Y del deleite humano alegre puesto,
Donde Pomona de su verde saya
El regalo mayor dejó traspuesto,
Sembrando por sus hierbas y sus flores
La humana industria todos sus primores.

De un lustroso cristal muro almenado
La corva playa ciñe del poniente,
De dorados balcones rodeado,
Al precioso jardín pomposa frente,
Donde del rico mayo el matizado
Artificio, en la cerca transparente,
De rayos de oro forma y de vislumbres
Hermosos visos y encendidas lumbres.

Que al jugar por los árboles el viento,
Y el sol dorar sus hojas de esmeralda,
Del claro golfo en el mudable asiento,
Del real jardín la altísima guirnalda,
A la vista hace del que mira atento,
De verde, azul, de rosicler y gualda
Bellos reflejos, claros resplandores
De un mezclado color de mil colores.

Lenguaje de la Naturaleza.

(*El Bernardo.*)

Todas las cosas que en el mundo vemos,
 Cuantas se alegran con la luz del día,
 Aunque de sus lenguajes carecemos,
 Su habla tienen, trato y compañía:
 Si sus conversaciones no entendemos,
 Ni sus voces se sienten cual la mía,
 Es por tener los hombres impedidos
 Á coloquios tan graves los sentidos.

¿Quién publica á las próvidas abejas
 Sus sabios aranceles y ordenanzas?
 Y ¿á quién el ruiseñor envía sus quejas
 Si siente al cazador las asechanzas?
 ¿Quién á las grullas dice y las cornejas
 De los tiempos del mundo las mudanzas?
 Y al prado que florece más temprano,
 ¿Quién le avisa que viene ya el verano?

¿Quién sino estos lenguajes, que, escondidos,
 No de todas orejas son hallados,
 Mas de sus sordas voces los rüidos
 Los raros hombres á quien dan cuidados?
 Tan absortos los traen, tan divertidos,
 Y en tan nuevas historias ocupados,
 Que es fuerza en esto confundirse todos
 En varios casos por diversos modos.

Créese que del ruido que las cosas
 Unas con otras hacen murmurando,

De su armonía y voces deleitosas
Las suspensiones dan de cuando en cuando;
Que en su canto y palabras poderosas
Así el seso se va desengazando,
Que el de más grave precio se alborota,
Y al saber de mayor caudal se agota.

Desto á veces se engendra la locura
Y las respuestas sin concierto dadas,
Sin traza al parecer, sin coyuntura,
Ni ver cómo ni á quién encaminadas:
Los árboles, los campos, su frescura,
Las fuentes y las cuevas más calladas,
Á quien llega á sentir por este modo
Todo le habla, y él responde á todo.

Y el no entender ni oír este lenguaje
Con que el mundo se trata y comunica,
Y á su Criador en feudo y vasallaje
Eternos cantos de loor publica,
La ocasión cuentan que es cierto brebaje
Que el engaño, en naciendo, nos aplica,
De groceras raíces de la tierra,
Que el seso embota y el sentido cierra.

Mas aquel que, por suerte venturosa
Y favorable rayo de su estrella,
La voz desta armonía milagrosa
Libre de imperfección llega á entedella,
Al cuerpo la halla y alma tan sabrosa,
Que á todas horas ocupado en ella,
Á solo su feliz deleite vive,
Y de otra cosa en nada la recibe.

Ermita del cabo de San Vicente.

(*El Bernardo.*)

De veinte pies, en proporción cuadrado,
 Dentro de un risco un patio se hacía,
 De un bastante pretil acompañado
 Por la parte de oriente y mediodía,
 Y por todas las otras abrigado
 De un peñasco que al cielo se subía,
 Y hacia el frío norte una caverna hecha,
 Ancha en los senos, y en la boca estrecha.

Parece que el Autor del mundo quiso,
 Cuando labró aquel risco de su mano,
 Un mirador hacer del paraíso
 En lo escondido de su breve llano ;
 Y en medio dél un templo de su aviso,
 Cuyo altar y sagrario soberano
 La estrecha cueva fuese, y su capilla
 De los siglos la octava maravilla.

La parte superior, que á la inclemencia
 Del riguroso tiempo está rendida,
 La humana industria, en sabia diligencia,
 De enjutas palmas la tenía vestida ;
 Y del grave ermitaño la prudencia
 Así la estrecha cuadra repartida,
 Que era humilde oratorio, y contra el viento
 Albergue sano y cómodo aposento.

La limpia gruta que de altar servía
 Con tapices de palmas entoldada,

Que el sabio anciano con primor tejía
Para vestirse á sí y á su morada :
Ya pudo usar mejor tapicería
Un tiempo, pero aquella fué prestada,
Y así al mejor se le acabó, mas esta
Eterna quedará en su templo puesta.

Del sangriento calvario el gran trofeo,
De flores recamado por defuera,
Al sacro altar devoto camafeo,
Y pía reverencia al lugar era,
Y á los presentes general deseo
De conocer la majestad severa
Del dueño ; mas ninguno hay tan osado
Que á decirle se atreva su cuidado.

Mas, viendo del altísimo antepecho
El mundo que á los ojos descubría,
Muda estatua el más sabio quedó hecho,
Absorto contemplando en lo que vía ;
Del mar profundo un largo y ancho trecho,
Que mudables espejos parecía,
Y entre sus crespas olas, de aire llenas,
Los delfines cruzando y las ballenas.

El risco activo en un diluvio entero
De luciente cristal las selvas moja,
Que de aquel desigual despeñadero
Con espantoso estruendo al mar se arroja ;
Y de una peña en otra, á lo postrero
Del monte hirviendo da su espuma floja,
Haciendo antes pedazos por los riscos
Cristales, flores, perlas y lentiscos.

Por otra parte el monte, cuyos pinos
Parece que se esconden en el cielo,

Y entre tajadas peñas los espinos
 De rocas cubren y bosqueje el suelo :
 Trepa la hiedra, suben remolinos
 De flores y de hierba por señuelo
 Al presto gamo que por ellas salta,
 Y de verlas temblar se sobresalta.

Silban por entre almeces y algarrobos
 Las mirlas, las calandrias y jilgueros;
 Retozan por la grama y dan corcovos
 Las liebres y gazapos placenteros;
 Huyen los ciervos, rumian los escobos
 Las cabras, y en las peñas y agujeros
 El conejo se esconde, y por sus quebras
 Enroscadas asoman las culebras.

Todo esto al són del bosque y del ruido
 Del río que por los riscos se despeña,
 De las aves el canto no aprendido
 Y del monte la verde y crespa greña :
 Desde aquel alto y abreviado nido
 Que labró el cielo en medio de una peña,
 Se ven, sin otras nuevas maravillas,
 Resacas de la mar y sus orillas.

BERNARDO DE BALBUENA.

Cacería.

(*El Bernardo.*)

Libres de las pigüelas, mil azores
 Á arrojarse comienzan de la mano,

Los diestros agudísimos ventores
Á henchir de la escondida caza el llano,
Con que los prestos galgos corredores
No hacen entre mil un lance en vano :
Sigue éste, alcanza aquél, el otro incita ;
Crece la caza, el alboroto y grita.

Entre el tropel, rüido y baraunda,
De ciervos una tímida manada
Hizo que el campo alegre se confunda
Tras el lance y la presa deseada,
Que todo en voces de placer lo hunda
La trápala de gente alborotada,
Y pór el bosque y selva á campo abierto
Se siembre, corra y vuele sin concierto.

Siguen aquello que se les antoja,
Con grita, voces, con furor y estruendo ;
Uno vuelve, otro pica, otro se arroja,
Otros « aparta, aparta » van diciendo ;
« Ataja, ataja » aqueste ; el otro « afloja,
Barausta, rompe, salta, vuelve huyendo,
Sal, cruza, dale, ten, alarga y pica » :
La grita y confusión se multiplica.

Uno cae, otro huye, otro revuelve
Perdido, sin ver cómo, en la espesura ;
Otro siguiendo un ciervo va, y se vuelve
Confuso y anegado en la espesura :
Este se apea cansado, aquel desvuelve
Tras un tigre la selva mal segura ;
Gamos, liebres, leones y venados
Heridos, presos, muertos y atajados.

Fertilidad de España

(*El Bernardo.*)

Penetrada con vientos de ambos mares,
 Conserva un aire limpio y cielo sano,
 Y de riqueza llena singulares,
 No hay quien no tenga alguna de su mano;
 No todas cosas dan todos lugares,
 Ni el mundo es todo cuesta ó todo llano:
 La India envía marfil, la Arabia incienso,
 Perlas el mar, y á él los ríos su censo.

Seda el Catay, el Alpe da cristales,
 Paro alabastro, Candia alegre vino,
 Piedras Ormuz, Sicilia sus corales,
 Vasos Corinto, el Ganges oro fino,
 Jaspes Copto, Penestre pedernales,
 Scitia las blandas martas, y el benino
 Aire de Tible miel, y Tiro ufana
 En sus conchas la púrpura de grana.

Por todo el mundo, del empíreo cielo
 Dones descienden de influencias varias;
 Esta grandeza es propia deste suelo,
 La otra de aquél, destotro las contrarias;
 Aquí extrañó calor, acullá hielo,
 Cosas raras aquí, y allí ordinarias;
 Sólo los campos fértiles de España
 Ninguna cosa tienen por extraña.

Á la seda de Murcia y de Granada,
 De Toledo y Valencia, ¿quién le llega

Cuando el gusano en cama regalada
De frescas hojas de moral se pega,
Y allí encantado, en bóveda cerrada
Al dulce sueño del morir se entrega,
Dejando sus capullos y edificios
En herencia al regalo y á sus vicios?

Al cristal lusitano y á las martas
Gallegas ; quién iguala, ó al coral fino
Del catalano golfo, cuando en sartas
Por un cuello se anuda alabastrino?
; Quién al rojo oro en granos con que hartas,
¡ Oh España ! la hambre del vecino
Bárbaro alarbe ó apartado griego;
Que á todos tu afición quita el sosiego?

No engendra Ormuz más fina pedrería
Que tu Puebla, Morón y Caridemo,
Ni á las turquesas que Zamora cría
Llega el Oriente en su mayor extremo:
Á tus jaspes no igualan los que envía
El Paro, el Copto ni el helado Hemo;
Ni á la miel de Bejer y la de Baza
De Júpiter el néctar de su taza.

Sus búcaros de barro lusitanos
Exceden los de Dódone y Corinto,
Y la loza del pueblo toledano
En color la esmeralda y el jacinto;
Sus vinos al falerno y al greciano,
De Yepes, San Martín, Ocaña y Pinto,
Alamí, Ribadavia, Coca y Toro,
De humana ambrosia celestial tesoro.

; Qué pudo repartir el mundo al cielo
Para el provecho humano ó su deleite,

Que le negase á este dichoso suelo,
 Y en él no sirva de virtud ó afeite?
 Aquí un fértil sembrado, allá un majuelo,
 Acá un lagar de vino, allá de aceite;
 La cabra, el toro, el oso, el ciervo, el gamo,
 Y la perdiz burlada del reclamo.

Si á Colcos dió valor un vellocino,
 Y fama en tantos siglos y naciones,
 Por solo un lustre de oro peregrino
 Que en sus guedejas daba reflexiones;
 ¡Cuánto le exceden en precioso y fino
 Del extremeño campo los vellones,
 Y á las conchas de Tiro y á sus riscos,
 La grana que se cuaja en sus lentiscos!

Es toda junta una preciosa pasta
 De finos y riquísimos metales,
 Que antiguamente pudo, y ahora basta
 Los deseos á hartar de los mortales:
 Los griegos, los romanos y la vasta
 África, de sedientos arenales,
 Con las preciosas sobras de sus venas
 Sus flotas vñan de riquezas llenas.

En otras partes la codicia humana
 Entra por oro á desvolver la tierra,
 Y en hondas grutas con sudor se afana,
 Y por sacarlo á luz le hace la guerra;
 Más aquí él solo por los riscos mana,
 Ó el arado al pasar lo desentierra,
 Y como convidándose á sus gentes,
 Los arroyos le manan y las fuentes.

Que por hijo feliz de un fértil suelo
 Y de madre nacido tan fecunda,

Lozano da vislumbres, sin recelo
Que avariento le dé cárcel segunda.
Mas ¿qué bien ó favor ha dado el cielo
Á la tierra, que aquí no nazca y cunda,
Y á porfía brotando de sus senos,
Sus campos deje de riquezas llenos?

Cuanto al sustento y pompa es necesario
Sobre su noble tierra abrió camino:
El rojo trigo, el vino, el jaspe vario,
El lustroso azabache, el mármol fino,
El hierro duro, el cobre su contrario,
El liviano algodón, el blando lino,
El vivo azogue, el solimán y afeite
Y de Sevilla y Écija el aceite.

Su bronce, plata, estaño y sus alumbres
Al mundo dejan bastecido y harto,
Cuyas reventaciones por las cumbres
Los montes vierten con felice parto:
Goza del fino acero las vislumbres,
La rica greña del humilde esparto,
El lustroso alcohol, y el pardo lomo
Que en masas crece de pesado plomo.

Los montes, de un alegre abril manchados,
De frescas hierbas olorosas llenos,
De laurel verde y cedros encrespados,
Los sombríos bosques tejen más amenos:
Cárdenos lirios, alelí morados,
Rojos claveles, y en los hondos senos
De sus valles, tomillo y rojo acanto,
El fértil trébol y el romero santo.

Desto sus campos labran las alfombras
Con que el florido abril los entapiza,

De más fino color y alegres sombras
 Que las que Persia para ti matiza;
 Y si destas grandezas no te asombras,
 Oye con que de nuevo se autoriza
 En los soberbios ánimos valientes
 De sus gallardas invencibles gentes.

BERNARDO DE BALBUENA.

Combate entre Bernardo del Carpio y Roldán

(*El Bernardo.*)

Cual generoso león, que entre el rebaño
 De algún collado de Getulia estrecho,
 Cansado de matar y de hacer daño,
 Las garras lame, y el sangriento pecho,
 Si un dragón ve venir de bulto extraño,
 La oveja que á matar iba derecho
 Deja, y en crespas clin y aire brío
 Se arroja al enemigo poderoso ;

Así el bravo español, viendo de lejos
 Lucir las armas del señor Aglante,
 Tras sus nuevos vislumbres y reflejos
 Feroz sale á ponérsele delante,
 Herida el alma de los tristes dejos
 Del malogrado primo y tierno amante ;
 Bien que el Marte francés al desafío
 No salió con menor aliento y brío.

Antes en fuego de honra ardiente el pecho,
 Y en deseos de venganza : « ¡ Oh fiero hispano,

Dijo, que el mundo á golpes has deshecho,
¿Quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
Será buscarle igual cuidado vano,
Mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
Si no el agravio, la honra reparada.»

Así dijo; y cual dos dragones fieros
Que en los marsilios campos la ardiente
Ponzofía que vomitan, los postreros
Árboles se arden y su hervir se siente,
Gimen las cotas y escamados cueros,
Tiembla del grave monte la eminente
Altura, y ellos la abrasada arena
De rocas tienen y de golpes llena;

Tales los dos furiosos combatientes
En su horrible batalla andan cubiertos
De espantosas heridas, y valientes
Golpes, furias, coraje y desconciertos,
Rotas las finas armas, los ardientes
Yelmos y arneses sin piedad abiertos,
Sus penachos, escudos y testeras
Ya hechos rajas cubren las laderas.

Dió Orlando al de León con Durindana
Á dos manos un golpe en el escudo,
Que ni el temple acerado ni la sana
Pasta valerle en su defensa pudo,
Que ya partido en dos hasta la grana
De sus venas no entrase el filo agudo,
Matizando el color la malla toda
Del fino rosicler de sangre goda.

Y él, viendo ya el escudo sin provecho,
Y sin provecho el dilatar la muerte

De un enemigo tal como le ha hecho
El cielo en brazo poderoso y fuerte ;
Alta la espada, y levantando el pecho,
Su agudo filo le envió de suerte
Que le partiera en dos, si la visera
En menos cercos encantados fuera.

La sierra atronó el golpe, y con su tarda
Lengua el eco sonó por las cavernas,
Y al darle la encantada Balisarda,
Su fuerza y sus virtudes mostró internas,
Que si las firmes armas su bastarda,
Cuchilla no halló del todo tiernas,
Tampoco en la dureza que primero
Mostraba al mundo su invencible acero.

Antes llevando á cercen la alta cresta
Del encantado yelmo sin segundo,
Bajando al hombro la cruel respuesta,
Vivo llegó su filo á lo profundo :
Corrió la primer sangre á la floresta
Que del fuerte Roldán conoció el mundo,
Y él de ver su arnés roto, y él herido,
Quedó, más que del golpe, sin sentido.

La vista absorta y el cabello yerto,
La sangre le cuajó un sudor helado,
Y el negro bulto de su primo muerto
En triste sombra se le puso al lado ;
Mas ya del breve frenesí despierto,
De todo el golpe de su honor llevado,
Uno y otro redobla al godo activo,
Milagro que con tantos quede vivo.

No en los fornidos yunques de Vulcano,
Sobre las derretidas masas de oro

Que sola rige el estrellado coro,
Con los membrudos cíclopes el vano
Aire retumba en eco más sonoro,
Que el valle á las confusas estampidas
De sus mortales golpes y heridas.

Llenos de horror y sangre, y los paveses
Por el campo sembrados, los caballos,
De las vueltas, vaivenes y reveses,
Ni ya pueden aquí ni allí llevarlos;
Hechos sangrientas rajas los arneses
Por ver si así podrán mejor quebrallos,
Á brazos se asen, y en alientos mudos
Los pechos gimen en los fuertes nudos.

De los guerreros la indomable fuerza
La de los dos caballos trajo al suelo,
Donde saltando cada cual se esfuerza
A mostrar la que en él ha puesto el cielo:
Crecen los nuevos golpes, y refuerza
El honor lo que falta, que el recelo
De perderle en el alma que le estima,
La punta es de rigor que más lastima.

Dió el francés á Bernardo una herida
Tan á sazón, que pudo desarmalle
Todo el hombro siniestro, y de encendida
Sangre darle una nueva fuente al valle:
Corrió notable riesgo de la vida;
Mas cuando ya volvía á segundalle
Tan recio entró con él, que por las faldas
De un gran peñasco le hizo dar de espaldas.

Y antes que hallase tiempo conveniente
De rehacer su furia, con dos manos
Alta la espada, sobre el yelmo ardiente.

Bajó gimiendo por los aires vanos:
 La celada rompió el golpe valiente,
 Sonó el eco en los valles comarcanos,
 Y aunque no cayó el conde, del ruido
 Quedó atronado el uso del sentido.

Queríale ya dejar, y un bulto mudo,
 Del muerto primo sombra temerosa,
 Vió en el aire pasar, y el dolor pudo
 Volver cruel su alma de piadosa:
 « Aunque es corta venganza á mal tan crudo,
 No te puedo dar más, ¡oh alma dichosa!
 Muere ahora, cruel, muere homicida,
 Que aquí todo se paga con la vida.»

Dijo: y alzando el brazo vengativo
 A dar sobre él la fiera arma encantada,
 Dos partes quedó hecho el yelmo altivo,
 Su heroica frente y la enemiga espada;
 Cayó muerto Roldán, quedando vivo
 Su eterno nombre; su alma arrebatada
 Feroz voló á la esfera, y su gallardo
 Cuerpo á los pies quedó del gran Bernardo.

BERNARDO DE BALBUENA.

Aminta :

RELACIÓN DE AMINTA.

Am.—De un álamo á la sombra Silvia y Filis
 Y yo junto con ellas,
 Huyendo el sol estábamos un día,

Cuando una abeja, que ligera andaba
Su miel cogiendo en los floridos prados,
Á Filis fué volando,
Y en la mejilla hermosa,
Más fresca y más rosada que la rosa,
Á nuestros ojos le picó atrevida :
(Quizá, engañada con la semejanza,
Creyó que fuese flor): entonces Filis
Como impaciente comenzó á quejarse
De la aguda picada ;
Pero mi bella Silvia dijo: « Calla,
Calla, no te lamentes, Filis mfa,
Que con palabras que yo sé de encanto
Te quitaré el dolor: este secreto
Supe de Aresia maga, y le di en trueco
Mi cuerno de marfil y engaste de oro. »
Esto diciendo avvicinó los labios
De aquella dulce boca á la mejilla
Herida, y blandamente murmurando
Dijo no sé qué versos, y al momento
(Maravilloso efecto) sintió Filis
Quitársele el dolor; ó fué la fuerza
Y virtud de las mágicas palabras,
Ó, como yo presumo,
La virtud de la boca,
Que sana lo que toca.
Pues yo, que hasta entonces
Otra ninguna cosa deseaba
Que la agradable lumbre de sus ojos,
Y sus palabras dulces, más sùaves
Que el lento murmurar de un arroyuelo
Que rompe el curso entre menudas guijas,
Y el resonar de céfiro en las hojas ;
Entonces me encendió nuevo deseo
De juntar á los suyos estos labios,

Y con mayor astucia y más aviso
Que nunca había tenido (mira cuánto
El amor sutiliza nuestro ingenio)
Se me ofreció un engaño con que en breve
Llegar pudiese á conseguir mi intento;
Y fué de esta manera, que fingiendo
Me había picado otra molesta abeja
El labio bajo, comencé á quejarme,
De suerte que el remedio que la lengua
No demandaba, el rostro le pedía.
La simplecilla Silvia,
Piadosa de mi mal, se ofreció luego
Con el remedio á la engañosa herida,
Y hizo ¡ay triste! mucho más crecida
Y más mortal mi herida verdadera
Cuando llegó sus labios á los míos.
No suelen las abejas
Coger tan dulce miel de flor alguna,
Como yo entonces de sus frescas rosas,
Aunque el vivo deseo,
Que ardiente me incitaba á humedecerlas,
Se abstuvo de temor y de vergüenza,
Siendo más lento y menos atrevido.
Mas mientras descendía
Al corazón la gran dulzura, mixta
De un secreto veneno,
Tanto regalo deste bien sentía,
Que fingiendo no haberseme del todo
Pasado aquel dolor, hice de suerte
Que ella más veces repitió el encanto.
De allí adelante de manera anduvo
Creciendo mi impaciencia y mi deseo,
Que como ya en el pecho no cupiesen,
Por fuerza hubieron de salir: y un día
Que en cerco se sentaban muchas ninfas

Y pastores, haciendo un juego nuestro,
 Que cada uno por orden le decía
 En la oreja un secreto al más vecino ;
 Le dije á Silvia: yo por ti me abraso,
 Y moriré, si tú no me remedias.
 A estas palabras inclinó su rostro,
 Y de improviso le tiñó de rojo,
 Dando señales de vergüenza y rabia.
 No tuve otra respuesta que un silencio
 Mudo, turbado y lleno de amenazas :
 Quitóse de allí luego, y nunca quiso
 Más hablarme ni verme. Y ya tres veces
 Ha el segador cortado las espigas,
 Y tantas el invierno ha despojado
 Los verdes bosques de sus frescas hojas,
 Y todos los caminos he tentado
 Por aplacarla, fuera de la muerte.
 Morir me falta, en fin, por aplacarla,
 Y moriré en buen hora, como entienda
 Que he de causarle sentimiento ó gozo :
 Ni sé cuál quiera más de estas dos cosas.
 Bien fuera la piedad más rico premio
 De mi fe verdadera,
 Y mayor recompensa de mi muerte ;
 Mas no debo querer cosa que turbe
 La luz serena de sus ojos bellos,
 Ni que moleste aquel hermoso pecho.

S A T I R O

Es pequeña la abeja por extremo,
 Y con sus breves armas, cuando pica,
 Hace molesta y grave la herida :
 Mas ¿qué cosa tan breve y tan pequeña
 Como el amor? que en todo breve espacio

Entra y se esconde, ya en la sombra escasa
De unas pestañas; ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio;
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
¡Triste de mí! que es todo llaga y sangre
Mi corazón y entrañas; y mil dardos
Puso el Amor en los airados ojos
De Silvia. Crudo Amor, ingrata Silvia,
Más cruda y más ingrata que las selvas:
¡Oh cómo te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso, lo entendía!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
En su arboleda verde; y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y odio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe;
Que aquéllas suelen aplacarse, y éstas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.
Tú, cuando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro más hermosas flores;
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás más bellas.
Cuando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser más dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en ti más dulce y bella,
Á mí mesmo te doy: ¿por qué desprecias
Y aborreces el dón? que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, cuando callado el viento
Sus claras ondas serenaba un día.

Este mi rostro de color sanguino,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,
Apenas florecido el blando bozo
En sus mejillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mujeres son aquestos en semblante
Y en obras: díle á alguno que te siga
Por selva y monte, y que por ti combata
Contra el valiente jabalí y el oso.
No soy, pues, malo yo, ni tú me dejas
Por la forma que tengo, sino sólo
Por mi pobreza; en fin las caserías
Siguen de las ciudades el ejemplo:
Sin duda alguna el siglo de oro es este,
Pues sólo vence el oro y reina el oro.
¡Oh tú, quien fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos fríos,
Y no alcancen jamás pastor ó ninfa
Que pasando les diga: « Hayáis descanso » ;
Mas los bafie la lluvia, y mueva el viento,
Y con inmundo pie todo ganado
Los huelle: tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el monstruo más vil y abominable
Que el mar y tierra engendran y producen.
Mas ¿para qué me quejo al aire en vano?
Usa las armas cada cual que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa:

Usa los pies el ciervo, el león las garras,
 El jabalí el colmillo; así son armas
 De la mujer beldad y gentileza.
 Pues ¿cómo yo al presente no me valgo
 De mi ferocidad para defensa
 De mi salud, pues la naturaleza
 Apto me hizo á la violencia y robo?
 Yo me quiero robar lo que me niega
 Esta enemiga, y al amor ingrata.
 Pues como agora me contó un cabrero
 Que sabe sus costumbres, ella suele
 Refrescarse á menudo en una fuente,
 Y me enseñó el lugar: pienso esconderme
 En él entre los céspedes y ramas,
 Aguardando á que venga; y como vea
 Buena ocasión, me arrojaré tras ella.
 ¿Qué puede contrastar una mozuela
 Con la débil carrera ó con los brazos
 Contra mí, tan ligero y poderoso?
 Llore, suspire, oponga toda fuerza
 De piedad ó hermosura; que si puedo
 Revolver esta mano á su cabello,
 De allí no irá, sin que primero tiña
 Por venganza mis armas de su sangre.

DAFNE Y TIRSI

Daf.—Como te dije, Tirsi, ya yo víal
 Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
 Como le hecho siempre buen oficio;
 Y agora con más gusto he de hacerle,
 Porque los ruegos tuyos intervienen.
 Mas antes me atreviera, te prometo,
 Á domar un novillo, un tigre, un oso,
 Que una rapaza destas simple y boba,

Tan boba como bella; que no advierta
 Cuán ardientes y agudas son las armas
 De su belleza, y con el llanto y risa
 Á muchos mate, y del herir no entienda.

Tir.—¿Qué mujer hay tan simple que, en saliendo
 De las mantillas, ya no aprenda el arte
 De contentar y parecer hermosa,
 De matar agradando, y saber cuáles
 Armas pueden herir, y cuáles matan,
 Y cuáles dan salud y resucitan?

Daf.—¿Quién es maestro de tan grandes artes?

Tir.—Tú finges y me tientas: el que enseña
 El canto y vuelo á las ligeras aves,
 El nadar á los peces, el encuentro
 Á los carneros, á los bravos toros
 Usar del cuerno, y al pavón soberbio
 Tender la pompa de bizarras plumas.

Daf.—¿Cuál es el nombre suyo?

Tir.— El nombre es Dafne.

Daf.—¡Oh falsa lengua!

Tir.— ¿Luego tú no bastas
 Á dar á mil discípulas escuela?
 Aunque, á decir verdad, bien poca falta
 Las hace otro maestro: su maestra
 Es la naturaleza, y á las veces
 También la madre y ama alcanzan parte.

Daf.—Tú eres en suma malicioso, Tirsi;
 Pues yo te sé decir que no resuelvo
 Si es ya tan boba Silvia y tan sencilla
 Como en sus hechos y palabras muestra.
 Vi ayer cierta señal, y ésta me puso
 En mucha duda: yo la hallé cercana
 Á la ciudad, donde sus anchos prados
 Tienen entre lagunas una isleta
 Con un estanque transparente y limpio;

Allí la vi, toda pendiente el cuerpo,
 De suerte que mostraba deleitarse
 De mirar á sí mesma, y le pedía
 Consejo al agua cómo dispondría
 Por cima de la frente su cabello,
 Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
 Diversas flores que tenía en la falda;
 De allí sacaba la azucena y rosa,
 Y la llegaba á su purpúreo rostro,
 Y á su cándido cuello, cotejando
 Las colores, y luego muy ufana,
 De la vitoria, un tanto se refa,
 Como diciendo: yo en efeto os venzo,
 No os traigo aquí por ornamento mío,
 Mas sólo os traigo por vergüenza vuestra,
 Y por mostrar que os llevo gran ventaja.
 Mas, mientras se adornaba y componía,
 Volvió los ojos bien acaso, y viendo
 Como yo la miraba, de vergüenza
 Se alzó del suelo y derramó las flores.
 Cuanto más yo de verla me refa,
 Más ella de mi risa se encendía;
 Y porque estaba descompuesto en parte
 Su cabello, y en parte recogido,
 Dos ó tres veces revolvió los ojos
 Hacia la fuente consejera á hurto,
 Como temiendo ser de mí entendida:
 Miróse descompuesta; mas con todo
 Se satisfizo, que se vió muy bella,
 Si descompuesta: yo etendílo todo,
 Pero callé,

Tir.—

Tú me refieres, Dafne,

Lo que he pensado siempre: ¿no lo dije?

en lo dijiste; mas á todos oigo

no fueron las ninfas y pastoras

Tan entendidas antes, ni yo tuve
Tal juventud: el mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

.....

JUAN DE JÁUREGUI.

Aventura amorosa.

En la espesura de un alegre soto
Que el Betis baña, y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces ocupados;
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados:
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un día,
Porque la ninfa mía
Vi que emboscada y de recelo ajena,
Ya el cinto desceñido,
Sus miembros despojaba del vestido.
Dejóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La vi correr; do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el hielo,
Y suspendió su brío
Viéndose en la carrera salteado
Con líquidos aljófares del río.
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello.

Tal vez la hermosa frente
 Sola mostraba de su rostro bello;
 Tal con ligeros saltos paseaba
 La orilla, y en sus frescos arenales
 Sus tiernos miembros liberal mostraba.

Yo, en tan alegre vista embebecido,
 Y en los tejidos ramos escondido,
 Al cielo con el alma agradecía
 Mi desigual ventura,
 Y el recatado labio no movía:
 ¡Ay si mis ojos con igual cordura
 Celar pudieran sus ocultas llamas!
 Y no que ansiosos de mirar cercano
 Aquel hermoso bulto soberano,
 Se divirtieron á mover las ramas;
 Y apenas el rüido
 Hirió á la bella ninfa el pronto oído,
 Cuando su aguda vista y rostro honesto
 Le descubrió mi hurto manifiesto:
 Y como la corcilla descuidada,
 Mientras las hojas tiernas y menudas
 Despunta de la hierba rociada,
 Que al más leve rumor el cuello enhiesta,
 Y vuelve las agudas
 Orejas y la frente pavorosa
 Á la vecina selva, ó la floresta,
 Do con alada planta voladora
 Se embosca, y deja el cazador burlado;
 Tal su ligero curso amedrentado
 Siguió mi amada ninfa al mismo instante
 Que me miró delante.

« ¡Oh bella ingrata á quien el alma adora!
 Entonces dije, y me arrojé tras ella,
 Detente, aguarda agora;

Del enemigo es justo que se huya,
No del amante que la gloria suya
Ha puesto en adorar tu imagen bella ;
Tras ti me llevas del amor vencido,
Y no de tus agravios persuadido :
Ya que matarme tu soberbia quiera,
Permite sólo que á tus ojos muera.
Mas ¡ay! que en vano pido
Te duelas de mi daño, pues tampoco
Sientes el tuyo, ninfa, en la carrera :
Mira que ofende el áspero camino
Tus blandos pies, reporta la huída,
Que yo te seguiré más poco á poco. »

En cuanto así la voz enternecida
Convierto á moderar su desatino,
Ella esforzando el corazón medroso,
Penetra el bosque, y á lo más fragoso
Y oculto el curso aplica :
Los árboles al verla, enamorados,
Ó ya de mi dolor compadecidos,
Parece que se oponen á encontrarla,
Ó bien á contemplarla.
Eco mis voces con afán replica,
Las broncas peñas mi dolor sentían.
Lleva mi ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecían
Los rayos puros de Titán dorados.
He aquí mientras sin orden se esparcían
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañaron los hermosos lazos,
Y de mi ninfa amada
Embarazaron algo la carrera ;
Ella, al sentir su estorbo, de manera

Alzó la voz con alarido al cielo,
 Que, porque menos el dolor sintiera,
 Sin la seguir me derribé en el suelo ;
 Diciéndole : « Ya, ninfa, no te sigo
 Sino con sola el alma enamorada ;
 El alma llevas, y no más, contigo,
 Modera tu violencia acelerada ;
 O ya si el peso rehusar pretendes,
 Déjame el alma, y huye descansada. »

Mas no porque mi voz la asegurase
 Y lejos bien distante me quedase,
 Un punto quiso detener sus plantas,
 Ni perdonar la ofensa á su cabello ;
 Antes cargando la cabeza y cuello
 Hacia adelante con ahinco y fuerza,
 Deja perdida de sus hebras cuantas
 Le pudo arrebatat la rica rama,
 Y más furiosa su carrera esfuerza
 Abriendo el paso entre la hierba y grama.
 De mi burlada vista al fin se aleja,
 Los árboles la esconden, y me dejan
 Cual queda el can liviano, que seguía
 Á la veloce liebre en la fragosa
 Sierra, donde ella pudo cautelosa
 Torcerce entre las matas y quebrarse :
 Él, ya que de cobrarla desconffa,
 Descuida el pie ligero, y sin cansarse
 Contempla sólo la difícil vía,
 Y el rastro que dejó por los breñales
 De su velluda piel, cuando hufa
 La astuta liebre á saltos desiguales :

Así cuando perdí la ninfa mía
 Me fuí yo triste al ramo venturoso
 Do estaban sus cabellos enlazados,

Y dije, lamentándome quejoso:
« ¡ Oh lazos! dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á ejecutalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor, cual su volátil planta
Detuvo, atenta al oro,
La codiciosa virgen Atalanta;
No es oro el vuestro de menor tesoro:
¡ Oh dulces lazos! muestra conocida
De la aspereza de mi bella ingrata!
¡ Oh falso bien, que regalando mata,
Y aparente lisonja de la vida!
Do contra mí dejó el rigor ajeno
En vaso de oro su mortal veneno:
Prenda seréis para mi mal guardada
En el estrecho seno;
Pues aunque en vos me quede la memoria
Desta crueldad de mi enemiga airada,
Y en vos mi ofensa arguya,
Al fin sois prenda suya,
Y en eso fundaré mi débil gloria.
Y tú, frondosa rama,
Que te compadeciste
De verme ardiendo en amorosa llama,
Y el fugitivo curso entretuviste
De aquella mi bellísima contraria;
Perdona, si en tan breve te depojas
Del oro puro que te adorna y viste;
Baste á calificar tus ricas hojas
Sólo haber sido dél depositaria;
Y en cambio al recibido
Beneficio presente, al cielo pido
Que iguale con su altura
La fértil copa que tus hojas brota,

Y extienda tus raíces
En el terreno centro á la remota
Y la mayor hondura ;
Y que las arboledas autorices
Por luengos siglos con igual verdura. »

Dije, y las hebras rubias marañadas
Desenlacé cobarde y temeroso,
Y al pecho venturoso
Las ofrecí por prendas regaladas :
Y viendo oscurecerse el ocidente,
Ya cuando el mar de Iberia presuroso
Trastorna el sol la fatigada frente,
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

JUAN DE JÁUREGUI.





SIGLO XVII

ROMANCERO. ¹

ROMANCES HISTÓRICOS.

Prueba Diego Láinez á sus hijos para saber á cuál
flará la venganza de la afrenta que le hizo el conde
Lozano.

CUIDANDO Diego Láinez
En la mengua de su casa,
Fidalga, rica y antigua
Antes que Íñigo Abarca,
Y viendo que le fallescen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos días
Por sí no puede tomalla,
No puede dormir de noche,
Nin gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos,
Ni osar salir de su casa,
Nin fablar con sus amigos,

¹ Se colocan en un solo cuerpo esta colección de romances, aunque escritos en diversas épocas, por la imposibilidad de determinar su fecha y por haber sido compuestos en los siglos XVI y XVII muchos que imitan el lenguaje antiguo.—

Antes les niega la fable,
Temiendo que les ofenda
El aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Para usar desta experiencia,
Que no le salió contraria,
Mandó llamar á sus hijos,
Y sin decilles palabra
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas;
No para mirar en ellas
Las quirománticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España.
Mas prestando el honor fuerzas,
Á pesar del tiempo y canas,
A la fría sangre y venas,
Nervios y arterias heladas,
Les apretó de manera
Que dijeron:—Señor, basta,
¿Qué intentas, ó qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas.—
Mas cuando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
Del fruto que pretendía,
Que á do no piensan se halla,
Encarnizados los ojos
Cual furiosa tigre hircana,
Con mucha furia y denuedo
Le dice aquestas palabras:
—Soltedes, padre, en mal hora,
Soltedes, en hora mala,
Que á no ser padre, no hiciera
Satisfacción de palabras,

Antes con la mano mesma
Vos sacara las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga.—
Llorando de gozo el viejo
Dijo :—Fijo de mi alma,
Tú enojo me desenoja,
Y tu indignación me agrada.
Esos bríos, mi Rodrigo,
Muéstralos en la demanda
De mi honor que está perdido,
Si en ti no se cobra y gana.—
Contóle su agravio, y dióle
Su bendición, y la espada
Con que dió al conde la muerte,
Y principio á sus fazañas.

Reto del Cid al conde Lozano, y muerte de éste.

Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro,
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenuto más que vos :
Non los fuertes barraganes
De vuestro ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor :
No son buenas fechorías
Que los homes de León
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzón.

Cuidarais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blasón.
Mas ; cómo vos atrevisteis
Á un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non ?
La su noble faz fiublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol ;
Que la sangre dispercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor :
La vuesa, conde tirano,
Lo será, pues su fervor
Os movió á desaguisado.
Privándovos de razón.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el rey con furor,
Cuidá que lo denostasteis
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo
Si me causaréis pavor.
Diego Lafnez me fizo
Bien cendrado en su crisol ;
Probaré en vos mi fiereza
Y en vuesa falsa intención,
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para vos combatir

Traigo mi espada y troton. —
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que después por sus fazañas
Ese nombre mereció,
Dióle la muerte, y vengóse,
La cabeza le cortó.
Y con ella ante su padre
Contento se afinó.

**Presenta el Cid á su padre la cabeza del conde
Lozano.**

Llorando Diego Lafnez
Yace sentado á la mesa,
Vertiendo lágrimas tristes
Y tratando de su afrenta,
Y trasportándose el viejo,
La mente siempre inquieta
De temores muy honrados,
Va levantando quimeras,
Cuando Rodrigo venía
Con la cortada cabeza
Del Conde, vertiendo sangre,
Y asida por la melena.
Tiró á su padre del brazo
Y del sueño lo recuerda,
Y con el gozo que trae
Le dice de esta manera:
—Veis aquí la hierba mala,
Para que vois comáis buena;
Abrid, mi padre, los ojos,

Y alzá la faz, que ya es cierta
Vuesa honra, y ya con vida
Os resucita de muerta.
De su mancha está lavada,
Á pesar de su soberbia;
Que hay manos que no son manos,
Y esta lengua ya no es lengua.
Yo os he vengado, señor,
Que está la venganza cierta
Cuando la razón ayuda
Á aquel que se arma con ella.—
Piensa que lo sueña el viejo,
Mas no es así, que no sueña,
Sino que el llorar prolijo
Mil caracteres le muestra;
Mas al fin alzó los ojos
Que fidalgas sombras ciegan
Y conoció á su enemigo,
Aunque en la mortal librea.
—Rodrigo, fijo del alma,
Encubre aqueza cabeza,
No sea otra Medusa
Que me trueque en dura piedra,
Y sea tal mi desventura
Que antes que te lo agradezca
Se me abra el corazón
Con alegría tan cierta.
¡ Oh conde Lozano infame !
El cielo de ti me venga,
Y mi razón, contra ti,
Ha dado á Rodrigo fuerzas.
Siéntate á yantar mi fijo,
Do estoy, á mi cabecera,
Que quien tal cabeza trae,
Será en mi casa cabeza.

Casamiento del Cid con Jimena.

Á Jimena y á Rodrigo
Prendió el rey palabra y mano
De juntarlos para en uno
En presencia de Lain Calvo.
Las enemistades viejas
Con amor las olvidaron,
Que donde preside amor,
Se olvidan muchos agravios,
El rey dió al Cid á Valduerna,
Á Saldaña y Belforado,
Y á San Pedro de Cardeña,
Que en su hacienda vincularon.
Entróse á vestir de boda
Rodrigo con sus hermanos ;
Quitóse gola y arnés
Resplandeciente y grabado,
Púsose un medio botarga
Con unos vivos morados,
Calzas, valona tudesca
De aquellos siglos dorados,
Eran de grana de polvo
Y de vaca los zapatos,
Con dos hebillas por cintas
Que le apretaban los lados ;
Camisón redondo y justo
Sin filetes ni recamos,
Que entonces el almidón
Era pan para muchachos ;
Con jubón de raso negro,
Ancho de manga, estofado,
Que en tres ó cuatro batallas

Su padre lo había sudado.
Una acuchillada cuera
Se puso encima del raso,
En remembrance y memoria
De las muchas que había dado.
Una gorra de Contray
Con una pluma de gallo;
Llevaba puesto un tudesco
En felpa todo aforrado,
La Tizona rabitiesa,
Del mundo terror y espanto,
En tiros nuevos trafa
Que costaron cuatro cuartos.
Más galán que Gerineldos
Baja el Cid famoso al patio,
Donde Rey, Obispo y Grandes
En pie estaban aguardando.
Tras esto bajó Jimena
Tocada en toca de papos,
Y no con estas quimeras
Que agora llaman hurracos.
De paño de Londres fino
Era el vestido bordado,
Unas garnachas muy justas
Con un chapín colorado,
Un collar de ocho patenas
Con un san Miguel colgado,
Que apreciaron una villa
Solamente de las manos.
Llegaron juntos los novios,
Y al dar la mano y abrazo,
El Cid mirando la novia
Le dijo todo turbado:
—Maté á tu padre, Jimena,
Pero no á desaguizado,

Matéle de hombre á hombre
Para vengar cierto agravio.
Maté hombre, y hombre doy,
Aquí estoy á tu mandado,
Y en lugar del muerto padre
Cobraste marido honrado. —
Á todos pareció bien,
Su discreción alabaron,
Y así se hicieron las bodas
De Rodrigo el castellano.

Al mismo asunto.

A su palacio de Burgos,
Como buen padrino honrado,
Llevaba el Rey á yantar
Á sus nobles afijados.
Salen juntos de la iglesia
El Cid, el Obispo y Lain Calvo,
Con el gentío del pueblo
Que les iba acompañando.
Por la calle adonde van
Á costa del Rey gastaron
En un arco muy polido
Más de treinta y cuatro cuartos.
En las ventanas alfombras,
En el suelo juncia y ramos,
Y de trecho á trecho había
Mil trovas al desposado.
Salió Pelayo hecho toro
Con un paño colorado,

Y otros que le van siguiendo,
Y una danza de lacayos.
También Antolín salió
Á la jineta en un asno,
Y Peláez con vejigas
Fuyendo de los mochachos.
Diez y seis maravedís
Mandó el Rey dar á un lacayo
Porque espantaba á las fembras
Con un vestido de diablo.
Más atrás viene Jimena
Trabándola el Rey la mano,
Con la Reina su madrina,
Y con la gente de manto.
Por las rejas y ventanas
Arrojaban trigo tanto,
Que el rey llevaba en la gorra,
Como era ancha, un gran puñado,
Y á la homildosa Jimena
Se le metían mil granos,
Por la marquesota, al cuello,
Y el Rey se los va sacando.
Envidioso dijo Suero,
Que lo oyera el Rey en alto:
—Aunque es de estimar ser Rey,
Estimara más ser mano.—
Mandóle por el requiebro
El Rey un rico penacho,
Y á Jimena le rogó
Que en casa le dé un abrazo.
Fablándola iba el Rey,
Mas siempre la fabla en vano,
Que non dirá discreción
Como la que faz callando.
Llegó á la puerta el gentío

Y partiéndose á dos lados,
Quedóse el rey á comer
Y los que eran convidados.

Carta de Jimena al Rey.

En los solares de Burgos
A su Rodrigo aguardando,
Tan en cinta está Jimena,
Que muy cedo aguarda el parto.
Cuando además dolorida,
Una mañana en disanto,
Bañada en lágrimas tiernas
Tomó la pluma en la mano,
Y después de haberle escrito
Mil quejas á su velado,
Bastantes á domeñar
Unas entrañas de mármol,
De nuevo tomó la pluma,
Y de nuevo tornó al llanto,
Y desta guisa le escribe
Al noble rey don Fernando :
« Á vos, mi señor el Rey,
« El bueno, el aventurado,
« El magno, el conqueridor,
« El agradecido, el sabio,
« La vuesa sierva Jimena,
« Fija del conde Lozano,
« Á quien vos marido disteis
« Bien así como burlando,
« Desde Burgos os saluda
« Donde vive lacerando :

- « Las vuestas andanzas buenas
- « Llévevoslas Dios al cabo.
- « Perdonadme, mi señor,
- « Si no os fablo muy en salvo,
- « Que si mal talante os tengo
- « Non puedo disimulallo.
- « ¿Qué ley de Dios vos enseña
- « Que podáis por tiempo tanto,
- « Cuando afincáis en las lides,
- « Descasar á los casados?
- « ¿Qué buena razón consiente
- « Que á un garzón bien domeñado,
- « Falagueño y homildoso,
- « Le mostréis á ser león bravo,
- « Y que de noche y de día
- « Le traigáis atraillado
- « Sin soltalle para mí
- « Sino una vez en el año?
- « Y esa que me le soltáis,
- « Fasta los pies del caballo
- « Tan teñido en sangre viene
- « Que pone pavor mirallo;
- « Y cuando mis brazos toca,
- « Luego se duerme en mis brazos:
- « En sueños gime y forceja,
- « Que cuida que está lidiando.
- « Apenas el alba rompe
- « Cuando lo están acuciando
- « Las esculcas y adalides
- « Para que se vuelva al campo.
- « Llorando vos lo pedí,
- « Y en mi soledad cuidando
- « De cobrar padre y marido,
- « Ni uno tengo, ni otro alcanzo;
- « Que como otro bien no tengo

« Y me lo habedes quitado,
« En guisa le lloro vivo
« Cual si estuviera finado.
« Si le facéis por honralle,
« Mi Rodrigo es tan honrado
« Que no tiene barba, y tiene
« Cinco reyes por vasallos,
« Yo finco, señor, en cinta,
« Que en nueve meses he entrado,
« Y me podrán empecer
« Las lágrimas que derramo.
« Non permitáis se malogren
« Prendas del mejor vasallo
« Que tiene cruces bermejas,
« Ni á rey ha besado mano.
« Respondedme en puridad
« Con letras de vuesa mano,
« Aunque al vueso mandadero
« Le pague yo su aguinaldo.
« Dad este escrito á las llamas,
« Non se faga de palacio,
« Que á malos barruntadores
« Non me será bien contada. »

Respuesta del Rey á Jimena.

Pidiendo á las diez del día
Papel á su secretario,
Á la carta de Jimena
Responde el Rey por su mano.
Después de facer la cruz,
Con cuatro puntos y un rasgo,

Aquestas palabras finca
Á guisa de cortesano:
« Á vos, Jimena la noble,
« La del marido envidiado,
« La homildosa, la discreta,
« La que cedo espera el parto,
« El Rey que nunca vos tuvo
« Talanto desmesurado,
« Vos envía sus saludes
« En fe de quereros tanto.
« Decísme que soy mal Rey
« Y que descaso casados,
« Y que por los mis provechos
« Non curo de vuestos daños:
« Que estáis de mí querelosa
« Decís en vuestos despachos,
« Que non vos suelto el marido
« Sino una vez en el año,
« Y que cuando vos le suelto,
« En lugar de falagaros,
« En vuestos brazos se duerme,
« Como viene tan cansado.
« Si supiérades, señora,
« Que vos quitaba el velado
« Por mis enamoramientos,
« Fuera con razón quejaros;
« Mas si sólo vos lo quito
« Para lidiar en el campo
« Con los moros convecinos,
« Non vos fago mucho agravio.
« Á non vos tener en cinta,
« Señora, el vuesto velado,
« Creyera de su dormir
« Lo que me habedes contado;
« Pero si os tiene, señora,

- « Con el brial levantado . . .
- « No se ha dormido en el lecho,
- « Si espera en vos mayorazgo :
- « Y si en el parto primero
- « Un marido os ha faltado,
- « No importa, que sobra un Rey
- « Que os fará cien mil regalos.
- « Non le escribades que venga,
- « Porque aunque esté á vuesto lado,
- « En oyendo el atambor
- « Será forzoso dejaros.
- « Si non hubiera yo puesto
- « Las mis huestes á su cargo,
- « Ni vos fuerais más que dueña,
- « Ni él fuera más que un fidalgo.
- « Decís que vuesto Rodrigo
- « Tiene reyes por vasallos :
- « ¡ Ojalá como son cinco
- « Fueran cinco veces cuatro !
- « Porque teniéndolos él
- « Sujetos á su mandado,
- « Mis castillos y los vuestos
- « No hubieran tantos contrarios.
- « Decís que entregue á las llamas
- « La carta que me habéis dado :
- « Á contener herejías
- « Fuera digna de tal pago ;
- « Mas si contiene razones
- « Dignas de los sietes sabios,
- « Mejor es para mi archivo
- « Que non para el fuego ingrato :
- « Y porque guardéis la mía
- « Y non la fagáis pedazos,
- « Por ella á lo que pariérdes
- « Prometo buen aguinaldo.

« Si fijo, prometo dalle
 « Una espada y un caballo,
 « Y dos mil maravedís
 « Para ayuda de su gasto.
 « Si fija, para su dote
 « Prometo poner en cambio
 « Desde el día que naciere,
 « De plata cuarenta marcos.
 « Con esto ceso, señora,
 « Y no de estar suplicando
 « Á la Virgen vos alumbre
 « En los peligros del parto. »

Jimena sale á misa de parida.

Salió á misa de parida
 Á San Isidro en León
 La noble Jimena Gómez,
 Mujer del Cid Campeador.
 Para salir, de contray
 Sus escuderos vistió;
 Que el vestido del criado
 Dice quién es el señor.
 Un jubón de grana fina
 La bella dama sacó,
 Con fajas de terciopelo
 Picadas de dos en dos;
 De lo mismo una basquiña
 Con la mesma guarnición,
 Donas que la diera el Rey
 El día que se casó,

Y con los cabos de plata
Un muy rico ceñidor,
Que á la Condesa su madre
El Conde en donas le dió.
Lleva una cofia de papos
De riquísimo valor,
Que le dió la infanta Urraca
El día que se veló ;
Dos patenas lleva al cuello
Puestas con mucho primor,
Con san Lázaro y san Pedro,
Santos de su devoción,
Y los cabellos que al oro
Disminuyen su color,
Á las espaldas echados
De todos hecho un cordón.
Lleva un manto de contray,
Porque las dueñas de honor,
Mientras más cubren su rostro,
Más descubren su opinión.
Tan hermosa iba Jimena
Que suspenso quedó el sol
En medio de su carrera
Por podella ver mejor,
Y á la entrada de la iglesia
Al rey Fernando encontró,
Que para metella dentro
De la mano la tomó.
Dijo el Rey:—Noble Jimena,
Pues el buen Cid campeador,
Vueso dichoso marido
Y mi vasallo el mejor,
Que por estar en las lides
Hoy de la iglesia faltó,
Á falta del brazo suyo

Yo vuestro bracero soy,
Y á aquesa fermosa infanta
Que el cielo divino os dió,
Mando mil maravedís
Y mi plumaje el mejor.—
Non le agradece Jimena
Al Rey tanto su favor,
Que le ocupa la vergüenza,
Y á sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
Besarle, y él las huyó:
Acompañóla en la Iglesia,
Y á su casa la volvió.

Testamento del Rey.

Doliente se siente el Rey,
Este buen rey don Fernando;
Los pies tiene hacia el oriente
Y la candela en la mano.
Á su cabecera tiene
Arzobispos y perlados,
Á su man derecha tiene
Á sus hijos todos cuatro.
Los tres eran de la Reina
Y el uno era bastardo:
Esé que bastardo era
Quedaba mejor librado.
Arzobispo es de Toledo,
Maestre de Santiago,
Abad era en Zaragoza,

De las Españas primado.
—Hijo, si yo no muriera,
Vos fuérades padre santo.
Mas con la renta que os queda
Vos bien podéis alcanzarlo.—
Ellos estando en aquesto
Entrara Urraca Fernando,
Y vuelta hacia su padre
Desta manera ha hablado.

Quejas de Urraca al verse desheredada.

Morir vos queredes, padre,
Sant Miguel vos haya el alma;
Mandástedes vuestras tierras
Á quien bien se os antojara.
Diste á don Sancho á Castilla,
Castilla la bien nombrada,
Á don Alfonso á León,
Y á don García á Vizcaya.
Á mí, porque soy mujer,
Dejáisme desheredada:
Irme he yo por esas tierras
Como una mujer errada,
Y este mi cuerpo daría
A quien bien se me antojara,
Á los moros por dinero,
Y á los cristianos de gracia:
De lo que ganar pudiere
Haré bien por vuestra alma.—
Allí preguntara el rey:
—¿Quién es esa que así habla?—

Respondiera el Arzobispo :
 —Vuestra hija doña Urraca.
 —Callede, hija, callede,
 No digades tal palabra,
 Que mujer que tal decía
 Meresce de ser quemada.
 Allá en Castilla la Vieja
 Un rincón se me olvidaba,
 Zamora había por nombre,
 Zamora la bien cercada ;
 De una parte la cerca el Duero,
 De otra, Peña Tajada ;
 Del otro la morería:
 ¡ Una cosa es muy preciada!
 ¡ Quien os la tomare, hija,
 La mi maldición le caiga !—
 Todos dicen, amen, amen,
 Sino don Sancho, que calla,

Pedro Arias armado caballero.

El hijo de Arias Gonzalo,
 El mancebito Pedro Arias,
 Para responder á un reto
 Velando estaba unas armas.
 Era su padre el padrino,
 La madrina doña Urraca,
 Y el obispo de Zamora
 Es el que la misa canta :
 El altar tiene compuesto,
 Y el sacristán perfumaba
 Á san Jorge y san Román,
 Y á Santiago el de España :

Estaban sobre la mesa
Las nuevas y frescas armas,
Dando espejos á los ojos,
Y esfuerzo á quien las miraba.
Salió el Obispo vestido,
Dijo la misa cantada,
Y el arnés pieza por pieza
Bendice, y arma á Pedro Arias:
Enlázale el rico yelmo,
Que como el sol relumbraba,
Relevado de mil flores,
Cubierto de plumas blancas.
Al armarle caballero
Sacó el padrino la espada:
Dándole con ella un golpe
Le dice aquestas palabras:
—Caballero eres, mi hijo,
Hidalgo y de noble casta,
Criado en buenos respetos
Desde los pechos del ama:
Hágate Dios tal que seas
Como yo deseo que salgas,
En los trabajos sufrido,
Esforzado en las batallas,
Espanto de tus contrarios,
Venturoso con la espada,
De tus amigos y gentes
Muro, esfuerzo y esperanza:
No te agrades de traidores
Ni les mires á la cara;
De quien de ti se fiare
No le engañes, que te engañas:
Perdona al vencido triste
Que no puede tomar lanza,
No des lugar que tu brazo

Rompa las medrosas armas ;
Mas en tanto que durare
En tu contrario la saña,
No dudes el golpe fiero,
Ni perdones la estocada :
Á Zamora te encomiendo
Contra don Diego de Lara,
Que nada siente de honra
Quien no defiende su casa.—
En el libro de la misa
Le toma jura y palabra ;
Pedrarias dice:—Sí otorgo
Por aquestas letras santas.—
El padrino le dió paz,
Y el fuerte escudo le embraza,
Y doña Urraca le ciñe
Al lado izquierdo la espada.

**Arma Arias Gonzalo á sus hijos, y envía primero á
Pedro Arias contra el retador de Zamora, Ordoñez.**

Tristes van los zamoranos
Metidos en gran quebranto ;
Reptados son de traidores,
De alevosos son llamados ;
Más quieren ser todos muertos,
Que no traidores nombrados.
Día era de San Millán,
Ese día señalado ;
Todos duermen en Zamora,
Mas no duerme Arias Gonzalo.

Acerca de las dos horas
Del lecho se ha levantado :
Castigando¹ está á sus hijos,
A todos cuatro está armando :
Las palabras que les dice
Son de mancilla y quebranto.
—Ayúdeos Dios, hijos míos,
Guárdeos Dios, hijos amados,
Pues sabéis cuán falsamente
Habemos sido reptados :
Tomad esfuerzo, mis hijos,
Si nunca lo habéis tomado ;
Acordaos que descendéis
De la sangre de Lain Calvo,
Cuya noble fama y gloria
Hasta hoy no se ha olvidado,
Pues que sabéis que don Diego
Es caballero preciado,
Pero mantiene mentira
Y Dios de ello no es pagado :
El que de verdad se ayuda
De Dios siempre es ayudado.
Uno falta para cinco,
Porque no sois más de cuatro,
Yo seré el quinto, y primero
Que quiero salir al campo.
Morir quiero, y no ver muerte
De hijos que tanto amo,
Mis hijos, Dios os bendiga
Como os bendice mi mano.—
Sus armas pide el buen viejo,
Sus hijos le están armando,
Las grevas le están poniendo,
Doña Urraca había entrado,

¹ Equivale aquí á instruyendo, aconsejando ó enseñando.

Los brazos le echara encima,
Muy fuertemente llorando.
—¿Donde vais, mi padre viejo,
Ó para qué estáis armado?
Dejad las armas pesadas,
Que ya sois viejo cansado,
Y sabéis que si morís,
Perdido es todo mi Estado.
Acordaos que prometistes
Á mi padre don Fernando
De nunca desampararme
Ni dejar de vuestra mano.

—Pláceme, señora mía,
Respondió Arias Gonzalo.—
Cabalgara Pedro Arias
Su hijo, que era el mediano,
Que aunque era mozo de días,
Era en obras esforzado.
Dijo:—Cabalgad, mi hijo,
Que os esperan en el campo:
Vais en tal hora y tal punto
Que nos saquéis de cuidado.—
Sin poner pie en el estribo
Arias Pedro ha cabalgado:
Por aquel postigo viejo
Galopando ha llegado
Adonde estaban los jueces
Que le estaban esperando.
Partido les han el sol,
Dejado les han el campo.

Toma el Cid la jura al rey Alfonso: éste le destierra.

En Santa Águeda de Burgos
Do juran los hijosdalgo,
Le tomaban jura á Alfonso
Por la muerte de su hermano.
Tomábasela el buen Cid,
Ese buen Cid castellano,
Sobre un cerrojo de fierro
Y una ballesta de palo,
Y con unos evangelios
Y un crucifijo en la mano.
Las palabras son tan fuertes,
Que al buen Rey ponen espanto :
—Villanos mátente, Alfonso,
Villanos, que no fidalgos,
De las Asturias de Oviedo,
Que no sean castellanos ;
Mátente con agujadas,
No con lanzas ni con dardos,
Con cuchillos cachicuernos,
No con puñales dorados ;
Abarcas traigan calzadas,
Que no zapatos con lazo ;
Capas traigan aguaderas,
No de contray ni frisado ;
Con camisones de estopa,
No de holanda, ni labrados ;
Cabalguen en sendas burras,
Que no en mulas ni en caballos ;
Frenos traigan de cordel,
Que no cueros fogueados ;
Mátente por las aradas,

Que no en villas ni en poblado ;
Sáquente el corazón vivo
Por el siniestro costado,
Si no dices la verdad
De lo que eres preguntado,
Sobre si fuiste ó no
En la muerte de tu hermano.—
Las juras eran tan fuertes
Que el Rey no las ha otorgado.
Allí habló un caballero
Que del Rey es más privado :
—Haced la jura, buen Rey,
No tengáis deso cuidado,
Que nunca fué Rey traidor,
Ni papa descomulgado.—
Jurado había el buen Rey,
Que en tal nunca fué hallado ;
Pero también dijo presto,
Malamente y enojado :
—Muy mal me conjuras, Cid,
Cid, muy mal me has 'conjurado,
Porque hoy le tomas la jura
Á quien has de besar mano.
Vete de mis tierras, Cid,
Mal caballero probado,
Y no vengas más á ellas
Dende este día en un año.—
—Pláceme, dijo el buen Cid,
Pláceme, dijo, de grado,
Por ser la primera cosa
Que mandas en tu reinado :
Por un año me destierras,
Yo me destierro por cuatro.—
Ya se partía el buen Cid
Á su destierro de grado

Con trescientos caballeros,
Todos eran hijos-dalgos,
Todos son hombres mancebos,
Ninguno allí no había cano,
Todos llevan lanza en puño,
Con el fierro acicalado,
Y llevan sendas adargas
Con borlas de colorado,
Y no le faltó al buen Cid
Adonde asentar su campo.

Querrela del Cid con Bermudo, abad de Cardeña.

Fablando estaba en el claustro
De San Pedro de Cardeña
El buen rey Alfonso al Cid,
Después de misa, una fiesta:
Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo
Que amor disculpa y condena.
Propuso el buen Rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca,
Y Rodrigo mesurado
Le dice desta manera:
—Nuevo soís, el rey Alfonso,
Nuevo rey soís en la tierra,
Antes que á guerras vayades
Sosegad las vuestas tierras.
Muchos daños han venido
Por los reyes que se ausentan,

Que apenas han calentado
La corona en la cabeza,
Y vos no estáis muy seguro
De la calumnia propuesta
En la muerte de don Sancho
Sobre Zamora la vieja ;
Que aun hay sangre de Vellido,
Magüer que en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo,
Si le pagan fará treinta.—
Bermudo en lugar del Rey
Dice al Cid:—Si vos aquejan
El cansancio de las lides
Ó el deseo de Jimena,
Idvos á Vivar, Rodrigo,
Y dejadle al Rey la empresa,
Que homes tiene tan fidalgos
Que non volverán sin ella.—
— ¿Quién vos mete, dijo el Cid,
En el consejo de guerra,
Fraile honrado, á vos agora
La 'vuesa cogulla puesta?
Subidvos á la tribuna
Y rogad á Dios que venzan,
Que non venciera Josué
Si Moisés non lo ficiera :
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendón á las fronteras,
Y el rey sosiegue su casa
Antes que busque la ajena,
Que non me farán cobarde
El mi amor, ni mi la queja,
Que más traigo siempre al lado
Á Tizona, que á Jimena.—
—Home soy, dijo Bermudo,

Que antes que entrara en la regla,
Si non vencí reyes moros,
Engendré quien los venciera,
Y agora en vez de cogulla,
Cuando la ocasión se ofrezca,
Me calaré la celada,
Y porné al caballo espuelas.—
—Para fugir, dijo el Cid,
Podrá ser, padre, que sea,
Que más de aceite que sangre
Manchado el hábito muestra.—
—Callede, le dijo el Rey,
En mal hora, que no en buena;
Acordársevos debía
De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
Que farán hablar las piedras,
Pues por cualquier nifería
Facéis campaña ¡la iglesia.—
Pasaba el conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el Rey, por facer mesura,
Acompañóla á la puerta.

**Ganada Valencia, el Cid va á dar gracias á Dios en
San Pedro de Cardeña.**

Victorioso vuelve el Cid
Á San Pedro de Cardeña
De las guerras que ha tenido
Con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando

Por dar aviso que llega,
Y entre todos se señalan
Los relinchos de Babieca.
El abad y monjes salen
Á recibirlo á la puerta,
Dando alabanzas á Dios
Y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo,
Y antes de entrar en la iglesia
Tomó el pendón en sus manos,
Y dice de esta manera :
—Sálv de ti, templo santo,
Desterrado de mi tierra ;
Mas ya vuelvo á visitarte
Acogido en las ajenas.
Desterróme el rey Alfonso
Porque allá en Santa Gadea
Le tomé el su juramento
Con más rigor que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
Que no excedí un punto dellas,
Pues como leal vasallo
Saqué á mi rey de sospecha.
¡ Oh envidiosos castellanos,
Cuán mal pagáis la defensa
Que tuvistes en mi espada
Ensanchando vuestra cerca !
Veis aquí os traigo ganado
Otro reino y mil fronteras,
Que os quiero dar tierras más,
Aunque me echéis de las vuestras.
Pudiera dárselo á extraños,
Mas para cosas tan feás
Soy Rodrigo de Vivar,
Castellano á las derechas.

**Los condes de Carrión, yernos del Cid, se asustan
de un león escapado de su cadena.**

Acabado de yantar,
La faz en somo la mano,
Durmiendo está el señor Cid
En el su precioso escaño:
Guardándole están el sueño
Sus yernos Diego y Fernando,
Y el tartajoso Bermudo,
En lides determinado:
Fablando están juglerías,
Cada cual para hablar paso
Y por soportar la risa
Puesta la mano en los labios,
Cuando unas voces oyeron
Que atronaban el palacio
Diciendo:--¡ Guarda el león!
¡ Mal muera quien lo soltado!—
No se turbó don Bermudo,
Empero los dos hermanos
Con la cuita del pavor
De la risa se olvidaron,
Y esforzándose las voces
En puridad se hablaron,
Y aconsejéronse aprisa
Que no fuyesen despacio.
El menor, Fernán González,
Dió principio al fecho malo,
En zaga el Cid se escondió
Bajo su escaño agachado.
Diego, el mayor de los dos,
Se escondió á trecho más largo

En un lugar tan lijoso
Que no puede ser contado.
Entró gritando el gentío,
Y el león entró bramando,
Á quien Bermudo atendió
Con el estoque en la mano.
Aquí dió una voz el Cid,
Á quien como por milagro
Se humilló la bestia fiera,
Humildosa y coleando.
Agradecióselo el Cid,
Y al cuello le echó los brazos,
Y llevólo á la leonera
Faciéndole mil falagos.
Aturdido está el gentío
Viendo lo tal, no acatando
Que ambos eran leones,
Mas el Cid era más bravo.
Vuelto, pues, á la su sala,
Alegre y no demudado,
Preguntó por sus dos yernos
Su maldad adivinando.
Bermudo le respondió:
—Del uno os daré recaudo,
Que aquí se agachó por ver
Si el león es fembra ó macho.—
Allí entró Martín Peláez,
Aquel temido asturiano,
Diciendo á voces:—Señor,
Albricias, ya lo han sacado.—
El Cid replicó:—¿Á quién?—
Él respondió:—Al otro hermano,
Que se sumió de pavor
Do no se sumiera el diablo.
Miradle, señor, do viene,

Empero faceos á un lado,
Que habéis, para estar par dél,
Menester un incensario.—
Desenjaularon al uno,
Metieron otro del brazo,
Manchados de cosas malas
De boda los ricos paños.
Movido de saña el Cid
A uno y á otro mirando,
Reventando por hablar,
Y por callar reventando,
Al cabo soltó la voz
El soberbio castellano,
Y los denuestos les dijo
Que vos contaré despacio.

**Galantea Búcar ó Urraca, hija del Cid; ella le
entretiene mientras su padre se arma.**

Hélo, hélo por do viene
El moro por la calzada,
Caballero á la jineta
Encima una yegua baya ;
Borcegués marroqués
Y espuela de oro calzada ;
Una adarga ante los pechos,
Y en su mano una azagaya :
Mira y dice á esa Valencia :
—¡ De mal fuego seas quemada !
Primero fuiste de moros
Que de cristianos ganada.

Si la lanza no me miente,
Á moros serás tornada,
Y á aquel perro de aquel Cid
Prenderélo por la barba :
Su mujer doña Jimena
Será de mi capturada,
Y su hija Urraca Hernández
Será la mi enamorada :
Después de yo harto della
La entregaré á mis compañías.—
El buen Cid no está tan lejos
Que todo no lo escuchara.
—Venid vos acá, mi fija,
Mi fija doña Urraca ;
Dejad las ropas continas,
Y vestid ropas de Pascua,
Á aquel moro hi de perro
Detiénemelo en palabras,
Mientras yo ensillo á Babieca
Y me ciño la mi espada.
La doncella muy hermosa
Se paró á una ventana ;
El moro desque la vido
Desta suerte le fablara :
—¡ Alá te guarde señora,
Mi señora doña Urraca !
—¡ Así faga á vos, señor,
Buena sea vuestra llegada !
Siete años ha, rey, siete,
Que soy vuestra enamorada.
—Otros tantos há, señora,
Que os tengo dentro en mi alma.—
Ellos estando en aquesto
El buen Cid ya se asomaba.
—Adiós, adiós, mi señora,

La mi linda enamorada,
Que del caballo Babieca
Yo bien oigo la patada.—
Do la yegua põe el pie
Babieca pone la pata.
El Cid fablara al caballo,
Bien oiréis lo que fablaba :
—Reventar debía la madre
Que á su hijo no esperaba.—
Siete vueltas la rodea
Al derredor de una jara ;
La yegua que era ligera
Muy adelante pasaba
Fasta llegar cabe un río
Adonde una barca estaba.
El moro desde que la vido
Con ella bien se folgaba ;
Grandes gritos da el barquero
Que le allegase la barca :
El barquero es diligente,
Túvosela aparejada ;
Embarcóse presto en ella,
Que no se detuvo nada.
Estando el moro embarcado
El buen Cid se llegó al agua,
Y por ver al moro en salvo
De tristeza reventaba ;
Mas con la furia que tiene
Una lanza le arrojaba,
Y dijo:—Coged, mi yerno,
Arrecogedme esa lanza,
Que quizá tiempo verná
Que os será bien demandada.

**Quejas de las hijas del Cid contra sus esposos, los
condes de Carrión.**

Al cielo piden justicia
De los condes de Carrión,
Ambas las hijas del Cid
Doña Elvira y doña Sol.
A sendos robles atadas
Dan gritos que es compasión,
Y no las responde nadie
Sino el eco de su voz.
El menosprecio y afrenta
Sienten, que las llagas non ;
Que es dolor á par de muerte
En la mujer un baldón.
Tal fuerza tiene consigo
La verdad y la razón,
Que hallan en los montes gentes,
Y en las fieras compasión.
Á los lamentos que hacen
Por allí pasó un pastor,
Por donde no puso pie
Cosa humana, si ahora non.
Dánle voces que se acerque,
Y él no osa de pavor,
Que son hijos de ignorancia
El empacho y el temor.
—Por Dios te rogamos, home,
Que hayas de nos compasión,
Así tus ganados vayan
Siempre de bien en mejor ;
Nunca les falten las aguas

En el estío y calor,
Las hierbas no se les sequen
Con la helada y con el sol;
Tus tiernos fijuelos veas
Criados en bendición,
Y peines tus blancas canas
Sin dolencia y sin lesión,
Que desates nuestras manos,
Pues que las tuyas non son
Como las que nos ataron
De malicia y de traición.—
Estando en estas palabras,
El buen Ordoño llegó,
En hábito de romero
De orden del Cid su señor:
Prestamente las desata
Disimulando el dolor.
Ellas que lo conocieron
Juntas lo abrazan las dos:
Llorando les dice :—Primas,
Secretos del cielo son,
Cuya voz y cuya causa
Está reservada á Dios.
No tuvo la culpa el Cid,
Que el Rey se lo aconsejó,
¡Mas buen padre tenéis, dueñas,
Que vuelva por vuestro honor!

**Sale el Cid para las cortes de Toledo á pedir justicia
contra sus yernos.**

Recibiendo el alborada
Que viene á alegrar la tierra,

Tocaban á recoger
Seis clarinés por Valencia.
Don Rodrigo de Vivar,
El buen Cid, su gente apresta
Para partir á Toledo,
Que á cortes el Rey le espera.
Ya la plaza del palacio
Está de gente cubierta,
De escuderos y fidalgos
Esperando que el Cid venga.
Él sale ya de la sala,
Ya está en medio la escalera,
Y sálenle á acompañar
Sus dos hijas y Jimena.
Abrázalas cortesmente,
Y ruégales que se vuelvan,
Que en ver presentes sus hijas
Tiene presente su afrenta.
Descendió fasta el zaguán
Donde estaba su Babiaca,
Que de ver triste á su amo
Casi siente su tristeza.
Salió en cuerpo hasta la plaza
Armado con armas negras,
Sembradas de cruces de oro
Desde la gola á las grebas.
Vió su gente tan lucida,
Y en la ventana á Jimena,
Y por facer lozanía
Puso al caballo las piernas.
Llevó los ojos de todos,
Y al cabo de la carrera
Quitó á Jimena la gorra
Y tocaron las trompetas ;
Todos siguieron tras él,

¡Cuán lucida gente lleva!
Pues alegre el sol de vellos
En las armas reverbera.
Caminan por sus jornadas,
Y á la vista de Requena
Detuvo la rienda el Cid,
Que no quiso entrar en ella.
Acordóse en aquel punto
Que allí fué la vez primera
Que le llamó el sexto Alfonso
Estando él quieto en ella.
Con grave y severa voz,
Levantando la visera
Y afirmado en los estribos,
La dice desta manera:
—Teatro de mi deshonra,
Do se hizo la tragedia
En que mis alevos yernos
Fueron los autores della;
Principio de mi desdicha,
Do sin ser jueves de cena
Comieron con faz doblada.
Ambos Judas á mi mesa;
Al Rey vó á pedir justicia,
Ruego á Dios que no la tuerza,
Que á postre de mi venganza
No estaréis en mi frontera.—
Y llevado de furor
Puso al caballo las piernas
Contra la flaca muralla,
Que de verle airado, tiembla.

Muerte del Cid.

Banderas antiguas tristes
De victoria un tiempo amadas,
Tremolando están al viento,
Y lloran aunque no hablan.
Sonaban las roncadas voces
De las destempladas cajas,
Y los pffanos soberbios
Calles y plazas arrancan.
Se estaba el Cid Campeador
Humilde y manso en la cama,
Y sujeto á la inclemencia
De la vengativa Parca.
Hizo traer las reliquias
De las victorias pasadas,
Y mandó que le trujesen
Sus compañeras espadas.
Y desde fueron traídas
Levantábase en la cama ;
Tomándolas en sus manos
Les dijo aquestas palabras:
—Colada y Tizona mía,
No colada, mas calada
Por mil contrarios arneses,
Y por mil contrarias armas,
¿Cómo os hallaréis sin mí?
¿Á quién os dejaré en guarda
Que no manche vuestro honor
Pues que tan fácil se mancha?
Y luego en diciendo aquesto,
Mandó que á Babieca traigan,
Que quiere verle primero

Que comience su jornada.
Entró el caballo, más manso
Que una corderilla mansa ;
Abriendo los anchos ojos,
Como si sintiera, calla.
—Ya me parto, caro amigo,
Quien os gobierna, ya falta ;
Quisiera pagaros bien ;
Pero recibid por paga
Que con los fechos que he fecho
Será inmortal vuestra fama.
Y no diciendo más que eso
La muerte tira una jara.

**Quejas del conde Saldaña, porque su hijo Bernardo
no consigue su libertad.**

Bañando está las prisiones
Con lágrimas que derrama
El conde Don Sancho Díaz,
Ese señor de Saldaña.
Y entre el llanto y soledad
D' esta suerte se quejaba
De Don Bernardo su hijo,
Del rey Alfonso y su hermana :
—Los años de mi prisión
Tan aborrecida y larga,
Por momentos me lo dicen
Aquestas mis tristes canas.
Cuando entré en este castillo
Apenas entré con barbas,

Y agora por mis pecados
La veo crecida y blanca.
¿Qué descuido es este, hijo?
¿Cómo á voces no te llama
La sangre que tienes mía
Á socorrer donde falta?
Sin duda que te detiene
La que de tu madre alcanzas,
Que por ser de la del Rey
Juzgarás mal de mi causa.
Todos tres sois mis contrarios,
Que á un desdichado no basta
Que sus contrarios lo sean,
Sino sus propias entrañas.
Todos los que aquí me tienen
Me cuentan de tus hazañas:
Si para tu padre no,
Díme, ¿para quién las guardas?
Aquí estoy en estos hierros,
Y pues d'ellos no me sacas,
Mal padre debo de ser,
Ó tú, mal hijo, me faltas.
Perdóname si te ofendo,
Que descanso en las palabras,
Que yo, como viejo, lloro,
Y tú, como ansente, callas.

Muerte de los infantes de Lara.

Saliendo de Canicosa
Por el val de Arabiana,
Donde Don Rodrigo espera

Á los hijos de su hermana,
Por campo de Palomares
Vió venir con gran compañía
Muchos yelmos reluciendo,
Mucha adarga bien labrada,
Mucho caballo ligero,
Muchas lanzas aceradas.
La seña que viene en ellas
Es media luna cortada;
Alá traen por apellido,
Á Mahoma á voces llaman.
Tan altos daban los gritos
Que los campos atronaban;
Lo que las voces decían
Grande mal significaban:
—¡ Mueran, mueran, van diciendo,
Los siete infantes de Lara!
¡ Vengüemos á Don Rodrigo
Pues tiene con ellos saña!—
Allí está Nuño Salido,
El ayo que los criara;
Como ve la gran morisma
D' esta manera los habla:
—¡ Oh los mis amados hijos!
¡ Quién vivo no se hallara
Por no ver tan gran dolor
Como agora se esperaba!
Si no os hubiera criado
No sintiera tanta rabia;
Mas quiéroos tanto mis hijos,
Que ya se me arranca el alma.
¡ Ciertamente nuestra muerte
Está bien aparejada!
No podemos escapar
De tanta gente pagana;

Vengamos bien nuestros cuerpos,
Y miremos por las almas;
Pelemos como buenos,
Las muertes queden vengadas;
Ya que lleven nuestras vidas,
Que las dejen bien pagadas.
No nos pese de la muerte
Pues va tan bien empleada,
Y morimos todos juntos
Como buenos, en batalla.—
Como los moros se acercan,
Á cada uno por sí abraza;
Cuando llega á Gonzalvico
En la cara lo besara :
—¡Hijo de Gonzalo González !
De lo que más me pesara
Es de lo que sentiría
Vuestra madre Doña Sancha !
Érades su claro espejo ;
Más que á todos os amaba,
Y agora perderos tiene
Sin tener más esperanza.—
En esto los moros llegan,
Traban con ellos batalla,
Los Infantes los reciben
Con sus adargas y lanzas :
« Santiago, Santiago, cierra »,
Á grandes voces clamaban :
Muy muchos moros mataron,
Mas ellos allí quedaron.

Lamenta Gustios la muerte de sus hijos.

Llorando atiende Gonzalo
Las ocho amadas cabezas
De sus hijos y del ayo,
Que yacen sobre una mesa.
El noble cuerpo fidalgo
Casi fincado por tierra,
Que esta sola causa pudo
Fallecer su fortaleza :
Y como padre robusto
Fallando prestadas fuerzas,
Las muertas faces bañando,
Las fabla d' esta manera :
—¡ De tal suerte demudadas
Estades, reliquias tiernas,
Que no sé si estáis hablando
Ó si estáis del todo muertas !
¡ Oh qué pálidas estades
De verter sangre las venas
En las lides do lidiastes
Fasta quedaros sin ella !
Y en la poca que quedó
En las faces fría y seca,
Un Fénix para vengarme
Ha de renacer en ellas.
Si ende no lo vengare,
En cárcel, ó fuera de ella,
El honor de mis fazañas
Con las vuestras vidas muera.
Atended, infantes míos,
Á vuestra cuita y mi mengua,
Y non culpedes mi falta

Pues finasteis sin afrenta.—
 Dijo, y erguiéndose en pie,
 Como el que vida no precia,
 Al primero que habló
 Desarmó con ligereza.
 Prenderle manda Almanzor,
 Los alcaldes gritan « muera »,
 Y antes que fuese á prisión
 Á cinco dejó por tierra.

Mudarra, hijo bastardo de Gustios y de Axa, hermana de Almanzor, increpado de su bastardía, arranca á su madre el secreto de su nacimiento, y sabido, se propone vengar á su padre y hermanos.

Sentados á un ajedrez,
 Despacio su juego entablan
 Aliatar, rey de Segura,
 Y el gran bastardo Mudarra,
 Delante el rey Almazor
 Y en la presencia de Axa,
 Mora, que sirve Aliatar,
 De mucho donaire y gracia.
 Discurriendo van por lances,
 Juegan con destreza y mafia,
 Que pierde mucho el que pierde,
 Y gana mucho el que gana.
 El rey moro, que los ojos
 Tiene puestos en quien ama
 Tocó una pieza por otra
 Jugando una treta falsa;
 Mudarra, que no conoce
 Del Rey la mano turbada,

Ni si por ver á su mora
Vino á jugar ó jugaba,
Á una parte echó la silla,
Las piezas todas baraja,
Y dando mano al tablero
En pie se pone y levanta,
Diciendo:—Tráteme bien
Quien á su juego me llama:
Que aunque no soy rey, la injuria,
Con quien me enoja, me iguala.—
Aliatar se espantó de esto,
Y de Mudarra se agravia:
Llámale bajo y espurio,
Hijo de ninguno, y nada.
Á sus razones replica
Mudarra, no con palabras,
Mas levantó para el Rey
Juntos ajedrez y tabla,
Con que, sin reparo alguno,
De muerte le descalabra,
Y con presteza no vista
De allí se parte á otra sala,
Do está la mora su madre
Ya del ruido alborotada.
La espada en la mano pone
Y d'esta suerte la habla:
—Importa, enemiga madre,
Al enojo con que vengo
Decirme el padre que tengo,
Porque importa tener padre;
Que yo por muy claro siento
Que tengo padre, y buen padre,
Por tener tan buena madre,
Ó por mi buen pensamieto.
No quiero á mis ojos ver

Quien me diga en tiempo alguno
Que soy hijo de ninguno,
Pues alguno medió sér ;

Y si tú, fortuna, sobras
En darme mal importuno,
Cuando no sea de ninguno
Seré hijo de mis obras.—

Afligida está la mora
Por verse del hijo que ama
Ultrajada por un cabo,
Y por otro amenazada :
Hablarle quiere y no osa,
Que la lengua se le traba
Del yerro pasado hecho,
Que al hijo decir no osaba ;
Mas en el valor del padre
Algún tanto confiada,
Le descubre todo el hecho
Del de Bustos y el de Lara ;
Y otras razones le dijo
Salidas de allá del alma,
Por lo cual vino á tomar
De sus hermanos venganza.

Mata Mudarra á Ruy Velázquez.

A cazar va Don Rodrigo,
Y aun don Rodrigo de Lara :
Con la gran siesta que hace
Arrimádose ha á una haya,
Maldiciendo á Mudarillo,

Hijo de la renegada,
Que si á las manos le hubiese,
Jura de sacarle el alma.
El señor estando en esto
Mudarrillo que asomaba:
—Dios te salve, caballero;
Debajo la verde haya.
—Así haga á ti, escudero;
Buena sea tu llegada.
—Dígame, tú, el caballero,
¿Cómo era la tu gracia?
—Á mí dicen Don Rodrigo,
Y aun Don Rodrigo de Lara,
Cuñado de Gonzalo Bustos,
Hermano de Doña Sancha;
Por sobrinos me los hube
Los siete infantes de Lara.
Espero aquí á Mudarrillo,
Hijo de la renegada;
Si delante lo tuviese
Yo le sacaría el alma.
—Si á ti dicen Don Rodrigo,
Y aun Don Rodrigo de Lara,
Á mí Mudarra González,
Hijo de la renegada,
De Gonzalo Bustos hijo,
Y alnado de Doña Sancha:
Por hermanos me los hube
Los siete infantes de Lara:
Tú los vendistes, traidor,
En el val de Arabiana;
Mas si Dios á mí me ayuda
Aquí dejarás el alma.
—Espérame, Don Gonzalo,
Iré á tomar las mis armas.

—El espera que tú diste
Á los infantes de Lara :
« Aquí morirás, traidor,
« Enemigo de Doña Sancha.»

Al mismo asunto.

Después que Gonzalo Bustos
Dejó el cordobés palacio,
Y en salas guardaba el suyo;
Entre duros simulacros
Fatigaba su memoria,
Culpaba su inútil brazo
Por los efectos del tiempo,
Archivo de sus agravios.
—¡ Oh tronco, dice, sin fruto !
Solo has quedado en el campo
Do el villano codicioso
Podó tus pimpollos caros :
¡ Yo te conocí con siete
Con que fuiste un tiempo ufano,
Y ahora te contentaras
Con el más endeble y flaco !
Cada momento, mis fijos,
De nuevo os pierdo, y os hallo,
Para gozaros ausente,
En mi mente degollados.
Fresca está la sangre en ella,
Que el traidor, que hizo el daño,
Con su presencia atormenta
La poca que en mí ha quedado,
De merced vivo con él,

Y por momentos aguardo
Cuándo querrá derramarla
Si no es, por vengarse, humano.
¡ Ay miserable dél solo,
Y más cuando el hado avaro
Viene á hacer de sus causas
Juez á su cruel contrario!
¡ Mejor estaba entre moros,
Fijos, que en el suelo patrio,
Que entre ellos hallé piedad
Y quien se movió á mi llanto!—
Estas quejas esparcía
Desde un mirador Gonzalo,
Regando sus blancas canas,
Recostado en un escaño,
Cuando tendiendo la vista
Por el espacioso campo,
Vió en un caballo andaluz
Venir un moro gallardo,
Joven, hermoso y dispuesto,
De rostro agradable, manso,
Grave, compuesto, gracioso,
Apacible y despejado.
En la adarga media luna
Trae puesta en un cielo claro,
Y una roja F en medio
Con un letrero dorado,
Que dice: « Á buscarte voy:
« ¡ Venturoso si te alcanzo! »
En la lanza un pendoncillo
Con cruz verde en campo blanco,
Y una cabeza pendiente
En el pretal del caballo,
Destilando fresca sangre
Entre el cabello erizado.

Llegó, y bajando la suya,
El arzón casi besando,
Con el cuento de la lanza
Sobre la hierba afirmado,
Dijo:—tú debes de ser,
Según las señas que traigo,
El noble señor de Salas,
Que el sér que tengo me ha dado.
Recibe de Ruy Velázquez,
Vendedor de mis hermanos,
Esta prenda, que el traidor
Nunca reposa á su salvo.
Yo soy Mudarra, señor,
Y há mucho tiempo que afano
Por hacer esta sangría
En tu tronco antiguo y claro.—
Grandes voces daba el viejo :
—Sube, hijo, y da á mis brazos
Lo que tanto ha deseaban,
Que hoy se acaban mis trabajos.

Rodrigo fugitivo y derrotado.

Las huestes del rey Rodrigo
Desmayaban y hufan
Cuando en la octava batalla
Sus enemigos vencían.
Rodrigo deja sus tierras
Y del real se salía :
Solo va el desventurado,
Que no lleva compañía.
El caballo de cansado,

Ya mudar no se podía :
Camina por donde quiere,
Que no le estorba la vía.
El Rey va tan desmayado
Que sentido no tenía:
Muerto va de sed y hambre,
Que de velle era mancilla ;
Y va tan tinto de sangre,
Que una brasa parecía.
Las armas lleva abolladas,
Que eran de sangre perdida ;
La espada lleva hecha sierra
De los golpes que tenía ;
El almete de abollado
En la cabeza se hundía ;
La cara llevaba hinchada
Del trabajo que sufría.
Subióse encima de un cerro,
El más alto que veía :
Desde allí miró su gente
Cómo iba de vencida.
De allí mira sus banderas,
Y estandartes que tenía,
Cómo están todos pisados
Que la tierra los cubría.
Mira por los capitanes
Que ninguno parecía ;
Mira el campo tinto en sangre,
La cual á arroyos corría.
El triste de ver aquesto
Gran mancilla en sí tenía ;
Llorando de los sus ojos
Desta manera decía :
—Ayer era rey de España,
Hoy no lo soy de una villa;

Ayer villas y castillos,
 Hoy ninguno posefa ;
 Ayer tenía criados
 Y gente que me servía,
 Hoy no tengo una almena
 Que pueda decir que es mía.
 Desdichada fué la hora,
 ¡ Desdichado fué aquel día
 En que nací y heredé
 La tan grande señoría,
 Pues lo había de perder
 Todo junto y en un día !
 ¡ Oh muerte ! ¿ Por qué no vienes
 Y llevas esta alma mía
 De aqueste cuerpo mezquino,
 Pues te se agradecería ?

Romance amatorio.

¡ Rosa fresca, rosa fresca,
 Tan garrida y con amor,
 Cuando y, os tuve en mis brazos,
 Non vos supe servir, non ;
 Y agora que vos servía
 Non vos puedo yo haber, non.
 —Vuestra fué la culpa, amigo,
 Vuestra fué, que mía non ;
 Enviásteme una carta
 Con un vuestro servidor,
 Y en lugar de recaudar,
 Él dijera otra razón:
 Qu' érades casado, amigo,

Allá en tierras de León ;
Que tenéis mujer hermosa
Y hijos como una flor.
—Quien vos lo dijo, señora,
Non vos dijo verdad, non ;
Que yo nunca entre en Castilla
Ni allá en tierras de León,
Sino cuando era pequeño,
Que non sabía de amor.

ROMANCES CABALLERESCOS.

La Infantina.

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida :
Íbase para París,
Do padre y madre tenía :
Errado lleva el camino,
Errada lleva la vía :
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
Que á París lleva la guía.
La niña desque lo vido
Desta suerte le decía :
—Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, señora,
Pláceme, dijo, mi vida.—
Apeóse del caballo

Por hacelle cortesía ;
 Puso la niña en las ancas
 Y subiérase en la silla :
 En el medio del camino
 De amores la requería.
 La niña desque lo oyera
 Díjole con osadía :
 —Tate, tate, caballero,
 No hagáis tal villanía :
 Hija soy yo de un malato
 Y de una malatía ;
 El hombre que á mí llegase
 Malato se tornaría.—
 Con temor el caballero
 Palabra no respondía,
 Y á la entrada de París
 La niña se sonreía.
 —¿De qué os reís, mi señora?
 ¿De que os reís, vida mía ?
 —Ríome del caballero,
 Y de su gran cobardía,
 ¡ Tener la niña en el campo,
 Y catarle cortesía !
 Con vergüenza el caballero
 Estas palabras decía :
 —Vuelta, vuelta, mi señora,
 Que una cosa se me olvida.—
 La niña, como discreta,
 Dijo:—Yo no volvería,
 Ni persona, aunque volviese,
 En mi cuerpo tocaría :
 Hija soy del rey de Francia
 Y la reina Constantina,
 El hombre que á mí llegase
 Muy caro le costaría.

El conde Arnaldos.

¡Quién hubiese tal ventura
Sobre las aguas del mar,
Como hubo el Conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
La caza iba á cazar,
Y venir vió una galera
Que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
La jarcia de un cendal,
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar
Que la mar ponía en calma,
Los vientos hace amainar,
Los peces que andan al hondo
Arriba los hace andar,
Las aves que andan volando
Las hace á el mástil posar:
—Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
De los peligros del mundo
Sobre aguas de la mar,
De los llanos de Almería,
Del estrecho de Gibraltar,
Y del golfo de Venecia,
Y de los bancos de Flandes,
Y del golfo de León,
Donde suelen peligrar.—
Allí habló el conde Arnaldos,
Bien oiréis lo que dirá:
—Por Dios te ruego, marinero,

Digáisme ora ese cantar.—
 Respondióle el marinero,
 Tal respuesta le fué á dar:
 —Yo no digo esta canción
 Sino á quien conmigo va.

El conde don Martín y doña Beatriz.

Bodas hacían en Francia
 Allá dentro de París;
 ¡ Cuán bien que gufa la danza
 Esta doña Beatriz !
 ¡ Cuán bien que se la miraba
 El buen conde don Martín !
 —¿ Qué miráis aquí, buen Conde ?
 Conde, ¿ qué miráis aquí ?
 Decid ¿ si miráis la danza,
 Ó si me miráis á mí ?
 —Que no miro yo la danza,
 Porque muchas danza vi,
 Miro yo vuestra lindeza
 Que me hace penar á mí.
 —Si bien os parezco, Conde,
 Conde, saquéisme de aquí,
 Que un marido me dan viejo
 Y no puede ir tras mí.

El infante vengador.

Hélo, hélo por do viene
 El infante vengador,
 Caballero á la jineta

En caballo corredor,
Su manto revuelto al brazo,
Demudada la color,
Y en la su mano derecha
Un venablo cortador.
Con la punta del venablo
Sacaría un arador.
Siete veces fué templado
En la sangre de un dragón,
Y otras tantas fué afilado,
Porque cortase mejor:
El hierro fué hecho en Francia,
Y el asta en Aragón:
Perfilándose iba
En las alas de su alcón.
Iba á buscar á don Cuadros,
Á don Cuadros él traidor,
Y allá le fuera á hallar
Junto del Emperador.
La vara tiene en la mano,
Que era justicia mayor.
Siete veces lo pensaba,
Si le tirarfa ó no,
Y al cabo de las ocho
El venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
Dado ha al Emperador:
Pasado le ha manto y sayo,
Que era de un tornasol,
Por el suelo ladrillado
Más de un palmo le metió.
Allí le habló el Rey,
Bien oiréis lo que habló:
—¿Por qué me tiraste, Infante?
¿Por qué me tiras, traidor?

—Perdóneme tu Alteza,
Que no tiraba á ti, no:
Tiraba al traidor de Cuadros;
Ese falso engañador,
Que de siete hermanos que tenía,
No ha dejado, si á mí no:
Por eso delante ti,
Buen Rey, lo desafío yo.—
Todos fian á don Cuadros,
Y al Infante no fian, no,
Si no fuera una doncella,
Hija es del Emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.
Á los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el Infante,
La cabeza le cortó,
Y tomarala en su lanza,
Y al buen Rey la presentó.
De que aquesto vido el Rey
Con su hija le casó.

El adúltero castigado.

Blanca sois, señora mía,
Más que no el rayo del sol:
¿Si la dormiré esta noche
Desarmado y sin pavor?
¡Que siete años, había, siete
Que no me desarmo, no!

Más negras tengo mis carnes
Que no un tizado carbón.
—Dormidla, señor dormidla,
Desarmado sin temor,
Que el Conde es ido á la caza
Á los montes de León.
—Rabia le mate los perros,
Y águilas el su halcón,
Y del monte hasta casa
Á él arrastre el morón.—
Ellos en aquesto estando
Su marido que llegó:
—¿Qué hacéis, la blanca niña,
Hija de padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos,
Péinolos con gran dolor,
Que me dejáis á mí sola
Y á los montes os vais vos.
—Esas palabras, la niña,
Ni eran sino traición:
¿Cúyo es aquel caballo
Que allá abajo relinchó?
—Señor, era de mi padre,
Y enviolo para vos.
—¿Cúyas son aquellas armas
Que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano,
Y hoy vos las envió.
—¿Cúya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?
—Tomadla, Conde, tomadla,
Matadme con ella vos,
Que aquesta muerte, buen Conde,
Bien os la merezco yo.

Romance de Gerineldo.

Levantóse Gerineldo
Que al Rey dejara dormido:
Fuese para la Infanta
Donde estaba en el castillo.
—Abráisme, dijo, señora,
Abráisme, cuerpo garrido.
—¿Quién sois vos, el caballero,
Que llamáis á mi postigo?
—Gerineldo soy, señora,
Vuestro tan querido amigo.—
Tomárala por la mano,
En un lecho la ha metido,
Y besando y abrazando
Gerineldo se ha dormido.
Recordado había al Rey
De un sueño despavorido;
Tres veces lo había llamado,
Ninguna le ha respondido.
—Gerineldo, Gerineldo,
Mi camarero polido,
Si me andas en traición,
Trátasme como á enemigo.
Ó dormías con la Infanta,
Ó me has vendido el castillo.—
Tomó la espada en la mano,
É gran saña va encendido:
Fuérase para la cama,
Donde á Gerineldo vido.
Él quisíerale matar;
Mas crióle de chiquito.
Sacara luego la espada,

Entre entrambos la ha metido,
Porque desque recordase
Viese cómo era sentido.
Recordado había la Infanta,
É la espada ha conocido.
—Recordados, Gerineldo,
Que ya érades sentido,
Que la espada de mi padre
Yo me la he bien conocido.

El traidor Marquillos y Blanca-Flor.

¡ Cuán traidor eres, Marquillos!
¡ Cuán traidor de corazón!
Por dormir con tu señora
Degollaste á tu señor.
Desque lo tuviste muerto
Quitástele el chafirón;
Fuéaste al castillo fuerte
Donde está la Blanca-Flor.
—Abridme, linda señora,
Que aquí viene mi señor;
Si no lo queréis creer,
Veis aquí su chafirón.—
Blanca-Flor desque lo viera
Las puertas luego le abrió:
Échole brazos al cuello,
Allí luego la besó;
Abrazándola y besando
En un secreto la entró,

—Marquillos, por Dios te ruego
Que me concedas un dón:
Que no durmieses conmigo
Hasta que rayase el sol.—
Marquillos, como es hidalgo,
El dón luego le otorgó,
Y como venía cansado
En llegando se durmió.
Levantóse muy ligera
La hermosa Blanca-Flor;
Tomara un cuchillo en mano
Y á Marquillos degolló.

Romance del conde Alarcos.

(De Pedro de Riaño.)

Retraída está la Infanta,
Bien así como solía,
Viviendo muy descontenta
De la vida que tenía,
Viendo que ya se pasaba
Toda la flor de su vida,
Y que el Rey no la casaba,
Ni tal cuidado tenía.
Entre sí estaba pensando
Á quién se descubriría,
Y acordó llamar al Rey
Como otras veces solía,
Por decirle su secreto
Y la intención que tenía.

Vino el Rey siendo llamado,
Que no tardó su venida :
Vídola estar apartada,
Sola está sin compañía ;
Su lindo gesto mostraba
Ser más triste que solía.
Conociera luego el Rey
El enojo que tenía.

—¿ Qué es aquesto, la Infanta ?

¿ Qué es aquesto, hija mía ?

Contadme vuestros enojos,
No toméis malenconía,
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaría.

—Menester será, buen Rey,
Remediar la vida mía,
Que á vos quedé encomendada
De la madre que tenía.

Dédesme, buen Rey, marido,
Que mi edad ya lo pedía :
Con vergüenza os lo demando,
No con gana que tenía,
Que aquestos cuidados tales
Á vos, Rey, pertenecían.—

Escuchada su demanda,
El buen Rey la respondía :

—Esa culpa, la Infanta,
Vuestra era, que no mía,
Que ya fuérades casada
Con el príncipe de Hungría.
No quisistes escuchar
La embajada que venía,
Pues acá en las nuestras cortes,
Hija, mal recaudo había,
Porque en todos los mis reinos

Vuestro par igual no había,
Sino era el conde Alarcos,
Que hijos y mujer tenía.
—Convidadlo vos, el Rey,
Al conde Alarcos un día,
Y después que hayáis comido
Decidle de parte mía,
Decidle que se acuerde
De la fe que dél tenía,
La cual él me prometiera,
Que yo no se la pedía,
De ser siempre mi marido,
Y yo que su mujer sería.
Yo fui d'ello muy contenta
Y que no me arrepentía.
Si la Condesa es burlada,
Que mirara lo que hacía,
Que por él no me casé
Con el Príncipe de Hungría:
Si casó con la Condesa,
Dél es culpa, que no mía.—
Perdiera el Rey en la oír
El sentido que tenía,
Mas después en sí tornado
Con enojo respondía:
—¡ No son estos los consejos,
Que vuestra madre os decía !
¡ Muy mal mirastes, Infanta,
Dó estaba la honra mía !
Si verdad es todo eso
Vuestra honra ya es perdida :
No podéis vos ser casada
Mientras la Condesa viva.
Si se hace el casamiento
Por razón ó por justicia,

En el decir de las gentes
Por mala seréis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
Que el mío no bastaría,
Que ya es muerta vuestra madre
Á quien consejo pedía.
—Yo vos lo daré, buen Rey,
D' este poco que tenía :
Mate el Conde á la Condesa,
Que nadie no lo sabría,
Y eche fama que ella es muerta
De un cierto mal que tenía,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida.
D' esta manera, buen Rey,
Mi honra se guardaría. —
De allí se salía el Rey,
No con placer que tenía ;
Lleno va de pensamientos
Con la nueva que sabía ;
Vido estar al conde Alarcos
Entre muchos, que decía :
—¿ Qué aprovecha, caballeros,
Amar y servir amiga,
Que son servicios perdidos
Donde firmeza no había ?
No pueden por mí decir
Aquesto que yo decía,
Que en el tiempo que serví
Una que tanto quería,
Si muy bien la quise entonces,
Agora más la quería ;
Mas por mí pueden decir
Quien bien ama tarde olvida. —
Estas palabras diciendo

Vido al buen Rey que venía,
Y hablando con el Rey
De entre todos se salía.
Dijole el buen Rey al Conde
Hablando con cortesía:
—Convidaros quiero, Conde,
Por mañana en aquel día,
Que queráis comer conmigo
Por tenerme compañía.
—Que se haga de buen grado
Lo que su Alteza decía:
Beso sus manos reales
Por la buena cortesía:
Detenerme he aquí mañana,
Aunque estaba de partida,
Que la Condesa me espera,
Según carta que me envía.—
Otro día de mañana
El Rey de misa salía;
Luego se asentó á comer,
No por gana que tenía,
Sino por hablar al Conde
Lo que hablarle quería.
Allí fueron bien servidos
Como á Rey pertenecía.
Después que hubieron comido,
Toda la gente salida,
Quedóse el Rey con el Conde
En la tabla do comía.
Empezó el Rey de hablar
La embajada que traía:
—Unas nuevas traigo, Conde,
Que d' ellas no me placía,
Por las cuales yo me quejo
De vuestra descortesía.

Prometistes á la Infanta
Lo que ella no os pedía,
De siempre ser su marido,
Y á ella que le placía.
Si á otras cosas pasaste
No entro en esa porfía.
Otra cosa os digo, Conde,
De que más os pesaría :
Que matéis á la Condesa,
Que así cumple á la honra mía :
Echéis fama de que es muerta
De cierto mal que tenía,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida,
Porque no sea deshonrada
Hija que tanto quería.—
Oídas estas razones
El buen Conde respondía :
—No puedo negar, el Rey,
Lo que la Infanta decía,
Sino que otorgo, es verdad
Todo cuanto me pedía.
Por miedo de vos, el Rey,
No casé con quien debía,
Ni pensé que vuestra Alteza
En ello consentiría.
De casar con la Infanta
Yo, señor, bien casaría ;
Mas matar á la Condesa,
Señor Rey, no lo haría,
Porque no debe morir
La que mal no merecía.
—De morir tiene, buen Conde,
Por salvar la honra mía,
Pues no mirastes primero

Lo que mirar se debía.
Si no muere la Condesa
Á vos costará la vida
Que por la honra de los reyes
Muchos sin culpa morían :
Que muera, pues, la Condesa
No es mucha maravilla.
—Yo la mataré, buen Rey,
Mas no sea la culpa mía :
Vos os avendréis con Dios
En el fin de vuestra vida,
Y prometo á vuestra Alteza,
Á fe de caballería,
Que me escriba por traidor
Si lo dicho no cumplía
De matar á la Condesa,
Aunque mal no merecía.
Buen Rey, si me dais licencia
Luego yo me partiría.
—Vades con Dios, el buen Conde,
Ordenad vuestra partida.—
Llorando se parte el Conde,
Llorando sin alegría ;
Llorando por la Condesa,
Que más que á sí la quería.
Lloraba también el Conde
Por tres hijos que tenía,
El uno era de teta,
Que la Condesa lo cría,
Que no quería mamar
De tres amas que tenía
Sino era de su madre
Porque bien la conocía ;
Los otros eran pequeños,
Poco sentido tenían.

Antes que el Conde llegase

Estas razones decía:

—¿Quién podrá mirar, Condesa,

Vuestra cara de alegría,

Que saldréis á recibirme

Á la fin de vuestra vida?

Yo soy el triste culpado,

Esta culpa toda es mía.—

En diciendo estas palabras

Ya la Condesa saltó,

Que un paje le había dicho

Cómo el Conde ya venía.

Vido la Condesa al Conde

La tristeza que tenía,

Vióle los ojos llorosos

Que hinchados los tenía

De llorar por el camino

Mirando el bien que perdía.

Dijo la Condesa al Conde:

—¡Bien vengáis, bien de mi vida!

¿Qué habéis, el conde Alarcos?

¿Por qué lloráis, vida mía,

Que venís tan demudado

Que cierto no os conocía?

No parece vuestra cara

Ni el gesto que ser solía;

Dadme parte del enojo

Como dais de l' alegría.

¡Decídmelo luego, Conde,

No matéis la vida mía!

—Yo vos lo diré, Condesa,

Cuando la hora sería.

—Si no me lo decís, Conde,

Cierto yo reventaría.

—No me fatiguéis, señora,

Que no es la hora venida.
Cenemos luego, Condesa,
D'aqueso que en casa había.
—Aparejado está, Conde,
Como otras veces solía.—
Sentóse el Conde á la mesa,
No cenaba ni podía,
Con sus hijos al costado,
Que muy mucho los quería.
Echóse sobre los hombros;
Hizo como que dormía;
De lágrimas de sus ojos
Toda la mesa corría.
Mirábalo la Condesa
Que la causa no sabía;
No le preguntaba nada,
Que no osaba ni podía.
Levantóse luego el Conde,
Dijo que dormir quería;
Dijo también la Condesa
Que ella también dormiría;
Mas entre ellos no había sueño,
Si la verdad se decía.
Vanse el Conde y la Condesa
Á dormir donde solían:
Dejan los niños de fuera,
Que el Conde no los quería:
Lleváronse el más chiquito,
El que la Condesa cría,
El Conde cierra la puerta,
Lo que hacer no solía.
Empezó de hablar el Conde
Con dolor y con macilla:
—¡Oh desdichada Condesa,
Grande fué la tu desdicha!

—No soy desdichada, Conde,
Por dichosa me tenía,
Sólo en ser vuestra mujer:
Está fué gran dicha mía.
—¡Si bien lo miráis, Condesa,
Esa fué vuestra desdicha!
Sabed que en tiempo pasado
Yo amé á quien bien servía,
La cual era la Infanta.
Por desdicha vuestra y mía
Prometí casar con ella;
Y á ella que le placía,
Demándame por marido
Por la fe que me tenía.
Puédelo muy bien hacer
Por razón y por justicia:
Díjomelo el Rey su padre
Porque d'ella lo sabía.
Otra cosa manda el Rey
Que toca en el alma mía:
Manda que muráis, Condesa,
Á la fin de vuestra vida,
Que no puede tener honra
Siendo vos, Condesa, viva.—
De qu' esto oyó la Condesa
Cayó en tierra mortecida:
Mas después en sí tornada
Estas palabras decía:
—¡Pagos son de mis servicios,
Conde, con que yo os servía!
Si no me matáis, el Conde,
Yo bien os aconsejaría:
Enviédesme á mis tierras
Que mi padre me tenía;
Yo criaré vuestros hijos

Mejor que la que vernía,
Y os mantendré castidad
Como siempre os mantenía.
—De morir habéis, Condesa,
En antes que venga el día.
—¡Bien parece, conde Alarcos,
Yo ser sola en esta vida;
Porque tengo el padre viejo,
Mi madre ya es fallecida,
Y mataron á mi hermano
El buen Conde Don García,
Que el Rey lo mandó matar
Por miedo que dél tenía!
No me pesa de mi muerte,
Que yo de morir tenía,
Mas pésame de mis hijos.
Que pierden mi compañía:
Hacéme los venir, Conde,
Y verán mi despedida.
—No los veréis más, Condesa,
En días de vuestra vida:
Abrazad ese chiquito,
Que aqueste es el que os perdía.
Pésame de vos, Condesa,
Cuanto pesar me podía.
No os puedo valer, señora,
Que más me va que la vida;
Encomendaos á Dios,
Qu' esto de hacerse tenía.
—Dejéisme decir, buen Conde,
Una oración que sabía.
—Decila presto, Condesa,
Antes que amanezca el día.
—Presto la habré dicho, Conde,
No estaré un Ave María.—

Hincó rodillas en la tierra
Y esta oración decía :
« En las tus manos, Señor,
« Encomiendo el alma mía,
« No me juzgues mis pecados
« Según que yo merecía,
« Mas según tu gran piedad
» Y la tu gracia infinita. »
Acabada es ya, buen Conde,
La oración que yo sabía ;
Encomiándoos esos hijos
Que entre vos y mí había,
Y rogad á Dios por mí
Mientras tuviéredes vida,
Que á ello sois obligado
Pues que sin culpa moría.
Dédesme acá ese chiquito,
Mamará por despedida.
—No le despertéis, Condesa,
Dejadlo estar, que dormía,
Sino que os pido perdón
Porque ya se viene el día.
—Á vos yo perdono, Conde,
Por amor que vos tenía ;
Mas yo no perdono al Rey,
Ni á la Infanta la su hija,
Sino que queden citados
Delante la alta justicia,
Que allá vayan á jüicio
Dentro de los treinta días.—
Estas palabras diciendo
El Conde se apercibía :
Echóle por la garganta
Una toca que tenía,
Apretó con las dos manos

Con la fuerza que podía:
No le afloja la garganta
Mientras que vida tenía.
Cuando ya la vido el Conde
Traspasada y fallecida,
Desnudóle los vestidos
Y las ropas que tenía:
Echóla encima la cama,
Cubrióla como solía,
Desnudóse á su costado,
Obra de un Ave María:
Levantóse dando voces
Á la gente que tenía.
—¡ Socorred, mis caballeros,
Que la Condesa se fina!—
Hallan la Condesa muerta
Los que á socorrer venían.
Así murió la Condesa,
Sin razón y sin justicia;
Mas también todos murieron
Dentro de los treinta días.
Los doce días pasados,
La Infanta ya se moría;
El Rey á los veinte y cinco,
El Conde al treinteno día,
Allá fueron á dar cuenta
Á la justicia divina.
Acá nos dé Dios su gracia,
Y allá la gloria cumplida.

ROMANCES MORISCOS.

La morilla burlada.

Yo m' era mora Moraina,
Morilla de un bel catar:
Cristiano vino á mi puerta,
Cuitada, por m' engañar.
Hablóme en algarabía
Como aquel que bien la sabe:—
Ábrasme las puertas, mora,
Si Alá te guarde de mal.—
—¿Cómo te abriré, mezquina,
Que no sé quién te serás?
—Yo soy el moro Mazote,
Hermano de la tu madre,
Que un cristiano dejó muerto;
Tras mí venía el alcalde.
Si no abres tú, mi vida,
Aquí me verás matar.
—Cuando esto oí, cuitada,
Comencéme á levantar,
Vistiérame una almeja
No hallando mi brial,
Fuérame para la puerta
Y abrila de par en par.

Moriana y Galván.

—¡ Arriba, canes, arriba!
 ¡ Que mala rabia os mate!
 En jueves matáis el puerco
 Y en viernes coméis la carne.
 Ya hace hoy los siete años
 Que ando por aqueste valle,
 Pues traigo los pies descalzos
 Las uñas corriendo sangre,
 Pues como las carnes crudas,
 Y bebo la roja sangre.
 Busco triste á Moriana
 La hija del Emperante,
 Pues me la han tomado moros
 Mañanica de Sant Juane,
 Cogiendo rosas y flores
 En un verjel de su padre.—
 Oídolo ha Moriana,
 Que en brazos del moro estae;
 Las lágrimas de sus ojos
 Al moro dan en la fase.

Moriana y Galván.

Rodillada está Moriana,
 Que la quieren degollare,
 De sus ojos envendados
 Non cesando de llorare;
 Atada de pies y manos,

Que era lástima mirare ;
Los cabellos de oro puro
Que al suelo quieren llegare,
Y los pechos descubiertos
Más blancos que non cristale.
De ver el verdugo moro
En ella tanta beldade,
De su amor estando preso
Sin poderlo más celare,
Hablóle en algarabía
Como á aquella que la sabe :
—Perdonédesme, Moriana,
Querádesme perdonare,
Que mandado soy, señora,
Por el rey moro Galvane.
¡ Ojalá viesse mi alma
Cómo vos poder librare !
Para libertar dos vidas
Que aquí las veo penare.—
Mariana dijo :—Moro,
Lo que te quiero rogare
Es que cumplas con tu oficio
Sin un punto más tardare.—
Estando los dos en esto,
El esposo fué á asomare
Matando y firiendo moros,
Que nadie le osa esperare.
Caballero en su caballo
Junto d'ella fué á llegare.
El verdugo la desata,
Y la ayuda á cabalgare :
Los tres van de compañía
Sin ningún contrario hallare,
En el castillo de Brestia
Se fueron á aposentare.

Mariana y Galván.

Al pie de una verde haya
Estaba el moro Galvane;
Mira el castillo de Breña
Donde Mariana estae;
De riendas tiene el caballo,
Que non lo quiere soltare;
Tiene el almete quitado
Por poder mejor mirare;
Cuando con voz dolorosa
Entre llanto y suspirare,
Comenzó el moro quejando
D' esta manera á fablare:
—Mariana, Mariana,
Principio y fin de mi male,
¿Cómo es posible, señora,
Non te duela mi penare,
Viendo que por tus amores
Muero sin me remediare?
De aquel buen tiempo pasado
Te debrías recordare,
Cuando dentro en mi castillo
Connigo solías folgare:
Cuando contigo jugaba,
Mi alma debrías mirare
Cuando ganaba perdiendo,
Porque era el perder ganare:
Cuando merescí ganando
Tus bellas manos besare,
Y más cuando en tu regazo
Me solfa reclinare,
Y cuando con ti hablando

Durmiendo solfa quedare.
Si esto non fué amor, señora,
¿Cómo se podrá llamare?
Y si lo fué, Moriana,
¿Cómo se puede olvidare?—
Á lo alto de una torre
Moriana fué á asomare,
Y al enamorado moro
Aquesto fué á declarar.—
—Fuye de aquí, perro moro,
El que me quiso matare,
El que me robó doncella,
Y dueña me hubo forzare:
Las caricias que te fice
Fueron por de ti burlare,
Y atender mi noble esposo
Que viniese á libertare.—
Salió de Breña el cristiano
Y arremete al buen Galvanc:
Pasádole ha con la lanza,
Y el alma del cuerpo sale.

Abenámar.

Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
¿Dónde podré ver á Zaida?
La forastera te digo,
Aquella recién casada,
La de los rubios cabellos,

Y más que cabellos gracias :
Aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas,
Celebran los moros nobles
Con gloriosas alabanzas.
Voy por vella á la mezquita,
Por vella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
¡ Cierta señal que me agravia !
Y aunque más, Tarfe, me digas,
No tengo celos sin causa.
Después que á Granada vine,
¡ Nunca viniera á Granada !
Sale mi Alcaide de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada :
¡ No es mucho que yo le canse,
Si en otra parte descansa !
Si está en el jardín conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No sólo las obras niega,
Mas niégame las palabras.
Si le digo : ¡ vida mía !
Me responde : mis entrañas ;
¡ Pero con una tibieza
Y un hielo que me las rasga !
Y mientras más le regalo,
Como trae vestida el alma
De pensamientos traidores,
Enséñame las espaldas.
Si me enlace de su cuello,
Baja los ojos, y baja

La cabeza, y de mis brazos
Da vuelta y se desenlaza,
Arrojando unos suspiros
Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas encienden
Y mis contentos abrasan.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa ;
¡ Y mente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada !
¡ Pues decir que le he ofendidol . .
¡ En infiernos de amor arda,
Si después que le conozco
Me he asomado á la ventana !
Si he tomado mano ajena,
Ni he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola,
La de su Alcorán se guarda.
Mas ¿ para qué gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes, y lo callas?
No jures, que no te creo.
¡ Aquella mujer mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra !
Que son traidores los hombres
Como sus promesas falsas;
Muerto el fuego, desaparecen
Como escritas en el agua.
¡ Del prometer al cumplir

¡Qué jornadas hay tan largas!
¡Qué ventas en el camino
Tan yermas y tan cerradas!
¡Ay Dios!, que me acuerdo cuando
Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene:
Tenme, Tarfe, no me caiga. —
Dijo llorando Adalifa,
Celosa de su Abenámar,
Y en brazos del moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

Abenámar.

Tan celosa está Adalifa
De su querido Abenámar,
Que si le miran se ofende,
Y se ofende si le hablan.
Si á dicha con otros moros
Corre toros, juega cañas,
Jamás le pierde de vista
En las fiestas y en las zambras;
Y si acaso por su rey,
En defensa de su patria
Con las armas al contrario
Sale á correr en campaña,
Si como no se permite
Le fuera decente causa,
No lo dejara un momento,
Mas siempre le acompañara,
Porque en apartarse de él

En vivo fuego se abrasa,
Y aun de sus palabras tiene
Celos, cuando con él habla.
Sus pensamientos le siguen
Siempre que sale de casa,
Buscando mil invenciones,
Y haciendo mil pruebas varias,
Porque al fin los celos son
Hijos de amor en quien ama,
Que los engendra el deseo,
Temor y desconfianza ;
Y como quien quiere bien
Jamás se asegura en nada,
Son los celos amorosos
Efectos de aquesta causa.
Y estando una tarde á solas
Con Adalifa Abenámar,
Estas palabras le dice
Con mil suspiros del alma :
—Valeroso capitán,
Claro espejo de las armas,
Temor de los enemigos,
Fuerte muro de Granada,
Espejo de la milicia,
Archivo en quien mi esperanza
Vive, y todo mi contento,
Causa de todas mis ansias :
No te espantes que mis ojos
Ante ti derramen agua,
Porque al fin los ojos son
Las alquitaras del alma,
Por donde el amor destila
Los vapores que derrama
La pena en el corazón
Con el fuego que le abrasa,

Cuyo valor excesivo
Hace que del pecho salga
El agua, con que el dolor
Del corazón se descarga ;
Y como á mí me combaten
Fuego, amor, temor, mudanza,
Celos y sospechas, lloro,
Porque el corazón descansa.
Por Alá te pido y ruego
Que aunque te miren las damas,
No las mires, ni las veas,
Porque en hacello me agravias:
Que como eres tan galán,
Cuanto valiente en las armas,
Por galán te dan el premio,
Y por valiente la palma.—
Abenámar le responde:
—Adalifa de mi alma,
Si para satisfacerte
Es menester que se abra
El pecho, donde te tengo
Al natural retratada,
Haré por solo tu gusto
Puerta en él patente y ancha,
Para que tú propia veas,
Si acaso no estás turbada,
Cómo Abenámar te tiene
Fe inviolable, afición casta.
Y si imaginas que miento,
Ruego á Alá que cuando salga
Al campo con el cristiano,
Me mate á malas lanzadas ;
Que jamás tenga victoria
Cuando á escaramuza salga,
Y que cautivo me nieguen

La libertad deseada;
Mis enemigos me ofendan,
Mis amigos no me valgan,
Deudos y bienes me falten
Cuando menester los haya;
Y finalmente no vea
Cumplidas mis esperanzas
Para gozar tus amores,
Sino que muera de rabia.
Y con esto, vida mía,
Se asegure tu esperanza:
Cesen tus celos, y cesen
Esas perlas que derramas,
Que por lo que te he jurado
Y por la fe reservada
Sola á ti en mi corazón,
Que Abenámar no te engaña.—
Con esto quedó contenta,
Tan satisfecha y pagada,
Que trocó desde aquel punto
En fe la desconfianza.

Abenámar.

Ya no tocaba la vela
La campana del Alhambra,
Porque las torres Bermejas,
Bañaba de plata el alba,
Cuando sin haber dormido
Recuerda el fuerte Abenámar,
Con más cuidado que sueño:

¡Qué mal duerme quien bien ama!
Y viendo que sale el sol
Y que no sale Daraja,
Con lágrimas de sus ojos
Aqueste canto acompaña.

Si amanece el alba
Bordando los cielos,
Para mí con celos
Anochece el alma.

Paso llorando la noche,
Aguardando la mañana,
Y es de condición tu sol,
Que no saliendo me abrasa.

Vanse las claras estrellas,
En mi desengaño claras,
Y aunque sol, no es para mí,
Que para mí todo es agua.

¿Qué importa que el sol hermoso
De las Indias venga y vaya
A traer á España el día,
Si me esconde su luz clara?

Si amanece el alba
Bordando los cielos,
Para mí con celos
Anochece el alma.

Azarque el Granadino.

Enfíllenme el potro rucio
Del alcaide de los Vélez,
Dénme la adarga de Fez

Y la jacerina fuerte,
Una lanza con dos hierros
Entrambos de agudo temple:
Y aquel acerado casco
Con el morado bonete,
Que tiene plumas pajizas
Entre blancos martinetes,
Y garzotas medio pardas,
Antes que me vista dénme.
Pondréme la toca azul
Que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza,
Hija de Celín Amete,
Y aquella medalla en cuadro
Que dos ramos la guarnecen,
Con las hojas de esmeraldas,
Por ser los ramos laureles;
Un Adonis que va á caza
De jabalíes monteses
Dejando su diosa amada,
Y dice la letra: *Muere*.
Esto dijo el moro Azarque
Antes que á la guerra fuese,
Á aquel discreto animoso,
Á aquel galán y valiente
Almoralife el de Baza,
De Zulema descendiente,
Caballeros que en Granada
Paseaban con los reyes.
Trajéronle la medalla,
Y suspirando mil veces,
Del bello Adonis miraba
La gentileza y la suerte:
—Adalifa de mi alma,
No te aflijas ni lo pienses:

Viviré para gozarte ;
Gozosa vendrás á verme.
Breve será mi jornada,
Tu firmeza no sea breve :
Procura, aunque eres mujer,
Ser de todas diferente.
No te parezcas á Venus,
Aunque en beldad te pareces,
En olvidar á su amante
Y en no respetarle ausente.
Cuando sola te imagines,
Mi retrato te consuele,
Sin admitir compañía
Que me ultraje y te desvele:
Que entre tristeza y dolor
Suele amor entretenerse
Haciendo de alegres tristes,
Como de tristes alegres.
Mira, amiga, mi retrato
Que abiertos los ojos tiene,
Y que es pintura encantada
Que habla, que vive, y que siente:
Acuérdate de mis ojos,
Que muchas lágrimas vierten,
¡ Y á fe que lágrimas tuyas
Pocas moras las merecen!—
En esto llegó Galvano
A decirle que se apreste,
Que daban prisa en la mar
Que se embarcase la gente.
Á vencer se parte el moro,
Pues que gustos no le vencen ;
Honra y esfuerzo le animan,
Cumplirá lo que promete.

Gazul.

Sale la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del día
Su negro manto descoge:
Y con ella un fuerte moro
Semejante á Rodamonte,
Sale de Sidonia airado;
De Jerez la vega corre
Por do entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa Marfa el puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que aunque es de linaje noble,
Le deja su dama ingrata
Porque se suena que es pobre,
Y aquella noche se casa
Con un moro feo y torpe,
Porque es alcaide en Sevilla
Del alcázar y la torre.
Quejábase gravemente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la vega
Con el eco le responde:
—¡ Zaida, dice, más airada
Que el mar que las naves sorbe;
Más dura é inexorable
Que las entrañas de un montel .
¿Cómo permites, cruel,
Después de tantos favores,
Que de prendas de mi alma

Ajena mano se adorne?
¿Es posible que te abracés
Á las cortezas de un roble,
Y dejes el árbol tuyo
Desnudo de fruto y flores?
¿Dejas tu amado Gazul,
Dejas tres años de amores,
Y das la mano á Albenzaide
Que aun apenas le conoces?
Dejas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Pues las riquezas del cuerpo
A la del alma antepones.
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Y que por celos suspires,
Y por ausencia le llores;
Y que de noche no duermas,
Y de día no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojés;
Y en las fiestas y las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verlas permita
Que á la ventana te asomes;
Y menosprecie en las cañas,
Para que más te alborotes,
El almaizar que le labres,
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
Á quien le dé los cautivos
Cuando de la guerra torne;
Y en batalla de cristianos
De velle muerto te asombres,

Y plegue á Alá que suceda
Cuando la mano le tomes ;
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces,
Que es la mayor maldición
Que pueden darte los hombres.—
Con esto llegó á Jerez
Á la mitad de la noche,
Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces,
Y los moros fronterizos
Que por todas partes corren
Con mil hachas encendidas
Y las libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos alzóse,
Y arrojándole la lanza
De parte á parte pasóle.
Alborótose la plaza,
Desnudó el moro el estoque,
Y por mitad de la gente
Para Medina volvióse.

Gazul.

Por la plaza de Sanlúcar
Galán paseando viene
El animoso Gazul,
De blanco, morado y verde.

Quiérese partir el moro
Á jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas el Alcaide
Por las treguas de los reyes.—
Adora una bella mora,
Reliquia de los valientes
Que mataron en Granada
Los Zegríes y Gomeles.
Por despedirse y hablarla
Vuelve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes ;
Y al cabo de una hora de años
De esperanzas impacientes,
Vióla salir á un balcón
Haciendo los años breves ;
Y arremetiendo al caballo
Por ver el sol que amanece,
Haciendo que se arrodille
Y el suelo en su nombre bese,
Con voz turbada la dice :
—No es posible sucederme
Cosa triste en esta empresa,
Habiéndote visto alegre.
Allá me llevan sin alma
Obligación y parientes ;
Mas volverá mi cuidado
Por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa ó memoria,
Y no para que me acuerde,
Sino para que me adorne,
Guarde, acompañe y esfuerce.—
Celosa estaba Celinda,
Que envidiosos, como suelen,
Á Zaida la de Jerez

Dicen que de nuevo quiere.
Airada responde al moro :
— ¡ Si en las cañas te sucede
Como mi pecho desea
Y el tuyo falso merece,
No volverás á Sanlúcar
Tan jufano como sueles,
Á los ojos que te adoran
Y á los que más aborreces !
Mas plegue á Alá que en las cañas
Los enemigos que tienes
Te tiren secretas lanzas,
Porque mueras como mientes ;
Y que traigan fuertes jacos
Debajo los alquiceres,
Porque si quieres vengarte
Acabes y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Porque muerto en hombros salgas
Cuando á matar damas entres ;
Y que en lugar de llorarte
Las que engañas y entretienes,
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se huelguen.—
El moro piensa que burla,
Que es propio del inocente,
Y alzándose en los estribos
Tomarle las manos quiere :
— Miente, le dice, señora,
El moro que me revuelve,
Á quien esa maldición
Le caiga, porque me vengue.
Mi alma aborrece á Zaida,
Y de su amor se arrepiente,

Que su desdén y tu amor
Han hecho mi fuego nieve.
¡ Malditos sean tres años
Que la serví por mi suerte,
Pues me dejó por un moro
Más rico de pobres bienes!—
Oyendo aquesto Celinda
Aquí la paciencia pierde,
Cerró la ventana airada,
Y al moro el cielo que tiene.
Pasaba entonces un paje
Con sus caballos jinetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar
Toma, y furioso arremete,
Haciéndola mil pedazos
Contra las fuertes paredes,
Y manda que sus caballos
Jaeces y plumas truequen,
De verdes en leonadas,
Y parte furioso á Gelves.

Gazul.

Estando toda la corte
De Almanzor, rey de Granada,
Celebrando del Bautista
La fiesta entre mórros santa,
Con ocho moros vestidos
De negro y tela de plata,

Que llevan ocho rejonos
Y en ellos mil esperanzas,
Seguros de su ventura,
De muchas pruebas pasadas,
Y más en el fuerte brazo
Que ha dado al mundo fianzas,
Que algunas veces la suerte
Suele á los hombres de fama
Llevarlos por los cabellos
A la fortuna contraria ;
Entra el valiente Gazul
Señoreando la plaza,
Que con ir solo por ella
Toda la ocupa y levanta ;
Hijo de sí por sus obras,
Para gloria de su fama,
Y para nobleza suya,
Es Alcaide de la Algava.
Los ojos del pueblo lleva
El caballo entre las plantas,
Y en los apacibles suyos
Los hermosos de las damas.
Pasa delante del Rey,
Del príncipe y de la infanta,
Y haciendo su cortesía,
El caballo y lanza para.
Después del galán paseo
En que fué vista su gala,
Los toros salen al coso
Y al riesgo de su pujanza.
El moro toma un rejón
Y el diestro brazo levanta :
Furioso acomete y pica,
Uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frío

El rostro al caballo espanta,
Y la espuma del caballo
Al toro ofende la cara.
Admirada está la corte
Del airoso brío y gracia,
Porque ningún lance pierde
Y mil voluntades gana.
En este tiempo la suerte
Á la postrera le llama,
Porque sale un bravo toro
Famoso entre la manada,
No de la orilla del Betis,
Ni Genil, ni Guadiana:
Fué nacido en la ribera
Del celebrado Jarama:
Bayo, el color encendido,
Y los ojos como brasa,
Arrugados frente y cuello,
La frente vellosa y ancha,
Poco distantes los cuernos,
Corta pierna y flaca anca,
Espacioso el fuerte cuello,
Á quien se junta la barba;
Todos los extremos negros,
La cola revuelta y larga,
Duro el lomo, el pecho crespó,
La piel sembrada de manchas.
Harpado llaman al toro
Los vaqueros de Jarama,
Conocido entre los otros
Por la fiereza y la casta.
En cuatro brincos se pone
En la mitad de la plaza,
Y casi en la blanda arena
El hendido pie no estampa.

Sale al encuentro Gazul,
Como si fuera montaña,
Alzando el brazo en el hombro
Vibrando al rejón el asta:
Saca el codo junto al pecho,
Llega el puño, el brazo saca,
Y picando el fuerte cuello,
Cuero, carne y vida rasga.
El fiero toro derriba,
El suelo mide la espalda,
Los pies que en la tierra herían
Al cielo vuelven las plantas;
Con el furor natural
Vuelve á un lado, prueba y alza
La tierra, que el cuerpo herido
No tiene más que arrogancia;
De cuya herida en un punto
Revuelta en la sangre, escapa
La vida, dejando á muchos
Envidia de tal hazaña.
Juntóse el moro valiente,
Á quien sigue y acompaña,
Oyendo los parabienes
De caballeros y damas;
Porque otra cosa no escucha
Desde andamios y ventanas,
Sino que fué grande suerte
De aquel famoso de Aljaba,

Zaide.

Zaide ha prometido fiestas
A las damas de Granada,

Porque dicen que su ausencia
De fiestas las tiéne faltas ;
Y para poder cumplir
Lo que promete á las damas,
Concierta con sus amigos
De hacerles fiestas y zambras.
Entre muchas que imagina,
Concierta una encamisada,
Para las damas secreta,
Y para el vulgo callada.
Y antes que la clara aurora
El pecho se rasgue y abra,
Entra el venturoso moro
Con su ilustre camarada :
Hecha escuadra de cincuenta
Va toda bien concertada.
Zegríes con los Gomeles,
Azarques con los Audallas,
Vanegas y Portoloses,
Abencerrajes y Mazas,
Alfarríes y Achapices,
Fordaques con los Ferraras,
Madrugan para coger
Á las damas descuidadas,
Deseosos de ver libre
Lo que encumbren tocas blancas.
Cabezas y cuerpos çifien
De unas floridas guirnaldas ;
Muchas cañas llevan verdes,
Y en las manos blancas hachas.
Ya los clarines comienzan,
Ya las trompas y dulzainas,
Ya los gritos y alaridos,
Ya las voces y algazara,
Ya los añafles tocan,

Ya les responden las cajas,
Y el envidioso Albaicín
Con mil ecos acompaña.
Los azorados caballos
Con los cascabeles andan
Moviendo tanto ruido,
Que á la ciudad amenazan.
Unos corren, otros gritan,
Otros dicen: Pára, pára,
Sigan orden, vayan todos
La calle de la Alcazaba.
Otros dicen: La Gereá
No se deje, ni su plaza;
Otros, de Vavataubín
Vuelvan luego á la Alpujarra,
La calle de los Gomeles,
La plaza de Vivarrambla.
Corran toda la ciudad,
Viva Albolún y el Alcázar.
Las damas que el dulce sueño
Las tiene muy descuidadas,
Al ruido despiertan todas,
Y acuden á sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
Preso de una mano blanca;
Cuál por descuido no cubre
Su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
Al cuidado alborotadas,
Aunque del cuidado nacen
Á cada mora mil ansias.
De pechos, y en pechos puesta
Á la ventana asomada,
Está tan bella una mora,
Que mil pechos abrasaba.

Miran las moras la fiesta,
Cómo corren, cómo paran,
Y tan sólo Zaida mira
Al aposento de su alma.
Zaide corre una carrera,
Y Muza su camarada ;
Luego todos á la folla
Corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
Y con tantas veras anda,
Que no se viera la fin
Si el sol no les madrugara.
Determinan recogerse,
Dejan la fiesta acabada,
Piden lugar á la gente,
Diciéndola : aparta, aparta.

Zaide.

Mira, Zaide, que te aviso
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mujeres,
Ni con mis cautivos trates,
Ni preguntes en qué entiendo,
Ni quién viene á visitarme,
Ni qué fiestas me dan gusto,
Ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber querido
Moro que tan poco sabe.

Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto más cristianos
Que tienes gotas de sangre;
Que eres gallardo jinete,
Y que danzas, cantas, tafes,
Gentil hombre, bien criado,
Cuanto puede imaginarse;
Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linaje,
El gallo de las bravatas,
La gala de los donaires;
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,
Y que si nacieras mudo
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dejarte:
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades,
Y habrá menester ponerte
Quien quisiere sustentarte,
Un alcázar en el pecho,
Y en los labios un alcaide.
¡Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes!
Porque los quieren bríosos,
Que hiendan y que desgarran;
Y con esto, Zaide amigo,
Si algún banquete les haces,
El plato de tus favores
Quieres que coman y callen.
¡Costoso fué el que me hiciste!
¡Venturoso fueras, Zaide,
Si conservarme supieras

Como supiste obligarme!
Pero no saliste apenas
De los jardines de Tarfe,
Cuando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde,
Y á un morillo mal nacido
Me dijeron que enseñaste
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.
No pido que me la vuelvas,
Ni tampoco que la guardes;
Mas quiero que entiendas, moro,
Que en mi desgracia la traes.
También me certificaron
Cómo le desafiaste
Por las verdades que dijo,
¡Que nunca fueran verdades!
De mala gana me rfo,
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte:
Esta será la postrera
Que me veas y te hable.—
Dijo la discreta mora
Al altivo Abencerraje,
Y al despedirle replica:
—«Quien tal hace, que tal pague.»

Zaide.

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras ;
Si en la vega escaramuzas,
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo como en las zambras ;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas ;
Si eres tan diestro en la guerra -
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla ;
Si como el galán ornato
Usas la lucida malla,
Y oyes el són de la trompa
Como el són de la dulzaina ;
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas ;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas,
Sal á ver si te defiendes,
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Alguno de tus amigos

Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
No en palacio, ni entre damas,
Se aprovechan de la lengua,
Pues es do las manos callan;
Pero aquí que hablan las manos,
Ven, y verás cómo habla
El que delante del Rey
Por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
Le dijo: «Vete á la Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta;
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.»

Zulema.

Aquel valeroso moro,
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dejó memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntarle el bozo

Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza,
Que sus mismos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga,
Para contar sus hazafias,
De más alas y más lenguas:
Zulema, al fin el valiente
Hijo del fuerte Zulema,
Que dejó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua;
No armado, sino galán,
Aunque armado más lo era,
Fué á ver en Ávila un día
Las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que ver en fiestas al moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios reales
Los adalifes le ruegan
Que se asiente, aunque se temen
Que á todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mismas;
Pero al fin Zulema en medio
De los alcaides se sienta,
Que lo fueron por entonces
De la mayor fortaleza:
Cuando más breve que el viento,
Y más veloz que cometa,

Del celebrado Jarama
Un toro en la plaza sueltan,
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensivo y piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la más gente della :
Sólo algunos de á caballo
Aunque le temen le esperan;
Piensan hacer suerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.
No osan mirar á las damas
De pura vergüenza dellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera más fiera.
Á Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares,
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo que á la bella mora
De sus deseos dé muestra.
Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela,
Que amor le prestó sus alas,
Como es suya aquesta empresa ;
Cuando ve que á un hombre el toro

Con pies y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre
Agora al hombre sujeta.
Á pie se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo deja, porque sabe
Que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfanje
Haciéndole mil ofensas:
Retírase el toro atrás,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema ;
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas :
Brama, bufa, esgarba, huele,
Anda al rededor, patear,
Vuelve á mirar quien le ofende,
Y de temelle da muestras.
Tercera vez le acomete,
Hechando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma,
De coraje y sangre hecha;
Pero ya cansado el moro
De verlo durar, le acierta
Un golpe, por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta.
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídanle los más fuertes,
Bendícenle las más bellas ;

Con abrazos le reciben
 Los Azarques y Vanegas;
 Las damas le envían el alma
 A darle la enhorabuena;
 La fama toca su trompa,
 Y rompiendo el aire, vuela;
 Apolo toma la pluma:
 Yo acabo, y su gloria empieza.

Aliatar.

—No con azules tahalés,
 Corvos alfanjes dorados,
 Ni coronados de plumas
 Los bonetes africanos,
 Sino de luto vestidos
 Entraron de cuatro en cuatro,
 Del malogrado Aliatar
 Los afligidos soldados:
 «Tristes marchando,
 Las trompas roncadas, los tambores destemplados.»
 La gran empresa del Fénix
 Que en la bandera volando
 Apenas la trató el viento
 Temiendo el fuego tan alto,
 Ya por señas de dolor
 Barre el suelo y deja el campo,
 Arrastrado entre la seda
 Que el alférez va arrastrando:
 «Tristes, etc.»
 Salió el gallardo Aliatar
 Con cien moriscos gallardos
 En defensa de Motril

Y socorro de su hermano.
Á caballo salió el moro,
Y otro día desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo :

« Tristes, etc. »

Caballeros del Maestre
Que en el camino encontraron,
Encubiertos de unas cañas
Furiosos le saltearon :
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar mal logrado,
Y los suyos, aunque rotos,
No vencidos se tornaron :

« Tristes etc. »

¡ Oh cómo lo siente Zaida !
¡ Y cómo vierten llorando,
Más que las heridas sangre,
Sus ojos aljófar blanco !
Dilo tú, amor, si lo viste :
Mas ¡ ay que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado !

« Tristes, etc. »

No sólo le lloró Zaida ;
Pero acompañanla cuantos
Del Albaicín á la Alhambra
Beben de Genil y Darro ;
Las damas como á galán,
Los valientes como á bravo,
Los alcaldes como á igual,
Los plebeyos como amparo :

« Tristes marchando

« Las trompas roncadas, los tambores destemplados. »

Creación de las plantas.*(Creación del Mundo.)*

Cuando del Padre Eterno entre las manos
El mundo, como niño iba creciendo
Poco á poco, y los brazos soberanos
En contorno del gran cuerpo extendiendo,
Alzó los montes, abajó los llanos
El sumo Dios, las aguas dividiendo,
Antes mezcladas con el caos confuso,
Y en lo más inferior los valles puso.

Después dijo: «La tierra que criada
Fué al principio por mis intentos castos,
Corone la cabeza levantada
Con varias flores, con suaves pastos;
Y según la simiente, que encerrada
Tienen en sus profundos senos vastos
Los árboles, sus cimas extendidas
Muestren con dulces frutos guarnecidas.»

Sintiendo, pues, el doloroso punto
La gran madre, del parto repentino,
En alegre trocó el rostro defunto,
Luego que obedeció al Verbo divino;
Y del cerrado vientre al mismo punto,
Conmovida á engendrar, abrió camino
Á las verdes escuadras, adornadas
De frutos cuando apenas son criadas.

Cual la viuda que con negro manto
Toda se cubre, y para más enojos

Con los suspiros del continuo llanto
Saca agua de las nubes de los ojos ;
Pero olvidada del funesto canto,
Vistiéndose después ricos despojos,
Y compuesta de joyas con grande arte,
Risueña á las segundas bodas parte ;

De este modo la esfera, seca y dura,
Que se mostró con pálidos colores,
Cubrió el cuerpo después con vestidura
Recamada de hierbas y de flores ;
Y á trechos esmaltando en la verdura
Diversas plantas grandes y menores,
Las madejas pintadas y frondosas
Rodeó con guirnaldas olorosas.

Y por cumplir de Dios las leyes ciertas,
Los bosques y la selvas extendieron
Las cumbres acopadas y cubiertas
Con verde ornato, de que se vistieron ;
Y de repente en las montañas yertas
Varias hileras de árboles se vieron,
Que con primor, diversas formas hechos,
Adornan templos y reales techos.

El alto pino con airoso brío
En pie se puso y extendió la coma,
Que varado en el mar hecho navío,
Resistiendo á las olas, su ira doma ;
Y con el Bóreas entra en desafío,
Cuando más fiero por el Norte asoma ;
El chopo enderezó su amena alteza,
Escondiendo en el aire la cabeza.

Haciendo opaca sombra el avellano,
En ancho los frondosos brazos tiende ;

Las plateadas hojas el manzano,
 Las ramas el espeso fresno extiende ;
 El fuerte roble, que del hielo insano
 Y vientos enojados se defiende,
 Hace demostración con vista fiera
 De la espantosa y tosca cabellera.

.....

La caña, que tocada blandamente
 De los vientos, á trechos añudada,
 Con las frondosas cuerdas dulcemente
 Resuena como música acordada,
 Luego, en naciendo, inclina humildemente
 Al suelo la cabeza levantada ;
 El cinamomo viste negra hoja
 Que, cortado, olorosa niebla arroja.

Vertiendo néctar la süave rosa
 Sin agudas espinas se mostraba,
 Porque su gracia, más que el alba hermosa,
 Sin engaño en aquel tiempo brotaba ;
 Mas ya nace entre zarzas espinosa
 La flor que al sol su resplandor hurtaba,
 Mostrando que con ásperos cuidados
 Son los humanos gozos molestados.

Alegre el lirio, que con su blancura
 Vence á la nieve y transparente hielo,
 En su cuerpo dichoso la figura
 De la copa olorosa mostró al cielo,
 La cual, como del oro la luz pura,
 En lo interior reluce sobre el suelo ;
 Las sienes adornó con grana fina
 Luego la vergonzosa clavellina.

Inmortal florecía el amaranto ;
 Enarcaba las puntas esparcidas

De sus opacas lenguas el acanto,
 Que en las cornijas vemos esculpidas ;
 De la tierra opulenta sobre el manto
 Descubre las mejillas encendidas
 El florido jacinto ; y la viola
 Risueña se mostró, y el amapola.

Pero yo creo que la tierra pía
 En montes, selvas, valles y collados
 Más rica planta que la vid no cría,
 Con los racimos de oro matizados ;
 Que la cumbre del plátano sombría
 Viste en torno, y con lazos enredados,
 Ceñido el cuerpo de su amada tiene,
 Que sobre las espaldas la sostiene.

.....

¿Qué cosa hay más hermosa á nuestros ojos
 Que el ver sobre los árboles colgados
 De las pendientes vides los despojos,
 Con diversos colores matizados ?
 Cuyos racimos de rubíes rojos
 Y topacios en llamas abrasados,
 Que en alto entre esmeraldas resplandecen,
 Collares de los árboles parecen.

.....

La piña dentro de su fuerte muro
 Las hileras formó de los piñones,
 Y porque alguna vez el tiempo duro
 Con ventosas y heladas municiones
 No conquistase el escuadrón seguro,
 Le trincheó por todos los cantones
 De cortezas la gran naturaleza,
 Con que vence del frío la dureza.

Finos granates y jacintos cubre
En su redondez lisa la granada ;
El castaño la rubia esfera encubre
De agudas puntas en contorno armada ;
La olorosa camuesa se descubre
Entre esmeraldas de oro matizada ;
El membrillo lanudo y restringente
Muestra madura la florida frente.

La tierra fértil en un breve rato
Adornada de pastos y de flores,
De árboles varios con vistoso ornato,
Risueña se mostró, con más colores
Que el iris saca con aspecto grato
Del sol contra los vivos resplandores,
Cuando rescata de la prisión fría
Con el arco celeste al triste día.

Muchos se admiran, de razón ajenos,
Cómo la tierra derramó en un punto
Los nuevos partos de los anchos senos,
Volviendo alegre su color defunto ;
Y en los campos, de varias flores llenos,
Dieron las plantas fruto al mismo punto,
Como si en cualquier cosa no se viera
Mayor milagro, si se considera.

Recibe el césped el menudo grano
Del rubio pan, que para su provecho
Sembró del labrador la avara mano,
Rompiendo á Ceres el piadoso pecho ;
Pero su intento no le sale en vano,
Que en el sulco del trigo ya deshecho
Brotó la hierba, y como sutil planta
Reverdeciendo en alto se levanta.

Mas luego que á crecer la espiga empieza,
Para el futuro fruto, con grande arte,
Prepara vasos la naturaleza
Donde forma los granos y reparte,
Porque del Aquilón ni la aspereza,
Que con rigor desde el Arcturo parte,
Ni el seco estío ni el bañado invierno
Les hagan daño en su principio tierno.

Entonces sobre el colmo, ya maduro
Con el fuego que enciende el sol dorado,
De Dios la providencia un fuerte muro
Hace en torno, de aristas rodeado,
Para que, como alcázar muy seguro,
El torreón no sea despojado
Por las menores aves de la tierra
De las queridas prendas que en sí encierra..

ALONSO DE ACEVEDO.

Canción á las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora.
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipión la vencedora
Colonia fué; por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.

Sólo quedan memorias funerales
 Donde erraron ya sombras de alto ejemplo :
 Este llano fué plaza, allí fué templo ;
 De todo apenas quedan las señales.
 Del gimnasio y las termas regaladas
 Leves vuelan cenizas desdichadas ;
 Las torres que desprecio al aire fueron,
 Á su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
 Impio honor de los dioses, cuya afrenta
 Publica el amarillo jaramago,
 Ya reducido á trágico teatro
 ¡ Oh fábula del tiempo ! representa
 Cuánta fué su grandeza y es su estrago.
 ¿ Cómo en el cerco vago
 De su desierta arena
 El gran pueblo no suena ?
 ¿ Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
 Luchador ? ¿ Dónde está el atleta fuerte ?
 Todo desapareció, cambió la suerte
 Voces alegres en silencio mudo :
 Mas aun el tiempo da en estos despojos
 Espectáculos fieros á los ojos,
 Y miran tan confuso lo presente,
 Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
 Gran padre de la patria, honor de España,
 Pío, felice, triunfador Trajano,
 Ante quien muda se postró la tierra
 Que ve del sol la cuna, y la que baña
 El mar también vencido gáditano.
 Aquí de Elio Adriano,
 De Teodosio divino,

De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí, ya de laurel, ya de jazmines,
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡Ay! yace de lagartos vil morada :
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos escribieron.

Fabio, si tu no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruídas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡Oh patria de los dioses y los reyes !
Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas,
Emulación ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades :
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.

Mas ¿ para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente ;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio ó religión fuerza la mente
De la vecina gente,

Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice: y lastimosa
Eco reclama Itálica en la hojosa
Selva, que se le opondre resonando
Itálica, y el claro nombre oído
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.

RODRIGO CARO.

Roma antigua y moderna.

Esta que miras grande Roma ahora,
Huésped, fué hierba un tiempo, fué collado;
Primero apacentó pobre ganado,
Ya del mundo la ves reina y señora.
Fueron en estos atrios Lamia y Flora
De unos admiración, de otros cuidado,
Y la que pobre dios tuvo en el prado,
Deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña
Donde se ven subir los chapiteles
Á sacarle los rayos de la mano;
Lo que primero fué, rica[!] desdeña;
Senado rudo, que vistieron pieles,
Da ley al mundo y peso al Oceano.
Cuando nació, la dieron
Muro un arado, reyes una loba,
Y no desconocieron

La leche, si éste mata y aquél roba.
Dioses que trujo hurtados
Del Dánao fuego la piedad troyana,
Fueron aquí hospedados
Con fácil pompa, en devoción villana ;
Fué templo el bosque, los peñascos aras,
Víctima el corazón, los dioses varas ;
Y pobre y común fuego en estos llanos
Los grandes reinos de los dos hermanos.

Á la sed de los bueyes
De Evandro fugitivo Tibre santo
Sirvió: después los cónsules, los reyes
Con sangre le mancharon,
Le crecieron con llanto
De los reinos que un tiempo aprisionaron.
Fué triunfo suyo, y viólos en cadena
El Danubio y el Rheno;
Los dos Ebro, y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma y rojo con la arena ;
Y el Nilo, á quien han dado,
Teniendo hechos de mar, nombre de río,
No sin envidia, viendo que ha guardado
Su cabeza de yugo y señorío,
Defendiendo ignorada
La libertad que no pudiera armada.
El que, por siete bocas derramado,
Y de plata y cristal hidra espumante,
Con siete cuellos hiera el mar sonante,
Sirviendo en el invierno y el estío
Á Egipto ya de nube, ya de río.
Anudaron al Tibre cuello y frente
Puentes en lazos de alabastros puros
Sobre peñascos duros,
Llorando tantos ojos sus corrientes,

Que aun parecen en campos de esmeralda
Los puentes Argos y pavón la espalda.
Donde muestran las fábricas que lloras
La fuerza que en los pies llevan las horas :
Pues vencidos del tiempo y mal seguros,
Peligros son los que antes fueron muros,
Que en siete montes círculo formaron,
Donde á la libertad de las naciones
Cárcel dura cerraron.

Trofeos y blasones
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no sé si envidiar á las más de ellas,
¡ Oh Roma generosa !
Sepultados se ven, donde se vieron
Los orgullosos arcos,
Como en espejo en la corriente undosa.
Tan envidiosos hados te siguieron,
Que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
Les da en sus ondas llanto y sepultura.
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que, ó sobraron al tiempo, ó perdonaron
Las guerras, ya caducan, y mortales
Amenazan donde antes admiraron.
Los dos rostros de Jano
Burlaste, y en su templo y ara apenas
Hay hierba que dé sombra á las arenas,
Que primero adoró tanto Sicano.
Donde antes hubo oráculos, hay fieras ;
Y, descansadas de los altos templos,
Vuelven á ser riberas las riberas.
Los que fueron palacios son ejemplos ;
Las peñas que vivieron

Dura vida con almas imitadas,
Que parece que fueron
Por Deucalión tiradas,
No de ingenios á mano adelgazadas,
Sus troncos lastimosos,
Robados sin piedad de los curiosos.

Sólo en el Capitolio perdonaste
Las estatuas y bultos que hallaste;
Y fué en tu condición gran cortesía,
Bien que á tal majestad se le debía.
Allí del arte vi el atrevimiento,
Pues Marco Aurelio en un caballo armado,
El laurel en las sienes anudado,
Osa pisar el viento,
Y en delgado camino y sendas puras
Halla donde afirmar sus herraduras.
De Mario vi y lloré desconocida
La estatua, á su fortuna merecida;
Vi en las piedras guardados
Los reyes y los cónsules pasados;
Vi los emperadores
Dueños del poco espacio que ocupaban,
Donde sólo por señas recordaban
Que donde sirven hoy fueron señores.

¡Oh coronas, oh cetros imperiales,
Que fuisteis en monarcas diferentes
Breve lisonja de soberbias frentes,
Y rica adulación en los metales!
¿Dónde dejasteis ir los que os creyeron?
¿Cómo en tan breves urnas se escondieron?
De sus cuerpos sabrá decir la fama
Dónde se fué lo que sobró á la llama.
El fuego examinó sus monarquías,

Y yacen poco peso en urnas frías,
 Y visten, ved la edad cuánto ha podido,
 Sus huesos polvos y su memoria olvido.

Tú, no de aquella suerte
 Te dejas poseer, Roma gloriosa,
 De la envidiosa mano de la muerte :
 Escalóte feroz gente animosa,
 Cuando del ánsar de oro las parleras
 Alas y los proféticos graznidos,
 Siendo más admirados que creídos,
 Advirtieron de Francia las banderas,
 Y en la guerra civil, en donde fuiste
 De ti misma teatro lastimoso,
 Siendo de sangre ardiente, que perdiste,
 Pródiga tú y el Tíbre caudaloso.
 Entonces, disfamando tus hazañas,
 Á tus propias entrañas
 Volviste el hierro, que vengar pudiera
 La grande alma de Craso, que indignada
 Fué, en tu desprecio, triunfo á gente fiera,
 Y ni está satisfecha, ni llorada.
 Después, cuando envidiando tu sosiego,
 Duro Nerón dió música á tu fuego,
 Y tu dolor fué tanto,
 Que pudo junto ser remedio el llanto,
 Abrasadas del fuego sobre el río,
 Torres llovió en ceniza viento frío ;
 Pero de las cenizas que derramas
 Fénix renaces, parto de las llamas,
 Haciendo tu fortuna,
 Tu muerte vida, tu sepulcro cuna.

Mientras con negras manos atrevidas
 Osó desanudar de sacras frentes

Desdeñoso laurel, palmas torcidas,
Que fueron miedo sobre tantas gentes,
Hurtó el imperio, que nació contigo,
Y dióle al enemigo;
Pero tú, ó fuese estrella enamorada,
Ó deidad celestial apasionada,
Ó en tu principio fuerza de la hora,
Naciste para ser reina y señora
De todas las ciudades.
En tu niñez te vieron las edades
Con rústico senado;
Luego, con justos y piadosos reyes,
Dueños del mundo, dar á todos leyes.
Y cuando pareció que había acabado
Tan grande monarquía,
Con los sumos pontífices, gobierno
De la Iglesia, te viste en solo un día
Reina del mundo y cielo y del infierno.
Las águilas trocaste por la llave,
Y el nombre de ciudad por el de nave;
Los que fueron Nerones insolentes
Son Píos y Clementes.
Tú dispensas la gloria, tú la pena,
Y á esotra parte de la muerte alcanza
Lo que el gran sucesor de Pedro ordena.
Tú das aliento y premio á la esperanza,
Siendo en tan dura guerra
Gloriosa corte de la fe en la tierra.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

El Duque de Osuna.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
 Pero no á su defensa sus hazañas;
 Diéronle muerte y cárcel las Españas,
 De quien él hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus envidias una á una
 Con las propias naciones las extrañas:
 Su tumba son de Flandes las campañas,
 Y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió el Vesubio
 Parténope, y Trinacria el Mongivelo,
 El llanto militar creció en diluvio.

Dióle el mejor lugar Marte en su cielo,
 La Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio
 Murmuran con dolor su desconsuelo.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Epístola al conde-duque de Olivares, en su valimiento.

No he de callar, por más que con el dedo,
 Ya tocando la boca, ó ya la frente,
 Silencio avises, ó amenaces miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?
 ¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
 ¿Nunca se ha decir lo que se siente?

Hoy, sin miedo que libre escandalice,
Puede hablar el ingenio, asegurado
De que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio y la verdad desnuda,
Y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.

•Son la verdad y Dios, Dios verdadero,
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fué primero.

Si Dios á la verdad se adelantara,
Siendo verdad; implicación hubiera
En ser, y en que verdad de ser dejara.

La justicia de Dios es verdadera,
Y la misericordia, y todo cuanto
Es Dios, todo ha de ser verdad entera.

Señor excelentísimo, mi llanto
Ya no consiente márgenes ni orillas:
Inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,
La vista por dos urnas derramada
Sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada,
Que fué, si rica menos, más temida,
En vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida,
Que en donde supo hallar honrada muerte,
Nunca quiso tener más larga vida.

Y pródiga del alma, nación fuerte,
Contaba por afrenta de los años
Envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños
Del paso de las horas y del día,
Reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,
Sino de qué manera: ni aun un hora
Lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,
Y sola dominaba al pueblo rudo :
Edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo
Al corazón, que en ella confiado,
Todas las armas despreció desnudo.

Multiplicó en escuadras un soldado
Su honor precioso, su ánimo valiente,
De sola honesta obligación armado.

Y debajo del cielo aquella gente,
Si no á más descansado, á más honroso
Sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo
La mortaja, primero que el vestido ;
Menos le vió galán que peligroso.

Acompañaba el lado del marido
Más veces en la hueste que en la cama ;
Sano le aventuró, vengóle herido.

Todas matronas y ninguna dama ;
Que nombres del halago cortesano
No admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Océano,
Era divorcio de las rubias minas
Que usurparon la paz del pecho humano.

Ni les trujo costumbres peregrinas
El áspero dinero, ni el oriente
Compró la honestidad con piedras finas.

Joya fué la virtud pura y ardiente ;
Gala el merecimiento y alabanza ;
Sólo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza,
Ni el cántabro con cajas y tinteros
Hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España, con legítimos dineros,
No mendigando el crédito á Liguria,
Más quiso los turbantes que los ceros.

Menos fuera la pérdida y la injuria
Si se volvieran muzas los asientos,
Que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos,
Y espiraba decrépito el venado :
Grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre entonces, bien disciplinado,
Buscó satisfacción, y no hartura,
Y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzón de aquella pura
República de grandes hombres, era
Una vaca sustento y armadura.

No había venido al gusto lisonjera
La pimienta arrugada, ni del clavo
La adulación fragante forastera.

Carnero y vaca fué principio y cabo,
Y con rojos pimientos y ajos duros,
Tan bien como el señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros :
Después mostraron del carquesio á Baco
El camino los brindis mal seguros.

El rostro macilento, el cuerpo flaco,
Eran recuerdo del trabajo honroso,
Y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un español veloso
Llamar á los tudescos bacanales,
Y al holandés hereje y alevoso.

Pudo acusar los celos desiguales
A la Italia ; pero hoy de muchos modos
Somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos,
Todos blasonan, nadie los imita ;
Y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso, que vomita
La ballena, ó la espuma de las olas,
Que el vicio, no el olor, nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas
Bien perfumadas, pero mal regidas,
Y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazañas mal vestidas,
Y aun no se hartaba de burriel y lana
La vanidad de fembras presumidas.

Á la seda pomposa siciliana,
Que manchó ardiente múrice, el romano
Y el oro hicieron áspera y tirana.

Nunca al duro español supo el gusano
Persuadir que vistiese su mortaja,
Intercediendo el can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,
Y entonces fué el trabajo ejecutoria,
Y el vicio graduó la gente baja.

Pretende el alentado joven gloria,
Por dejar la vacada sin marido,
Y de Ceres ofende la memoria.

Un animal á la labor nacido,
Y símbolo celoso á los mortales,
Que á Jove fué disfraz y fué vestido ;

Que un tiempo endureció manos reales,
Y detrás de él los cónsules gimieron,
Y rumía luz en campos celestiales;

¿ Por cuál enemistad se persuadieron
Á que su apocamiento fuese hazaña,
Y á las mieses tan grande ofensa hicieron ?

¡ Qué cosa es ver un infanzón de España
Abreviado en la silla á la jineta,
Y gastar un caballo en una caña !

Que la niñez al gallo le acometa
Con semejante munición, apruebo ;
Mas no la edad madura y la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo
En frentes de escuadrones, no en la frente
Del útil bruto la asta del acebo.

El trompeta le llame diligente,
Dando fuerza de ley el viento vano,
Y al són esté el ejército obediente.

¡ Con cuánta majestad llena la mano
La pica, y el mosquete carga el hombro
Del que se atreve á ser buen castellano !

Con asco entre las otras gentes nombro
Al que de su persona, sin decoro,
Más quiere nota dar, que dar asombro.

Jineta y cañas son contagio moro;
Restitúyanse justas y torneos,
Y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos á trofeos,
Que sólo grande rey y buen privado
Pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que hacéis repetir siglo pasado,
Con desembarazarnos las personas,
Y sacar á los miembros de cuidado ;

Vos disteis libertad con las valonas,
Para que sean corteses las cabezas,
Desnudando el enfado á las coronas.

Y pues vos enmendasteis las cortezas,
Dad á la mejor parte medicina :
Vuélvanse los tablados fortalezas.

Que la cortés estrella que os inclina
Á privar sin intento y sin venganza,
Milagro que á la envidia desatina,

Tiene por sola bienaventuranza
El reconocimiento temeroso,
No presumida y ciega confianza.

Y si os dió el ascendiente generoso-
Escudos de armas y blasones llenos,
Y por timbre el martirio glorioso,

Mejores sean por vos los que eran buenos
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa
Os muestre á su pesar campos serenos.

Lograd, señor, edad tan venturosa ;
Y cuando nuestras fuerzas examina
Persecución unida y belicosa,

La militar valiente disciplina
Tenga más platicantes que la plaza ;
Descansen tela falsa y tela fina.

Suceda á la marlota la coraza,
Y si el Corpus con danzas no los pide,
Vedillos y oropel no hagan baza.

El que en treinta lacayos los divide,
Hace suerte en el toro, y con un dedo
La hace en él la vara que los mide.

Mandadlo así, que aseguraros puedo
Que habéis de restaurar más que Pelayo,
Pues valdrá por ejércitos el miedo,
Y os verá el cielo administrar su rayo.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Acuerda al papel su origen humilde.

Una incrédula de años
De las que niegan el fué,
Y al limbo dan tragantonas

Callando el matusalén;
De las que detrás del moño
Han procurado esconder,
Si no la agua del bautismo,
Las edades de su fe:
Buscaba en los muladares
Los abuelos del papel,
No quise decir andrajos
Porque no se afrente el leer.
Fué, pues, muy contemplativa
La vejezuela esta vez,
Y quedóse así elevada
En un trapajo de bien.
Tarazón de cuello era,
De aquellos que solían ser
Más azules que los cielos,
Más entonados que juez.
Y bamboleando un diente,
Volatín de la vejez,
Dijo, con la voz sin huesos,
Y remedando el sorber:
Lo que ayer era estropajo
Que desechó la sartén,
Hoy pliego manda dos mundos,
Y está amenazando tres;
Está vestida de tinta
Muy prepotente una ley,
Quitando haciendas y vidas
Y arremetiéndose á Rey.
Con pujamiento de barbas
Está brotando poder,
Desde una plana bisnieta
De un cadáver de arambel.
Buen andrajo, cuando seas,
Pues que todo puedes ser,

Ó provisión ó decreto,
Ó letra de ginovés;
Acuérdate que en tu busca
Con este palo soez
Te saqué de la basura
Para tornarte á nacer.
En esto, haciendo cosquillas
Al muladar con el pie,
Llamada de la vislumbre,
Y asustado el interés,
Si es diamante, no es diamante,
Sacó envuelto en un cordel
Un casquillo de un espejo
Perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla
Prendiéndose un alfiler,
Y vió un orejón con tocas.
Donde buscó un aranjuez.
Dos cabos de ojos gastados
Con caducas por niñez,
Y á boca de noche un diente
Cerca ya de oscurecer.
Más que cabellos, arrugas
En su cáscara de nuez;
Pinzas por nariz y barba,
Con que el hablar es morder.
Y arrojándole en el suelo,
Dijo con rostro cruel:
Bien supo lo que se hizo
Quien te echó donde te ves.
Señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.
Él pagó solo la pena

De la culpa de su piel,
Cuando el muladar de años
Como se vino se fué.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

**Refiere su nacimiento y las propiedades que
le comunicó.**

Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera!
Aunque estaba cuando me hizo
De gorja naturaleza.
Dos maravedís de luna
Alumbraban á la tierra,
Que por ser yo el que nacía,
No quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debajo de libra
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor se funda
En las madres vendederas.
Dióme el león su cuartana,
Dióme el escorpión su lengua,

Virgo el deseo de hallarle,
Y el carnero su paciencia.
Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá,
Y á engendrar más hijos vuelvan.
Tal ventura desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta
Según ha sido de negra.
Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena,
Que aunque la piense de tajo,
Al revés no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda,
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.
Para que vean los ciegos
Pónganme á mí á la vergüenza,
Y para que cieguen todos,
Llévenme en coche ó litera.
Como imagen de milagros
Me sacan por las aldeas,
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo porque llueva.
Cuando alguno me convida,
No es á banquetes ni á fiestas,
Sino á los misacantanos
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
Á todos cuantos esperan
Para molerlos á palos,
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase

Si ha de caerse una teja ;
Aciértanme las pedradas,
Las curas sólo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí,
Me hace prestar la paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,
Y la hallo en las tabernas,
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio,
Porque sé por cosa cierta
Que en siendo yo calcetero,
Andarán todos en piernas.
Si estudiara medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curara yo,
No hubiera persona enferma.
Quise casarme estotro año,
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme en dote al diablo
Con una mujer muy fea.
Si intentara ser cornudo
Por comer de mi cabeza,
Según soy de desgraciado,
Diera mi mujer en buena.

Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vocean,
Herradores que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con fieltro,
Se abrasa en fuego la tierra,
Y llevando guardasol
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna mujer
Y la digo mil ternezas,
Ó me pide ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto,
Ahorro cualquier limpieza,
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualquiera color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho
Remiendo sin resistencia,
Y peor que besamanos
En mí cualquiera encomienda.
Para que no estén en casa
Los que nunca salen della,
Buscarlos yo sólo basta,
Pues con eso estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencia,
Proponga hacerme algún bien,
Y no vivirá hora y media.
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó á que adorase
Con mi humildad tu soberbia.
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera,
Como otros, tu pretendiente,

Vine á ser tu pretenmuela.
 Bien sé que apenas soy algo;
 Mas tu de puro discreta,
 Viéndome con tantas faltas,
 Que estoy preñado sospechas.
 Aquesto Fabio cantaba
 Á los balcones y rejas
 De Aminta, que aun de olvidarle
 Le han dicho que no se acuerda.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Incendio y rebato en Granada. ¹

(Fragmento de una Epístola.)

¿Á quién no hizo remover la planta
 El gran terror de la ciudad famosa,
 Que de Juan honra la reliquia santa ?

¿Quién no tembló de ver una rabiosa
 Ira del suelo, y aun quiza de arriba
 Amenaza á los hombres espantosa ?

Rompe y asuela, y al romper derriba
 De la pólvora el ronco trueno el muro
 En que la miserable casa estriba.

Vuelan maderos por el aire oscuro
 Sobre el humoso remolino, y vueltos
 Del grave golpe, arrebatado y duro.

Á cuáles dejan en su sangre envueltos
 Entre los brazos de la esposa amada,
 Á cuáles del troncón los miembros sueltos.

¹ Por un error de compaginación tarde advertido, no se colocó este fragmento en el siglo XVI, donde correspondía.

Húndense casas al temblar Granada;
Vela, sonaba en el Alhambra, vela,
Traición, toca á arrebató, hay ordenada.

Disparan todos: huye el mozo y vuela,
El viejo corre, la parida enfalda
Al niño, y lleva en brazos la hijuela.

Huye, esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demás desnuda;
Que á nadie mueve el nácar ni esmeralda.

Un confuso alarido «¡ayuda, ayúdal!»
Suená de gritos; nadie á nadie llama;
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.

Crece la sorda y tragadora llama:
Traspassa á Darro, y de un horrible estruendo
Pasó al molino, y dió la nueva á Alhama,

Piédras de nuevo, y leños esparciendo,
Que amenazaban la soberbia cumbre,
Y á trechos van las torres combatiendo.

Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;

Y en el Alhambra hacen tal estrago,
Que las reales casas, cual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.

Del rey Chiquito la encantada estancia
De alabastro azul, y oro inestimable,
Cayó, como del dueño la arrogancia.

Mas ¡qué mucho si el trueno incomfortable
Parte asoló de la del gran monarca,
Del gran Machuca fábrica admirable!

Véanse rayos de toda la comarca ;
Que el Etna ardiente, con la noche oscura,
Manifiesta y descubre cuanto abarca.

Dura el hambriento fuego, el daño dura,
Tiembra el consejo, que al mayor le falta,
Que la Audiencia Real no está segura.

Cada cual de la dulce cama salta
A reparar los daños generales,
Aunque á hijos y esposa haga falta.

Mas ¿quién repara repentinos males,
Que los famosos y altos edificios
De Troya parecían ser señales?

Las puertas rotas, la clausura y quicios
De las vírgenes sacras, que al esposo
Cristo hacen perpetuos sacrificios.

Que de una laja el golpe ponderoso
De Catalina en el convento santo
El cuarto abrió del virginal reposo.

No atemoriza á las ovejas tanto
En el aprisco del cuidadoso dueño,
Nocturno rayo de mortal espanto,

Como la arrojadiza piedra y leño,
De Dios á las ovejas encerradas
Puso terror en lo mejor del sueño.

Cruzan las calles gentes á manadas,
Pasan y encuentran, sin saber por dónde,
Del sin vida enemigo mal guardadas,

Que al uno en las entrañas se le esconde :
Tropella al uno, al otro desbarata,
Da en el primero, y al de atrás responde ;

Derriba, rompe, hiende, parte y mata;
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desaparece y arrebatada,

Consume, despedaza, esparce y vuela,
Traga, deshace, y sin piedad sepulta
Á quien del daño menos se recela.

¿Qué te movió, que no dejaste oculta,
Homicida sangriento, la endiablada
Invención de que tanto mal resulta?

Que esa ánima cruel descomulgada,
En descubrir la pólvora, no pudo
Con aparente bien ser engañada.

Que un ánimo feroz, áspero y crudo,
Y un odio de Timón á los humanos,
Movi6 el bestial entendimiento rudo;

Que sin ella vencieron los romanos,
Y engrandecieron sus excelsos nombres,
Con esfuerzo, valor, industria y manos.

Cuando del infernal hedor te asombres
Del azufre y la pólvora, el infierno
Verás que disfrazaste entre los hombres;

Que por tu daño en el tormento eterno
Quizá (ó me engaño) llevará la nueva
De tanto lloro y sentimiento tierno.

Si Falaris hiciera en ti la prueba
De tu invención, ganara mayor gloria
Que por el toro maldiciones lleva.

.....

Al Céfitro.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Céfitro blando;

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa díle,
Díle que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno
Nieguen al tiempo, que feliz volares,
Nieve á la tierra.

Jamás el peso de la nube parda,
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

De un pajarillo.

Yo vi sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía;
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya, pues, de rama en rama
Al rústico seguía;
Y saltando en la grama,
Parece que decía:
« Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía ; »
Y que le respondía
El rústico : « no quiero. »

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

De la Navidad.

Con el invierno triste
Vienen las navidades
Alegres á traernos
Mil vinos y mil bailes ;
Porque si no, el Bootes
Haría en un instante,
Como del agua hielos,
Rubíes de la sangre.
Pues ea, tú, Talfa,
Echa vinos súaves,
Que caigan á los pechos,
Y á las narices salten ;
Y tú quema, Sirilo,
Incensos y estoraques,
Que, hechos nubes, envíen
Olores fulminantes ;
Y al hogar recogidos,
Beba yo, cante Aglaes,
Y con la niña Crisis
Aristodemo baile ;
Que si celosa luego
Se picare la Tais,
Después habrá requiebros
Que su puchero vacien.
Con esto á los cuidados
Daremos una cárcel,
De quien el sueño sea
Los grillos y el alcaide.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Á Lesbia.

Al són de las castañas
Que saltan en el fuego,
Echa vino, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.
Siquiera el capricornio
Tire lanzas de hielo,
Mal agüero á casados,
Buen auspicio á solteros;
Enemigo de Baco
Cuando estaba en el suelo,
Destrozándole vides,
Rumiándole sarmientos,
Y agora no tan dócil
Que no procure vernos
Aguados con mil aguas,
Y helados con mil hielos.
Yo apostaré, mi Lesbia,
Que si le diese el cielo
Poder en causa propia,
Que nos hiciese yermos.
¡Oh cómo el insolente
Diera fin al viñedo,
Y juntamente en Darro
Con todos los sedientos!
Porque daños mayores
Se le siguen al cuerpo
Beber tus aguas, Tajo,
Que hecharse en las del Ebro.
Pero ya que los astros
Mejor que esto lo hicieron,
Hecha vino, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

A sus amigos.

Ya de los altos montes
Las encumbradas nieves
Á valles hondos bajan
Desesperadamente ;
Ya llegan á ser ríos
Las que antes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves;
Ya las campañas secas
Empiezan á ser verdes,
Y porque no beodas,
Aguadas enloquecen;
Ya del Liceo monte
Se escuchan los rabeles
Al paso de las cabras
Que Títiro defiende.
Pues ea, compañeros,
Vivamos dulcemente;
Que todas son señales
De que el verano viene.
La cantimplora salga,
La cítara se temple,
Y beba el que bailare,
Y baile el que bebiere.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Á Itálica.

Itálica, ¿dó estás? Tu lozanía
Rendida yace al peso de los años.
¿Quién á la luz que dan tus desengaños
En la sombra veloz del tiempo fía?

Cedió tu pompa á la fatal porfía
De tirana ambición de los extraños;
Mas hízote el ejemplo de tus daños
Libro de sabios, de ignorantes guía.

Mal dije: no humilló tus torres claras
Tiempo ni emulación con manos fieras;
Que, á resistirte, de los dos triunfaras:

Tu morir fué deber; que si hoy vivieras,
Ni á tus héroes más triunfos les hallaras,
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

PEDRO DE QUIRÓS.

Epístola moral.

Sobre la vida del filósofo.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
Elija, en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caído;

Que el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió al prudente
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible é importuna
De contrarios sucesos, nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astrea fué, cuanto regía
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud, ó en qué confía?

Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno;

Adonde, por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno :
«Blanda le sea,» al derramarla encima ;

Donde no dejarás la mesa ayuno
Cuando te falte en ella el pece raro,
Ó cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la oscura noche, del Egeo
Busca el piloto el eminente faro.

Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: «Lo que desprecio he conseguido ;
Que la opinión vulgar es devaneo.»

Más precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisonjero las orejas
De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado
Á esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!

Cese el ansia y la sed de los oficios ;
Que acepta el dón y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica, y ¿qué esperas?
¡ Oh error perpetuo de la suerte humana !

Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mío?

Como los ríos en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¿Ó que tengo yo á dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh si acabase, viendo cómo muero,
De aprender á morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero!

Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la común materia se la entregue.

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.

Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos.

Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para el rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,

Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh! quien así lo entiende ¡cuánto yerra!

Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciones es llamada,
Y en más nobles objetos se termina.

Así aquella que al hombre sólo es dada,
Sacra razón y pura, me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;

Y en la fría región dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.

Quiero Fabio seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente;
Que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente,

Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar: la virtud es más barata,
Ella consigo misma ruega á todos.

¡ Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata !

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algún manjar común, honesto y leve.

No porque así te escribo hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil á Epiteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio
Y el ánimo enseñar á ser modesto :
Después le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud; que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella Inteligencia que mensura
La duración de todo á su talento.

Flor la vimos primero hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura;

Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones
Que gritan en las plazas macilentos,
De la virtud infames histriones ;

Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.

¡ Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente !
¡ Qué garrúla y sonante por las cañas !

¡ Qué muda la virtud por el prudentel
¡ Qué redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente !

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres sólo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso múrinopreciado ;

Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza ¿ viste tu perfeta
Alguna cosa ? ¡ Oh muerte ! ven callada,
Como sueles venir en la saeta ;

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío;
Ni al arte de decir, vana y pomposa,
El ardor atribuyas de este brío.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé; rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

FERNÁNDEZ DE ANDRADA.

Á la rosa.

Pura, encendida rosa,
Émula de la llama
Que sale con el día,

¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
Á detener un punto
La ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió Amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
De la deidad que dieron las espumas:
¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento;
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

FRANCISCO DE RIOJA.

Al jazmín.

¡ Oh en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmín, gloria y honor del seco estío !
¿ Cuál habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor, que competir presume
Con tu fragante espíritu y colores ?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número ¡ que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes
Que blandas rompe y tiende el ponto en Chfo,
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus también, de su rocío ;
Ó, si no es rumor vano,
La misma blanca diosa de Citera,
Cuando del mar salió la vez primera,
Por do en la espuma el blando pie estampaba
De la playa arenosa,
Albos jazmines daba ;
Y de la tersa nieve y de la rosa
Que el tierno pie ocupaba,
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en tu cerco alado ;
Hizo inmortal en el verdor tu planta ;
El soplo la respeta más violento
Que impele, vuelto en nieve, el cierzo frío,
Y la luz más flamante
Que Apolo esparce altivo y arrogante.
Si de süave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,

Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz rüina,
Nunca tan licenciosá se adelanta,
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copia,
Que siempre al mayor sol igual florece,
É igual al mayor hielo resplandece.
¡Oh jazmín glorioso!
Tú solo eres cuidado deleitoso
De la sin par hermosa Citerea,
Y tú también su imagen peregrina.
Tu cándida pureza
Es más de mí estimada
Por nueva emulación de la belleza
De la altiva luz mía,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Dione;
Á tu excelsa blancura
Admiración se debe
Por imitar de su color la nieve,
Y á tus perfiles rojos,
Por emular los cercos de sus ojos.
Cuando renace el día
Fogoso en oriente,
Y con color medroso en occidente
De la espantable sombra se desvía,
Y el dulce olor te vuelve
Que apaga el frío y que el calor resuelve,
Al espíritu tuyo
Ninguno habrá que iguale,
Porque entonces imitas
Al puro olor que de sus labios sale.
¡Oh, corona mis sienes,
Flor que al olvido de mi luz previenes!

Al fuego.

El fuego que emprendió leves materias,
Ligeras y atrevidas,
Cuanto fueron más fáciles y aerias,
Cuanto más estorbadas y oprimidas,
Tanto con más espíritu se esfuerza
Á levantar en sus ardientes alas
Los palacios augustos,
Y los montes más altos y robustos.
Mas apenas tonante
De los cóncavos senos de la mina
El aire se arrebató
Y en círculos de humo se dilata,
Cuando no se ve más que la ruina,
Rotas columnas y deshechas basas,
Ceniza y polvo oscuro
Del alta mole y del trabado muro.
¡Impía hazaña y fiera,
Por conseguir el natural intento
Resolver la firmeza al grave asiento
De inmutable montaña!
¡Impía y atroz hazaña,
Y cruda condición, dar al deseo
Imperio de tirano,
Y al vano afecto poderosa mano!
No así vagante llama
Tiende el cabello sobre antigua selva,
Y rompe y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa,
Y esforzada del viento
Discurre por el bosque á paso lento.

Esplende y arde en el silencio oscuro,
Émula de los astros;
Arde y esplende al rutilante y puro
Cándido aparecer de la mañana,
Y sobra y vence al sol siempre segura.
Abrasadora del verdor del pino,
Levanta entre sus ramas
Globos de fuego y máquinas de llamas,
Y en el sólido tronco y más secreto
Del laurel y el abeto
Estalla y gime y luce,
Nunca del Euro y Noto escurecida,
Ni de la inmensa lluvia destruída;
Tal en mi pecho inapagable incendio
Eterno se sustenta,
Y tal como violenta
Y vana y leve exhalación huyeron
Las llamas, Clori, que en tu pecho ardieron.

FRANCISCO DE RIOJA.

Letra para cantar.

Aura fresca, aura volante
Que en el aire andas vagando,
Y viciosa y murmurante
Vas con las ramas jugando;
Mientras te digo mi duelo,
¡Ay! afirma, afirma el vuelo.

A vos digo, uara piadosa,
Que esotra piedad no siente;

Con vos hablo, aura amorosa,
Que ella ríe al lloro ardiente ;
Pues si os doléis sin fingiros,
Suspirad con mis suspiros.

Aura, pues, volando andad
Á aquella que me enamora ;
Suspirando la contad
Cuánto mal dentro en mí mora ;
Y con llorosos acentos
Incitaréis mis lamentos.

Y pues con soplos lascivos
Revolvéis su pelo de oro,
Y los anillos más vivos
Hurtáis del bello tesoro ;
Soltad el lazo dorado
Que ha mi corazón atado.

Si con dulces vetezuelos
Giráis su bello semblante ;
El ardor de sus ojuelos
Templad siquiera un instante ;
Que sus bellos rayos rojos
Ni aun templados arden flojos.

FRANCISCO MANUEL.

Canción.

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya,
Y con su pico de marfil nevado,

De su pechuelo verde y amarillo
La pluma concertó pajiza y gaya ;
Y celoso se ensaya
A discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo su apoyo, y á las flores
Libre y ufano cuenta sus amores.
Mas ¡ay! que en este estado,
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido le acecha,
Y al tierno corazón aguda flecha
Tira con mano esquivá,
Y envuelto entre su sangre lo derriba.
¡ Simple avecilla errada,
Imagen de mi suerte desdichada!

De la custodia del amor materno
El corderillo juguetón se aleja,
Enamorado de la hierba y flores ;
Y por la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores ;
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella,
El vario manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ¡ay! que en un ótero
Dió en la boca de un lobo carnívero,
Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el nevado vellocino.
¡ Oh inocencia ofendida !
¡ Breve bien, caro pasto, corta vida !

Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas,
Y puliendo sus negros martinets,
Procura ser allá, cerca del cielo,
La reina sola de las aves bellas ;
Y por ser ella de ellas
La que más altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
Á los ojos del lince más atentos,
Y se contempla reina de los vientos.
Mas ¡ay ! que en la alta nube
El águila la vió, y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarrá
Del bello airón, que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡Ay pájaro altanero
Retrato de mi suerte verdadero!

Al són de las bellísonas trompetas,
Y al retumbar del sonoro parche
Formó escuadrón el capitán gallardo ;
Con relinchos, bufidos y corvetas
Pidió el caballo que la gente marche,
Trocando en paso presuroso el tardo ;
Sonó el clarín bastardo
La esperada señal de arremetida,
Y en batalla rompida,
Teniendo cierta de vencer la gloria,
Oyó á su gente, que cantó victoria.
Mas ¡ay ! que el desconcierto
Del capitán bisoño y poco experto,
Por no observar el orden,
Causó en su gente general desorden,
Y, la ocasión perdida,

El vencedor perdió victoria y vida.
¡Ay fortuna voltaria,
En mis prósperos fines siempre varia!

Al cristalino arroyo lisonjero
La bella dama en su beldad se goza,
Contemplándose Venus de la tierra,
Y al más rebelde corazón de acero
Con su vista enternece y alborozá,
Y es de las libertades dulce guerra;
El desamor destierra
De donde pone sus divinos ojos,
Y de ellos son despojos
Los purísimos castos de Diana,
Y en su belleza se contempla ufana.
Mas ¡ay! que un accidente,
Apenas puso el pulso intercadente,
Cuando cubrió de manchas,
Cárdenas ronchas y viruelas anchas
El bello rostro hermoso,
Y le trocó en horrible y asqueroso.
¡Ay beldad malograda,
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!

Sobre frágiles leños, que con alas
De lienzo débil de la mar son carros,
El mercader surcó sus claras olas;
Llegó á la India,¹ y rico de bengalas,
Perlas, aromas, nácares bizarros,
Volvió á ver las riberas,² españolas;
Tremoló banderolas,
Flámulas, estandartes, gallardetes;
Dió premio á los grumetes
Por haber descubierto
De la querida patria³ el dulce puerto.
Mas ¡ay! que estaba ignoto

A la experiencia y ciencia del piloto
En la barra un peñasco,
Donde tocando de la nave el casco
Dió al fondo, hecho mil piezas,
Mercader, esperanzas y riquezas.
¡Pobre bajel, figura
Del que anegó mi próspera ventura !

 Mi pensamiento con ligero vuelo
Ufano, alegre, altivo, enamorado,
Sin conocer temores la memoria,
Se remontó, Señora, hasta tu cielo,
Y contrastando tu desdén airado,
Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria ;
Y en la sublime gloria
De esa beldad se contempló mi alma;
Y el mal de amor sin calma
Mi navecilla con su viento en popa
Llevaba navegando á toda ropa.
Mas ¡ ay ! que mi contento
Fué el pajarillo y corderillo exento,
Fué la garza altanera,
Fué el capitán que la victoria espera,
Fué la Venus del mundo,
Fué la nave del piélagó profundo,
Pues por diversos modos
Todos los males padecí de todos.

 Canción, vé á la coluna
Que sustentó mi próspera fortuna,
Y verás que si entonces
Te pareció de mármoles y bronces,
Hoy es mujer, y en suma
Tuve bien, fácil viento, leve espuma.

Muerte de Raquel.*(Raquel.)*

Ya persuadían al mortal reposo
Del cielo descendiendo las estrellas,
Cuando la turba ruido temeroso
Que se formaba de iras y querellas ;
Y aunque las voces por lo numeroso
Eran confusas, se aclaraba en ellas :
« Muera quien nuestra libertad cautiva ;
Viva la paz, y la justicia viva ».

No cuando al fuego de la cuarta esfera
Se vió el hijo de Dédalo tan junto
Reconociendo liquidar la cera,
Justo castigo del soberbio asunto,
Despeñado primero que cayera,
Se halló del sobresalto tan difunto,
Como del susto pavoroso muerta
Quedó Raquel al impeler la puerta.

Con la violencia de la gente armada
Tiemblan de las aldabas las hebillas ;
Entra furiosa la canalla osada
Resolviendo los quicios en astillas ;
« ¡ Traidores ! » fué á decirles, y turbada
Viendo cerca del pecho las cuchillas,
Mudó la voz y dijo : « Caballeros,
¿ Por qué infamáis los ínclitos aceros ?

Una mujer acometéis rendida
Como si fuera ejército enemigo ;
¿ Amar á vuestro rey correspondida

Puede solicitar tanto castigo?
 Mezclada de mi sangre y de mi vida
 Toda su majestad vive conmigo;
 Podrá vuestro rigor verlo deshecho
 Primero que sacarle de mi pecho.

Mal pudo á tanto rey, á imperio tanto
 Resistirse rebelde mi flaqueza;
 Estas sangrientas fuentes de mi llanto
 Basten á enternecer vuestra dureza;
 Y desta vana compostura, cuanto
 Tan ciegamente se llamó belleza.... »
 Rompió las piedras suspirando entonces,
 Y se irritaron los vivientes bronces.

Herida ya una vez, «no se remita,
 Dijo, con nueva luz lo que merezco;
 A ti, causa primera, solicita
 Mi alma en la fatiga que padezco.
 Á tu piedad sin límite infinita
 El holocausto de mi vida ofrezco;
 Anima tú eficaz mi sentimiento,
 Y hasta martirio eleva mi tormento. »

Con las venas sin número rompidas,
 No apagan de los ánimos voraces
 El ansia los sedientos homicidas:
 Dureza fué de pechos pertinaces
 Repetir tantas veces las heridas;
 Pero querer hacerlas tan capaces
 Que pudiesen salir dos almas juntas;
 Clemencia fué de las crüeles puntas.

¡ Oh mudanza forzosa en la fortuna !
 ; Qué vanidad en tu valor blasona ?
 La que á sus plantas ostentó la luna,

Pareciéndole poco una corona,
Ya sin aliento de esperanza alguna,
Entre la turba vil que la baldona
Es víctima sangrienta de villanos :
¡Esto acontece y duermen los tiranos !

No fué bien de los bárbaros feroces
Ejecutado el prodigioso insulto,
Cuando en las alas del amor veloces
Y en las tinieblas del temor oculto
Llegaba el rey; y las dolientes voces
Le fingen un agüero en cada bulto ;
Fúnebre luz que trémula lucía
Al desengaño trágico le gufa.

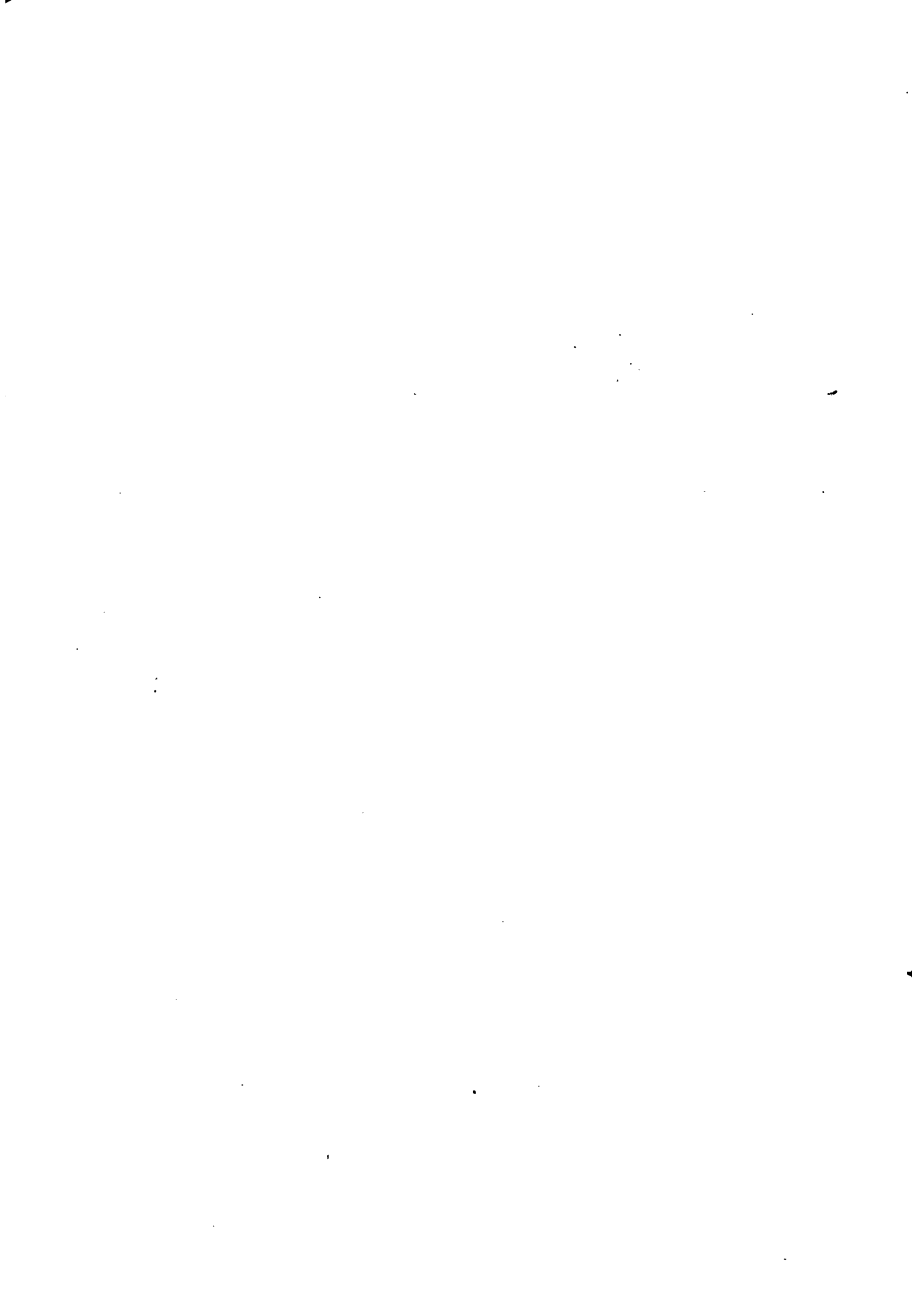
.....

En los jazmines pálidos se arroja
Que deshojados y marchitos mira,
Y explica dolorido la congoja
En la debilidad con que respira ;
El clavel que marchito se deshoja
Contempla inmóvil, asustado admira,
Y suspendiendo indicios de viviente,
Muestra que siente más en que no siente.

De los injustos hados al intento
Ya toda la beldad obedecía,
Y con tan apacible movimiento
Que pudiera lucir cuando vivía ;
Al despedirse del postrero aliento
Para mostrar que el cielo se rompía,
Abrió los ojos, y al cerrarlos luego
Todo lo que alumbró lo dejó ciego.

LUIS DE ULLOA Y PEREIRA.





ÍNDICE DE ESTE TOMO

Páginas.

SIGLO XII.

ANÓNIMO.

Destierro del Cid.— <i>La Gesta del Mio Cid</i>	5
Descripción de una batalla.— <i>La Gesta del Mio Cid</i>	8

SIGLO XIII.

GONZALO DE BERCEO.

Prado deleitoso— <i>Milagros de Nuestra Señora</i>	10
--	----

ANÓNIMO.

Luciana— <i>Libro de Apolonio</i>	11
Apolonio halla á su hija— <i>Libro de Apolonio</i>	12

JUAN LORENZO SEGURA DE ASTORGA.

Darío se pone en marcha— <i>Libro de Alexandre</i>	13
El mes de mayo— <i>Libro de Alexandre</i>	15

ANÓNIMO.

Visión en el campo de los cristianos— <i>Leyendas del Conde Don Fernando de Castilla</i>	16
--	----

ALFONSO EL SABIO.

Del Libro de las Querellas.....	18
---------------------------------	----

SIGLO XIV.

JUAN RUIZ (*Arcipreste de Hita*).

Ensiemplo de la propiedad que el dinero ha.....	20
Aquí dice de cómo fué hablar con donna Endrina al arcipreste.	22
Ensiemplo de los dos perezosos que querían casar con una duenna.....	24

RUY YAÑEZ.

Combate entre moros y cristianos— <i>Poema de Alonso onceno</i>	27
--	----

ANÓNIMO.

La Danza de la Muerte— <i>Fragmento</i>	82
---	----

SIGLO XV.

JUAN DE MENA.

Muerte de Lorenzo Dávalos— <i>Laberinto</i>	33
---	----

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

La vaquera de la Finojosa.....	35
Soneto.....	35
Alegoría.....	36
Vida retirada.....	39

JORGE MANRIQUE.

Coplas—Á la muerte de su padre el Maestre don Rodrigo....	40
---	----

SIGLO XVI.

JUAN BOSCAN.

Á don Diego de Mendoza.....	47
-----------------------------	----

GARCILASO DE LA VEGA.

Égloga primera.....	59
Á la flor de Gnido.....	72
Soneto.....	75

GUTIERRE DE CETINA.

Madrigal.....	76
---------------	----

CRISTÓBAL DEL CASTILLEJO.

El amor preso.....	77
--------------------	----

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Fábula de Adonis, Hipómenes y Atalanta..... 78

FRANCISCO DE FIGUEROA.

Égloga—*Tirsi*..... 88

LUIS DE LEÓN.

Vida retirada..... 87

Soneto..... 89

Profecía del Tajo..... 90

Á Francieco Salinas, catedrático de Música de la universidad
de Salamanca..... 98

Á Felipe Ruiz de la Torre y Mota..... 95

Noche serena..... 97

En la Ascensión..... 100

Morada del cielo..... 101

SAN JUAN DE LA CRUZ.

La noche oscura..... 108

Canciones entre el alma y el Esposo..... 104

Llama de amor viva..... 111

FRANCISCO DE LA TORRE.

La tórtola..... 112

Oda..... 116

Oda..... 117

GIL POLO.

Canción pastoral..... 119

BALTAZAR DE ALCÁZAR.

Redondillas..... 128

LUIS MARTÍN.

Madrigal..... 116

FERNANDO DE HERRERA.

Canción á Don Juan de Austria..... 127

Canción á la pérdida del Rey Don Sebastián..... 132

Elegía..... 135

PABLO DE CÉSPEDES.

Poema de la Pintura—*Fragmentos*..... 141

DIEGO DE HOJEDA.	
La oración de Cristo— <i>La Cristiada</i>	147
Retrato de Gabriel— <i>La Cristiada</i>	148
Crucifixión de Jesús— <i>La Cristiada</i>	150
ALONSO DE ERCILLA.	
Discordia de los caciques, y discurso de Colocolo— <i>La Araucana</i>	152
Descripción de las tormentas que pasaron las naves del Perú entre el río de Maule y Puerto de la Concepción— <i>La Araucana</i>	157
Descripción de paisaje— <i>La Araucana</i>	161
Combate de Lepanto— <i>La Araucana</i>	162
JOSÉ DE VILLAVICIOSA.	
Estrago que hizo en los enemigos del rey Sicaborón— <i>La Mosquea</i>	168
JUAN DE ARGUIJO.	
Al Guadalquivir.....	171
Á Curcio.....	172
Á la muerte de Cicerón.....	173
LUIS DE GÓNGORA.	
Canción.....	173
Canción.....	174
Al sol.....	176
Al Guadalquivir.....	177
Romance.....	178
Romance— <i>Angélica y Medoro</i>	179
LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.	
Sátira contra la marquesilla.....	188
Soneto.....	190
Soneto.....	191
BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.	
Epístola— <i>Á Nuño de Mendoza</i>	191
Epístola— <i>Á Fernando de Soria Galvarro</i>	199
LOPE DE VEGA.	
Estancias.....	204
Á la barquilla.....	207

	Páginas.
Al mismo asunto	211
Judit— <i>Soneto</i>	216
Soneto.....	216
Soneto.....	217
<i>La Gatomaquia</i>	218

BERNARDO DE BALBURNA.

Isleta y palacio de la hada Morgana— <i>El Bernardo</i>	226
Lenguaje de la Naturaleza— <i>El Bernardo</i>	228
Ermita del cabo de San Vicente— <i>El Bernardo</i>	230
Cacería— <i>El Bernardo</i>	232
Fertilidad de España— <i>El Bernardo</i>	234
Combate entre Bernardo del Carpio y Roldán— <i>El Bernardo</i> ..	238

JUAN DE JAUREGUI.

Aminta.....	242
Aventura amorosa.....	251

SIGLO XVII.

ROMANCERO.

Romances históricos.

Prueba Diego Láinez á sus hijos para saber á cuál flará la venganza de la afrenta que le hizo el conde Lozano.....	257
Reto del Cid al conde Lozano, y muerte de éste.....	259
Presenta el Cid á su padre la cabeza del conde Lozano	261
Casamiento del Cid con Jimena.....	263
Al mismo asunto.....	265
Carta de Jimena al Rey.....	267
Respuesta del Rey á Jimena.....	269
Jimena sale á misa de parida.....	272
Testamento del Rey.....	274
Quejas de Urraca al verse desheredada.....	275
Pedro Arias armado caballero.....	276
Arma Arias Gonzalo á sus hijos, y envía primero á Pedro Arias contra el retador de Zamora, Ordóñez.....	278
Toma el Cid la jura al rey Alfonso: éste le destierra.....	281
Querrela del Cid con Bermudo, abad de Cardena.....	283
Ganada Valencia, el Cid va á dar gracias á Dios en San Pedro de Cardena.....	285

	<u>Páginas.</u>
Los condes de Carrión, yernos del Cid, se asustan de un león escapado de su cadena.....	287
Galantea Búcar ó Urraca, hija del Cid; ella le entretiene mientras su padre se arma.....	289
Quejas de las hijas del Cid contra sus esposos, los condes de Carrión.....	292
Sale el Cid para las cortes de Toledo á pedir justicia contra sus yernos.....	293
Muerte del Cid.....	296
Quejas del conde Saldaña, porque su hijo Bernardo no consigue su libertad.....	297
Muerte de los infantes de Lara.....	298
Lamenta Gustios la muerte de sus hijos.....	301
Mudarra, hijo bastardo de Gustios y de Axa, hermana de Almanzor, increpado de su bastardía, arranca á su madre el secreto de su nacimiento, y sabido, se propone vengar á su padre y hermanos.....	302
Mata Mudarra á Ruy Velázquez.....	304
Al mismo asunto.....	306
Rodrigo fugitivo y derrotado.....	308
<i>Romance amatorio.</i>	
¡Rosa fresca, rosa fresca!.....	310
<i>Romances caballerescos.</i>	
La Infantina.....	311
El conde Arnaldos.....	313
El conde don Martín y doña Beatriz.....	314
El infante vengador.....	314
El adúltero castigado.....	316
Romance de Gerineldo.....	318
El traidor Marquillos y Blanca-Flor.....	319
Romance del conde Alarcos (<i>De Pedro de Riaño</i>).....	320
<i>Romances moriscos.</i>	
La morilla burlada.....	333
Moriana y Galván.....	334
Moriana y Galván.....	334
Moriana y Galván.....	336
Abenámar.....	337

Abenámar.....	340
Abenámar.....	343
Azarque el Granadino.....	344
Gazul.....	347
Gazul.....	349
Gazul.....	352
Zaide.....	355
Zaide.....	358
Zaide.....	361
Zulema.....	362
Aliatar.....	366

ALONSO DE ACEVEDO.

Creación de las plantas— <i>Creación del Mundo</i>	368
--	-----

RODRIGO CARO.

Canción á las ruinas de Itálica.....	373
--------------------------------------	-----

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

Roma antigua y moderna.....	376
El Duque de Osuna.....	382
Epístola del conde-duque de Olivares, en su valimiento.....	382
Acuerda al papel su origen humilde.....	389
Refiere su nacimiento y las propiedades que le comunicó.....	392

VICENTE ESPINEL.

Incendio y rebato en Granada— <i>Fragmento de una Epístola</i>	396
--	-----

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Al Céfitro.....	400
De un pajarillo.....	401
De la Navidad.....	402
Á Lesbia.....	403
Á sus amigos.....	404

PEDRO DE QUIRÓS.

Á Itálica.....	405
----------------	-----

FERNÁNDEZ DE ANDRADA.

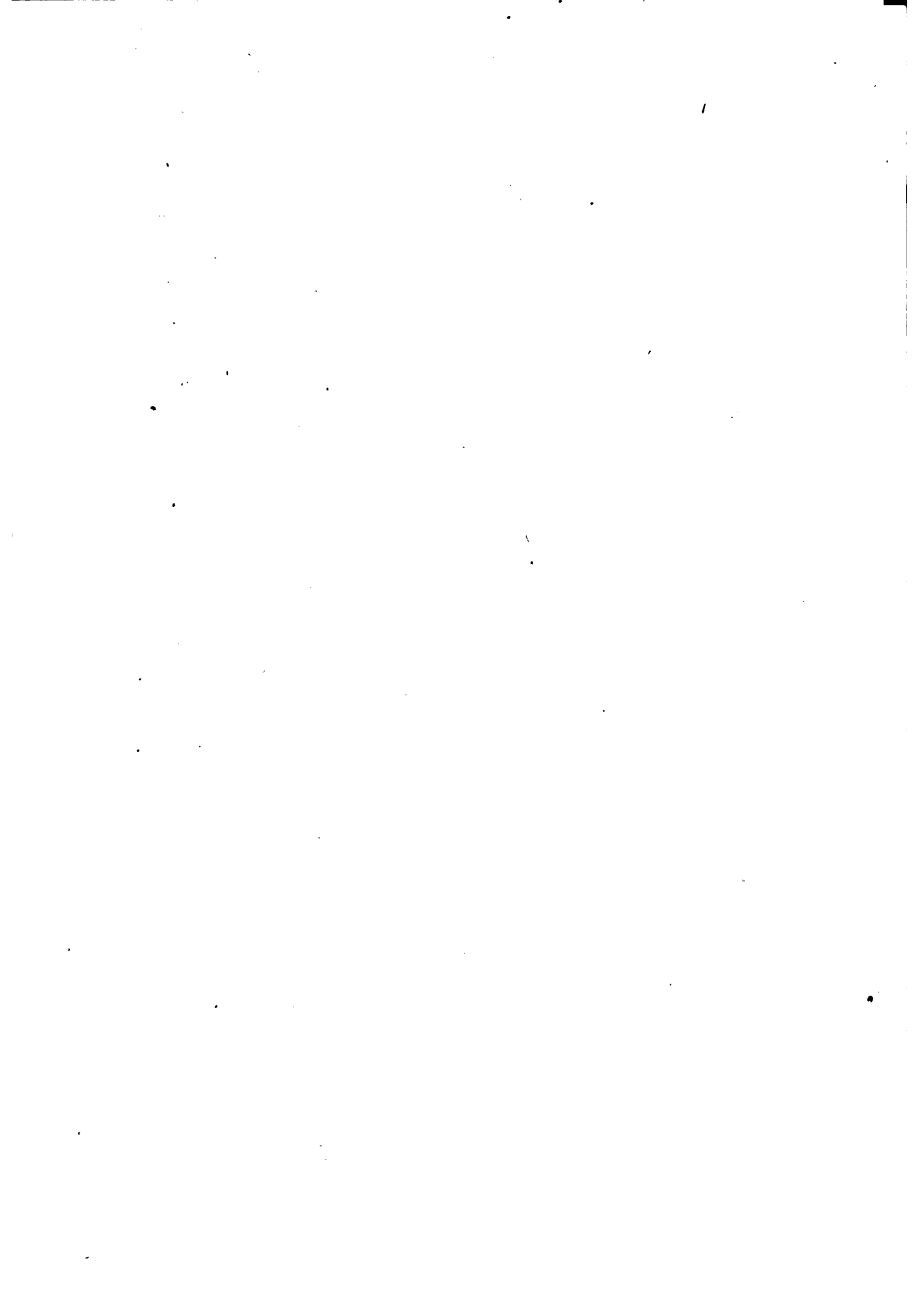
Epístola moral.— <i>Sobre la vida del filósofo</i>	405
--	-----

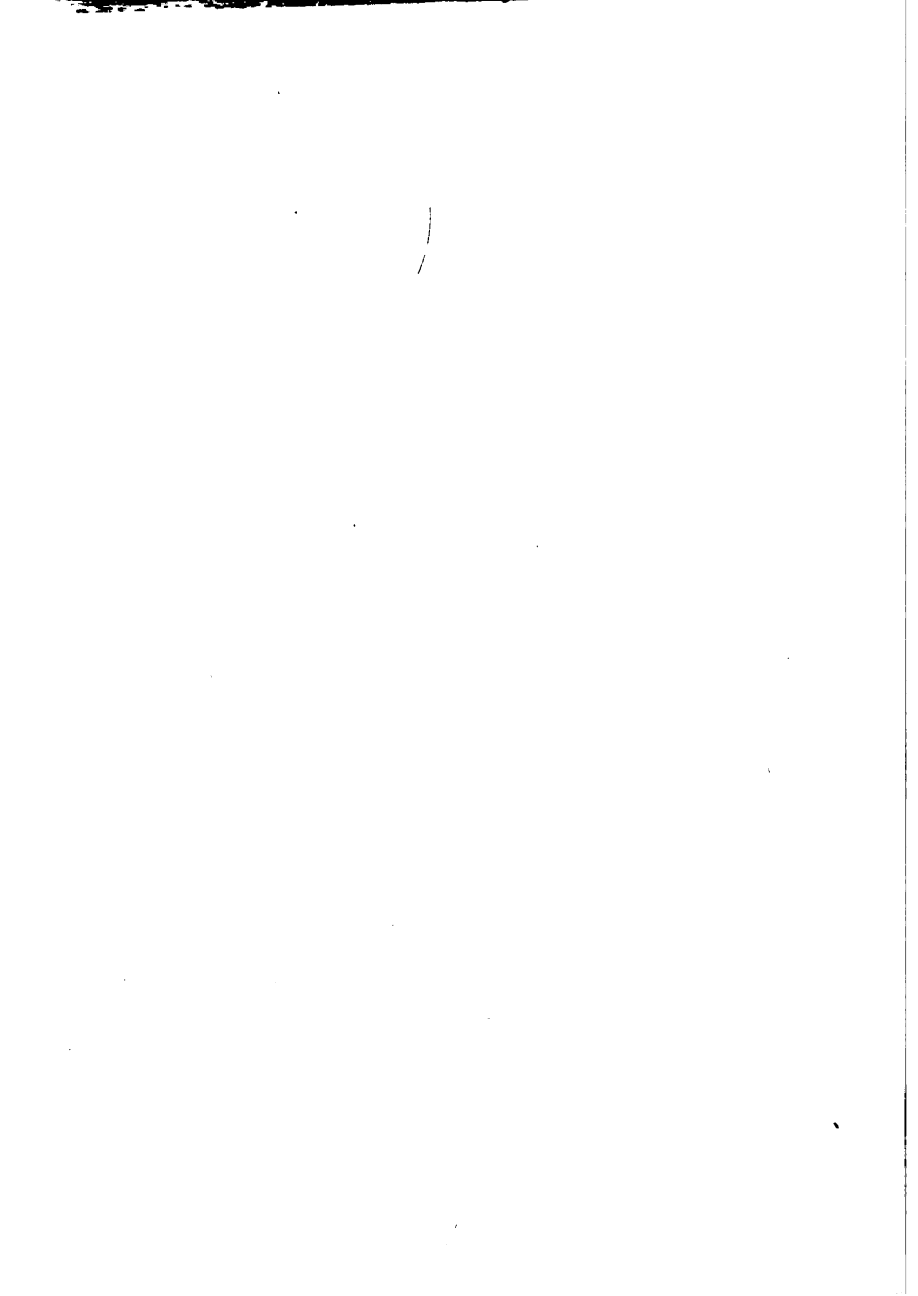
FRANCISCO DE RIOJA.

Á la rosa.....	412
----------------	-----

Al jazmín.....	414
Al fuego.....	416
FRANCISCO MANUEL.	
Letra para cantar.....	417
ANTONIO MIRADEMESCUA.	
Canción.....	418
LUIS DE ULLOA Y PEREIRA.	
Muerte de Raquel— <i>Raquel</i>	423

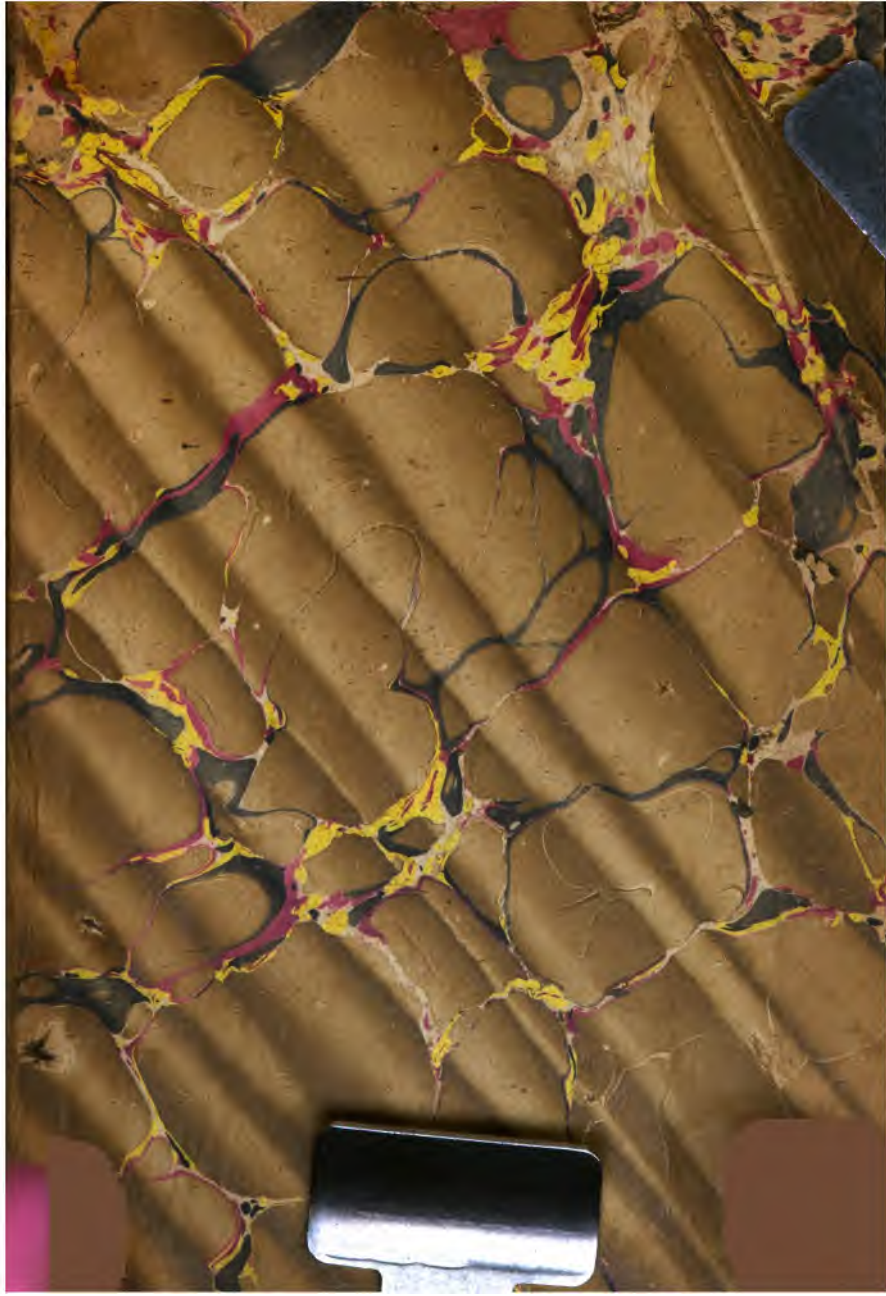


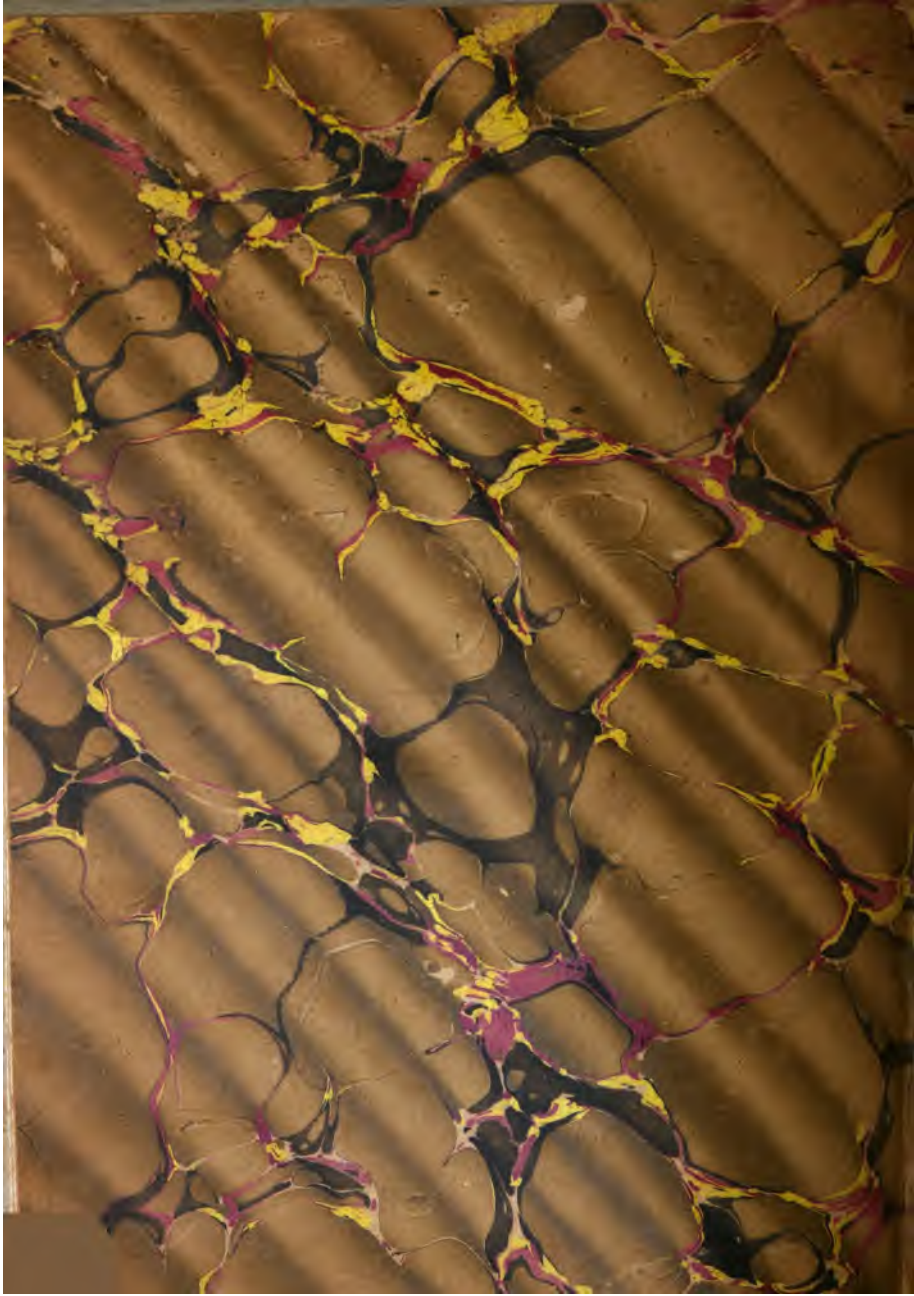


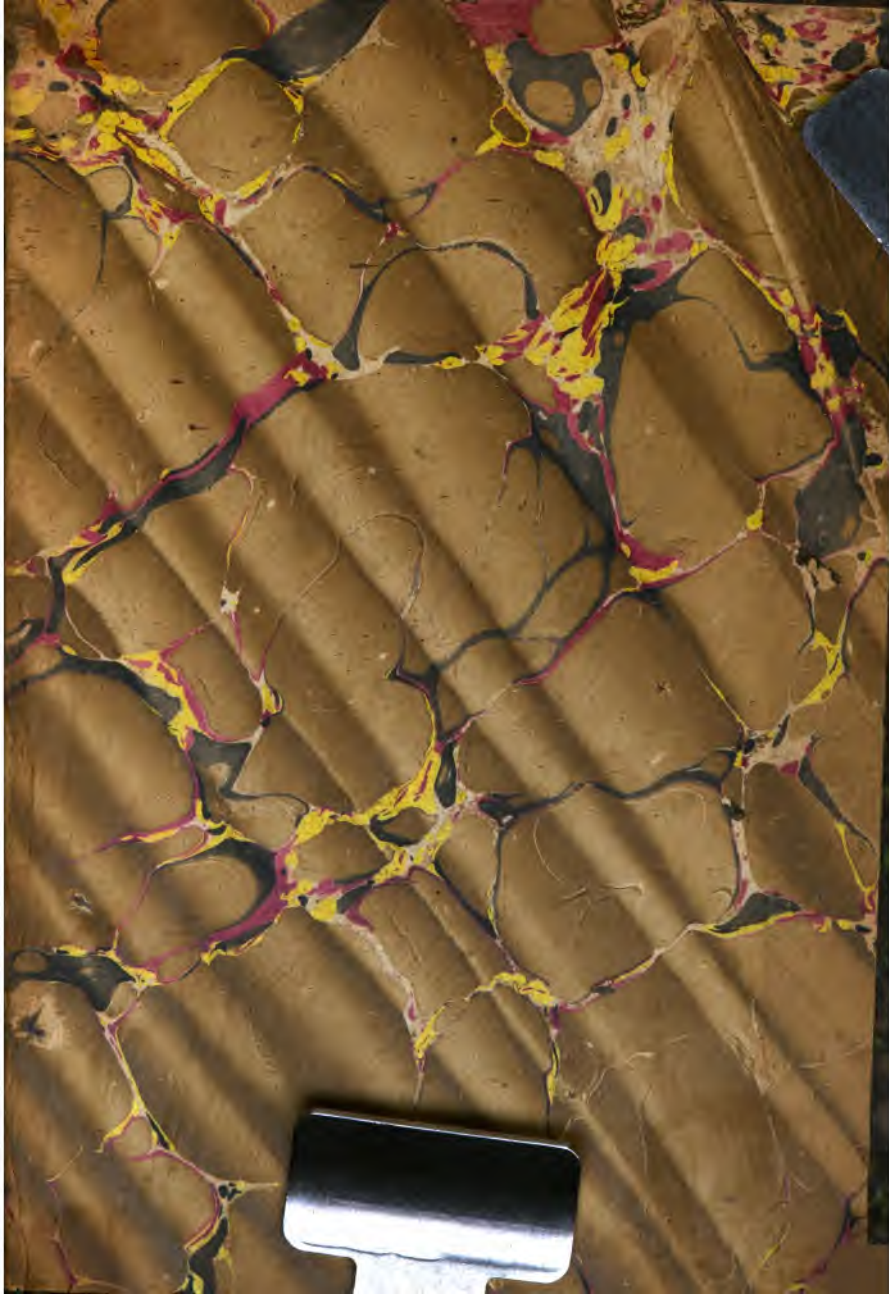




;







UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3024427004

0 5917 3024427004